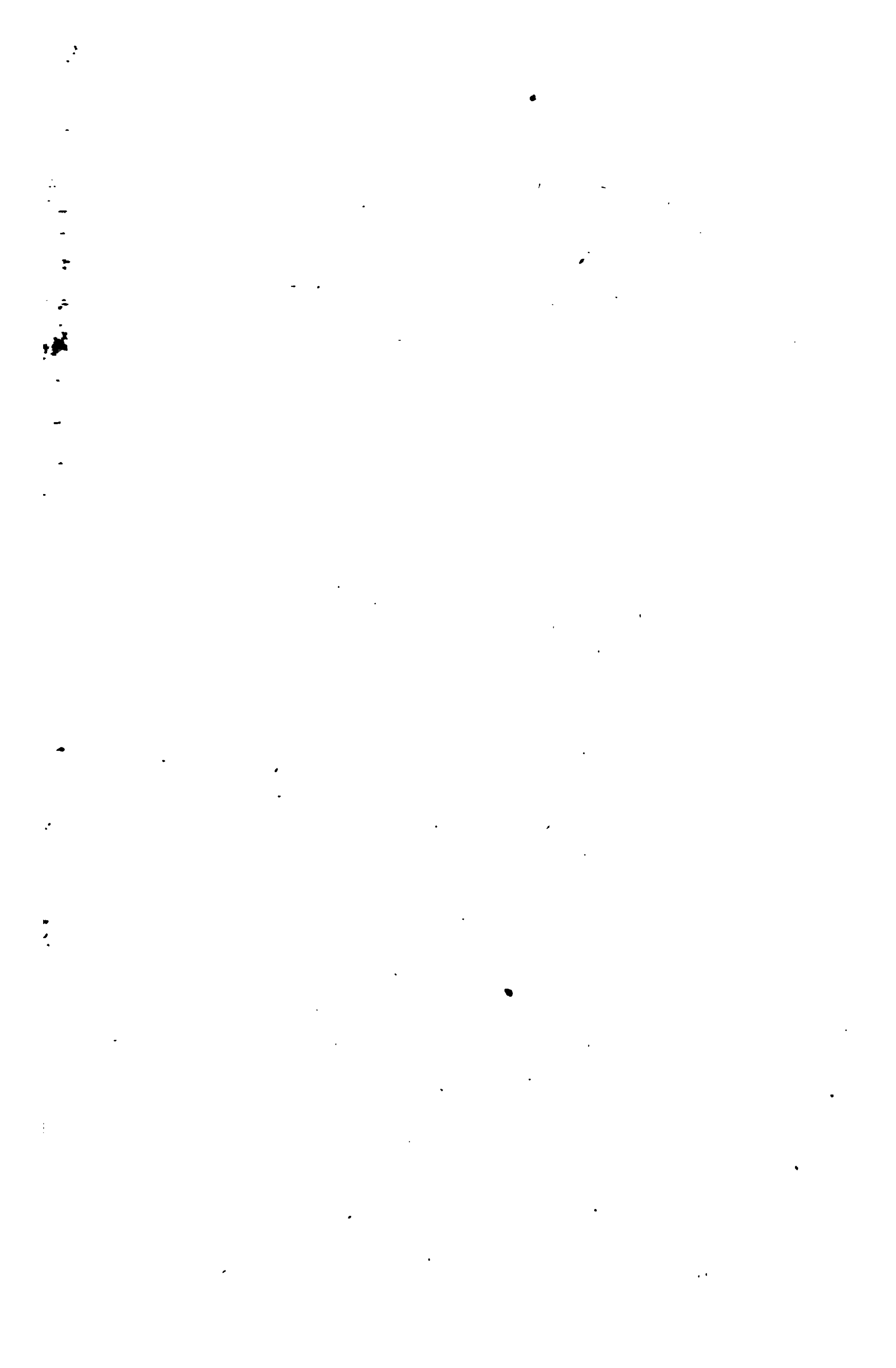
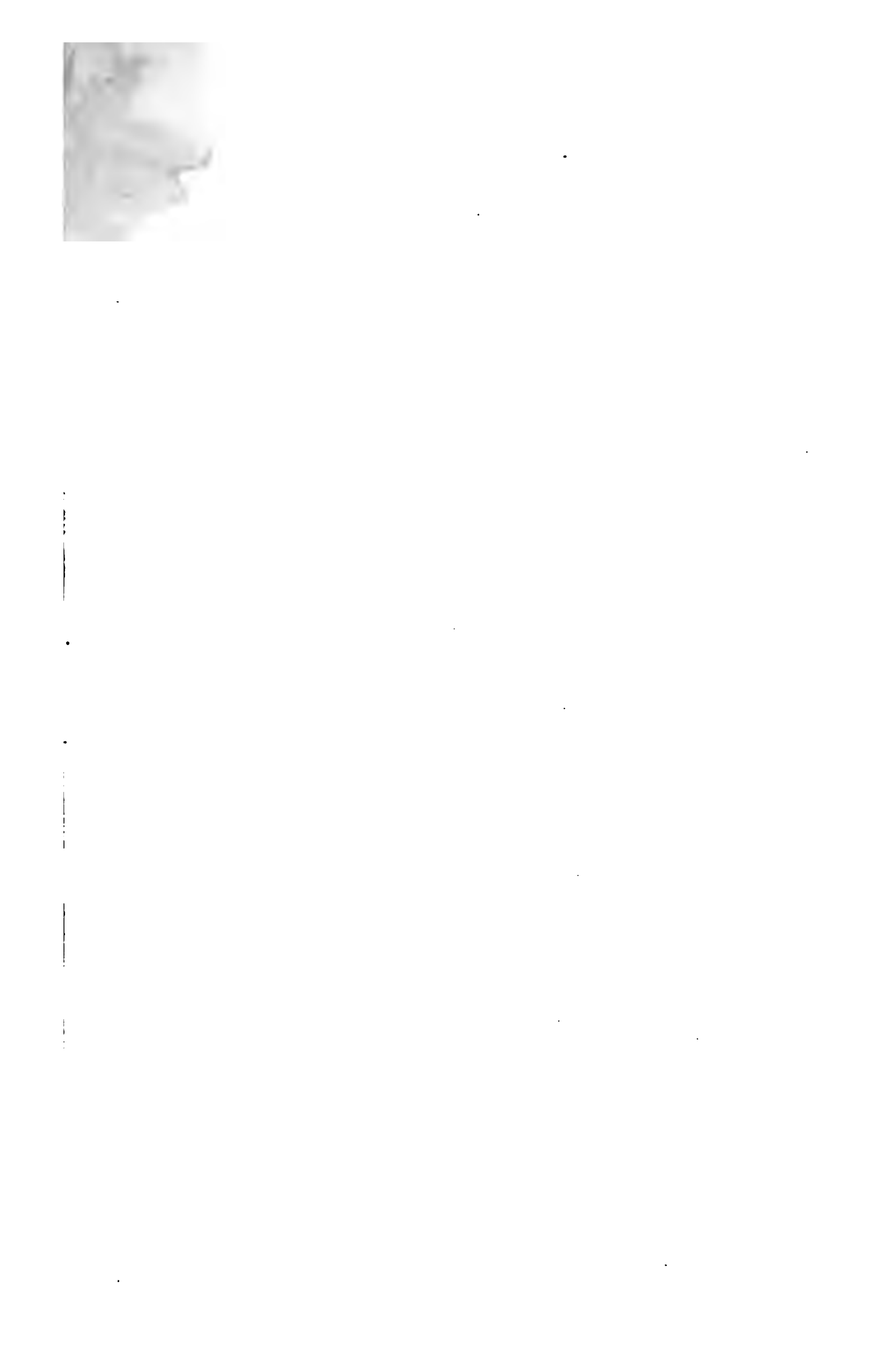

ACADEMIAE HARVARDIANAE
VE RI TAS







CANCIONERO

DE AMORES

RECOPILADO POR

EDUARDO DE LUSTONÓ

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Calle de Preciados, 48

1903

Cancionero de amores

OBRAS DE ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

	Pesetas.
RIPIOS ARISTOCRÁTICOS (quinta edición), un tomo en 8.º	3
RIPIOS ACADÉMICOS (tercera edición), un tomo en 8.º.	3
RIPIOS VULGARES (segunda edición), un tomo en 8.º...	3
RIPIOS ULTRAMARINOS (primero, segundo y tercer montón, segunda edición; el cuarto montón nuevo con el retrato del autor), cuatro tomos en 8.º..........	12
(Se venden separados).	
FE DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA (tercera edición), cuatro tomos en 8.º.............	12
Encuadernados en tela...........................	15
No hay existencias en rústica del tomo III.	
(Se venden separados).	
DES-TROZOS LITERARIOS, un tomo en 8.º	3
AGUA TURBIA (novela), segunda edición; un tomo en 8.º	3
LA CONDESA DE PALENZUELA (novela).—¡A BUEN TIEMPO! (íd.).—INCONSECUENCIA (íd.).—LA PRUEBA DE INDICIOS (íd.).—METAMÓRFOSIS (íd.).—Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de NOVELAS MENORES..................................	3
CAPULLOS DE NOVELA (segunda edición), un tomo en 8.º, encuadernado en tela......................	4
AGRIDULCES POLÍTICOS Y LITERARIOS, dos tomos en 8.º	6
(Se venden separados).	
REBOJOS (zurrón de cuentos humorísticos), segunda edición, un tomo en 8.º........................	3
DON JOSÉ ZORRILLA (biografía crítica)...............	1
PEDRO BLOT (traducción de Paul Feval).............	2
CUENTOS DE AFEITAR (en colaboración), edición ilustrada..	2
SOBRE EL ORIGEN DEL RÍO ESLA (con un mapa)......	2

CANCIONERO

DE AMORES

RECOPILADO POR

EDUARDO DE LUSTONÓ

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Calle de Preciados, 48

1903

MADRID: 1903
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, 9.—Teléf. 3,020

CANCIONERO DE AMORES

LA DIVERSION

El amor se ha desprendido
de los brazos de su madre,
y alegrando el universo
se está suspenso en el aire.
Él os contempla, zagalas,
y mirándoos se complace
al ver las gracias que os dieron
las estrellas liberales.
Él al placer os convida,
al regocijo y al baile;
¿y seréis sordas vosotras
á sus influjos suaves?
¡Mirad cuál todo se anima!
De flor se visten los valles,
de hierba se cubre el campo
y el viento pueblan las aves.
Animaos también vosotras;
gozad la estación amable,

que sobrada vida os queda
para devorar pesares.
Más rápido que una flecha
que vuela hendiendo los aires,
el tiempo vuela y se muere;
muere el tiempo y no renace.
Tiempo vendrá en que os aflijan
las memorias lamentables
de placeres que perdísteis,
de horas que desperdiciásteis.
Ea, pues, que nada se pierda;
salid alegres al baile,
los instrumentos resuenen
y la risa os acompañe.
Ven tú, la alegre zagala,
atención de mil amantes,
y cuyos ojos, si miran,
no hay corazón que no abrasen.
Plácidamente severa,
severamente agradable,
te acompañará tu hermana
y alentaréis todo el valle;
mientras que á encantarnos venga,
mientras que enlazada sale
con la gallarda Belisa
la linda y modesta Dafne.
Ven tú, en fin, ninfa divina;
ven, en fin, y no te tardes,
tú, en cuya tez los claveles
con la azucena combaten;

tú, en cuyos labios de rosa
fabrica amor sus panales,
y en cuyo soberbio seno
el placer viene á posarse.

¡Dichoso aquel que tu beldad admira,
que tus gracias contempla atentamente,
que el blando influjo de tu genio siente,
que de amor puede hablarte, y que suspira!

MANUEL JOSÉ QUINTANA



PLEGARIA AL AMOR

¡Salve, divino amor, del hombre vida,
fuego dulce y fecundo,
deidad amable, que á placer convida
por todo el ancho mundo!
¡Salve, luz celestial, perpétua llama
de cuanto existe y dura,
raudal perenne que doquier derrama
alegría y ventura!
¿Qué, dí, sin tu favor del orbe fuera?
La fresca pradería,
el bosque hojoso, la feraz ribera,
yermo horrible sería.
Por ti gozamos las purpúreas rosas,
del céfiro halagadas;

por ti cantan las aves amorosas
sus tiernas alboradas.
  Por ti ostenta su gala y gentileza
el alazán ligero;
por ti se humilla y doma su braveza
el leopardo fiero.
  Por ti colores mil la flor esmaltan;
por ti brilla el rocío;
por ti en el valle los corderos saltan;
por ti murmura el río.
  Por ti sin tregua juventud lozana
se agita y se alboroza;
por ti la bella joven se engalana
y en su beldad se goza.
  Tú sólo el dios entre los dioses eres,
y tu mirar, risueño;
más alcázares rinde, cuando quieres,
que del Olimpo el dueño.
  Contra el furor de mis atroces penas
tu alto favor imploro;
que al incesante són de tus cadenas
de Lesbia ausente lloro.
  Tú, niño alado, que en su linda boca
mi sumo bien pusiste,
y enternecer su corazón de roca
en premio me ofreciste,
  Guárdame, en pago del pesar que siento,
en su pecho nevado,
pura como el aroma de tu aliento,
la fe que me ha jurado.

Haz que sus ojos dulces y serenos,
do bebe luz el día,
viertan dos tiernas lágrimas al menos
á la memoria mía.

JUAN NICASIO GALLEGO



EL AMOR INMORTAL

En tus hermosos ojos templar pudo
el dios de los amores
aquel arpón tan dulce como agudo,
que para herirme coronó de flores.
De ese cabello de oro, que enajena
mi pecho enamorado,
pudo tejer la plácida cadena
que á tus plantas me tiene aprisionado.
Ó en los lirios del seno, ó en la rosa
del cándido semblante
pudo labrar la cárcel deliciosa
que preparaba á tu feliz amante.
La juventud, la gracia halagadora,
el talle torneado,
esa risa más dulce que la aurora
cuando ilumina el soñoliento prado;
Tu hechicera mirada, tu festivo
candor, tu hablar suave,
el corazón más fiero y más esquivo
domar pudiera; y el amor lo sabe.

Mas no con rayo que mudables vientos
apaguen, quiso herirme,
ni en caducos y frágiles cimientos
labrar una pasión constante y firme.
Yo ví en ti el puro asilo do se anida
la cándida inocencia,
y al blando sentimiento la fe unida,
y en verde juventud dócil prudencia.
Yo vi cuán compasiva é indulgente,
con apacible agrado,
tu hermosa mano alivia al indigente,
tu dulce hablar consuela al desgraciado.
Yo lo ví y te adoré, y en llama eterna
el pecho me encendiste;
que la santa virtud, la piedad tierna,
del crudo tiempo al huracán resiste.
Deshójase la flor de la hermosura;
se agostan los placeres,
y allá en la márgen de la tumba oscura,
deleite encantador, ni aun sombra eres.
En ti, mi dulce bien, cuando tu aurora
florece placentera,
amo el carmín, que no se descolora;
amo la luz, que siempre reverbera.
¡Ay! este amor de mi felice vida
será el postrer aliento,
y su llama inmortal correspondida
arderá más allá de aquel momento.

ALBERTO LISTA

—∞—

LA GUARIDA DEL AMOR

—

Amor, como se vió desnudo y ciego,
pasando entre las gentes mil sonrojos,
pensó en buscar unos hermosos ojos
donde vivir oculto y con sosiego.
¡Ay, Silvia! y vió los tuyos, vió aquel fuego
que rinde á tu beldad tantos despojos,
y hallando satisfechos sus antojos,
en ellos parte á refugiarse luego.
¡Qué extraño es ver á tantos corazones
rendir, bien mío, los soberbios cuellos,
y el yugo recibir que tú les pones,
Si á más de que esos ojos son tan bellos,
está todo el amor con sus traiciones
haciéndonos la guerra dentro de ellos!

JUAN BAUTISTA ARRIAZA



POBRE IMPORTUNO

—

¿Por qué aspiro sin fruto, Arnarda bella,
á lo que darme tu piedad resiste?
¿por qué mi amor en alcanzar insiste
lo que me impide merecer mi estrella?
¿No fuera bien buscar á mi querella,
en el asilo de mi tumba triste,
el anhelado fin, pues que consiste
mi única dicha y mi consuelo en ella?

Necio, ¡qué pronto, de esperar cansado,
se abate tu pasión, antes osada,
y con el miedo la fortuna mide!
¿Qué amador fué constante y no fué amado?
¿O qué mujer, del hombre importunada,
no le concede al fin lo que le pide?

Dionisio SOLÍS

MADRIGAL

Sonrisa de la aurora es tu semblante,
que anuncia el puro día,
mientras Venus el rayo vacilante
entre las sombras de la selva envía.
Tan dulce tu mirada
entre obscuras pestañas centellea,
cual, por frondosos álamos templada,
la estiva luz febea;
pero la sombra para mí más grata
es la de tu cabello,
cuando sus trenzas Céfiro desata
y tiende por el cuello,
que del cisne en candor vence la pluma;
aunque maldigo sombra que obscurece
los dos globos de espuma
que en raudal de alabastro amor ofrece.

José SOMOZA

AMOR

—

Amor manda cuando ruega,
vé con los ojos vendados,
brinda paz y dá cuidados;
á un tiempo concede y niega.
Busca delicias fugaces,
y hasta contínuos desvelos;
se atormenta con los celos,
y se cansa con las paces.
Le ablanda el duro desdén;
le irrita el humilde ruego;
en nieve le trueca el fuego;
con daño compensa el bien.
Es, cual niño, veleidoso,
y cual pájaro, fugaz:
si callar debe, locuaz,
y cuando hablar, silencioso.
Vario cual tarde de Abril,
que el sol brilla y se oye el trueno;
quédase el cielo sereno,
y núblase veces mil.
Amor se abate y se engríe;
ya receja y ya adelanta;
busca y huye, gime y canta,
sufre y goza, llora y ríe.
A la par quiere y no quiere;
se enoja y se desenoja;

vase, vuelve, tira, afloja,
nace, crece, vive, muere...
¿Quién tendrá el arte ó poder
de sondear este abismo?
¿Quién, Amor, cuando tú mismo
no te puedes comprender?

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA



LA SEMANA

LUNES

El lunes por la mañana
salió á paseo la Inés;
me encontré con la inhumana,
dije, postrado á sus pies:
«Señorita, si usted gusta,
mi corazón le daré»;
y respondió mesurada:
«Mañana al anochecer».

MÁRTES

El mártes, siguiente día,
en su calle me paré,
y la vi salir airosa,
más bien ángel que mujer.
Alargué el paso y la dije:
«¿Señorita, esperaré?»
y responde la taimada:
«Mañana al anochecer».

MIÉRCOLES

Miércoles, lleno de gozo,
por dicha la vi también
salir con su madre al lado;
¡ay de mí!... ¿si le hablaré?
Al punto que me vió, dice:
«No me puedo detener;
tenga paciencia y aguante:
mañana al anochecer».

JUEVES

El jueves, yo desvelado,
desperté al amanecer:
al punto marché á su casa,
y cerrada la encontré;
volví luego, y ella duerme,
y entre sueños dicemé:
«Ya no es hora, que hace frío;
mañana al anochecer».

VIERNES

Viernes, fue el gusto cumplido,
que hablarla á solas logré,
y merecí contestase
á todo afable y cortés;
mas al llegar á pedirle
el favor de antes de ayer,
con grande sorna responde:
«*Mañana al anochecer*».

SÁBADO

Llegó el sábado, que un siglo
se tardó á mi parecer,
y rendido la pregunto:
«¿Señorita, me ama usted?
Si me ama, yo la amo;
no sea ya más crüel.»
«Consuélese», dijo entonces;
«*mañana al anochecer*».

DOMINGO

Gozoso al fin, el domingo
la fuí su mano á besar,
y retirándola, ingrata,
con irónico ademán,
dice: «La semana entera
bien se puede trabajar;
pero la Iglesia nos manda
el domingo descansar».

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO



FILIS RENDIDA

—

ODA

Alado dios de Guido,
amor, mi gloria, celestial delicia,
ya el ánimo afligido
mereció hallar á tu deidad propicia.

Ya el laurel victorioso
logré y los premios que anheló el deseo.
Dulce amor, ¡qué dichoso
es el estado en que por ti me veo!
De mi Fili adorada
la timidez domaste y los rigores,
y en mi llama inflamada
pagó mi suspirar con mil favores.
Sus ojuelos divinos,
que envidia el sol en su lumbroso oriente,
me halagaron benignos.
¡Ay, mirar vivo, regalado, ardiente!
De su boca, ¡que perlas
dulce riendo á mi rogar saltaron!
Loco corrí á cogerlas,
y en néctares mis labios se inundaron.
Su mejilla de rosa
miré inflamarse á mi feliz porfía,
más fresca y olorosa
que cuantas Guido en sus pensiles cría;
Después, ¡oh! ¡quien pudiera
fiel retratar mi celestial ventura,
las finezas que oyera,
mi ciego ardor, su virginal ternura!
Con su más rico lazo,
colmándonos amor de sus placeres,
nos unió; en su regazo,
un beso, mil nos dió grata Citéres.
Y con amiga diestra
la copa de su néctar más precioso,

brindándonos nos muestra
la senda á un bosque retirado, umbroso,
Do nuestros finos pechos
en llama ardieron, súbito más viva,
cual cera al sol deshechos,
ni yo cobarde ni mi Fili esquiva.
En torno, revolante
coro de amores con alegre juego
y bullicio incesante
á una alentaba nuestro dulce fuego;
Y las Gracias, risueñas,
sobre mi Fili rosas derramaban;
y aplaudiendo halagüeñas,
«ven, Himeneo, ven, dulces clamaban;
»Ven fausto al delicioso
vínculo del amor y la belleza,
y al triunfo más glorioso
sobre el desdén de la sin par fineza.
»Ven, y al zagal que ahora
tan alto bien por su firmeza alcanza,
estreche tu pastora
y eterna flor corone su esperanza.
»Ven, que sólo á ti es dado
confirmar en la paz que han recibido,
lo que en uno han juntado
propicia Vénus y el rapaz Cupido».

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

LA MIRADA DE FILIS

—

Queriendo el niño alado
del valor de sus armas
hacer glorioso alarde,
á Filis dió su aljaba.
A Filis, por quien goza
el imperio en las almas;
á Filis, la que vence
en hermosura á Páfia.
Ufana el arco toma
la graciosa zagala;
prueba á tirar, mas pronto
lejos de sí lo aparta.
Que muy más que la flecha
que á dioses avasalla,
penetra de mi Filis
una dulce mirada.

Félix José REINOSO

EPIGRAMAS

—

El imposible mayor
que halla Ovidio, es que del fuego
nazca el agua. Yo lo niego,
que he visto llorar de amor.

El que una vez fue casado
y otra se vuelve á casar,

ése vuelve á navegar
después de haber naufragado.

Mujer hermosa no espero
encontrar sin tacha humana:
Eva tuvo su manzana;
las demás tienen su *pero.*

¿Sabes por qué de casarme
con mujer rica no gusto?
Porque no quiero, ni es justo,
á mi mujer sujetarme.
Al marido, la mujer
inferior se muestre en todo;
Prisco, este solo es el modo
de que iguales puedan ser.

JUAN DE IRIARTE

LA SULTANA

I

¡Quién tendrá dichas mayores
que privar en los amores
por bonita!
¡Dormir en lecho de grana
y llamarse la sultana
favorita!

¡Respirar en el calor,
entre jazmines en flor
aura leda!
¡Mecerse medio dormida
sobre hamaca entretejida
de oro y seda!

¡Tener juventud graciosa,
seno puro, tez de rosa,
pie de armiño,
y ojos vivos de gacela,
cuando el dardo la desvela
del cariño!

¡Una mesa de ambrosía,
unos baños de agua fría
con olores,
donde el ámbar se ha mezclado
con el jugo destilado
de mil flores!

¡En los delirios de amor
tener un emperador
por galán,
recibir tiernos abrazos
y reclinarse en los brazos
del sultán!

¡De mil desamadas bellas
ser vista, pasando entre ellas
como aurora,

como hurí del embeleso,
regalada con un beso
del que adora!

¡Contemplar la nave turca
cuando levemente surca
la mar honda,
para dos regios amantes
cargada con los diamantes
de Golconda!

¡En competencia vencer
á la más linda mujer
de occidente,
á la airosa granadina
que tañe la bandolina
dulcemente!

¡No temer cuando enamoran
las que su cántico entonan
bengalés,
ni á las que con mil primores
danzan sin ajar las flores
con sus pies!

¡Sobresalir entre todas
las de Corinto y de Rodas
con victoria!
¡A las blancas y morenas,
y judías y agarenas
quitar gloria!

¡Tener nombre de divina
en Estambul y en Medina
la sagrada!
¡Del harén bella señora,
y la perla de Basora
ser llamada!

¡Quién tendrá dichas mayores
que privar en los amores
por bonita!
¡Dormir en lecho de grana
y llamarse la sultana
favorita!

II

La sultana esto decía,
recreada de aura leda,
y entre tanto se mecía
sobre hamaca de oro y seda;

En la red que amor labró
parecía su cendal
azucena que voló
de su tallo virginal.

Y el olor de frescas flores
en la cuna del jardín
regaló un sueño de amores
al aéreo serafín.

Otra hermosa allí se vià
sin mecerse en red dorada,
que cantando repetía
esta trova enamorada.

III

¡Quién naciera en región pura
do la cándida hermosura
no es comprada!
¡Donde el hombre, por placer,
sólo tiene una mujer
adorada!

Una mujer que le amó
porque en su pecho sintió
frenesí,
y en delirio de amor fiel
dijo al tímido doncel:
« Te amo, sí. »

¡País de un cielo mejor,
donde el sincero amador,
siempre fino
al lado de su tesoro,
canta y bebe en vaso de oro
dulce vino!

Aquí goza la belleza
un halago de tibieza
sólo un día;

Flor de un sol y sin fortuna,
que tiene junto á la cuna
tumba fría.

¡Quién naciera en región pura,
do la cándida hermosura
no es comprada!
¡Donde el hombre, por placer,
tiene sólo una mujer
adorada!

IV

Pasan los serenos días,
y en sus alas vagarosas
llévanse las alegrías
como deshojadas rosas.

¡Ah! ¿qué tiene la sultana
que no baja á los jardines
á coger por la mañana
tulipanes y jazmines?

¿Qué disgustos ha tenido
esa perla de Basora?...
—La dió al mar de eterno olvido
su señor: ya no la adora.

JUAN DE AROLAS

LA MUJER Y LA FLOR

—

—Sobre maldecido suelo
de miseria y de dolores,
¿por qué habéis nacido, flores,
hijas del amor del cielo?
—Del llanto de las mañanas,
nacimos á los placeres,
para ver á las mujeres
que tenemos por hermanas.
—¿Para verlas madrugáis
y con el alba nacéis?
¿Sois dichosas si las veis?
Decid, flores, ¿las amáis?
—Con cáliz de esencias lleno
perfumamos sus edenes,
desmayamos en sus sienes
y dormimos en su seno;
Con ellas en el retiro
nuevo aroma fabricamos
del aliento que aspiramos
cuando lanzan un suspiro;
Sus secretos advertimos
de esperanza y de deseo,
y al claustro y al himeneo
y á la tumba las seguimos.
Nos tienen por mensajeras
en Oriente las hermosas,

las que en cárceles de rosas
lloran como prisioneras;
Que en sus mágicos retretes,
juntando diversas flores,
escriben cartas de amores
en hermosos ramilletes.
—¡Mucho, flores, las amáis!
¡Y por Dios que hacéis muy bien,
que ellas son lindas también!...
Decid, ¿qué las enseñáis?
—Que el rocío puro y leve
que nos regaló la aurora,
son las lágrimas que llora
por nuestra existencia breve.
Pues causa lástima y grima,
para tan cortas venturas,
vestir tales hermosuras
con galas de tal estima.
Si en torno el insecto zumba,
sarcasmo será el zumbido,
pues nos ve con el vestido
del festín ir á la tumba.
Nutridas con el rocío,
cercadas de mariposas,
¿por qué nos llamáis hermosas
al vivir un sol de estío?
El tiempo siega irritado
siempre con igual cuchilla,
la listada maravilla
y el brezo menospreciado.

Sienten su ominosa saña
las hierbas que el campo cría,
y el tulipan de Turquía,
y el fresco jazmín de España.
Por eso cuando las bellas
viven respirando amores,
nosotras, que somos flores,
y ornamos las sienes de ellas,
En medio de la ilusión
y pompa que las asiste,
les damos ejemplo triste
de su corta duración...
—Sin flores y sin hermosas,
¡qué fuera de los mortales!...
¡Bien habéis brotado, rosas,
sobre el lodo de los males!...
Que para endulzar dolores
nos dió el Padre de los seres
la beldad de las mujeres
y el perfume de las flores.

JUAN DE AROLAS

—o—

LA MUJER

—

A la evidencia me rindo
y en la justicia me fundo:
la mujer, lo juro al Pindo,
es lo más grato y más lindo
que Dios crió en este mundo.

Ni sólo estriba su palma
en este precioso don:
que, con muy rara excepción,
hermosas son en el alma
como en el cuerpo lo son.
Cuando su flaqueza sacas
á relucir y sus macas,
considera, hombre demente,
que persigues igualmente
á las gordas y á las flacas.
Cifra el hombre su esplendor
en el amor de la gloria;
mas con instinto mejor,
la mujer brilla en la historia
por la gloria del amor.
¡Ah! si por seguir tus huellas
se vicia tan noble instinto,
no culpes, hombre, á las bellas,
sino á ti, con tercio y quinto,
más débil que todas ellas.
Siervas en todo lugar,
porque lo has dispuesto así,
¿no ves, hombre baladí,
que ellas no pueden pecar
sino contigo y por ti?
Sé indulgente, pues ya ves
que la equidad lo reclama
y lo pide tu interés:
¿por qué les quitas la fama...
si te arrastras á sus pies?

¿Por qué tu desprecio llora
la que, con paciencia santa,
cuando niño, te amamanta,
y cuando joven, te adora,
y cuando viejo, te aguanta?
Sin la mujer no hay placer:
¿es fiel? bendice tu estrella;
¿es maula? ¡cómo ha de ser!
O capitula con ella...
ó suprime la mujer.
Mas tan pobre es tu chirumen,
que primero que tal hagas
consentirás que te emplumen,
porque en sus ojos te embriagas
de amor de gozo... En resumen:
Desde la planta al cabello,
la mujer—insisto en ello
y lo pruebo y te confundo—
es lo más grato y más bello
que Dios crió en este mundo.



MI SEÑORA

La pasión no me alucina.
Aunque el alma me encadena,
no es el de Vênus ciprina
el rostro de mi morena.
No así lo esculpiera Fidias,
no así lo pintara Apeles...

y arde en amores y envidias
á zagalas y donceles.
¿Por qué? Porque en cada hora
muestra una gracia distinta,
y aquel brío que enamora
ni se esculpe ni se pinta.
Esas caras de modelo,
donde no hay sal ni pimienta,
son meloso caramelo
que empalaga y no alimenta.
Una hermosura sin pero
tan neciamente se engríe,
que por no hacer un puchero
ni llora jamás ni ríe.
Es una deidad radiante
cuya alma reposa en calma,
ó su celeste semblante
no es el espejo del alma.
Es, con gesto peregrino,
la estatua de Prometeo
antes que el fuego divino
robase al carro febeo.
Hay bellas caras que son
bellas de tan buena fe,
que toda su perfección
de una ojeada se ve.
Y como son un portento
en su estado natural,
ó no han de hacer movimiento
ó les asienta muy mal.

Reniego de una mujer,
aunque aventaje á Diana,
si es hoy lo mismo que ayer
y como hoy será mañana.
Mas la faz de mi señora,
sin temer al sol ni al aire,
se renueva y me enamora
cada vez con más donaire.
Si un rasgo es menos perfecto,
de otro aumenta el incentivo;
y tal vez sobre un defecto
amanece un atractivo.
En vano lo miro atento.
Ya le enrojece el pudor;
ya le dilata el contento;
ya le desmaya el amor.
¿Y habrá pluma que encarezca
aquel hoyo picarillo,
ya en la barbilla aparezca,
ya lo dibuje un carrillo?
Así, con sola una dama,
si bien ajusto la cuenta,
me da amor en panorama
los hechizos de cincuenta.
Y sobre prendas tan raras,
otra mayor atesora.—
¿Cuál?—Con tener tantas caras,
no es mudable ni traidora.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

UNA DECLARACIÓN

—

¡Ay! que tus ojos de fuego,
y tu garganta divina,
y tu gracia peregrina,
roban á mi alma el sosiego,
idolatrada Azelina!
Como un rayo de la luna,
que en noche de primavera
consolador reverbera
sobre apacible laguna,
es tu mirada hechicera.
Y tu aliento es el ambiente
de un jardín embalsamado;
tu voz, el aura del prado;
tu sonrisa, la corriente
de arroyuelo sosegado.
Y tu delicioso seno,
de apretada y pura nieve,
es la copa donde bebe
su poderoso veneno
el tirano amor aleve.
Verte es mi dicha mayor,
mi delicia el escucharte,
y mi destino adorarte;
... mas ¡ay! al ver tu rigor,
el corazón se me parte.
Lástima á mis penas ten;
tu amor mi pecho destroza;

nada en la crueldad se goza,
y la crueldad no está bien
en una tan buena moza.
¿Quieres un alma abrasada
que mire su cielo en ti?
¿Quieres encontrarte, dí,
como jamás adorada?
Pues vuelve la vista á mí.
Vuelve amable á mí la vista,
y verás, como discreta,
que es fuerza te comprometa
un alma ardiente de artista
y un corazón de poeta.
Este fuego celestial,
que enciende mi fantasía;
el estro que al alma mía
le da un temple sin igual,
tuyos son, ingrata mía.
Serán humildes despojos,
si mi pena te conmueve,
de tu pechera de nieve,
de tus rutilantes ojos,
de tu pié pulido y breve.
No pierdas aislada, no,
de tus lozanos verdores
los encantos y las flores;
y los perderás si no
los disfrutas en amores.
¿Qué es un alma sin amor?...
¿Qué es la beldad sin amante?

Una luz sin resplandor,
una pasajera flor
falta de aroma fragante.
Deja, pues, el desdén tú,
y yo, que ardiente te adoro,
de amor te daré un tesoro
más grande que el del Perú,
pues vale amor más que el oro.

DUQUE DE RIVAS
(Padre).

EL BESO

Si como el sol tu belleza
á la misma nieve inflama,
y encumbra tu gentileza
la sal que se te derrama,
No extrañes, Laura querida,
que al mirarte pierda el seso,
ni que te ofrezca la vida
por un beso.

Si dan tus ojos agravios
al claro fulgor del día;
si de rubí son tus labios
Y tu aliento es ambrosia,
¿por qué te causa rubor
que en mi extático embeleso
te diga, ciego de amor:
¡Laura, un beso!

Ni el fausto de la grandeza,
ni el humo del poderío,
desvanecen mi cabeza
ni turban el sueño mío.
No anhela mi corazón
por los tesoros del Creso:
Laura, toda mi ambición
es un beso.

No apartes de mí los ojos;
que en mi amorosa locura,
ni quiero causarte enojos
ni mancillar tu hermosura.
El aura besa la flor,
y su cáliz queda ileso;
que no es afrenta al honor,
Laura, un beso.

¡Ah! vuélveme tu mirada
y contempla mi agonía;
que es de un alma enamorada
sólo mi amante porfía.
Y así tu enojo provoca
de mi demanda el exceso,
tú puedes sellar mi boca
con un beso.

De vagas tintas suaves
se reviste el horizonte;
ya apenas cantan las aves,
ya se hunde el sol tras el monte.

Cesa el tumulto del día,
y yo de amarte no ceso:
dame, por Dios, Laura mía,
dame un beso.

Allá por la verde alfombra
manso el arroyo serpea...
Ya se desliza la sombra,
ya el silencio nos rodea.
Todo en el orbe conspira
al amor que te profeso;
y en tanto, mi alma delira
por un beso.

Ese ¡ay! que das al ambiente,
mis potencias extasía:
tus rizos tocan mi frente;
tu mano oprime la mía.
El fuego de la pasión
está en tus ojos impreso:
Laura de mi corazón,
dame un beso.

DUQUE DE RIVAS
(Hijo).



Á JUSTA

¡Divinidad feliz! ¡Alma belleza!
bajo todas tus formas yo te adoro:
ansiando contemplarte en tu pureza,
en todas partes sin cesar te imploro:
tu templo, la inmortal naturaleza;
los prodigios del mundo, tu tesoro;
y envuelto en nubes de perpétuo incienso,
amor te rinde el sacrificio inmenso.

Amor, amor que ante tus piés rendido,
dichoso esclavo en tu dichoso imperio,
con la magia secreta de un latido
las almas liga al blando cautiverio.
El mundo, que es amor porque él ha sido
su ley primera y su primer misterio,
bello es por ti. ¿Qué es ¡ay! naturaleza
sino el amor que abraza á la belleza?

La aurora ardiendo en luz que al mundo llueve;
la hermosa primavera orlada en flores;
la onda azul que las riega; el aura leve
que empapa la alba pluma en sus olores;
la frente del invierno envuelta en nieve
y la sien del verano en resplandores;
el cielo, el sol, que desde el cielo envía
en torrentes de ráfagas el día:

Todo cuanto en la faz de la existencia,
ora en la vida ó en la muerte existe,
es la belleza en su divina esencia,

que luz y formas y colores viste.
El alma es el amor. Su omnipotencia
del tiempo audaz al ímpetu resiste,
y en el mundo sin fin yaciendo interno,
con juventud eterna lo hace eterno.
Vedla: en el cielo, en la mitad del cielo,
la esposa del crepúsculo aparece,
y astro de paz y nuncio de consuelo,
entre las sombras y la luz se mece.
Al alba el manto y á la noche el velo
ciñe y se ruboriza y se oscurece,
y entre tantas creaciones la más bella,
el mundo es del amor, de amor la estrella.
Belleza, amor que para ser hermanos
unísteis al nacer vuestra existencia,
y al mundo su esplendor y á los humanos
la dicha da vuestra inmortal presencia:
¿dónde, decid, los hados soberanos
vuestro gérmen han puesto y vuestra esencia?
¿dónde el tipo magnífico, el modelo
fijó de amor y de beldad el cielo?
Miradla; es la mujer. El gran momento
fue de su animación. Naturaleza
bañó la faz en celestial contento
y admiró la beldad en su pureza.
Amor en su más dulce sentimiento,
y en su forma más bella la belleza,
del seno de los ángeles manaron,
y ¡oh admiración! á la mujer formaron.

GABRIEL GARCÍA DE TASARA

ORIENTAL

—

En el harén de Abdalá,
moro que es rey en la Alhambra,
entró el valiente Abenzaide
en demanda de una esclava
que el rey á su amor concede
en premio de heroica hazaña,
que dejó sangrienta huella
en la frontera cristiana.
La esclava fija en el suelo
la hermosísima mirada,
y Abenzaide, de rodillas,
de tal manera la habla:

—

«—Nazarena que el rey moro
guarda en su harén cual tesoro
á sus amores velado;
la sultana en hermosura,
la de gentil apostura,
la del cabello dorado:
yo al rey moro juré un día,
si tu amor me concedía,
llevar su roja bandera
hasta el confín castellano,
y entrar, venciendo al cristiano,
en Jerez de la Frontera.

—

Tulipán de los harenes:
si á mis jardines te vienes;
si entre su verde espesura,
que agita el aura galana,
la luna alumbra mañana
el cielo de tu hermosura;
si en mis divanes dormida
te miro feliz, mi vida;
si al despertar con la aurora
sonríes á quien te adora,
y tu mirada hechicera
veo en mis ojos posada,
bendita sea mi entrada
en Jerez de la Frontera.

—

Alcaide soy en Alhama:
el rey su león me llama;
tiembla á mi voz el cristiano;
cinco villas y un castillo
sustentan el regio brillo
de mi nombre soberano.
Llevo á la lid mil cenetes
en blancas yeguas jinetes;
mi fama el mundo venera,
y una mora no se hallara
que al vencedor desdeñara
de Jerez de la Frontera.

—

Eunucos, francas estén
las salidas del harén:
el rey me da esta doncella;
gacela, mi esclava eres.
¡Ay de ti si mi amor hieres
y no es amarme tu estrella!
Pronto en mi harén estarás:
¡atrás, esclavas, atrás!
¡eunucos, sacadla fuera!
¡Ay! si mi fé no es premiada,
¡maldita sea mi entrada
en Jerez de la Frontera!

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

LA INOCENCIA

—Sabed, padre, que al llegar
del monte á la cumbre alta,
yendo de aquí hacia el lugar,
todas las tardes, sin falta,
me encuentro un hombre al pasar.
—Y ese hombre, niña, ¿te mira?
—Con vista triste y llorosa
que sólo candor respira.
—¿Y luego?—Tierno suspira.
—¿Y luego?—Me llama hermosa.
—Y tú, inocente...—Escuchad:
al principio, con placer
agradecí su bondad,

pues Dios nos manda querer
al que dice la verdad.
—¿Y después? —Después que oí
que mirarme era su bien;
después que á mis pies le vi,
al separarse de mí
por él suspiré también.
—¡Cómo! tu imprudencia loca
puede robarte la calma;
hija, tu pasión sofoca.
—¿Y á qué cerrarle la boca
cuando no cabe en el alma?
—Pasión que con tanto brío
conmueve al alma un momento,
es de amor un desvarío.
—Conque el dulce afán que siento,
¿se llama amor, padre mío?
—Y el viento de su ilusión
marchitará tu alma pura.
—¿No es pura la pretensión
de ceñir su corazón
con hojas de mi hermosura?
—¿Habrás dejado entrever
á ese mancebo liviano...
—Lo ha debido conocer,
pues cuando estrecha mi mano
Me estremezco de placer.
—¿Te estrecha?—¡Tan dulcemente
en sus amorosos lazos!
—Y tú, cuitada, inocente...

—Le ciño con dulces lazos
y orno de besos su frente.
—¡Besos!...—Uno me pidió.
—¿Y bien?—Se le concedí.
—Pero...—Mi labio tembló,
y al decir mi alma que sí,
la boca dijo que no.
—Esas caricias que, ciego,
te inspira el ardiente amor,
van á turbar tu sosiego.
—Pienso en ellas con temor,
con gozo infinito luego;
Y si al alma sin cesar
va una pasión agitando,
no se puede sofocar:
padre, los males de amar
sólo se curan amando.
—¡Ay, hija! tu inexperiencia
no te deja conocer
que ese hombre, la grata esencia
de amor vino en ti á absorber;
mas se llevó tu inocencia.
—¡Tierno, muy tierno es su ardor!
¡dulce á su lado es vivir!
—Mas ¡tu inocencia es mejor!
—¡Cuán hermoso fuera unir
mi inocencia con su amor!
—Hija mía, á desechar
tus ilusiones disponte:
tú las verás disipar...

—Yo las volveré á encontrar
en el camino del monte.
—No; que la virtud preciada
que perdiste, desdichada,
que ha poco tu adorno era,
tiene más alta morada
y no es esa la carrera.
Hacia ese celeste velo
tus tiernas miradas guía:
no es la inocencia del suelo;
que está vagando, hija mía,
por el camino del cielo.

José MARTÍNEZ MONROY

EL GENIO DE LA PUREZA

KÁSIDA ÁRABE

Azucena
delicada;
luz serena
de Granada;
mariposa
primorosa
de sus flores:
tus colores
son la gala de su suelo;
tus amores,
la alegría de su cielo.

Si abres los ojos, ábrese el día;
si los ocultas, la noche cierra;
tu voz es dulce, grata armonía
más de los cielos que de la tierra;
tu tez es nácar, tu aliento aroma;
tienes el alma de la paloma.
De las huríes
son tus cabellos,
y dos rubíes,
cuando sonríes,
tus labios bellos.
Como los juncos es tu cintura;
como las perlas tu dentadura;
como jazmines tus blancas manos;
de mingreliana tus pies enanos;
la clara luna del mes primero
envidia el rayo de tu mirada,
puro, suave, casto, hechicero
como las tintas de la alborada.

El aire gime cuando suspiras;
cuando las miras
se abren las rosas de los rosales;
los arenales,
si tú los quieres, si á tanto aspiras,
producen frutos y manantiales.
El césped nace bajo tus plantas;
si al monte subes, de luz le llenas;
si el valle cruzas, el valle encantas;
si el mar se agita, tú lo serenas.

Duermen las aves, el bosque, el río,
la fresca brisa, la clara fuente,
y tú les hablas, y á tu albedrío
todo obediente,
despierta y vive con nueva vida:
huye del bosque la sombra oscura;
la brisa rompe su ligadura;
las aves cantan, y la arrecida
onda del agua, veloz murmura
canción sonora jamás oída.

Ahullando salta la astuta hiena;
bramando el tigre su ijar azota;
el león ruge, la selva atruena
y el ojo enciende que llamas brota;
silba crispada la vil serpiente;
del cocodrilo resuena el llanto;
con estridente
fragor y espanto
de hombres y fieras, los huracanes
zumban; restalla rodando el trueno;
hierve la lava de los volcanes;
tiembla la tierra, rompe su seno;
mas tú apareces como una maga
del cataclismo dominadora,
que lo embelesa, que lo embriaga,
y, al contemplarte, todo te halaga,
todo se enfrena, tiembla y se apaga;
¡todo te adora!

¿Y por qué? ¿No lo sabes?
¿Quieres saberlo?
¿Quieres oirlo?
Oye y nunca te alabes
de comprenderlo,
ni de sentirlo.

Tu poder asombroso
de Alá procede,
de Él sólo emana;
el Misericordioso
te lo concede;
guárdalo ufana.

En tu espíritu anida
y en tu sér mora
tan encerrado,
como tu propia vida
desde la hora
que has alentado.

Brilla más que una estrella,
más que la luna,
más que el sol mismo,
y en tu frente destella
sin sombra alguna
de fatalismo.

Por el soplo más vago
su luz agota,
su brillo vela;

como el cristal del lago
rompe la gota
que hace la estela.

Es un poder divino
que te dió el cielo
contra los males:
manda y vence al destino,
ansia y desvelo
de los mortales.

Es, en fin, garantía
de alta victoria
y alta grandeza;
es signo de alegría,
de amor y gloria;
¡es... la Pureza!

José SALVADOR DE SALVADOR

—◆—

ROMANCE

Eres la yedra que brota
humilde á los pies del olmo
y que á su copa se eleva
abrazándose á su tronco.
Eres la rosa de mayo,
el tierno y gentil pimpollo
que con aroma y colores
al búcaro presta adorno.

Eres el ave cantora
de los árboles frondosos,
por el cazador artero
prisionera en jaula de oro.
De la pradera florida
eres el risueño arroyo,
que templa la sed ardiente
del caminante afanoso.
Yedra que al olmo te abrazas,
flor de pensiles adorno,
ave de la selva umbría,
fuente de amor venturoso:
Embriágame en tus brazos,
vierte tu perfume en torno,
encántame con tus trinos,
templa mi anhelo amoroso.
Yedra amante, flor sencilla,
ave tierna, manso arroyo:
ven, llévate de mi alma los despojos
y dame en cambio de la dicha el colmo.

FRANCISCO LUIS DE RETES



UNA LECCION

Inconstante sois, señora,
como ligera veleta,
y os gloriáis de ser coqueta
con sonrisa encantadora.

El mundo os aclama linda,
y el mundo tiene razón:
á que os amen con pasión
vuestro hermoso rostro brinda.
Las finas perlas de Oriente;
de la Arabia las riquezas;
las fantásticas bellezas
de la musulmana gente;
La hermosura de las aves
de la América; las flores
de más pulidos primores
y de fragancias más suaves,
A vuestra excelsa hermosura
todo se rinde, señora,
como la estrella á la aurora,
como al sol la luna pura;
Pero á tan amable dón
de hechizo y de gallardía,
se añade, señora mía,
la falta de un corazón.
No le tenéis..., y es muy triste;
mal haya este mundo sea,
que nada perfecto vea
en el ámbito en que existe.
Mármol, hierro, piedra, acero
dentro del pecho tenéis...,
y por eso no sabéis
amar con amor sincero.
Es para vos la constancia
palabra que no alcanzáis,

norte do nunca arribáis,
flor sin fruto ni fragancia.
  Muchos os dicen amores
y á muchos prestáis oído,
para darlos al olvido
después con crudos rigores.
  Nada os importan sus cuitas
ni sus lastimeras quejas;
las dejáis pasar por viejas...,
¿no son rosas ya marchitas?
  Sois una flor muy hermosa,
pero cubierta de espinas
aún más que el acero finas,
cuya herida es peligrosa.
  Sois un faro engañador,
cuya luz bella y brillante
da contento al navegante,
que en él no advierte un traidor.
  Sois sirena encantadora,
que mata con su dulzura;
perla de falsa hermosura,
que falsamente enamora.
  Señora, perdón os pido
si mi pobre poesía
falta á la galantería
que mi labio os ha rendido.
  Vasallo de vuestro amor,
con entusiasmo y locura,
gocé un tiempo de ventura
y otro también de dolor.

Tiempos que mi dulce calma
en pedazos mil partieron,
porque ellos, señora, fueron
los tiranos de mi alma.
Mas ahora no lo son,
aunque nada os aborrezco...;
por eso á daros me ofrezco,
con un cuento, una lección.
En cierto jardín había,
en medio de varias flores
de suavísimos olores
y cumplida gallardía,
Un rosal, cuya belleza,
cuya forma deleitosa
era casi fabulosa
á fuerza de gentileza.
Las volubles mariposas
y las aves hechiceras
le miraban placenteras...
muertas de amor por sus rosas.
¡Cuál las primeras tendían,
ostentando hermosas galas,
sus blancas y azules alas
ante el rosal que querían!
¡Cuál las segundas al viento
daban sus dulces querellas,
placiéndose el viento en ellas
y dando al rosal su aliento!
Y á mariposas y á aves
afable el rosal oía,

mas tan sólo por un día
eran sus sonrisas suaves.
Gallardo como inscontante
mezclaba siempre, en su amor,
al capullo de una flor
una espina bien punzante.
Rey y señor de las flores
fue mucho tiempo el rosal;
mas la edad, para su mal,
ajó sus lindos primores.
¡Ay, cuánta pena tuviera
al ver sus gallardas hojas
secas, marchitas y rojas,
caídas por la pradera!
¡Ay, cuántos amargos celos
al mirar otros rosales
con capullos virginales,
que eran de sus rosas velos!
Murió, por fin, el rosal...
y nadie lloró su suerte,
y hasta después de su muerte
vinieron á hacerle mal.
Que en vez de cantarle endechas
las aves con dulce són...,
picaron con irrisión
sus pobres flores deshechas.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO Y TRUJILLO

MEZCLA DIVINA

Yo ví su frente purísima,
á la que rubios cabellos
coronaban, como suele
con sus dorados reflejos
coronar el sol que nace
monte de nieve cubierto.
Yo ví sus ojos azules,
que en verdad me parecieron
más celestiales que aqueste
bellísimo firmamento;
que al fin este cielo es uno,
y aquéllos eran dos cielos.
Yo ví su dulce sonrisa,
y pensé en aquel momento
con la rapidez del rayo,
y del rayo con el fuego:
si en tu boca así es la risa,
¿qué será en tu boca un beso?
Y al ver tan divina mezcla
y conjunto tan perfecto
de cuanto hay de más hermoso
en la tierra y en el cielo,
sentí... yo no sé, ¡Dios mío!
lo que sentí; sólo siento
Que hay más luz en el espacio,
más aromas en el suelo,
más frescura en el ambiente,

y que están los aires llenos
de divinas armonías
y celestiales conciertos.

José ECHEGARAY

—∞—

LO QUE SON ELLAS

—

Disputaban un día
como ellas suelen
(esto es, á grito herido)
muchas mujeres.
Era así el tema:
¿qué vale más, casada,
viuda ó soltera?
Acertó á entrar un hombre,
y por ensalmo,
como á Páris le hicieron
juez en el acto.
Resuelto y hábil,
pronunció él este juicio
pro tribunali:
La soltera es un sabio
sin más oficio
que aprisa, aprisa, aprisa,
buscar marido.
Se la declara
homicida en proyecto,
pero con saña.

La casada es cual suelen
los cazadores,
que en cogiendo la caza,
ya no la comen;
y si les peta,
le recortan las alas
y me la encierran.
La viuda es en la química
rara mixtura
de soltera y casada,
fondo en vïuda:
con una gota
vertida en un barreno,
salta una roca.—
Calló: por vez primera
todas unánimes
no sin razón gritaron:
«¡atarle, atarle!»
Y él dijo:—Sea;
atad, ¿pero entre todas
hay una *cuerda?*

JERÓNIMO BORAO

ODA

—

¿Dónde, abeja incansable,
dónde vas susurrando?
¿de alguna flor sabrosa
buscas la miel acaso?

No más, no más registres
el tomillo del prado;
no más el cáliz puro
vayas de flor buscando.
Sin aguardar que el tiempo
reverdezca los ramos,
la miel más dulce y rica
toma aquí todo el año.
Llega de Lisi hermosa,
llega á los suaves labios,
y en su calor te guarda
del aire y frío insano.
¿Qué rosa, qué flor bella
habrás nunca gozado
que dé tan suave aroma,
sabor tan delicado?
La miel coge que miras
contino destilando;
ven luego, y en los míos
ponla de rato en rato.
Y vuelve nuevamente,
y exprime sus encantos,
y torna al labio mío,
abejilla, á dejarlo.
Y tantas veces firme
renueva tu trabajo,
como en mis días besos
tengo en ellos sellados;
que yo, abeja preciosa,
también cuando libarlos

tierna Lisi me deja,
jamás, jamás me canso.
Cuida, empero, no herirla
cuando la estés besando,
con el duro acicate
el terso cutis blanco.
Tiembla en mi crudo ejemplo,
Que por herirla ufano,
el corazón en pena
¡ay triste! me ha costado.
Que el que una vez la hiere
luego pierde el descanso,
y abrasado en su fuego
muere al punto en sus brazos.
Si, empero, incauto alguno
te pretendiese osado
quitar la vez, escucha,
que lo pretenda en vano.
Súbito en él esconde
el tu aguijón airado,
y aprenda en su castigo
cuanto fue temerario.
Y en vez de miel suave
sepa, en tu hierro amargo,
que á Tirsi bien tan grande
le está sólo guardado.

MARIANO JOSÉ DE LARRA *(Fígaro)*

A UNA ANDALUZA

—

Aromosa flor hermosa,
más que la fresca rosa temprana,
andaluza desdeñosa:
deja á mis labios hasta mañana
besar los negros hierros
de tu ventana.

—

Cuando de noche tus ojos miro
magnetizados, si yo los veo;
cuando en las auras de tu suspiro
se agita el aire de mi deseo...
Cuando en tu blanca tersa mejilla
lágrima rueda de amor preñada,
y apenas cerca del labio brilla
cuando en los míos queda guardada,
¿quién no daría
su vida entera
por verter otra lágrima
tras la primera?

—

Alma de mi ventura,
fe de mi calma,
astro de la hermosura,
luz de mi alma,
¿dónde hay enojos,
después de haber mirado
tus negros ojos?

Que eres más bella
que la paloma que hiende el viento,
que la alba pluma rizada en ella,
que el sol del día,
que las estrellas del firmamento,
que los ensueños del alma mía.

—

Aromosa flor hermosa,
más que la fresca rosa temprana,
andaluza desdeñosa:
deja á mis labios hasta mañana
besar los negros hierros
de tu ventana.

—

Tersa es tu frente, blanda tu risa,
cuna insensata de mis enojos,
y no es más leve la fresca brisa
que el movimiento de tu sonrisa
cuando mis ojos pongo en tus ojos.
Perlas de Oriente guarda tu boca,
copos de nieve forman tu seno:
¿cómo no quieres que mi alma loca
beba el veneno
que hay en tu seno, que hay en tu boca?
Su vida entera
¿quién no daría
por un beso del ángel
de Andalucía?

—

Concha de mil colores
tornasolados;
fantasma de mis sueños
desventurados;
perla escondida
en la charca de cieno
que llaman vida:
si es que me quieres,
como lo dices entre tus sueños,
como lo sueñas en tus placeres,
ven algún día
á ser el ángel de mis ensueños,
á ser el alma del alma mía.

—

Flor que alegre mayo viste
más que la fresca rosa temprana:
vuelve al campo en que naciste,
y recoge mi alma triste,
que al primer rayo de la mañana,
se cayó entre los hierros de tu ventana.

LUIS MARIANO DE LARRA

DEFINICION

¿Qué es la mujer? Algún enamorado
la pintó como un hada bienhechora;
otros la ven mujer y pecadora:
¡lo que va de lo vivo á lo pintado!

No falta quien también la ha comparado
con la temprana flor y con la aurora,
y lengua habrá á su vez murmuradora
que la llame un demonio disfrazado.
¿Pero qué es la mujer? La opinión mía
no daré en el asunto que se trata;
Lope, que en mi entender la conocía,
Acaso en estos versos la retrata:
es, dice, *la mujer, como sangría,*
que á veces da salud y á veces mata.

JUAN ANTONIO **VIEDMA**



LA MENSAJERA

«Golondrina, ¿por qué en mi ventana
tu nido has colgado?
Sin cesar, una y otra mañana
mi sueño has robado:
¿Qué quieres de mí?»

Y responde la negra viajera:
«Yo canto á las flores;
yo, de amantes feliz mensajera,
secretos de amores
te vengo á decir.»

«Cuando tiendo yo á España mi vuelo,
radiante el sol brilla;
se tapiza de flores el suelo,
se alegra la villa,
se enluta Alcalá.»

«Porque acaba el galán estudiante
sus días de enojos,
y á la reja en que aguarda su amante,
ventura en sus ojos
acude á estudiar.»

«Mensajero es por eso mi canto
de hermosas veladas,
y él enjuga á las niñas el llanto,
si esperan cuitadas
que torne un doncel.»

«Yo, al turbarlas el cándido sueño
con dulce cadencia,
les anuncio que vuelve su dueño,
que acaba la ausencia,
que empieza el placer.»

Presurosa la niña, sus rejas
abrió á la cantora,
y la dijo olvidando sus quejas:
«¡Ay! ven cada aurora
mi sueño á turbar.»

Y de entonce al partir la africana
la encarga su nido;
y al retorno la ve en su ventana,
su canto querido
soñando escuchar.

JUAN ANTONIO VIEDMA

¡ABANDONADO!

—

En una tarde del Abril florido
vagaba yo por la enramada umbría,
y vi que un triste ruiseñor gemía,
como de fiero cazador herido.
Vile girar en rededor del nido,
mientras su pecho de temor latía,
exhalando con dulce melodía
el eco de su canto dolorido.
Creí que el desdichado lamentaba
de un pastorcillo la malicia fiera
por haberle robado sus hijuelos.
Mas ¡ay! el pobre ruiseñor lloraba
porque, infiel, le dejó su compañera...
¿Y quién no ha de llorar si tiene celos?

JUAN DE DIOS DE MORA



ENTRETENIMIENTOS

—

¡Cuán bella sale la naciente aurora
del fresco seno de los claros mares!...
¡Cuán bello el sol se inclina en los altares
de la noche feliz que la enamora!...
¡Cuán bella es la vespertina hora,
cuando al són de los rústicos cantares,
vuelve el pastor á sus agrestes lares,
y lágrimas de amor la luna llora!

¡Cuán bello el cielo azul baña en reposo
á la luz de sus astros nuestra vida!...
Mas ¡qué hallará que le parezca hermoso
  El que guarda en el alma dolorida
que halló feo, y vacío, y mentiroso,
el corazón de una mujer querida!

MIGUEL DE LOS SANTOS ÁLVAREZ



¡OH, CUÁL TE ADORO!

¡Oh, cuál te adoro! Con la luz del día
tu nombre invoco apasionado y triste,
y cuando el cielo en sombras se reviste
aún te llama exaltada el alma mía.
  Tú eres el tiempo que mis horas guía,
tú eres la idea que á mi mente asiste,
porque en ti se concentra cuanto existe,
mi pasión, mi esperanza, mi poesía.
  No hay canto que igualar pueda á tu acento
cuando tu amor me cuentas y deliras,
revelando la fe de tu contento;
  Tiemblo á tu voz y tiemblo si me miras,
y quisiera exhalar mi último aliento
abrasada en el aire que respiras.

CAROLINA CORONADO

ARMONIAS

I

Cuando un rayo de sol da en mis ojos
al brillar en Oriente la aurora,
y robándome al dulce Morfeo
inunda mi estancia con tintas de rosa,
sus más dulces trinos
exhala la alondra;
el aire parece
que arrulla, si sopla;
las flores esparcen
lozanos aromas,
y, soñando despierto, distingo
tu rostro grabado con lumbre en la sombra.

II

Cuando Apolo en su plaustro encendido,
al mediar su triunfante carrera,
sacudiendo el rojizo cabello,
los campos, los mares, las nubes incendia,
las aves unidas
sus trinos elevan;
del aire el aliento
sofoca y caldea;
las flores despiden
ardientes esencias,
y yo siento tu boca en mi boca,
dejando y cogiendo mil besos que queman.

III

Cuando el padre dichoso del día
se retira rendido al ocaso
y abrillanta las nieblas obscuras
que torpes su rostro velar intentaron,
las aves prorrumpen
en lúgubres cantos;
el aire en las hojas
resbálase lánguido;
las flores se inclinan
con triste desmayo,
y se escuchan dos gritos distantes:
con uno me llamas... con otro te llamo.

CARLOS COELLO



ANTES DE AMANECER

¡Qué envidia, Dios mío,
el sol y las auras;
qué envidia tu espejo,
qué envidia me causan!
¡Qué envidia tu madre,
que irá de mañana
á besar tu frente
con gloria en el alma!
El sol, lo comprendo,
avanza con ansia
por ver cómo hoy brilla
tu dulce mirada,

y por ver ufano
que invisibles hadas
á sus hebras de oro
tu cabello enlazan;
el aire, impaciente,
está en tu ventana
por ver cuándo logran
rozarte sus alas;
tu espejo cual nunca
se siente con habla
y anhela decirte
«el cielo es tu cara».
Y todo su dicha
verá realizada:
tu madre, tu espejo,
el sol y las auras.
¡Tan sólo mis dichas
serán las soñadas!
Pero, antes que á nadie,
poderosa maga
consiénteme al menos
entrar en tu estancia;
que tu madre duerme,
que aún no es el alba,
que aún sin abrirse
está tu ventana,
y yo sólo veo
la yacente estátua
que un coro de ángeles
á alzarse prepara.

Mas luego... ¡Dios mío,
qué envidia me causan
tu madre, tu espejo,
el sol y las auras!

FRANCISCO PLEGUEZUELO

DESDE LEJOS

Como yo vivirás en santa calma,
latiendo acompasado el corazón,
sin discordar un punto del sonido
con que marca las horas tu reloj;
Lo triste al alma llevará tristeza
y llevará lo plácido placer,
sin que secreto sentimiento interno
variado efecto á los motivos dé;
Su propia imagen y adecuado eco
en tu pecho tendrá la realidad,
como en las aguas de sereno lago
las aves y las nubes al pasar;
La débil huella de impresión pasada
no roba espacio á la que viene en pos;
ni la esperanza ni el recuerdo quitan
al momento presente su valor:
La vida racional por excelencia
vives ahora, como yo quizá,
y al caer en tus párpados el sueño
la beatitud del justo sentirás.
Mas ¿qué fueron las horas de martirio,
de horrible padecer y de dolor,

seguidas de un delirio de ventura
que apenas resistíamos los dos?
¿Qué fué de aquellas horas, oleaje
de inquietud, de zozobras y de afán,
de locas alegrías y tristezas,
de sombra y luz, y de virtud y mal?
¿Qué fué de aquellos días tan henchidos
de tanta profundísima emoción,
los únicos, sin duda, que viviste,
los únicos, á fe, que viví yo?
No volverán; pero al pensar en ellos,
cual yo, de fijo, te preguntas tú:
¿Por qué á las almas parecerles puede
vida el pecado y muerte la virtud?

FRANCISCO PLEGUEZUELO



NO TEMAS

Si no ha mentido mi esperanza loca;
si al fin prendió mi fuego en tu alma pura,
y tu mirada dice á mi ventura
lo que se niega á confesar tu boca;
Si no puedes ser ya la ruda roca
en que se estrelle el mar de mi ternura,
y tu rubor á mi febril locura
con llamarada cándida provoca:
Cese, bien mío, el despiadado arte
de tu silencio, y díme que al callarlo
más profundo este amor logró abrasarte.

No temas por mi vida al confesarlo;
pues como he de vivir para adorarte,
no moriré de gozo al escucharlo.

SALVADOR LÓPEZ GUIJARRO

CARTAS CANTAN

—

CONTESTACIÓN Á UN RETO

Me pesará, amigo mío,
perder algo en su concepto,
si le digo que no acepto
su cartel de desafío.
Mas, porque usted satisfaga
lo que tanto su alma ansía,
yo le cedo á Rosalía,
y... buen provecho le haga.
Yo pensé hacerla un favor,
por más que fuese tan bella,
si me casaba con ella;
y pensé bien, sí señor.
Un grande favor la hacía;
nadie de lisonjas pasa,
y, por esto, el que se casa
hace un favor en el día;
Que no es lo mismo decir
ternezas á una mujer,
que renunciar al placer
de libre y solo vivir.

El casarse es una carga
que sólo arrostra algún loco;
pues tiene de dulce un *poco*,
pero mucho más de amarga.
¿Y en pos de sus amarguras
batirme, si no lo dejo?
¡Bah! vale más mi pellejo
que seiscientas hermosuras.
¿Comprar tan caros placeres
que luego dan tanta guerra?
Pues lo que sobra en la tierra,
por desgracia, son mujeres.
Otras hallaré, ¡pues no!
Por doquiera se están viendo
mil y mil, que van diciendo
con el dedo: «Aquí estoy yo».
Su enojo de usted es vano;
abandono á esa mujer,
y tengo inmenso placer
en renunciar á su mano.

UN NECIO Á UN ENAMORADO

Amigo, cándido eres
si á saber no te acomodas
que ángeles parecen *todas*,
pero *todas* son mujeres.
Mujeres que, á tu pesar
(por experiencia te hablo),
hacen pacto con el diablo
para saber engañar.

De su seno lo profundo
nadie ha sabido medir,
porque aprenden á mentir
antes de venir al mundo.
La mujer no sabe amar,
pero quiere ser amada;
y aquella es más desgraciada
que á menos puede engañar.
¿Quién no lo sabe? las bellas
siempre andan buscando modos
de que las adoren todos
sin enamorarse ellas.
Cada cual pretende ser
la única divinidad;
por eso no hay amistad
entre mujer y mujer.
Y se dan *besos* y *abrazos:*
todo esto es puro fingir;
si luego las vas á oir,
se están haciendo pedazos.
En fin, no tiene perdón
á los ojos del prudente,
el que, cuando amores siente,
no se arranca el corazón.

CONSEJOS Á UN CELOSO

¿Es tiempo de que no fíes
de quien se burla de tí?
¿Es tiempo ya, pese á mí,
de que al infierno la envíes?

Me juras que ¡la amas tanto!
sois lo mismo unos que otros;
no basta para vosotros
ni la paciencia de un santo.
¡Válgate Dios por poeta!
adoras á una mujer,
y luego, tiene que ver,
porque la encuentras coqueta.
¡Por vida de Belcebú!
coquetas, todas lo son.
¿Ha de ser una excepción
esa, porque la amas tú?
¿No echas de ver tu egoísmo?
Cuando todas son así,
esa que te gusta á tí,
¿por qué no ha de ser lo mismo?
No olvides, para tu bien,
que de amores el secreto
es, según dice Moreto,
«El desdén con el desdén».

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

A UNOS OJOS

—

El sol, con sus rayos rojos,
ya no brilla, ya no arde;
que está dormida la tarde
y está dormida en tus ojos.

Al morir, con mil halagos
te deja en ellos el día
su vaga melancolía
y sus resplandores vagos.
Y al tender la noche el velo
por las esferas oscuro,
te ruega que guardes puro
el diáfano azul del cielo.
Por eso, niña, los tules
que en tus ojos hay presentes,
son vagos y transparentes;
son soñolientos y azules.
Por eso con rayos rojos
el sol no brilla, no arde;
que está dormida la tarde
y está dormida en tus ojos.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR



EL VOLANTE

Jugando, Eufemia, te ví,
al volante una mañana:
la mejor rosa temprana
tuviera envidia de tí.
¡Con cuánta gracia y donaire,
impulsándole ligera,
tu blanca mano hechicera
le lanzaba por el aire!

¡Y qué instantes soberanos
pasaría el picaruelo
al verse entre cielo y cielo
juguete de aquellas manos!
Cuando el volante tunante
en las tuyas se veía,
¡ay Eufemia! yo decía:
¡Quién pudiera ser volante!
Y la verdad, dolorosa
confesión te voy á hacer:
nunca el hombre á la mujer
le ha servido de otra cosa.
Pues al fin, batiendo palmas
y creyendo que jugáis,
siempre vosotras tomáis
por volantes nuestras almas.
Mas no importa; en adelante,
si quieres jugar un día,
dímelo y te doy la mía:
juega con ella al volante.

R. SERRANO ALCÁZAR



LA MUJER SOÑADA

—

Suele á veces el alma del soltero,
ya de vagar cansada,
obligarle á exclamar: «Casarme quiero
así que encuentre la mujer soñada».

Error, funesto error del que se empeña
en encontrar á la mujer que sueña.
Podrá ser, si queréis, algo atrevido,
mas es uno de tantos pareceres;
perdonen, si al lanzarlo he delinquido,
las señoras mujeres.

Precisamente por rendirles culto
pasé en mi juventud más de un mal rato,
ya alimentando amor que murió oculto,
ya de coquetas frecuentando el trato.
Ahora que bien pudiera peinar canas,
si la calvicie no me lo impidiera,
formas dejando inútiles y vanas,
puedo decirles la verdad entera.

¿Existen las mujeres que fabrica
la mente juvenil entusiasmada?
¿Es ilusión que el duelo dulcifica?
¿Dónde se encuentra la mujer soñada?

La primera mujer con quien soñamos
es rubia, cual son rubios los querubes,
ligera como el aura que aspiramos,
vaporosa y sutil como las nubes.
Tiene dientes de perlas;
sus labios de coral correspondientes
(así se ha convenido en conocerlas
con tales labios y con tales dientes);
ojos que abren al hombre un Paraíso,

breves el talle y pie, cutis de seda;
y... ceso aquí, que es mucho compromiso
continuar detallando lo que queda.
La mágica visión turba la mente
del soñador y su ánimo contrista;
aquélla debe ser precisamente,
en el drama de amor, protagonista.
Fantasma del deseo,
posa un instante en tierra, la llamamos;
el alma le ofrecemos por trofeo...
y entonces despertamos.
Aléjase el fantasma, y ya distinta
la verdad se evidencia:
nuestro ideal se pinta,
es necia ó coja, y llámase Jacinta,
Petronila, Eduvigis ó Prudencia.
Si el desengaño ciega al pobre amante
y es romántico, al viento da un suspiro,
y almuerza unas cerillas de Cascante
ó se arroja al estanque del Retiro.
Si no se mata (y su paciencia apruebo),
vuelve á dormir para soñar de nuevo.

La segunda mujer que el sueño agita
es más gruesa, y su tez algo morena,
mirada ardiente que al placer incita;
burlona risa que el afán refrena.
Vestidura tiránica aprisiona,
sin conseguir borrarlos, sus encantos;
mujer ardiente, en fin, cuya persona

impide que haya en nuestro siglo santos.
«¡Dichoso el hombre que su amor conquiste!»
exclamamos de amor en un exceso;
«nuestra mujer soñada, al cabo existe,
¡vaya!... ¡de carne y hueso!»
Pero aquella mujer está casada;
otro feliz mortal logra sus mimos,
y se encuentra tan bien emparentada
que tiene en el ejército diez primos.
Su casa, más que casa, noche y día
se parece á un cuartel de Infantería.
Otras veces sabemos
que, aunque pensamos verla, no la vemos:
que su hermoso cabello, luengo y rizo,
por ocho duros lo compró postizo;
que sus ojos rasgados,
por pincel diestro fueron prolongados;
y que su cuerpo, que nuestra alma inflama,
tiene contornos de algodón en rama.
O bien, cuando del triunfo ya seguros
á ella nos dirigimos,
á ofrecerle el amor que la rendimos
se adelanta á pedirnos cuatro duros.
Quien con tal indirecta no despierte,
de fijo duerme el sueño de la muerte.

Otra mujer al hombre le desvela:
rauda cruza delante de su vista
arrastrada en lujosa carretela.
Noble y capitalista

sabemos que es su padre. ¿Quién desea
averiguar si la hija es guapa ó fea?
Puesto que de sus bienes está cierto,
sueña el amante y sueña ya despierto.
Quisiera que le hicieran ver los hados
á los briosos caballos desbocados,
arrojarse sobre ellos,
y no por impedir sus atropellos,
sino á fin de auxiliar con hidalguía
á la bella señora y desgraciada,
la cual, al ver que un joven la auxilía,
en sus brazos se arroja desmayada.
Tales lances y tales carretelas
son cosa muy corriente en las novelas.
O bien pretende que su casa el fuego
devore de la noche á la mañana,
para, impetuoso y ciego,
acudir escalando la ventana
y salvar á la bella de la hoguera,
en la cual, sin su arrojo, pereciera.
O bien, últimamente,
desea sorprender á un maldiciente
que la virtud de la mujer soñada
ponga en duda; pegarle una estocada
ó cortarle la lengua por precita,
y decir á la bella: «Señorita:
El infame Zutano,
que pretendió infamarla, ya no existe;
si algún derecho á reclamar me asiste,
conceda al vengador amor y mano».

Pero la mente sueña, y sueña loca:
ni el tronco de caballos se desboca,
ni se quema la casa,
ni hay maldiciente, de la dama en mengua,
á quien cortar la lengua;
y el tercer ideal al fin se casa
con quien lleva, no en sueños de Quijote,
sino más de un millón para la dote.

Terrible desencanto el del soltero
cuya alma de vagar está cansada,
y al hacerle exclamar: «Casarme quiero»,
busque para ello á la mujer soñada.
Este es mito, sin forma y sin aroma:
una en belleza, en condiciones vária,
que el arte al animar de Grecia y Roma
hizo imperecedera su estatuaria.
Es mito vaporoso,
impalpable, sutil, resplandeciente,
que quita al sueño todo su reposo
agitándole dulce ó febrilmente;
que de quimeras mil en pos nos lanza;
que cambia nuestra choza en un palacio,
hasta que se destruye la esperanza
como el humo se pierde en el espacio.
No la busquemos, pues: tan loco empeño
debe morir, como nació, en el sueño.

Y el que casarse quiera,
para siempre abandone la quimera

de hallar el ideal con que ha soñado,
tan perfecto y al par tan increíble...
No podrá ser feliz ningún casado
que busque de soltero lo imposible.

M. OSSORIO Y BERNARD



¡MUJERES!

—

El nombre no recuerdo, á punto fijo,
de un apóstol que dijo:
«De Dios el hombre es gloria;
del hombre la mujer es otro tanto».
Yo, repasando mi amorosa historia,
no puedo estar conforme con el santo,
porque me acuerdo con pesar eterno
de mujeres, ya dulces ó ya esquivas,
que en vez de ser mi gloria, ¡voto á cribas!,
sólo han sido mi infierno.
Una, con calculado desdén frío,
dejó en mi corazón yerto un vacío;
otra, ceder fingiendo á mi deseo,
me enseñó del amor el lado feo;
otra, en el alma mía
haciendo presa, en su impudencia loca,
envenenó el aliento de su boca
las ilusiones ¡ay! que yo tenía;
y otra..., y otras después, á cual más bellas,
fueron á cual peores todas ellas;

y con tantos vaivenes,
hermosos males y mezquinos bienes,
celos, incertidumbres
y mudanza continua de costumbres,
saqué sólo en la liza
el triste corazón hecho ceniza.
Desencantado y pobre el pensamiento
y (lo que yo más siento),
mi juventud, de puro malparada,
parece una vejez bien conservada.
¡Ay! ¿Para qué me sirve la existencia,
muerta la luz de mi esperanza hermosa?
Nada tengo...; sí tengo, la experiencia,
que, según dicen, es una gran cosa:
por ella vemos que el amor nos daña;
que el que se dice amigo nos engaña,
y que cuanto en la tierra se sustenta
es por operación de compra y venta.
Y con tanta experiencia,
acabamos un día
por bendecir la dulce pulmonía
que nos lleva de Dios á la presencia.
Todos estos placeres
á vosotras debemos, ¡oh mujeres!
Yo, por más que os esté reconocido
á la experiencia que me habéis legado,
lloro por el perdido
hermoso tiempo en que viví engañado,
que es el único tiempo que he vivido.
Estas razones tengo

poderosas; por eso no convengo
con... no recuerdo el nombre á punto fijo
del apóstol que dijo:
«De Dios el hombre es gloria;
del hombre la mujer es otro tanto».
Yo, repasando mi amorosa historia,
no puedo estar conforme con el santo.

NARCISO SERRA



ASÍ ME GUSTA

—

Supuesto que así lo quieres,
á tu gusto me anticipo,
describiéndote mi tipo
ideal de las mujeres.
De palmito, que es la cosa
en que más amor confía,
ni horrible como una arpía
ni como Vénus hermosa.
Quiero la balanza en fiel,
ni muy mucho, ni muy poco;
ni para los niños coco,
ni para las moscas miel.
Talle delgado no quiero,
ni que lo tenga por timbre,
que eso de palma y de mimbre
está bien para un cestero.
Lo de seno de alabastro,
y lo mórbido y turgente...,

no me gusta que la gente
ande siguiéndole el rastro.
Yo no sé si á las beldades
ese elogio sienta bien,
pero eso es meterse en
muchas interioridades.
Muy alta no la deseo,
que parece en cualquier parte
que vas con un estandarte
cuando sales á paseo.
Pie pequeño es excelente;
mas temo, no sé por qué,
pretenda hacer de su pie
exposición permanente.
En cuanto á su génio, basta
que sea humilde, hacendosa,
obediente, respetuosa,
lo que se dice una pasta.
No rústica, pero buena,
que sus rezos no descuide,
pero que tampoco olvide
su casa por la novena.
Que ignore á carta cabal,
á la política extraña,
si hay gobierno ó no en España
(y no lo digo por mal).
En fin, mucho más diría,
porque se presta el asunto;
pero prefiero hacer punto,
no lo achaques á manía.

Dando fin á mi labor,
haciendo, en suma, saber,
que me gusta la mujer
cuanto más buena, mejor.

JULIO MONREAL



EN UN ALBUM

—

Amor, sacando un dardo
de su dorada aljaba,
un álbum desplegaba,
y á mí se presentó.
—Para una hermosa—dijo—
que hoy en mi templo vive,
en ese libro escribe
con este agudo arpón.
Hijo de Apolo, canta
el triunfo de una hermosa,
envidia de la rosa
que empieza á despuntar.
Escribe, y no pretendas
gozar de su presencia,
si grata independencia
anhelas conservar.
Abrasadora llama
brilla en sus ojos bellos,
mi antorcha enciendo en ellos,
mil pechos hago arder;

Y es su negro cabello,
rival de mis arpones,
de incautos corazones
inevitable red.
Escribe.—Yo, temblando,
obedecerle intento,
y entre mis dedos siento
fuego el arpón brotar:
Llevo á las blancas hojas
su ardiente punta de oro,
y... «¡Hermosa, yo te adoro!»
sólo acerté á grabar.
Amor el álbum toma,
y vuela y desparece,
y á la Ninfa le ofrece
que hermosa me pintó.—
¿Aceptará benigna
el dón que la dirijo?—
Lo que la Ninfa dijo
no me lo ha dicho Amor.

VENTURA DE LA VEGA

EL CAMBIO

Anoche me dijiste en un instante
de ardorosa pasión:
«A ti sólo te quiero, soy tu amante;
tienes mi corazón».

Llevó mi mano al pecho la impaciencia
de hallarlo allí detrás,
y me dijo muy triste la experiencia:
¡uno late no más!
Pero aquella aflicción pasó al momento;
si yo el mío te dí,
será tu corazón el que yo siento
latir dentro de mí.

JUAN JOSÉ HERRANZ
Conde de Reparáz.



MIS FALTAS

—

Me han contado que te quejas
de mi injusto proceder:
te doy la razón por verte
con razón alguna vez.
Dices que tengo mal alma,
y tienes razón también;
que quien de ti se enamora
mal alma debe tener.
Que soy un perdido: cierto;
perdido, pues, te gané,
y si no te pierdo pronto,
me acabará de perder.
Que soy celoso; lo era:
que no es celoso el que vé
y que tengo, sobre todo,
un genio de Lucifer;

Y aunque tú tienes tu madre,
que es cualidad más cruel,
yo confieso que mi genio
malillo debió de ser;
Que el hombre que prueba á sorbos
tu condición y tu fe,
debe poner una cara
más horrible cada vez.
Tengo otra falta, que siempre
causa de tu enojo fué;
una falta, lo confieso,
aborrecible, soez,
Y para ti la más fiera
que un hombre puede tener.
Ojos que te ven por dentro
y sabes tú lo que ven.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

PENSAMIENTOS

La mujer, nuestra existencia
condena á dolor profundo
ó á perpétua complacencia;
y no hay poder en el mundo
que revoque la sentencia.

Como el sol por sus reflejos
logramos adivinar,
y por su aroma el azahar,

y el grave són desde lejos
anuncia cercano el mar.
Yo adivino tu alma pura
en la apacible quietud
del hombre que amor te jura,
y contemplo en su ventura
resplandecer tu virtud.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA



EN UN ÁLBUM

Abre al amor el alma,
niña hechicera;
prefiere á triste calma
dulce quietud;
primavera sin flores
no es primavera;
juventud sin amores
no es juventud.

FEDERICO BALART



CONTRASTES

(Á UNA MUJER)

Te extrañas, y con razón,
de que yo, contigo injusto,
por cada satisfacción
te proporcione un disgusto.

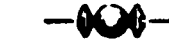
Y otras veces, al revés:
de que ponga cara adusta,
pero un momento después
te dé lo que más te gusta.
Y ¿tú no sabes por qué
soy ya amigo, ya enemigo?
Pues mira, te lo diré,
aunque te enfades conmigo.
Y aunque iracunda recibas
mi revelación... ¡mejor!
porque esas alternativas
son la prueba de un amor
Que me hace ser, al mirarte,
más ciego, loco y ardiente;
como voy á demostrarte
de la manera siguiente:

El mayor de los placeres
que nadie pensó en gozar,
es mirar á las mujeres
cuando acaban de llorar;
Y olvidando los agravios,
pero conservando enojos,
abren en risas sus labios,
mientras aún lloran sus ojos.
Para mí es un gran placer.
Y hallo tan sublime encanto
en que ría la mujer
antes de enjugar su llanto,
Como en lo que le equivale,

por hermoso y singular,
que es, lloviendo, ver que sale
el sol la lluvia á alumbrar.
¡Ríes...; tu cabeza rubia
aún yace en triste desmayo...;
pues lloras, tu llanto es lluvia;
tu risa es del sol un rayo!
¡Y llanto y risa por mí
que en tu amor mi sér enciendo!
¡Oh, qué hermosa estás así,
llorando á un tiempo y riendo!
No me mires con asombro,
y permíteme que apoye
mi cabeza sobre tu hombro,
cerca de tu cara. Oye.
..... Siento ya nuevos antojos,
que son del amor resabios:
y pues me dan luz tus ojos
y sed ardiente tus labios,
Ya que en derecho me toca,
deja, que antes que se queje,
tome un beso de tu boca
y en tus párpados lo deje.
¡De este modo, con fervor,
puedo adorar en tu sér
las lágrimas del dolor
y las risas del placer!
Y así unidos, juntos, presos
uno en otro, beberé
tu dulce llanto, y á besos

tu boca enmudeceré.
Y si al fin estás contenta,
los besos te haré contar:
y haga Dios que sea la cuenta
cuento de nunca acabar.

GERARDO BLANCO



ANTES Y DESPUÉS

—

Antes de verte brillar
desde el antro en que me hallaba,
á la tumba caminaba
sin saber qué era gozar.
Y cruzaba en mi aflicción
aquella senda de abrojos,
con lágrimas en los ojos
y luto en el corazón.
Raudo al mundo me lancé
y la vida aborrecí;
pero te hallé, y aprendí
lo que era esperanza y fe.
Brotó un raudal de consuelo
en el alma indiferente;
tornó á inflamarse la mente
y tuve un mundo y un cielo.
Y yo, que sólo enemigos
sobre la tierra miré,
en ti, mi vida, encontré
padres, hermanos y amigos.

Y fué dicha la aflicción,
brotaron flor los abrojos,
y enjutos hallé mis ojos
y alegre mi corazón.

MANUEL TAMAYO Y BAUS

¡NO SUEÑES!

«Tú para mí, yo para ti, bien mío»,
murmurábais los dos.—
«Es el amor la esencia de la vida»
«No hay vida sin amor».
¡Qué tiempo aquel de alegres armonías!
¡qué albos rayos de sol!...
¡Qué tibias noches de susurros llenas!
¡qué horas de bendición!
¡Qué aroma, qué perfumes, qué belleza
en cuanto Dios crió,
y cómo entre sonrisas murmurábais:
«No hay vida sin amor!»
Después, cual lampo fugitivo y leve,
como soplo veloz,
pasó el amor... la esencia de la vida...
mas... ¡aun vivís los dos!
«*Tú de otro, y de otra yo*», dijísteis luego...
¡oh, mundo engañador!
Ya no hubo noches de serena calma;
brilló enturbiado el sol...

¿Y aún, vieja encina... resististe? Aún late,
mujer, tu corazón?
No es tiempo ya de delirar... no torna
lo que por siempre huyó.
No sueñes ¡ay! porque llegó el invierno
frío y desolador;
huella la nieve valerosa, y cante
enérgica tu voz:
«Amor, llama inmortal, rey de la tierra,
ya para siempre, ¡adiós!!»

ROSALÍA CASTRO DE MURGUIA

PIENSA EN MÍ

Cuando sus alas la noche
en el firmamento tiende,
y en parda sombra velada
la naturaleza duerme;
si alzas acaso los ojos
á la bóveda celeste,
y libre tu pensamiento
en el espacio se pierde,
¡piensa en mí!, que en ti pensando
entonce estoy como siempre,
y creo ver en las estrellas
el resplandor de tu frente.

Si de la flor favorita
que tu ventana embellece,

y que al viento de la tarde
abre su cáliz de nieve,
aspiras el grato aroma
en el perfumado ambiente,
¡piensa en mí!, que en ello busco,
enamorado y ausente,
un recuerdo de otros días
que consuele.

Cuando sola y pensativa
en tu oculto gabinete
nuestros queridos poetas
recorras con vista ardiente;
si una lágrima furtiva
de tus ojos se desprende,
¡piensa en mí!, que busco en ellos
acentos que me recuerden
aquel tiempo venturoso
que huyó breve.

Cuando lanzan las campanas
su *adiós* al día que muere,
y allá en el vago horizonte
ráfagas de fuego enciende;
si acaso de un templo buscas
la tranquilidad solemne,
¡piensa en mí! y ora conmigo
para que yo vuelva á verte,
que un ángel llevará al cielo
tus tiernas preces.

Elvira, luz de mis ojos:
si el recuerdo del ausente
en el bullicio del día
acaso se desvanece,
cuando la noche callada
en sombras al mundo envuelve,
y el alma vuela tranquila
y ligera como el éter,
¡piensa en mí!, que en ti pensando
entonce estoy como siempre.
Tu pensamiento y el mío
unidos al cielo vuelen,
como dos ondas sonoras
de dos arpas se desprenden
y en una sola armonía
en el espacio se pierden.

ARÍSTIDES PONGILIONI

—∞—

ES EN VANO

—

Después de haber cantado
la juventud, el genio, la belleza,
la orgía delirante,
la expansiva terneza
con que el beso de un labio palpitante
absorbe un corazón enamorado...
Después... cuando la sangre va rendida
por las cansadas venas,
y un laurel cubre apenas

la aridez del desierto de la vida,
artista, rompe el arpa, que es en vano
bajo esa fría mano
querer galvanizar al sentimiento.
Sobre las cuerdas de tu lira inerte
caerá tu pensamiento
mudo como el abrazo de la muerte.
Más rápido que el beso de las brisas
pasó el brillo ideal del astro mío,
llevándose mi fe...; casta azucena
que con mi sangre cultivó mi pecho.
Murió, murió embriagada entre las risas
de unos labios más suaves que en estío
un regalado lecho
de frescas rosas, por los cisnes hecho.
Fugaz es el perfume de las flores;
fugaz la nube de arrebol teñida;
como ellas la ilusión en los amores,
y aún más lo que se vive de la vida.
Cuando el frío recuerdo
brota bajo el rosal de la esperanza,
que pierde de sus hojas la frescura;
cuando ya los suspiros
huyen dejando un fondo de amargura,
como los ayes que el enfermo lanza...
rasgad el corazón, porque es en vano
que el ave que voló vuelva á su nido
á gemir solitaria en el verano
su cántico de amor no respondido.

José GUTIÉRREZ CABIEDES

LAS EDADES DEL AMOR

—

I

En la edad infantil, Estrella mía,
es el amor un vago sentimiento
que funda su versátil monarquía
en las instables ráfagas del viento.
Un insecto, una flor, un dije, apuran
de sus amores la afección dichosa,
y esos amores duran... lo que duran
el juguete, la flor, la mariposa.

II

En la creyente juventud, las horas
se deslizan fugaces; todo en ellas
es vehemencia, y pasión, y encantadoras
visiones que la fe nos pinta bellas.
Un paso más, y el aura fementida
del desencanto, los amantes lazos
relaja, y al final de la partida
resulta... el corazón hecho pedazos.

III

Ya en la estéril vejez, desconfiada,
se buscan, tras de afanes tan prolijos,
la casta esposa que vivió olvidada
y las caricias de los tiernos hijos.

¡Amor, amor verdad! Su fuerte mano
le da sostén, ahuyenta los enojos,
y en el postrer momento, del anciano
con célica piedad cierra los ojos.

—

Es el amor en la infantil jornada
ilusión, viento, nada.
Es el amor en nuestra edad florida
la muerte de la vida.
Es el amor en la vejez inerte
¡la vida de la muerte!

TOMÁS RODRÍGUEZ RUBÍ

—

AMORES

—

Sentados mano á mano,
en plática serena
estábamos los dos, tras de la almena
del castillo romano
que á Cártama domina
con su deshecha gigantesca ruina.

—

Vestido de fantásticos reflejos
el mar Mediterráneo,
medio asomaba al lejos;
el vespertino ambiente
grato aroma de azahares nos traía;
en la breve laguna

temblando de inquietud resplandecía
la última luz del cándido Occidente...
¡Oh tardes de la bella Andalucía,
propicias al amor como ninguna!

—

La extensa vega en soledad quedaba,
con sus cañas de azúcar, sus olivos,
y sus altos cipreses pensativos.
En burlas ó de veras
doliente se quejaba
el céfiro al herirse en las chumberas;
al compás de la esquila soñolienta
regresaban las cabras al aprisco,
y un gitano, delante de la venta,
adormecía el són de su guitarra
con un aire morisco,
aprendido tal vez en la Alpujarra.

—

Absorto, conmovido,
en contemplar la pálida grandeza
del crepúsculo, estaba yo embebido,
cuando de pronto se me entró en el alma
una creciente singular tristeza.
Me dí á pensar en las confusas nieblas
de mi país lejano,
en su grave hermosura
y en la canción siniestra que murmura
al socavar sus costas el Océano.
Tendí los vagos ojos
de la memoria por el vasto imperio,
y al detenerse en una tarde fría,

última tarde de la patria mía,
que pasé reclinado
en el claustro de un viejo monasterio,
creíme transportado,
á favor de las auras campesinas,
del triste patio á las desiertas ruinas.

—

Ví la fuente sonora
de aquella soledad habitadora,
cuyo rumor monótono y cansado
parece, con sus hálitos inciertos,
á arrullar destinado
el hondo sueño de los frailes muertos.
Y destacándose en la mole negra
de la pared, reconocí la mata
de jazmines, que alegra
la vejez de la hendida columnata.
Lo mismo que aquel día las oyera,
presa de mis nostálgicas visiones,
oí, turbando del recinto yerto
el profundo silencio funerario,
las risas de dos niños juguetones
que tocaban á muerto
en la cima del alto campanario.

. . . .

—¿En qué piensas—me dijo con voz ruda,
frunciendo el arco de su lindo ceño,
mi compañera:—¿En otro amor sin duda?
—En tí, mi bien—le contesté risueño.

ALFREDO VICENTI

TU HERMOSURA

—

Contemplando tu hermosura,
que luz radiante destella,
mi perdición es segura;
pues á un tiempo encuentro en ella
vida, color y dulzura.
Y es que tiene tal poder,
atracción tan singular,
que no se sabe qué hacer,
si mirar y enloquecer
ó salvarse... y no mirar.
Tus ojos son dos brillantes
que carbonizó el deseo,
y cuyos rayos punzantes
los forjaron las Bacantes
y los embotó Morfeo.
Pues hay, por contraste extraño
en su revolver dormido,
dulce paz y aspecto huraño:
algo, que hiere sin ruido,
algo, que mata sin daño;
Algo que dá calentura,
y es abrumador, y es leve,
y es luz, y es tiniebla oscura,
y lo mismo que la nieve
abrasa con su frescura.
¡Privilegio arrobador
de dos llamas, que al brillar,

para que abrasen mejor,
sólo se pueden templar
con los besos del amor!

Como el que sediento llega
á la rumorosa fuente
cuando el sol de julio ciega,
y anhelante se doblega
por gustar de su corriente,

Así pienso que ha de ser
quien sintiendo tu mirada
baje los ojos, al ver
de tu boca perfumada
el húmedo rosicler.

Sed ardiente, vivo anhelo,
algo que no determina
si es terrenal ó del cielo,
le hará buscar un consuelo
en su linfa cristalina;

Qué sería el beso aquel,
sinó libar dulce miel,
beber en el seco estío
frescas gotas de rocío
en el cáliz de un clavel?

Y, por Dios, que no exagero
ni á tí decirlo te toca;
que si por tu boca muero,
jamás describir espero
los encantos de tu boca.

Que aunque pudiera un pintor
reproducir su belleza,

faltaría lo mejor...
¡La aromática pureza
de tu aliento embriagador!
Aspirándolo á tu lado,
viendo tu rostro ovalado
y tu tez en que se aduna
del alba al tinte rosado,
el ópalo de la luna.
Mirando de tu cabello
los atezados hechizos
que, desde la frente al cuello,
reina de todo lo bello,
te corona con sus rizos.
Viendo que tu talle breve,
como un ánfora romana
ensancha su curva leve,
y en amplitud soberana
forma al fin montes de nieve.
Ríndese el alma al poder
de tu hermosura sin par,
y no se sabe qué hacer...
¡Si mirar y enloquecer,
ó salvarse... y no mirar!

MANUEL VALCARCEL

EL QUE NO SE AVENTURA...

Gilda tenía una rosa
clavada con alfileres
en la cabellera undosa.

¡Las mujeres
se adornan con cualquier cosa!
Y cuando llegó á la plaza
el día de la Ascensión,
excitó la admiración
la rapaza,
con muchísima razón.
Porque Gilda era graciosa
y gentil y vivaracha
cual cándida mariposa,
y le sentaba la rosa
de tal modo á la muchacha,
que al instante de llegar
los mozos se dieron cita
para sacarla á bailar...
¡Claro! ¡estaba tan bonita!
¡Cuánto bailó, Virgen santa!
¡Cuánto galán se atrevió
á pedirla amor! ¡Con cuánta
soltura dijo que no!
Como siempre la esquivez
es espuela del deseo,
el desdeñado una vez,
ó por mal mozo ó por feo,
con doble empeño volvía
y el baile se iba animando,
y Gilda en sí no cabía
de vanidad y alegría;
porque cuando
ve la mujer que la adora

el hombre á quien trata altiva,
se juzga dueña y señora
y se pone más esquiva
cuanto más él se enamora.
Resumen: aquella tarde
no hubo mozo en el lugar
que entre atrevido y cobarde,
al mirar
tan prodigiosa belleza,
no hablara á Gilda de amor
y la pidiera la flor
que llevaba en la cabeza.
¡Que si quieres!
Siempre Gilda la negaba,
y allí la rosa se estaba
prendida con alfileres.

—

Hete que un mozo, un gañán
sin pizca de educación,
atento al *tan taran tan*
del tamboril, y al porrón;
que no se había fijado
en si Gilda estaba allí,
ni en la que se había armado
por causa tan baladí,
la fué á sacar á bailar
sin maldito el interés,
y la chica, al aceptar,
dejó plantados á tres
sin poderlo remediar.

Al fijarse en Gilda luego,
la miró con mucho fuego;
la dijo:—¡Cristo! ¡qué guapa!
esta rosa me la dás,
¿verdá, tú?—Y sin decir más
se la puso en la solapa.
¿Piensa usted
que la moza, hecha una arpía,
se irritó por el alarde
de imprudente grosería,
al quitarla lo que había
negado toda la tarde?
Pues no fué así, no señor;
se rió como una loca
y lo tomó por favor.
En los combates de amor
vence siempre el que provoca.
Gilda obedeció al destino
y firmó al punto las paces...
¡Fortuna juvat audaces!,
que dice el refrán latino.

SINESIO DELGADO

AMOR GRAMATICAL

Al escribirte este día
bien mi cariño me abona,
si puedo una *frase* impía
verter, Teresa, y perdona
la extraña *cacofonía*.

Sufriendo me tiene el hado,
y aun rabiando en el aprieto,
y aun muriendo, desdichado,
y tanto *gerundio* meto,
porque estoy muy gerundiado.
No creas cuando te escribo,
haciendo el dolor patente
de mi amor *superlativo*,
que me quejo tontamente
de tu tono *imperativo*.
Pues si tienes arrogancia,
yo de ella no estoy escaso;
lo cual pide la observancia
de una cierta *concordancia*,
y en este *caso*, no hay *caso*.
Que reir cuando otro ría,
cual odiar al que nos odia
y fiar al que nos fía,
si no es cuestión de *prosodia*,
es cuestión de *analogía*.
Por eso en la discusión
tu *modo* suelo excusar,
y lo digo sin pasión,
tu carácter *singular*
no me causa *admiración*.
Mas si otro galán te acosa
y le muestras entusiasmo,
me sulfuro, hablando en prosa,
porque en amor, niña hermosa,
no concibo el *pleonasmo*.

Procura, pues, evitar
sinsabores y pesares,
que yo, para *conjugar*
con primor el verbo *amar,*
no necesito *auxiliares.*

Porque aquí donde me ves,
sé el *régimen,* vive Dios,
y tal mi carácter es,
que admito el *común de dos*;
pero no el *común de tres.*

Que haya algún *infinitivo,*
pase, en el *impersonal;*
mas si á cierto *indicativo*
llegas, largo un *adjetivo*
que ha de sonarte muy mal.

Te lo juro por mi *nombre;*
rechaza la *conjunción*
supuesta, ó tras un *pronombre*
te suelto una *interjección,*
que te hago ver que soy hombre.

El amor que es *imperfecto*
no puede volverme loco.
Á mí me agrada el *perfecto,*
y si te parece poco
lo exijo *pluscuamperfecto.*

Tenlo, Teresa, entendido;
nada de *condicional*
en tu afecto es lo que pido;
rechaza el *indefinido,*
huye, por Dios, del *plural.*

Mas no me despidas luego,
para seguir el bromazo;
pues en mi amor, casi ciego,
á la *apócope* no llego,
si la *epéntesis* rechazo.

Y no, á fe, por querellarme
de tu proceder candongo,
en tal posición me pongo,
que vayas á *sincoparme*
como un inútil *diptongo*.

Si me oyes, nunca perjuro
te seré, y eternamente
contarás, niña, seguro
el amor de este *presente*,
que quiere ser tu *futuro*.

JUAN MARTÍNEZ VILLERGAS

CÁSATE

—

Ya que el siglo diez y nueve
es un siglo detestable,
en que abundan las mentiras
y escasean las verdades;

Una vez que el siglo dice
que es un absurdo casarse,
toma, lector, mi consejo,
prescinde del siglo, y *cásate*.

No te asustes del catálogo
de infortunios y percances
con que el asunto enriquecen
célibes recalcitrantes,
Ni te arredre el que hayan dicho
los Persios y Juvenales
que lanzarse al matrimonio
es como al Tiber lanzarse;
Que el gremio de solterones
de buena tinta no sabe
si el matrimonio es la gloria,
ó es el tonel de los males.
Y fuera, como tú ves,
una tontería grande,
por peligros que otros sueñan,
neciamente acobardarse.
Y convengo en que una boda
es empresa formidable;
pero el hombre, antes que todo,
ha de ser hombre, ¡qué diantre!
Y mucho más si ya pasa
de las treinta Navidades,
y no tiene ni familia
ni perrito que le ladre.
¡Es tan triste vivir solo
y sin que haya en este valle
quien nos quiera y quien nos mime,
quien nos cosa y quien nos planche,
Que bien puede uno exponerse,
huyendo tan duro trance,

á dar con una mujer
por ir en busca de un ángel!
Téngase además en cuenta
el que Cartesio ó Descartes,
aunque sufrió con su cónyuge
más de cuatro rifi-rafes,
No por eso sucumbió
á las penas conyugales;
ántes bien, hallando en ellas
causa y motivos bastantes
Para meterse á filósofo,
dió con sus penas al traste,
y se hizo á puras reyertas
un filósofo notable.
Cierto que en el matrimonio
abundan los ejemplares
de cabezas que florecen
con las coronas nupciales;
Pero no todas las frentes
corren riesgo semejante
ni el mal en sí es tan terrible:
todo está en acostumbrarse.
Los griegos y los egipcios,
que eran hombres muy formales,
frente y cuello con guirnaldas
solían engalanarse.
Entre gentiles y hebreos
fueron signos honorables
las excrecencias que hoy día
pasan por signos fatales.

Del divino Moisés
en las sienes venerables,
brillan dos cuartos de luna
que envidiaría el buey Apis.
Y no debe ser, en fin,
la cosa tan repugnante
(por más que de esta doctrina
sean pocos los secuaces),
Cuando Júpiter Ammón
tuvo á bien que le adorasen
bajo la forma gallarda
de un carnero trashumante.
Ardan, pues, del himeneo
las antorchas saludables
y álcense altivas las frentes
de los novios vergonzantes;
Que el riesgo de ser el ídolo
de una tierna pasífae,
no equivale ni con mucho
á la série de desastres
Que experimenta el que vive
luchando con los desmanes
de patronas, lavanderas
y otras furias infernales.
No siempre hemos de ser pollos
ni hemos de andar, ¡voto á sanes!,
apurando hasta las heces
de amor el impuro cáliz...
A la loca juventud
suceda otra edad más grave,

de la cual es la tristeza
compañera inseparable.
Y ¡ay del hombre á quien sorprenden
de aquella edad los pesares
en una noche de insomnio
y en un solitario catre!...
Esto en lo que hace al espíritu;
porque respecto á la carne,
al finar la juventud
empiezan los alifafes.
Y no hay pena más amarga
que la pena insoportable
de no tener quien escuche
nuestros quejumbrosos ayes.
Y si de estas reflexiones
pasamos á los detalles
de los que ofrece el precepto
crescite et multiplicamini,
¿Puede haber dicha mayor
que la dicha incomparable
de que en la luna de miel
deben gozar los amantes?...
Consecuencia de esta dicha,
por términos regulares,
suele ser otra sublime,
embriagadora, inefable:
Con ella adquiere la esposa
nuevas gracias, más realce,
hasta el punto que, en mi juicio,
se diviniza al ser madre.

Huye entonces la discordia
de los domésticos lares,
porque desgarran su tímpano
los lloros angelicales.

Y libres de ella los cónyuges
saben tan bien arreglarse,
que no hay don Juan que no envidie
la paz de los pobres Juanes.

Por eso, aunque el siglo diga
que es un absurdo el casarse,
toma, lector, mi consejo,
prescinde del siglo y *cásate*.

Si en el matrimonio hay riesgos,
háilos mayores, si cabe,
en la vida procelosa
de amoroso brigandaje.

Ríete de las hablillas
de algunos hombres mordaces
que de la mujer han dicho,
entre otras divinidades,

Que en lo inconstante es veleta;
una fiera, en lo indomable;
en lo lenguaraz, cotorra;
en lo pedigüeña, fraile.

Ellos, para hablar así,
qué tendrían, es probable,
por sus propias trabacuentas
sus razones especiales.

Pero igualarlas á todas
fuera yerro imperdonable,

pues no es razón que las justas
por las pecadoras paguen.
Si es cierto que ha habido Circes,
Mesalinas y otras tales,
también ha habido Lucrecias
(aunque no tan abundantes).
Y no hay que echar en olvido
que ha dicho un ilustre vate (1)
«que es honrar á las mujeres
»deuda á que obligados nacen
»Todos los hombres de bien,
»por el primer hospedaje,
»que de nueve meses deben,
»y es razón que se les pague».

Esteban GARRIDO

ENTRE UN VIEJO Y UN JOVEN

(Diálogo de un sainete inédito.)

—¡La mujer!... ¡Maldita sea!
Despreciativa, insolente,
te toma el pelo de un modo
que ni tú mismo lo adviertes.
Juega contigo y se burla
si vé que por ella mueres,

(1) Lope de Vega, en *El premio de bien hablar*.

y responde á tus caricias
con celos y con desdenes.
Si la desprecias, te sigue,
besa tus plantas si quieres,
si la mandas rodar, *roda*,
resignada y obediente.
Para trances apurados,
en su falso pecho tiene
los suspiros á docenas,
las lágrimas á torrentes.
Si eres pobre, no te escucha;
si eres rico, te pretende;
seductora te fascina,
y cuando coge en sus redes
tu corazón candoroso,
con saña impía lo muerde,
lo destroza, lo aniquila,
ó te lo empeña ó lo vende!...
—¿Cuántos años tiene usted?
—Cincuenta.

—¿No más?

—Y meses...

—¿Pero cuántos meses, hombre?
—¡Me estrechas inicuamente!
Allá van... ¡Noventa y seis!
—Entonces, bien se comprende
que para usted, noble anciano,
sean así las mujeres.
Para mí, que soy un joven
muy guapo (y usted dispense),

gloria bendita del cielo
se me antójan las mujeres.
Por un beso de sus labios
voy derechito á la muerte...
por un suspiro que salga
de su corazón ardiente
y que, consagrado al mío,
derechito en él se entre,
doy la sangre de mis venas
gota á gota con deleite.
De la discreción espejo,
quiero que ellas me aconsejen;
por una frase amorosa
que en mis oídos resuene
de mi novia ó de mi madre,
doy lo que usted ya no tiene,
el alma y el corazón...
y cuanto el mundo posee.
—Eso vá en gustos...
—Es falso...
por no decirle que miente.
Va... en edades. Y usted más
que para hablar de mujeres,
está para unas sopitas,
buen vino y paños calientes...
Y para otra vez le encargo
que tenga usted bien presente
lo que el gran Lope de Vega,
hablando de las mujeres,
pone en labios de un galán,

quien oyendo á un mozalbote
mal educado y soberbio,
que las insulta y ofende,
exclama de esta manera:

«Que es honrar á las mujeres
deuda á que obligados nacen,
todos los hombres de bien
por el primer hospedaje
que de nueve meses deben,
y es razón que se les pague;
que puesto que son las lenguas
espadas, para templarse
quiso Dios que las pusiesen
en los pechos de sus madres».

Por la copia.
TOMÁS LUCEÑO

18 Enero 1908.

—:—

UN POEMA

—

LA PRIMERA CITA

Ella espera, llega *él*,
y los dos miran al suelo.
¡El jardín parece un cielo
con el cielo por dosel!
Alzan los ojos, se miran,
y se estremecen de amor;

suspiran, y en su candor
no saben por qué suspiran.
Todo calla, ni un acento
turba la plácida calma;
el alma responde al alma
en las notas del aliento.
Las aves, formando coro,
saludan al nuevo día,
y se une á su melodía
un repetido «¡te adoro!»

—

EL PRIMER BESO

Solos están, y sus manos
tienen há tiempo enlazadas;
en sus amantes miradas
descifran bellos arcanos.
Un ave canta, y su canto
sus corazones conmueve;
él quiere hablar, no se atreve,
y la mira con encanto.
La mira, y al suelo *ella*
confusa baja los ojos;
él cae á sus pies de hinojos
y un beso en su mano sella.
De celos en un acceso
la luna su faz esconde,
y el eco al amor responde
con un beso y otro beso.

—

EL PRIMER DESEO

Ella, en el césped sentada,
le contempla tiernamente:
él tiene su noble frente
en su rodilla apoyada.
Ella se retira un poco,
y *él* un poco se retira:
ella le mira, *él* la mira;
ella está loca, y *él* loco.
El no sabe qué le pasa,
ni qué le pasa *ella* sabe.
Circula un viento suave...
El se abrasa... *ella* se abrasa...
¡Sabia ignorancia! El amor
sacarlos de ella pretende...
él comprende... *ella* comprende,
y se apartan con rubor.

—

LA PRIMERA LUCHA

Ella tiene las mejillas
por el rubor coloradas;
él, con lánguidas miradas,
le suplica de rodillas.
Finge *ella* graves enojos,
y *él* la mira débilmente;
ella desmayar se siente,
y vela sus lindos ojos.

Importuno como un niño,
trémulo de amor, *él* ruega;
ella á su ruego se niega
y le mira con cariño.
La calma que les circuye
á su pesar los atrae:
una hoja de un árbol cae,
y *él* huye al ver que *ella* huye.

—

LA PRIMERA PASIÓN

Triste y pálida está *ella*,
y lleno de angustia *él*;
ajado y mustio el vergel;
el cielo, sin una estrella.
El la sostiene en sus brazos,
y *ella* sin consuelo llora;
su compasión *ella* implora,
y *él* prolonga sus abrazos.
El gracia y perdón le pide,
y *ella* gime y le perdona;
él que *ella* le ame ambiciona,
ella que nunca *él* la olvide.
El siente gran alborozo
envuelto en negro quebranto;
ella vierte amargo llanto
embargado por el gozo.

—

EL ÚLTIMO LAZO

Ella viene de *él* en pos
cubierta de un blanco velo:
el jardín parece un cielo,
y dos ángeles los dos.
Ya sin llantos ni sonrojos
se dan las manos, se miran,
y el encanto que respiran
se vé brillar en sus ojos.
El de *ella* en brazos se lanza,
y uno en otro se confunden;
el éxtasis que se infunden
acrecienta su esperanza.
En amoroso embeleso
él amarla siempre jura,
y *ella* lo mismo murmura
entre un beso y otro beso.

José Nakens.

* * * * *

Antes de que entreabriese su corola
cuanto sencilla hermosa la amapola;
antes de que la alondra en raudo vuelo
se remontara de la tierra al cielo;
antes de que apagaran las estrellas,
temerosas del sol, sus luces bellas;

cuando todo bullicio es apagado
y el pesar de la víspera olvidado;
cuando es la luz matutinal incierta,
yo llamaba á su puerta.
  Donosa aparecía
brillo aumentando al del naciente día,
sueltos al aire los sedosos rizos,
mal cubiertos sus cándidos hechizos,
movedizo el pie breve,
su mano como el ampo de la nieve.
  Bajábamos al río
y, bañando los pies en el rocío,
mirábamos del agua la carrera
sin sospechar—al padecer ajenos—
que también nuestros días de amor llenos
habían de pasar por tal manera.
  Tomando nuestros ojos por espejos,
en su contemplación mudos, perplejos,
transcurrían las horas no sentidas
en un punto empezadas y finidas:
que si al dolor preside, el tiempo crece;
y si al placer, fugáz se desvanece.
  Naturaleza nos mostraba en vano
los tesoros que encierra,
y que, por la ancha tierra
tiende con fácil bienhechora mano.
  Aladas mariposas,
dormidas en el cáliz de las rosas;
nieve que deja el encrespado monte
y convierte en verdura

la chispeante blancura
que formaba el confín del horizonte;
violetas en las yerbas escondidas,
por su olor dando á conocer sus vidas;
gruesas espigas de oro,
cimbreando orgullosas su tesoro;
torrentes desatados,
trocando en lagos los amenos prados;
árboles que el invierno dejó yertos,
de nueva vida y de verdor cubiertos;
olas que tienden en la rubia arena
las sábanas de espuma,
en que se envuelve la gentil sirena;
hojas secas, que al ímpetu del viento
forman ruidoso corro
en torno el árbol que les dió sustento;
neblinas que del sol apasionadas,
de su amor á la llama se disuelven;
golondrinas que un año y otro vuelven
del Africa á bandadas.

Naturaleza hermosa,
dones vertiendo por el vasto mundo,
del éxtasis profundo
nunca fué á despertarnos poderosa;
pues era su hermosura,
con nuestro gran cariño comparada,
lo que el color cuando la noche oscura;
nuestro amor era *todo*; el resto, *nada*.

MELCHOR DE PALAU

Á TU OÍDO

—

Se ha dicho tanto de tus labios rojos
en lenguaje florido,
y tanto han dicho de tus negros ojos,
que hoy, niña, he decidido
decirte algunas cosas al oído.
Te miro frente á frente,
y tu boca, que en néctares rebosa,
perlas descubre como flor naciente;
te miro de perfil, y ¡es tan hermosa
tu oreja breve de color de rosa!
Cubierta por tus rizos seductores,
la miro siempre con tranquila calma
como reja de amores,
como una puerta que conduce al alma
de mis dulces suspiros los rumores.
Mi promesa he cumplido,
y valga, niña, en fin, por lo que valga;
sólo, niña, te pido,
que no te entre mi amor por un oído
y por otro te salga.

ANTONIO FERNÁNDEZ GRILO

LUCES Y SOMBRAS

—

Hay música en la fuente rumorosa,
y estrépito en el mar que ronco suena;
hay amor en la virgen azucena,
y espinas hay en la inocente rosa.

Hay perlas en el alba esplendorosa;
hay en la tumba lágrimas de pena;
hay una vida de ilusiones llena
al lado de una cruz y de una losa.
Dora el sol la mañana sin enojos,
y del ocaso en la desierta calma
sombras habrán de ser sus rayos rojos.
Así de nuestro amor bajo la palma,
hay luces en la tarde de tus ojos
y sombras en la noche de tu alma.

Antonio Fernández Grilo

—◆◇◆—

EL PRIMER BESO

—

En el cielo la luna sonreía;
brillaban apacibles las estrellas,
y pálidas tus manos, como ellas,
amoroso en mis manos oprimía.
El velo de tus párpados cubría
miradas que el rubor hizo más bellas,
y el viento á nuestras tímidas querellas
con su murmullo blando respondía.
Yo contemplaba, en mi delirio ardiente,
tu rostro, de mi amor en el exceso;
tú reclinabas sobre mí la frente...
¡Sublime languidez! dulce embeleso,
que al unir nuestros labios de repente,
prendió dos almas en la red de un beso.

Antonio Fernández Grilo

A . . . . .

—

Para calmar, bien mío, mis antojos,
basta, dando al olvido mis agravios,
una ardiente mirada de tus ojos,
y una dulce sonrisa de tus lábios.
Para todos los goces de la vida
en la copa apurar del embeleso,
basta en tu boca, que al amor convida,
la dulce miel de un regalado beso!...
Tu sonrisa es amor, amor tu canto;
tu suspiro es amor, amor tu lloro;
ángel, sueño ó mujer, te adoro tanto,
¡que al mismo Dios, al adorarte, adoro!...

ACACIO CÁCERES PRAT

CANTARES

—

Una mujer sin amor
es como arroyo sin agua
ó primavera sin sol.

—

No sé qué tierra has echado,
alma mía, en tu jardín,
que aunque en él sembré esperanzas,
desengaños recogí.

—

Mira si es dura mi suerte:
tus ojos me dan la vida
y tus palabras la muerte.

—

Porque te quiero, me dicen
que me voy á condenar;
si el que quiere se condena,
¡qué pocos se salvarán!

FEDERICO R. ESCACENA

¡ETERNO AMOR!

—

¡Oh! ¡Qué bien dijo el inmortal poeta!
«Va el pensamiento humano en espirales».
Cuando creí mi perdición completa,
¡hermosa! vienes á curar mis males.
¡Y yo dudaba del amor, hermosa!
¡Ay! ¡Y vivías tú mientras dudaba!
¿Cómo pude ignorar que, felizmente,
Dios me dió el alma para ser tu esclava?
Fantasma de mis sueños,
luz de la luz, amor de mis amores,
foco de pensamientos halagüeños
y de imperecederos resplandores:
te adoro, yo te adoro; mi consuelo
es la sonrisa de tus labios rojos:
vivo pendiente de tus verdes ojos,
olvido el mundo y adivino el cielo.

Lejos la duda fiera;
teniéndote á mi lado, ídolo mío,
para mi corazón, muerto de frío,
vuelven luz y calor y primavera.
Sí, yo comprendo ahora
la inmensa, la inmensísima fortuna
de guardar en el alma un amor vago
que en incolora conjunción reúna,
las alegres sonrisas de la aurora
y las melancolías de la luna
retratada en el lago...
Quiero vivir contigo,
guardando entre los dos todo el tesoro
que halla en mi pecho abrigo...
¡Qué dicha si me adoras y te adoro!
En las risueñas tardes
del ardoroso estío,
estrechando tu pecho contra el mío,
la embriaguez del calor nos dará aliento;
embebidos en mágicos amores
y los dos con un solo pensamiento,
recorreremos huertas deliciosas,
y recogiendo rosas
luego inocentemente,
tú las colocarás sobre tu pecho,
sobre tu puro corazón ardiente,
donde podré besarlas tiernamente.
Lucirán en tu pecho colocadas
las rosas y sabrán nuestros amores,
nuestras frases oirán entrecortadas,

comprenderán nuestra ventura loca,
y luego ¡pobres flores!
morirán abrasadas
¡ó por tu corazón ó por mi boca!
¡Qué dulces embelesos
colmarán mis antojos
y en mi cerebro quedarán impresos
teniendo luz de sol y de tus ojos
y música de pájaros y besos!...
¡Huya la tempestad, vuelva la calma!
Nuevo vigor mi corazón recibe...
¡El cuerpo sin atmósfera no vive!
¡Y el amor es la atmósfera del alma!

RICARDO J. CATARINEU

LANGUIDÉZ

Viene un suspiro de auras y de aromas
del bosque adormecido,
y sus trémulas alas las palomas
baten de nido á nido.
Me complace jugar con tus cabellos,
estrella del Oriente,
y una corona real ceñir con ellos
á mi abrasada frente.
Que al centelleo de tus negros ojos
mi espíritu se inflama,
y el beso de tus dulces labios rojos
me parece una llama.

¿Qué me importa el pasado si en tus brazos
latir siento en el pecho
el pobre corazón, que mil pedazos
el infortunio ha hecho?
¿Qué importa que los ecos de mi nombre
apenas nacen mueran?
Su poder César, Dante su renombre,
por un beso te dieran.
Los pálidos laureles de la gloria...
¡Vanos sueños de hielo!
¡Llene todos los días de mi historia
de tus brazos el cielo!
Quiero ensayar de ahora en adelante
el son de mis canciones
al armónico golpe palpitante
de nuestros corazones.
Y si la antigua musa de mi canto
sus fuegos me rehusa,
tu fuego de volcán dá á mi quebranto
y tú serás mi musa.

RAFAEL GINARD DE LA ROSA



CANCIÓN

Del mar junto á la orilla,
y á la luz de una espléndida alborada,
se mece mi barquilla
de espumas rodeada,
la blanca vela al viento desplegada.

De amor los dulces lazos
se trocaron al fin en santo nudo;
no temas en mis brazos
del mar el golpe rudo:
mi pecho es para tí templado escudo.
Y tu cuello de nieve,
y tus grosuelos labios encendidos,
y tu barbilla breve,
por mi amor protegidos,
no rozarán los vientos atrevidos.
Soy feliz, pues me quieres,
y á tu lado mi vida será un sueño;
¡Qué gratos los deberes!
¡Qué dulce el grave empeño
de guiar á tu lado el frágil leño!
La barca, al dulce peso
de tu preciado cuerpo alabastrino,
y de mi amante exceso,
hunde en el mar el pino,
mientras empuja el aire el blanco lino.
En tranquila bonanza
se agita el mar bajo su malla de oro;
la embarcación avanza;
de las olas el coro
entonan á mi dicha himno sonoro.
Cubre la orilla angosta
calado encaje de movible pluma,
y la escarpada costa
blancos montes de espuma,
como rizados flecos de la bruma.

Ya no se vé tu casa,
ni la cuadrada torre de tu aldea,
ni tras la ténue gasa
que la distancia crea,
la verde parra que el jardín sombrea.

. . . .

Mas ¡ay! que la tormenta
sus negras alas por el cielo tiende,
su furia el mar aumenta,
el rayo el aire hiende,
frenético el turbión tu rostro ofende.
No brilla ni un lucero
del ancho espacio en la región oscura;
en vano lucho, y quiero,
marino sin ventura,
alcanzar para tí playa segura.
¡Pobre barquilla mía,
perdida en la mitad del Oceano
sin timón y sin guía,
que ayer goberné ufano!
Hoy del viento y del mar juguete vano.
Cansado y abatido
me abandono á los brazos de la suerte,
que cruel me ha vencido...
Mas no quiero perderte:
por tí mi corazón quiere ser fuerte.
Ya cede la tormenta;
la blanca luz de la naciente aurora
la tempestad ahuyenta;
la nube abrumadora

de suaves tintas su extensión colora.
Pero ¡ay! miro tu frente,
que el dolor agostó con mano dura,
tu boca antes riente,
tu cándida hermosura,
triste sello marcó lenta amargura.
Mas vuelve la esperanza
á agitar ante mí sus ténues vuelos,
mi vista á verla alcanza.
¡Qué importan los desvelos,
si otra ilusión me dá dulces consuelos!
Soy feliz, pues me quieres,
y á tu lado mi vida será un sueño;
¡Qué gratos los deberes!
¡Qué dulce el grave empeño
de guiar á tu lado el frágil leño!

MANUEL F. VILLEGAS

AMOROSA

Va á venir esta tarde... Todo la espera...
con flores olorosas la jardinera,
para que cuando llegue, loca de amores,
aspire los perfumes que dan las flores.
Mullidos los cojines del confidente
para que allí repose tranquilamente,
cuando al llegar ansiosa, desfallecida,
la dé con un abrazo la bienvenida.

El almohadón bordado, donde anhelante
me arrodillo y la miro, tierno y amante,
teniendo entre las mías sus blancas manos,
manojito de breves lirios enanos,
y dejando en sus rojos labios impresos
millones y millones de ardientes besos,
que ella paga con creces mientras la escucho
que dice por lo bajo:—¡Quiéreme mucho!—
Ella tiene el tesoro de las virtudes
y es la causa de todas mis inquietudes.
Guarda siempre el consuelo para mis penas,
me oprime entre sus brazos, ¡dulces cadenas!,
y hace huir de mi pecho los sinsabores
deslizando en mi oído frases de amores,
y abriendo ante mi paso, siempre indeciso,
de par en par las puertas del paraíso.
Yo la digo mis dudas y mis tormentos,
iniciándola en todos mis pensamientos;
comprende las torturas con que tropieza
en esta lucha horrible todo el que empieza,
y al ver que entre sus brazos, amargamente,
lloro el fin de mis sueños de adolescente,
se incomoda, me anima, y es su consuelo
para mis desventuras, un don del cielo...
¡Yo la adoro! La adoro de tal manera,
mi cariño es tan grande, que si pudiera
arrancar las estrellas, rasgar la sombra
y á sus pies extenderlas como una alfombra,
estoy casi seguro de que lo haría,
si esto, por ser tan grande, la convencía...

¡Y vá á venir!... ¡Ya tarda!... ¡La espero!... En breve
besaré sus mejillas de rosa y nieve,
la tendré entre mis brazos aprisionada,
voluptuosa, y amante, y enamorada:
la diré mis pesares, mis alegrías,
¡todas las amorosas querellas mías!
y á sus pies, anhelante, caeré de hinojos,
cuando el placer entorne sus negros ojos...
Por fin llega... Es la reina de las mujeres...
Viene corriendo... Llama... ¡Qué hermosa eres!

José Juan CADENAS

LAS ESTACIONES

De claro sol luces rojas
alumbran un cielo puro:
se rompe el botón obscuro
y van brotando las hojas.
El arroyo que murmura
corre en la sierra vecina,
y la flor su tallo inclina
y mira en él su hermosura.
Céfiro tranquilo y suave
todo el espacio embalsama,
y salta de rama en rama
con dulces cantos el ave.
Tus ojos el resplandor
tienen del sol y el reflejo;
tú te miras al espejo
como en el río la flor.

Cantas, Luisa, placentera
cual las aves habladoras:
él te quiere, tú le adoras;
él joven, y tú hechicera.
¡La primavera!

La pobre tierra abrasada
respira difícilmente;
un aire seco y candente
mece la espiga dorada.
Suda el infeliz labriego
con las mieses en pelea,
y el esquilón de la aldea
se funde del sol al fuego.
Así de tus labios rojos
despareció la frescura;
en tu mano hay calentura,
llamaradas en tus ojos.
A tu amor no pones tasas;
sus decisiones son tercas:
él se acerca, tú te acercas;
él se quema, tú te abrasas.
Y pasa el tiempo tirano
sin languideces ni enojos:
tus ojos, siempre en sus ojos;
tu mano, siempre en su mano.
¡El verano!

De claro sol luces rojas
obscura nube importuna,

y van cayendo una á una
de los árboles las hojas.
Arroyo que claro fué,
al verse turbio suspira,
y la flor que en él se mira
sin sus colores se vé.
Los vientos helados ya
arrojan de la espesura
á la golondrina obscura,
que hacia el Africa se vá.
También tu mirada clara
perdió su fuego y su brillo;
infame surco amarillo
te va labrando la cara.
Vuestro precioso retoño
se hizo un hombre de repente;
á él se le ha caído un diente,
y á ti te blanquea el moño.
¡El otoño!

La lluvia cae ligera;
en nieve nos enterramos.
¡Ay! ¡pobre Luisa! ya estamos
al final de la carrera.
Para todos el fin mismo.
Después de tanto luchar,
aquí venimos á dar
y á rompernos el bautismo.
Tus ojos candiles son;
¿dónde fueron tus encantos?

¿Cómo has engañado á tantos
con tu barba en cucharón?
Esa tu cintura ingrata,
¿es verdad que junco fué?
Tú, tan gallarda, ¿por qué
vas arrastrando una pata?
¿Por qué tu gruñir eterno
tú, tan buena y sencillota?
El con asma, y tú con gota.
¡Qué es esto, dí, Dios eterno!
¡El invierno!

MIGUEL ECHEGARAY

CANCIÓN

Amor que se enciende con una mirada
y acaso se extingue si prueba el dolor...
—No es ese, mi bella, mi dulce adorada,
el fuego divino, la llama sagrada
que llamo yo *amor*.

Amor que se olvida si acaso la diosa
pretende en su enojo causarnos rigor...
—No es ese, mi bella, mi cándida hermosa,
el fuego divino, la llama grandiosa
que llamo yo *amor*.

Amor que el sentido tan sólo fascina
y acaso en la dicha se extingue su ardor...

—No es esa la hoguera que el pecho calcina,
el fuego sagrado, la llama divina
que llamo yo *amor*.

Amor que se enciende con una mirada
y auméntase siempre sufriendo rigor...
—Sólo ese es, mi bella, mi dulce adorada
el fuego divino, la llama sagrada,
que llamo yo *amor*.

CARLOS NAVARRO Y RODRIGO

LA MUJER

Piedra en bruto viene á ser
el hombre de más talento,
si no le da pulimento
el amor de una mujer.
Sin vivir para adorarla,
del hombre infeliz ¿qué fuera?
Si la mujer no existiera,
tendríamos que inventarla.
Unica dicha y consuelo
en este mundo de abrojos,
imagen á nuestros ojos
de los ángeles del cielo.
Tesoro de melodías
que ni ella misma comprende,
sólo del hombre depende
encontrar sus armonías.

JOSÉ PICÓN

AL ALMA DE MI VIDA

SERENATA

MOTE

Lirio fragante de esencia pura,
perla brillante de las mujeres,
huerto cerrado de la hermosura,
edén soñado de los placeres,
divino arcángel de mi ventura:
¿si oyes mi ruego,
por qué el sosiego
robarme quieres?

ESTROFA PRIMERA

Me das la vida con tus amores,
me das la muerte con tus desvíos;
depón, hermosa, fieros rigores;
dame tus brazos, toma los míos.
Si pude un tiempo causarte agravios,
no me castigues con tus enojos,
deja que amante beba en tus ojos:
sin tí la vida me da tormento,
tú eres mi gloria, mi pensamiento:
la sola flor que creces
en mi camino;
la luz que resplandeces
en mi destino;

la estrella pura
que Dios puso en el cielo
de mi ventura.
Tú prestas alas á mi deseo,
contínuamente tu imagen veo;
tu vista calma mi pena impía,
porque tú eres el alma
del alma mía.

ESTROFA SEGUNDA

Cuando á tí lleguen de mis pesares
los tristes ecos en son de quejas;
cuando yo turbe con mis cantares
tu casto sueño, abre tus rejas.
Si acaso llegan á tus oídos,
entre las notas del dulce canto,
recuerdos gratos por ti queridos,
y allá en tu lecho te arrancan llanto,
vuelve á mis brazos, y arrepentida
de tus rigores, dame la vida.
Que si conmigo dejas
de ser tirana
y sales á las rejas
de tu ventana,
mi fe te jura
ser girasol constante
de tu hermosura.
Cuando lucen serenos, libres de enojos,
y me brindan placeres tus bellos ojos,
su lumbre calma mi pena impía,

porque tú eres el alma
del alma mía.

ESTROFA TERCERA

De tus amores la oculta historia
guardo en la mente como un tesoro;
tiene un infierno, tiene una gloria,
con ella canto, con ella lloro:
tras cada letra tu imagen veo,
que me sonríe... que me rechaza...
que se armoniza con mi deseo...
que luego, impía, me despedaza.
Ni sé si muero, ni sé si vivo;
pero te adoro, soy tu cautivo.
Si tú hicieres pedazos
la dicha mía,
yo al verte en otros brazos
me moriría.
No haga la suerte
que por dar á otro vida
me des la muerte.
Si es ley forzosa de nuestro sino
que hemos de ir juntos por un camino,
con tu amor calma mi pena impía,
y así serás el alma
del alma mía.

MOTE

Lirio fragante de esencia pura,
perla brillante de las mujeres,

huerto cerrado de la hermosura,
edén soñado de los placeres,
divino arcángel de mi ventura:
si oyes mi ruego,
¿por qué el sosiego
robarme quieres?

JUAN DE LA ROSA GONZÁLEZ

HÁBLAME

Háblame; tus palabras cariñosas
son música que llega á mis oídos
con sugestiones de lejanas cosas,
de seres muertos y de amores idos.

Tus palabras me arrancan de la tierra
y, conmovido, á mi pesar te escucho:
no sabes la ternura que se encierra
en la frase vulgar «te quiero mucho».

¡Despiértame al oirla sensaciones
que tuve tanto tiempo adormecidas,
que en dulces y armoniosas vibraciones
escucho tus palabras repetidas!

Sacudo el cataléptico letargo,
savia de amor agólpase á mi pecho;
el sueño ha sido tenebroso y largo,
trémulo me incorporo sobre el lecho.

Dime esa frase que el amor inspira;
me engañas, ya lo sé; pero ¿qué importa?
¡Si es tan bella y tan dulce tu mentira!
Miente y hazme feliz... la vida es corta.

FRANCISCO A. DE ICAZA

AL VUELO

Si es tu voluble espíritu la abeja
que sólo busca deleitosas mieles
de las almas en flor, tu intento deja
y no te acerques, ni á mi lado vueles.

No encontrarás el zumo perfumado,
y es peligroso tu galante juego;
quien te mira se rinde enamorado,
y mi amor hacia tí será de fuego.

Aunque me atraiga tu beldad suprema,
no me deslumbran tus brillantes galas:
y el amor es contagio, el fuego quema,
y si te acercas, perderás las alas.

FRANCISCO A. DE ICAZA

POESÍA

Cuando el aire retumba en tu oído
y mirando en redor con asombro,
sin ver nada, repita el sonido,
soy yo que te nombro.

Cuando á solas suspires ó cantes
esas breves palabras que en mucho
apreciamos los buenos amantes,
soy yo que te escucho.
Cuando madre amorosa en tu seno,
recogiendo su blando suspiro,
guardas ¡ay! á mi Juan, mi ángel bueno,
soy yo que te miro.
Si al llegar á tu pecho vacila,
y al mirarlo con dulce embeleso
se dilata tu hermosa pupila,
soy yo que te beso.
Si sus manos descansa afanoso,
al dormirlo en tu amante regazo,
no es que busca mi niño el reposo:
soy yo que te abrazo.
Siempre ¡ay! siempre que pienses en vano,
sin poder encontrar un consuelo,
es que no se resigna un cristiano:
soy yo que te anhelo.
Cuando el alma de dicha y ventura
en el mundo te ofrezca un tesoro,
rico, inmenso, que nunca se apura,
soy yo que te adoro.

EDUARDO GASSET Y ARTIME

—o—

LA FIEBRE DE LA FE

(A LA DUQUESA DE ***)

¡Conque yo soy, injusta amiga mía,
frío, egoísta, seco, indiferente,
y no hay desde Vizcaya hasta Almería
otro español cual yo?
¿Conque merezco el odio de la gente
por esta vil naturaleza fría,
que usted dá en suponer gratuitamente
el cielo me otorgó?

¡Oh, qué supino error! Si yo pudiera
probarle á usted, tan dura como hermosa,
cuánto mis *cualidades* exagera
tratándome tan mal!
Pero estas fases de la humana prosa
no las podré exponer como quisiera,
y apelo en discusión más luminosa
y en mi lenguaje usual.

Yo he de querer, mientras que tenga vida,
á un sin fin de mujeres... ideales
que adora el alma, por su amor herida
con íntima pasión;
Y he de sufrir inexplicables males
que en incesante vértigo suicida,
fomentan mis instintos naturales
matando al corazón.

El torpe mundo, frívolo y ligero,
no entiende nunca mi aparente hastío,
y juzga incauto que ni amarlas quiero
ni lo que busco sé.
Y este cansancio devorante mío
con que riendo entre las gentes muero,
llámolo yo, que en mi dolor sonrío...
la fiebre de la fe.

Inés, Aurora, Cándida y Susana,
todas hermosas, atractivas, bellas,
dulce expresión de la belleza humana,
me llevan tras de sí.
Sigue el deseo sus brillantes huellas;
busca el amor su esencia soberana,
y *todas* son, y no es ninguna de ellas
la que me gusta á mí.

Sol matinal que en el albor del día
el alma ardiente con su luz traspasa;
que lanza clara lumbre al mediodía
radiante de calor;
Que en larga siesta al caminante abrasa
y muere en luz crepuscular sombría,
y deja sombras por doquier que pasa...
lo mismo es el amor.

Nace y engaña en fútiles promesas,
crece y abrasa con creciente daño,
cansa y hastía en ilusorias presas
y acaba en vaguedad.

Todo es en él violencia, falso amaño,
llama que ha de crear humo y pavesas;
afán, logro, cansancio, desengaño,
vacío y soledad.

¡Ah! Yo eximo al amor de tanta prosa;
yo no quiero mentir con farsa odiosa:
adoro el ideal, y esto me priva
la realidad tocar.
¿Qué es la mujer? Brillante mariposa
que ya en las redes del amor cautiva,
de sus alas la lumbre polvorosa
pierde al punto de amar.

Amarlas quiero como á frescas flores
que si del tallo las arranco aleve,
por gozar, egoísta, sus primores
en búcaro gentil,
Al adornar mi fementido pecho,
me embriagan con narcóticos olores:
vida les roba en mi recinto estrecho
la última luz de Abril.

¡Oh, cuántas veces con mi mano impura
llegué á tocar las flores deseadas,
y una vez aspirada su frescura
en dulce, íntimo amor,
Sentí al instante el inmediato hastío
que suele dar la posesión lograda,
y aparté de mi presa la mirada
con invencible horror!

No, no es amor el incesante y loco
prosáico afán de impúdicos excesos
que nos van consumiendo poco á poco,
pasión, delirio y fe.
No son sus lazos para indignos presos,
ni son sus actos prácticos tampoco;
no es amor mil abrazos y mil besos,
se lo aseguro á usté.

Por eso yo, si caigo en el engaño,
al lograr, me arrepiento en el instante,
y una vez conseguido, me hace daño
el bien que ya pasó;
Y así, arrostrando fama de inconstante
dando la espalda al fiero desengaño,
voy sacando mis penas adelante.
¿Qué culpa tengo yo?

Soy el solo en decirlo con franqueza;
lo siente el mundo como yo lo siento,
y todos reconocen su torpeza
cuando la hicieron ya;
Y así, en este mundano movimiento
la humanidad, que siente su flaqueza,
promiscua á dos por tres el sentimiento,
como á la vista está.

Burla el galán á su sensible dama,
falta la esposa (al menos, lo presumo);
todo casado, al año parte cama
siquiera por variar...

Y es que el amor, como ideal, es humo,
afecto sin pasión, calor sin llama;
todo lo material es un consumo
que tiende á renovar.

¡Ah, triste, amarga, inexplicable, odiosa
fatal verdad que la experiencia apura;
la vida es torpe, aborrecible prosa
con forma de mujer.
Violento goce que cual sueño dura;
fugaz espasmo en convulsión nerviosa...
mas no puedo seguir en la pintura
que puede negra ser,

Y hago aquí punto con honesto empeño
de que no juzgue mal cuanto le digo,
ó resultado de imprudente sueño
en noche de calor,
Rogando á usted que al sueño que persigo
no juzgue cual el mundo á quien desdeño,
y siendo suyo, admirador y amigo
y humilde servidor.

EUSEBIO BLASCO

RETRATO

Luenga cabellera leve
en su espalda renegrea,
como la endrina en la nieve;
y resplandece y se mueve
como la llama en la tea.

Del nítido mar hirviente
más flexible que la ola,
á su pudorosa frente,
rizándose blandamente,
ciñe mágica aureola.
Y partida en bucles mil,
de su pecho de marfil
bebe balsámico olor,
cual arroyuelo sutil,
el aliento de la flor.
Ardiente como la grana
y tersa como el cristal
es su mejilla lozana,
que templa sombra liviana
de tinte meridional;
Sombra de luz vibradora
que su tierno pecho cela;
vaga sombra, que se ignora
si en su fino cutis mora
ó si al aire en torno vuela.

Antonio de los Ríos Rosas



ABECEDARIO DEL AMOR

Hoy he visto en el paseo
una mujer... ¡cielo santo!
entre todas cuantas veo,
no hay una que valga tanto.
¡Qué cara tan hechicera,
y qué cintura y qué pie!

¡Si yo á hablarla me atreviera!

A, B, C, CH.

¡La he vuelto á ver! La he mirado
con tal fuego y de tal modo,
que si ella lo ha reparado
lo habrá comprendido todo.

La he seguido hasta su casa
y esta tarde volveré;
¡yo no sé lo que me pasa!

D, E, F, G.

He estado de tres á siete
delante de su balcón,
y la entregaré un billete
en la primera ocasión.

Cuando yo rondando estaba
se ha asomado la mamá;
¡yo creo que me miraba!

H, I, J, K.

Hoy, al volver de paseo,
á casa las he seguido;
ó me engaña mi deseo,
ó al verme se ha sonreído.

¡Qué elegancia! ¡Qué sonrisa!
¡Qué mujer! ¡Qué cara tiene!
Ya sé que se llama Luisa.

L, LL, M, N.

Á su casa me han llevado:
mi placer no tiene tasa;
mamá no se ha incomodado
y me ha ofrecido la casa.

No andaré más por la acera,
ni tendré que hacer el bú...;
¡podré hablarla cuando quiera!...
Ñ, O, P, Q.
Anoche me declaré:
yo estaba fuera de mí;
ella me dijo... veré,
y al cabo dijo que sí.
Mañana he de proponerla
que nos hablemos de tú;
¡qué mujer; es una perla!
R, S, T, U.
Cuatro meses han pasado
y estoy loco de alegría,
mucho más enamorado
que lo estaba el primer día.
Ya nos hemos comprendido
y haré mi dicha completa;
¡me caso, estoy decidido!
¡V, X, Y, Z!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Á MI AMADA AUSENTE

I

Gózase encantadora primavera
ostentando sus mágicos colores;
su cáliz perfumado abren las flores
amorosas al aura lisonjera.

Embelesan el bosque y la pradera
dulces trinos de amantes ruiseñores,
himnos de melancólicos amores
que ardiente alumbra el sol desde su esfera.
Todos gozan amando su ventura,
y amor sonríe á todos placentero,
flores, aves y prados y espesura.
Yo que su dicha envidio, en vano espero
trocar en bien mi horrible desventura,
que de mi hermosa amada ausente muero.

II

¿Qué extraño es que en mazmorra cavernosa
llore el cautivo la crueldad del hado,
soñando en la colina y verde prado
do pasó alegre juventud dichosa?
¿Qué extraño es que en la noche tormentosa,
al mirarse en las ondas sepultado,
recuerde el marinero acongojado
puerto apacible y adorada hermosa?
Si yo, que en la soberbia corte vivo,
puerto de la opulencia y los amores,
lloro como en sus hierros el cautivo,
Y recuerdo, mecido en mar de flores,
el ceño adusto de mi amor esquivo
y de mi ausente amada los rigores?

III

¡Oh tú, mi amor, mi gloria, mi consuelo,
dulce esperanza que me liga al mundo;

tú, que encendistes el amor profundo,
del alma ardiente celestial anhelo!
Tú, que trocaste de mi vida el duelo,
de la esperanza manantial fecundo,
y de la tierra, lodazal inmundo,
en albergue de amor digno del cielo.
¿Dónde estás que no acudes cual solías
al escuchar mi canto lastimero,
bálsamo siendo á las dolencias mías?
Ven, que muero de amor y por ti muero:
sólo de ti, como en mejores días,
vida, amor, esperanza y gloria espero.

FERNANDO GARRIDO

Á NIEVES

El amor, niña adorada,
es la esencia de la vida,
por el alma desprendida
al calor de una mirada.
Amor es un luminar
que hasta en ocaso, fulmina
torrentes de luz divina
que no se ven sin cegar.
Amar es, á un tiempo mismo,
ser el siervo y el tirano;
es morirse estando sano,
es espléndido egoísmo;

Es hacer un sér de dos
que se funden con anhelo
sobre un pedazo de cielo
que piden prestado á Dios.

LEOPOLDO CANO Y MASAS



SU RETRATO

—

«Los ojos de un arcángel son tus ojos:
la risa de los cielos es tu risa;
tu aliento es el perfume que la brisa
va en el cáliz del lirio á derramar.»

ZEA

Rojos como el rubor tiene los labios,
negra como la angustia la melena;
baña la palidez de la azucena
su rostro angelical;
ramilletes de nardo son sus pechos,
y reúne su mórbida cintura
la robusta esbeltez y galanura
de la palma real.

—

De sus rasgados ojos de azabache,
porque admirarse la belleza pueda,
largas pestañas de rizosa seda
mitigan el ardor.
En ellas brilla suspendido el llanto,
como á la roja luz del sol de estío
la temblorosa gota del rocío
brilla sobre la flor.

—

Dulce, pausado, lánguido, sonoro,
henchido de pasión vibra su acento,
cual vibrarán, heridas por el viento,
las cuerdas de un laúd.
Y grato cual la brisa del Nordeste
que los ardores tropicales calma,
su aliento lleva la esperanza al alma
y al cuerpo la salud.

—

Es tan hermosa, que ilusión parece;
es tan hermosa, que en su ausencia dudo
si fué un ensueño, y que quererme pudo
no me atrevo á creer;
pero si existe y la estreché en mis brazos,
si bebí de sus labios el suspiro,
si he besado su boca y aún respiro...
¡no, no mata el placer!

JUAN VALLEJO

EL CONTRATO DE AMOR

—

Con un ardiente beso
firmaron nuestros tiernos corazones
un contrato de amor, dulce embeleso
que nos tiene en dulcísimas prisiones.
Mas no tomes, por Dios, á desacato
ni á falta de ternura
que desee romper aquel contrato...
y hacer nueva escritura.

MANUEL GENARO RENTERO

UNA FLOR ÁRABE

CÁNTIGA MURCIANA

Yo soy la rosa de Alejandría,
como ninguna fresca y galana,
que en los jardines del Táder cría
la lluvia en perlas de la mañana.
Soy la gentil doncella
que arde en amores
y afrenta del sol puro
los resplandores.
Tengo la esencia del rubio aromo,
la galanura del cinamomo;
y en mi sonrisa
sus ardientes suspiros
bebe la brisa.

—

Yo soy el nardo rico en esencia
que abre su cáliz al manso viento,
y entre mis hojas de la inocencia
guardo el arcano y el puro aliento.
Soy la bella zagala
de estos vergeles,
que lleva en su mejilla
rosa y claveles.
En los cristales mi voz murmura,
que al mar arrastra claro Segura.

Soy la paloma
que alza su arrullo al día
luego que asoma.

—

Van á mi reja los trovadores,
cual ovejuelas van al aprisco,
cantando el triunfo de mis rigores
de sus bandurrias al son morisco.
Flor de granado ardiente
llaman mis labios,
símbolo de esperanza,
fuente de agravios.
Dicen que es suelto mi airoso talle
cual la palmera reina del valle:
mis pies son plumas,
las sonrisas que alcanzan
leves espumas.

—

Si yo les finjo tranquilo sueño
cuando á mí vienen con su armonía,
es que á un amante, del alma dueño,
se abre tan sólo mi celosía.
Son sus ojos de fuego
soles que abrasan;
son sus palabras flechas
que me traspasan.
Tiene de endrina la cabellera;
ágil de miembros, planta ligera.

A él abrazada,
mi corazón medroso
no teme nada.

—

Ven á mis brazos, que mis amores
son á tu boca, dueño altanero,
cielo sin nubes, huerto de olores,
flor de naranjos y limonero.
Ven, que ciega te llamo,
como anhelante
la oropéndola hermosa
llama á su amante.
¡Ven al amparo del seno mío,
clavel pomposo, jazmín de estío!
¡Si logro verte,
cuando quiera, tirana,
venga la muerte!

ANTONIO ARNAO

HISTORIA DE UNOS AMORES

—

Un puro amor he sentido:
Mercedes me lo inspiró;
si lo olvidé por *Olvido*,
falta de olvido habrá sido,
pero de mercedes, no.
Perdida ya mi memoria,
amé por hallar *Consuelo;*
y aunque no obtuve *Victoria*,

buscando *Paz* en el cielo,
hallé *Refugio* en la *Gloria*.
Viéndome ya en las alturas,
hasta el *Sol* quise acercarme;
pero *Luz* me dejó á oscuras,
y no puedo granjearme
de *Caridad* las dulzuras.
Amparo pedí á la *Aurora*,
y tanto en la *Tecla* dí
á esta piadosa señora,
que su *Piedad* bienhechora
me otorgó cuanto pedí.
Con tan *Fausta* variación,
quise entrar por el camino
de la *Purificación;*
pero mi plan peregrino
se quedó en la *Concepción*.
Desde entonces acabaron
mis inocentes amores:
mi corazón desgarraron
las *Angustias* y *Dolores*
que otras veces le asaltaron.
Y como siento por ellas
Perpétua necesidad,
doy alivio á mis querellas
viviendo en la *Soledad*
con unas cuantas *Estrellas*.

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ

—∞—

ANHELOS

—

Agua quisiera ser, luz y alma mía,
que con su transparencia te brindara;
porque tu dulce boca me gustara,
no apagara tu sed: la encendería.
Viento quisiera ser; en noche umbría
callado hasta tu lecho penetrara,
y aspirar por tus labios me dejara,
y mi vida en la tuya infundiría.
Fuego quisiera ser para abrasarte
en un volcán de amor, ¡oh estátua inerte,
sorda á las quejas de quien supo amarte!
Y después, para siempre poseerte,
tierra quisiera ser y disputarte
celoso á la codicia de la muerte.

Francisco RODRÍGUEZ MARÍN



LOCO DE AMOR

—

Cuando la aurora tiende su manto;
cuando en los cielos asoma el día;
cuando alegría la luz y encanto
vierte en redor,
Abro los ojos y al cielo miro,
tiendo los brazos para abrazarte,
y al no encontrarte, por ti suspiro
loco de amor.

Y cuando vago por la campiña
á solas siempre con mi tristeza,
y en tu belleza pensando, niña,
miro en redor;
En mi delirio, yo tu hermosura
doquiera veo, doquier me afano,
y busco en vano tu imagen pura
loco de amor.
Si acaso el aura susurra leve;
si canta un ave tiernas congojas,
y si en las hojas la brisa mueve
dulce rumor,
Tu blando acento pienso que escucho,
y que me sigues pretendo acaso;
detengo el paso... y en vano lucho
loco de amor.
Cuando la noche tiende callada
su tapizado manto de estrellas,
ver pienso en ellas de tu mirada
vivo fulgor;
Y me extasío mirando al cielo;
mas vuelvo al punto de mi locura,
y mi amargura lloro en mi anhelo
loco de amor.
Y cuando el sueño cierra mis ojos,
sueño... y entonces, niña, me encantas,
y ante tus plantas caigo de hinojos
en mi fervor;
Mas vuelve el día, y huye mi sueño;
tiendo los brazos para abrazarte,

y al no encontrarte, sigo en mi empeño
loco de amor.
Vigilia y sueño, la suerte mía
siempre está presa del desvarío;
no sé, angel mío, si es noche ó día,
¡siempre dolor!
Tu dulce nombre doquier invoco,
y en mi delirio doquier te llamo...
¡cuánto te amo! Niña, estoy loco,
loco de amor.

VICENTE MORENO DE LA TEJERA

SERENATA

Sal, mi vida,
que hoy convida
esa luna nacarada
á pasar dulce velada
cantando endechas de amor.
Sal, no dudes,
que si acudes
galana al salir la aurora,
dará á tu faz seductora
todo su rico esplendor.

Ya las flores
sus olores
cerrando en su broche están;
mas si sales amorosa,

como eres la más hermosa,
su aroma te prestarán.

Cuando te vieron mis ojos,
el sol de Mayo, naciendo,
sus rayos iba vertiendo
ricos de vida y calor.
Te vi, niña, y extasiado
al contemplar tu hermosura,
no sé cuál hallé más pura,
si tu faz ó la del sol.
Desde entonces, bien lo sabes,
despierto sueño contigo;
la luz del cielo, testigo
es de mi duelo y mi afán.
Y en la enramada olorosa
los pajarillos trinando,
parece que lamentando
tu injusto rigor están.

Mas las horas van pasadas,
y cerradas
tus severas celosías,
rechazan mis armonías,
se burlan de mi pesar.
Y tú, en tanto,
de mi canto
no escuchas los tiernos ecos,
que van en los blandos huecos
de las flores á expirar.

Sal, mi vida,
no perdida
quede, niña, mi canción.
Sal, amante,
y al instante
oirás vibrar en mi acento
del amor que por tí siento
la candorosa expresión.
Te diré que eres divina,
pudorosa clavellina,
palma de Arabia gentil.
Y entre giros
y suspiros
que la brisa y yo daremos,
cantaré con mil extremos
tus gracias y encantos mil.

Mas en vano
tu inhumano
corazón ablandar quiero,
que es ¡ay! asaz verdadero
que los ruegos de mi amor
han de aumentar tu rigor.
Sal, mi vida; mas no salgas
que la luna
no refleja en la laguna
su tibia luz nacarada,
y hallaráme la alborada
solo aquí con mi dolor.

FRANCISCO PÉREZ ECHEVARRÍA

CERCA Y LEJOS

—

Cuando el viento los árboles desnuda,
arrastrando las hojas por el suelo,
aquellas que más juntas puso el cielo
más las separa su inclemencia ruda.
Calma después su cólera sañuda;
y él, que cortó tan cariñoso anhelo,
al ver las tristes hojas sin consuelo,
á unirse nuevamente las ayuda.
Dios, pues, que vió nuestra desgracia impía;
Dios, que nos vió luchar contra la suerte;
Dios, que nuestra constancia desafía,
Con su muda elocuencia nos advierte
que otra vez se han de unir tu alma y la mía
aunque sea á las puertas de la muerte.

AGUSTÍN YANGUAS ALCAYDE

EL AMOR DE LAS FLORES

—

Dicen, niña, que las flores
con sus pintados colores
mil sentimientos explican,
y unas, dulce amor indican,
y otras, amargos dolores.
Eso dicen, y en rigor,
lo sostengo sin temor:
amor cada flor suspira,

y cada amor, no es mentira,
se retrata en cada flor.
La primera luz hermosa
con que amor roba la calma
de la virgen ruborosa,
tiene una flor, flor del alma,
rica en esencias...: ¡la *rosa!*
Amor que claro fulgura
sin penas, sin amarguras,
el dulce amor del poeta
tiene otra flor, la más pura,
la más pobre...: ¡la *violeta!*
El amor grande y violento
que en el desdén cuerpo toma
y vive en el sentimiento,
es el triste *pensamiento*,
tan hermoso y sin aroma.
El cariño maternal,
que mundos y espacios llena
con su aroma celestial,
tiene una flor sin igual,
la más blanca...: ¡la *azucena!*
Amor frío, inconsecuente,
finge la *dalia* indolente;
pero aunque de amor presuma,
ni es flor la que no perfuma,
ni amor el que no se siente.
El amor loco, indecible,
de llanto eterna plegaria
y en lucha con lo imposible,

nos lo demuestra visible
una flor...: ¡la *pasionaria!*
Y el amor santo y profundo
que inunda nuestra alma esquiva
de la fe al rayo fecundo,
también lo expresa en el mundo
esta flor...: ¡la *siempreviva!*

José JACKSON VEYÁN

—oOo—

GLORIA Y AMOR

En insaciable sed de amor y gloria,
ardió mi pecho en juventud florida;
luché, y la noble palma apetecida
puso en mis sienes la inmortal victoria.
Negra fué, en cambio, del amor la historia:
que el alma triste, de su dardo herida,
una esperanza y mil lloró perdida,
en vez del oro hallando vil escoria.
La nieve empieza á coronar mi frente,
y encendido por tí, de amor abrigo
dentro del corazón volcán rugiente.
¡Gloria y amor gozar quiero contigo;
mas si la pura fe tu labio miente,
amor y gloria, cual Satán, maldigo!

José AMADOR DE LOS RÍOS

—oOo—

Á ELENA

Cuando en silencio duerme el bosque umbrío,
y el astro virgen de la noche oscura
vierte su lumbre misteriosa y pura
sobre las ondas trémulas del río;
Húmeda el ala ténue de rocío,
recorriendo la brisa la espesura,
vuelve á la flor la vida y la frescura
que el sol robóla del ardiente estío.
Tal vez un alma en juvenil aurora,
pálida flor que marchitó el verano,
triste las muertas esperanzas llora;
Mas si acaricia su dolor temprano
aura de amor, alegre se colora
y reverdece el corazón lozano.

AMÓS DE ESCALANTE

IMPACIENCIA

Ayer mañana te ví;
anoche me declaré,
y ya me preguntas si
contigo me casaré.
Esa pregunta, Ramona,
está fuera de lugar;
eres atroz, y perdona
el modo de señalar.

El corazón me has deshecho
con esas frases arteras,
que no nacen en tu pecho
aunque digas lo que quieras.
No hago más que presentarme;
te hablo con mucho decoro,
y ya empiezas obligarme
como quien *obliga* á un toro.
¿Acaso yo te he faltado
para sufrir tal castigo?
¡Yo nunca te he preguntado
si te casarás conmigo!
Muy inconveniente estás
con pullas tan prematuras,
y, aunque yo te quiero más
de lo que tú te figuras,
Puede que tu *diplomacia*
causa de mi olvido sea,
porque si eso es tener *gracia*,
que venga Dios y lo vea.

—

Cuando un hombre habla de amor
en la situación actual,
se ha de apreciar su valor
como un valor sin igual.
Y para que se decida,
siempre debe la mujer
evitar que se despida,
como suele suceder.

Receta: ser muy prudente,
no emplear tales amaños
y no hablar de ese *incidente*
hasta los dos ó tres años.
Lo demás es arriesgado...
cachaza, mucha cachaza,
que es un sistema probado
para no espantar la caza.

—

¿No es natural mi retardo
á liarme en ese enredo,
cuando dais cada petardo,
Ramona, que canta el credo?
Cosas tan extraordinarias
no he de hacer (aunque me empales)
sin conocer aún tus varias
circunstancias personales.
¿Piensas que voy á tomar
tan grave resolución
antes ¡ay! de averiguar
dónde está tu corazón?
¿Piensas tú que el hombro arrimo,
aunque se empeñe tu madre,
sin saber si tienes *primo*
ó perrito que te ladre?
¿No he de saber lo que gasta
ó lo que pide tu abuela?
¿No he de conocer la casta
de toda tu parentela?

¿No he de calcular si vienes
á matarme á pesadumbres?
¿No he de investigar si tienes
buenas ó malas costumbres?
Hablarte así es muy sensible;
mas trato con mi franqueza
de evitarme, en lo posible,
cualquier dolor de cabeza.
Y en lo sucesivo cuida
de ver por dónde despuntas,
y no vuelvas en tu vida
á hacerme tales preguntas.
Ya ves que en vano me acosas;
y que sirva esta lección,
que preguntar estas cosas
es de mala educación.

—

Pon desde hoy tu maña toda
en procurarme agradar,
y ya hablaremos de boda
cuando... no haya de qué hablar.

RICARDO SEPÚLVEDA

LABIOS Y OJOS

—

Ella miró, yo la ví.
—¿Me amas?—mi voz preguntó.
Si su voz dijo que no,
su mirar dijo que sí.

Desde entonces aprendí
que son pueriles enojos
sufrir por dos labios rojos
que dan desdenes y agravios;
que á veces niegan los labios
lo que confiesan los ojos.

—
CU-PIDO

—

Es don Cupido, el amor,
señor de noble apellido,
á quien llaman don Cu-pido,
porque es en pedir primor.
Es pedigüeño señor
que pide: gala, opulencia,
oro, tiempo, diligencia,
agradar, querer, sentir...,
y deja, con tal pedir,
á la luna de Valencia.

RICARDO BLANCO ASENJO

—

NO HAY BURLAS CON EL AMOR

—

Amor, que con ser tan viejo,
no logras pasar de niño,
y usas de flechas y aljaba
como hace cuarenta siglos,

y con armas tan vetustas,
solo siempre y siempre invicto,
rindes, destrozas y matas
voluntades y sentidos:
¿á qué viene amenazarme
cuando de lejos te miro,
y de tu aljaba me burlo,
y de tus flechas me río?
Tu esclavo ayer, hoy respira
mi pecho manumitido,
y ni temo tus ardides
ni me acobardan tus tiros;
y si adviertes que á tu vista
huyo á un rincón y me abrigo,
es que soy yo quien se hiela
porque andas en cueros vivos;
que amor desnudo, á mis años,
no da calor, sino frío.
Por travesuras y audacias,
al cabo propias de chicos,
gozas fama de temible,
no, por cierto, sin motivo;
pero á mí ya, ¿qué me importan
tus embelecos y hechizos?
¿Aleteas? Yo me duermo,
y aun ronco, si me haces mimos,
y tal estoy, que confundo
los gases con los suspiros
y al corazón le equiparo
con el tubo digestivo.

De suerte que..........
.... Dí, chicuelo:
aquella luz, ¿no es el brillo
de unos ojos como endrinas
que abrasando están los míos?
¿Y no son aquellos labios
fresas de jugo exquisito
que apaga la sed y enciende
ansia nueva de exprimirlo?
Y aquel cabello ondulante
y aquel nácar esparcido
por el cielo de su rostro,
como mañana de estío,
y aquel cuerpo modelado
por el escultor divino,
¿no es la aparición radiante
de una mujer?...
Mas, ¿qué digo?
¡Burlas de amor, y tan presto
relámpagos fugitivos
de miradas y sonrisas
mi fortaleza han rendido!...
¡Ah rapaz! ¡Bien te has vengado
de mis alardes y bríos!...
No hay quien tus dardos resista;
no hay, Amor, burlas contigo.

VALENTÍN GÓMEZ

¡AMOR ES CIEGO!

Tiene tan irregular
el cuerpo Librada Puente,
que viéndola frente á frente
no hay quien no rompa á llorar.
Si ante los niños la evoco,
huyen á la desbandada.
Decir: «¡que viene Librada!»
es decir: «¡que viene el Coco!»
Está tan flaca, que apenas
se pone el corsé, de fijo
se le forma un enredijo
de costillas y ballenas.
Con calma, bien sabe Dios
que ni ver sus manos puedo.
En una le falta un dedo
y en otra le sobran dos.
Forman, de pelo cortado,
sus cejas dos canastillos.
¡Qué hermoso par de cepillos
para limpiar el calzado!
Necesita una peluca,
porque tiene solamente
dos pelos sobre la frente
y otros dos hacia la nuca.
Que no lleva rosas dentro
lo prueba cuando respira,
y su cuello es una lira
con una nuez en el centro.

De sus dientes no hay que hablar.
Tiene dos, y temo que
clavados en un *bisté*
se van los dos á quedar.
Su barba es como la mía;
más que de pelo es de pleita.
Baste decir que se afeita
dos ó tres veces al día.
Los ojos de la infeliz
no tienen perdón de Dios.
¡Como que viven los dos
á un lado de la nariz!
Te reirías si los vieras
tan chiquitos y tan rojos;
porque en la forma son ojos
y en el fondo vinagreras.
Pues ¿y su boca? Hace juego
con las de riego, y lo extraño
es que no es por el tamaño,
sino más bien por el riego.
Y observarás *deficiencias*
si hacia el pecho la examinas.
¡Como que tiene *hornacinas*
en lugar de prominencias!
Pues bien; para mí es mejor
que otra alguna mi Librada.
¿Que por qué? Porque no hay nada
tan ciego como el amor.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

LOS CUATRO ELEMENTOS

—

Las fases que el amor fragua,
en más de alguna ocasión,
cual los elementos, son
aire, fuego, tierra y agua.
Y por si alguno á dudar
de este mi aserto se atreve,
en estilo llano y breve
se lo voy á demostrar.
Los amantes con donaire
amartelados se miran;
suspiran y más suspiran,
y aquel amor todo es *aire*.
Van acercándose luego;
sus pechos de amor se abrasan;
á besarse se propasan,
y el amor llega á ser *fuego*.
Crece el amor, les da guerra;
ceden á su tiranía
y dan en la Vicaría,
que es cual si dieran en *tierra*.
Después... el sexo de enagua
va mostrando algún desvío...
tórnase el marido frío,
y el amor, por fin, es *agua*.

RAMIRO RIPOLLÉS

—∞—

AL PIE DE TU REJA

—

SERENATA

Todo duerme: los latidos
de mi corazón, temblando,
turban tan sólo el silencio
diciéndote: «oye mi canto»,
y la soledad murmura:
yo te amo.
Duerme tranquila en tu lecho,
reposa en tu lecho casto,
lecho que de blancas plumas
las palomas te formaron;
y allá entre tus dulces sueños
oye mi canto.
Vengo de lejanas tierras
mis sentimientos cantando,
y he recorrido los montes,
y he recorrido los llanos,
y vengo sólo á decirte:
yo te amo.
A la Virgen de la aldea,
de tu amor en holocausto,
ofrecí un ramo de flores
con esperanzas formado;
y mi amor vengo á cantarte,
oye mi canto.
Yo he recogido un suspiro
en un valle solitario,

y coronado de lágrimas
con mi cariño te traigo,
para que también te diga:
yo te amo.
Recuerdo de mi inocencia
en mi esperanza encerrado;
ilusión que se evapora
en un triste desengaño
con mis sencillos cantares,
oye mi canto.
La aurora con sus reflejos,
y luego el sol con sus rayos,
y con su fulgor la luna,
y con su brillo los astros,
el cielo todo te dice:
yo te amo.
El mar con sus oleadas,
con su murmullo los campos,
con su agitación el día,
la noche con su descanso,
también te dice la tierra:
oye mi canto.
Y yo, tu rendido amante,
con mi cariño velando
estoy tu inocente sueño,
y al pie de tu reja canto;
no turbe mi voz tu calma:
yo te amo.

BALTASAR MARTÍNEZ DURÁN

EL PECADO ETERNO

—

No, no culpéis á la mujer primera
porque sació con ansia su apetito,
ni al padre Adán, que del manjar bendito
gustó con su agradable compañera.
La culpa es del manjar, que entonces era
más incitante por estar maldito...
¡Si el gozar del amor es un delito,
yo también, siendo Adán, lo cometiera!
Es eterna la sed de los placeres;
no se apaga el volcán de las pasiones,
y ayer lo mismo que hoy, y hoy que mañana,
Para el amor son Evas las mujeres
y Adanes entusiastas los varones...
¡todos vamos en pos de la manzana!

ANTONIO PALOMERO

VA DE CUENTO

—

Un cuento me pides, claro se adivina
en tus ojos grandes al mirarme atentos.
¿Va de cuento? Vaya. Será mi heroína
la princesa rubia de los rancios cuentos.

La princesa rubia de ojos parecidos
á los tuyos, Laura, grandes, pensadores,
que daba sus joyas á los desvalidos
y se alimentaba con jugos de flores.

La princesa rubia de pies aniñados,
que hubiera podido calzar tus chapines;
la que remontaba ríos plateados,
unciendo á una concha ligeros delfines.

De la que aprendieron las trovas rimadas
que al rayar el día cantan los jilgueros.
Aquella princesa por cuyas miradas
sus lanzas cruzaron tantos caballeros.

La que va ciñendo delicados tules,
que bordó de estrellas hada bienhechora,
por entre las brumas de cuentos azules
en pos de un ensueño de color de aurora.

Sin cesar llegaban á pedir su mano
(breve cual la tuya), con vistosos trajes,
ya un príncipe negro de país lejano,
ya un guerrero altivo cercado de pajes.

Desfilaban todos... Ella, desdeñosa,
con el abanico sus ojos cubría
(por el varillaje mirando curiosa),
y ellos se alejaban con melancolía.

Como tantos eran nobles paladines,
duques, infanzones, los que iban llegando,
hizo el rey, su padre, á són de clarines,
por toda la tierra publicar un bando.

Y el bando decía: «Mientras sonrosada
la primer aurora de Abril no despierta,
para todos cierro mi real morada;
ningún caminante llamará á su puerta.

Pero en ese día todos los galanes
que por la princesa suspiran dolientes,
sufren mal de amores y ocultan afanes,
vengan á mi alcázar, traigan sus presentes.

Y cuando desfilen ante el áureo trono,
verá el preferido que la bella arroja
su abanico al suelo con dulce abandono,
para que el dichoso mortal lo recoja.»

No bien los jilgueros, tan madrugadores,
dijeron: «Ya es hora; la suerte os invita»,
multitud brillante de erguidos señores
del amor en alas acudió á la cita.

Sobre rico trono de metal bruñido,
cercado de damas, bella entre las bellas,
la princesa rubia lucía un vestido
de ligeros tules bordado de estrellas.

Ni una perla ornaba sus trenzas sedosas,
que sembró de flores, con modestia suma,
y agitaba, obsequio de hadas primorosas,
precioso abanico de rizada pluma.

Desfilando fueron por la regia sala
príncipes, magnates de altanero porte:
llevaban heraldos con trajes de gala;
sus pasos seguía numerosa corte.

Y graciosos pajes, en lindas bandejas,
traían presentes; ya caros trofeos
de gloriosas lides; ya bandas bermejas
con valor ganadas en nobles torneos;

Ya viejo amuleto labrado en Oriente,
contra encantadores defensa segura;
ya piedras preciosas de luz esplendente;
ya telas y pieles de rara hermosura.

Pero su abanico no dejó un instante
caer la princesa, con dulce abandono...
Todos se alejaban, cuando suplicante
galán inclinóse frente al noble trono.

Su traje era humilde; su actitud, sombría;
no le acompañaban fieles servidores;
y sobre su espalda pendiente traía
el laúd, tesoro de los trovadores.

En las gradas puso la rodilla, y dijo:
—Mal aconsejado por amor, señora,
vengo á vuestras plantas, y á vos me dirijo
en pos de un ensueño de color de aurora.

Pero no os extrañe, si de amores loco
busco mi sentencia con mi atrevimiento;
no temo al castigo que al hablar provoco,
porque ya en mi crimen hallé mi tormento.

Llego aquí cantando como van las aves
por la selva: os cedo mi laúd templado.
de ciudad rendida no esperéis las llaves,
ni gigante odioso por mí encadenado.

Libre soy: no envidio ni ambiciono nada.
De mundos soñados ser el rey presumo.
Tomadlos, señora; tomad, si os agrada,
mis castillos de aire, mi corona de humo.

Aunque mi tesoro cabe en mi escarcela,
mayor os lo guarda mi amoroso anhelo
en la pura estrofa que sin alas vuela
sobre el lodo y sube reflejando el cielo.—

Esto dijo; luego saludó á la hermosa
sin alarde altivo, pero grave y firme.
La princesa rubia le oyó silenciosa,
y se sonreía... como tú al oirme.

. . . .
. . . .

¿Cómo acaba el cuento?... Solución no hallo.
Á tus pies de hinojos, Laura, te suplico
que tú lo termines; yo te miro y callo...
En tus manos blancas está el abanico.

RICARDO GIL

LA MUJER Y EL VINO

—

¿Qué causa mayor placer?
Yo, francamente, no atino
si me dieran á escoger
entre la mujer y el vino,
ó entre el vino y la mujer.
¡El vino es hermosa cosa!
y luego sienta tan bien
cuando se bebe y reposa...
¡Pero la mujer hermosa
es cosa hermosa también!
Con vino pasan las penas:
de todo nos olvidamos,
son más alegres las cenas;
pero las mujeres... vamos,
¡que son buenas, pero buenas!
No hay nada como poner
la boca de una botella
en la boca, y ¡á beber!
pero ¿y la de la mujer?...
¡Cuanto almíbar hay en ella!
El vino es algo divino
que nos ha dado el Señor;
pero no sé á qué me inclino,
si á estar borracho de vino
ó á estar borracho de amor.
¡Cosas las dos superiores!
Por eso, sabios doctores

dicen que no hay más placeres
que las mejores mujeres
y que los vinos mejores.
Yo, á tu lado, vida mía,
de las dos cosas gozaba;
y así, mil veces creía
cuando amaba, que bebía;
cuando bebía, que amaba.
Vengan las dos borracheras;
que de esos dulces excesos
prefiero el que tú prefieras.
Si no salimos por besos,
saldremos por peteneras.
No dejes, pues, de beber,
ni me dejes de querer,
porque aquí todo es dañino:
menos la mujer y el vino,
y el vino con la mujer.

CONSTANTINO GIL

AMOR

¿Qué es el amor? ¿Habrá quien no lo sienta?
Mas definirlo es cosa ya harto grave.
¿Quién del misterio puede dar la clave?
¿Quién lo infinito limitar intenta?
¿Es quizá esa atracción la que sustenta
mundos y mundos, de su peso grave
anulando el esfuerzo? ¿Quién lo sabe?
¿Es la luz, el calor, que todo alienta

Sólo sé que á su foco, dulcemente
una pupila azul que luz derrama,
arrastróme con lazo misterioso;
Y de mi vida sol resplandeciente,
en vez de calcinarme con su llama,
de mi ser hizo dos: ¡padre y esposo!

LORENZO GONZÁLEZ AGEJAS

—∞—

Á S...

S..., aunque no te interese
escucha, mal que te pese,
este amor que en mí no cesa;
soy de tus miradas presa
y me muero de amor, S.
Yo no sé lo que me pasa;
mas tu presencia me abrasa
y siento gran cortapisa,
porque no hallo una sonrisa
que á mi inquietud ponga tasa.
Perdóname, S., que ose
cantar tu gracia, y la glose
en esta trova sin seso;
¿tengo yo culpa por eso
de que tal pasión me acose?
Cual palma linda y graciosa,
como leve mariposa,
te ví cruzar y te quise:
déjame, pues, que te avise
mi admiración portentosa.

Y al escuchar este aviso,
al verme postrar sumiso
con ese amor asombroso,
amor, S., silencioso
que Dios despertarme quiso,

Y al ver que una pobre musa
mi mano inspira confusa
para cantar, fuera de uso,
la beldad que el cielo puso
en la S. que me rehusa,

Yo espero, dando tal paso,
que tu perdón no sea escaso
y de osado, S., no acuse
á mi amor, que así te expuse:
ámame, S., que me abraso.

ENRIQUE PRUGENT

—⁂—

VÍA LÁCTEA

Para guía del pobre peregrino
hay una blanca estela allá en el cielo;
ella le enseña siempre el buen camino
si errante vá por ignorado suelo.

Feliz de aquel que, en pos de los rigores
que el mundo ofrece en ásperos abrojos,
en el cielo ideal de los amores
tiene por guía tus divinos ojos.

C. VIEYRA DE ABREU

—⁂—

LA LLAMA DEL AMOR

—

El fuego de una pasión
muy tarde ó nunca se apaga,
aunque en el pecho se haga
pedazos el corazón;
Porque el alma enamorada
que aparece fría y muerta,
se reanima y se despierta
al calor de una mirada.

TEODORO GUERRERO

TRES CARTAS DE AMOR

—

AYER

«Hermosa castellana
de faz alabastrina,
encarnación divina
del ángel de mi amor:
escúchame un momento
y el blando sueño deja,
que al pie de tu alta reja
suspira el trovador.

Con éxtasis amante
contemplo desde el foso
el hueco misterioso
del mudo ventanal.

Allí paso las horas,
y goza el alma mía
rondando noche y día
tu torre señorial.

Anhelos infinitos
me llenan de amargura,
y des que tu hermosura
por vez primera vi,
tu imagen seductora
quedóseme grabada,
y el alma, enamorada,
tan sólo piensa en ti.

Te veo cuando el sueño
mis párpados acosa
y el cuerpo al fin reposa
del rudo batallar;
te veo en los combates,
y allí tu faz contemplo;
¡te veo hasta en el templo
cuando me postro á orar!

Daría mis castillos
por sólo una mirada,
mi heróïca mesnada,
mis tierras, mi corcel;
y si esto no bastase,
con amoroso exceso,
¡el alma por un beso
vendiérale á Luzbel!

Si escuchas, indulgente,
mi acento dolorido;
si llegan á tu oído
los ecos de mi voz,
no olvides que, anhelante,
y ante tus pies postrado,
suspira enamorado
Don Lope de Albornoz.»

HOY

«Me tienes muy disgustado,
queridísima Asunción,
porque ayer no te has dignado
asomarte á tu balcón.
De paciencia hice un derroche
esperando todo el día;
cuando me fuí «era de noche,
y sin embargo llovía».
Y, es claro, con el plantón,
la humedad y el aire frío,
¡pesqué una *constipación*
de padre y muy señor mío!
No has estado en Calatravas,
ni te he visto pasear,
como antes acostumbrabas,
por la acera del Pinar.
Tampoco pude encontrarte
en casa de las de Ramos,
y no puedes figurarte
las veces que te nombramos.

Tu ausencia perjudicó
la *soirée* notablemente;
Ni tuvimos *Non tornó,*
Ni hubo *Stella confidente.*

. . . .

¿Qué te pasa? ¿Es que quizá
por chismes de algún *amigo*
tu simpática mamá
no quiere que hables conmigo?
Pues mira, ya tengo ganas
de no hacer más tiempo el bobo;
en cuanto yo entre en Aduanas,
voy á tu casa, te robo;
Y después de esta conquista,
ya nada que hacer tenemos;
espero á que me hagan *vista*
¡y de *vista* nos perdemos!
Hasta mañana, angel mío,
y ten de mí compasión;
pues cuando lleno de frío
me veas desde el balcón,
Piensa, niña, que estoy harto
de tanto mirar al cielo...
¡y no olvides que tu cuarto
es cuarto... con entresuelo!»

MAÑANA

«No sé si la he visto á usted
alguna vez; no me acuerdo;

pero, en fin, eso no importa:
para el caso es lo de menos.
Me han dicho que tiene usted
títulos del tres por ciento,
Cubas, Deuda amortizable,
varias fincas de recreo,
y además dos ó tres casas
en la calle de Juanelo.
Y como quiera que yo,
por suerte, también poseo
fincas, papel del Estado
y una porción de terrenos
con abundantes cosechas,
dos molinos harineros
y una extensión bien poblada
de olivares y viñedos,
he pensado en que podríamos
hacer un negocio bueno
casándonos usté y yo
y uniendo nuestros dineros
para acometer empresas
de importancia en el comercio
y llevar á cabo algunas
operaciones de crédito.
Si, como espero, está usted
conforme con el proyecto,
irá mi agente de Bolsa
á *ultimar*, y trato hecho:
nos casamos en seguida,
¡y á explotar al Universo!

Verá qué bien nos llevamos
y qué dichosos seremos;
pues aunque no hemos tenido
ocasión de conocernos,
hay una cosa que hará
feliz nuestro casamiento:
¡Nos guía el amor más grande,
que es el amor al dinero!...»

Por la copia,
GABRIEL MERINO

A ELLA

(EN EL DORSO DE MI RETRATO)

Si este retrato, alma mía,
que á solas contigo está,
hablarte pudiese... ¡ah!
¡cuántas cosas te diría!
Lo primero, que estoy loco
perdido de amor por ti;
pero al expresarse así
aún te diría muy poco.
Porque es mi amor tan profundo,
tan grande, tan verdadero,
que para contarle entero
no hay palabras en el mundo.
Y como éste es un papel,
nada te puede decir,
aunque yo quiera exprimir
todo lo que siento en él.

Mas ¿quién sabe?... Has de probar
mirándole sin cesar:
¡de tus ojos al calor,
por un milagro de amor,
puede ser que rompa á hablar!

ANGEL AVILÉS

LA NOVIA DEL BOTICARIO

Este es el sucedido
que me contó una tarde, dolorido,
triste, sin intención, pobre y sin gracia,
un amigo, estudiante de farmacia.

Es rubia como el sol, cara divina
que alienta mi esperanza con mi anhelo;
tiene los ojos de color del cielo
y escultural garganta alabastrina.
Los labios encendidos,
la mano breve, tersa y nacarada;
en la frente los rizos suspendidos
formando arcos de triunfo á su mirada,
y la mejilla hermosa
del color de la nieve y de la rosa.

Al caer de la tarde,
cuando se agita la memoria inquieta
y vacila el espíritu cobarde,
y el pensamiento arde

en la mente abrasada del poeta,
la vi que se cruzaba en mi camino,
y que ante mi pasión se detenía
á disipar con su fulgor divino
esa noche fatal del alma mía,
eterna maldición de mi destino.
¿Por qué en aquel momento
dominó la razón el sentimiento?
¡Yo la quise decir que la adoraba,
que por ella vivía,
y el corazón del pecho se saltaba,
y mi pupila ardiente enrojecía,
y la voz en mis labios se apagaba!...

¿Por qué, cuando un amante
quiere jurar su amor firme y sincero,
se deja lo mejor en el tintero?
Reñida es la batalla
y pierde el alma en ilusiones rica;
más adora el que calla,
y ellas hacen más caso al que se explica.
De esta manera la mujer discurre,
del ataque traidor no se defiende;
el que calla la aburre
y al que va con rodeos no lo entiende.

Crucé á su lado, la mandé un suspiro,
disimuló con arte,
la dejé en el estanque del Retiro
y me fuí con la música á otra parte.

Mujer encantadora
y de mi corazón reina y señora:
tú sabes de èste afán cómo se siente,
pues todas lo sabéis perfectamente.
Cómo vive soñando el que enamora,
y cómo el sueño que al amor convida,
imágen de la muerte, dá la vida.

La ví en un baile, y con el són ruidoso
del vals, suelto y corrido,
la referí al oído
lo que verá el curioso:
—Si alcanzo yo de tí, niña preciosa,
esta noche de amor y de alegría
un apretón de manos ú otra cosa
de más dulce cariño todavía,
con firme aprecio y con veraz estima,
sin temer ni desdenes ni fracasos,
te seguiré los pasos
cuando vayas á casa de tu prima;
en Septiembre á la feria
á comprar un tambor con dos palillos,
y á tomar un sorbete con barquillos
al café de la Iberia.
Al Prado á ver la gente,
que yo por distracción lo necesito,
y á San Ginés bendito
y á la plaza de Oriente...
y le daré propina al asistente.
Me muero, niña, cuando no te veo;

suspiro, loco, cuando tú suspiras,
y me voy á quedar, si no me miras,
lacio, ojeroso y delgaducho y feo.
Para que me presenten en tu casa,
tú la reina serás de mi albedrío...
que ayer mi corazón, triste y sombrío,
hoy en el fuego de tu amor se abrasa.
Te quiero con furor; buena persona
mi conducta me abona;
ni al vicio ni al pecado abrió la puerta,
y llevo en dote, para tí ganado,
parroquia fija, crédito afamado,
gran corazón... ¡y la botica abierta!

Así la dijo el triste y sin ventura
en alas del amor y del deseo,
y ella le contestó... ¡pobre criatura!:
—Si no quisiera á otro, ¡ya lo creo!

El infeliz aquel ambicionaba
amar, sentir por la mujer querida
con el alma y la vida,
la fingió en su ilusión y la adoraba,
y lo que al fin le sucedió del baile,
era la quinta vez que le pasaba.
Una mujer vulgar sólo quería,
y habiendo ¡tantas! en la patria mía,
loco por una, ciego, delirante,
¡siempre llegaba tarde el estudiante!

Alentar el afán que nos provoca,
dar forma á la pasión que nos convida,
buscar el ideal con ansia loca,
no encontrarlo jamás... ¡esa es la vida!

CONRADO SOLSONA



SENTIMIENTOS PERDIDOS

Á... ***

Es el amor del poeta
flor de un ignorado valle,
de gentil y puro talle
y de encendido color.
Crece en la sombra confusa,
en claras aguas se mira,
y en ella el aura suspira
con delicioso rumor.
Pero sólo se despliega
á los rayos de la luna,
porque menguada fortuna
cupo á la triste tal vez;
Que es en verdad bien menguada
y melancólica suerte
irse arrastrando á la muerte
en amarga viudez;
Sentirse rica en perfumes,
sentirse rica en colores,
rica también en amores,
y solitaria llorar,

Y no encontrar unos ojos,
con ser tan pura y tan bella,
que se reposen en ella
y la miren con pesar.
Bien haces, flor sin ventura,
en descorrer por la noche
el tornasolado broche
de tu cáliz de aflicción;
Que, á falta de humanos ojos,
las moribundas estrellas
llorarán tus hojas bellas
con lumbre de compasión.
.. ..

Escucha: yo era niño, y en mi frente
brillaba la esperanza,
y el porvenir abríase esplendente
de gloria y bienandanza.
Edificio de nácar y brillante
era mi dulce vida:
iluminaba estrella rutilante
mi juventud florida.
Tierno latió mi corazón de niño
con delicioso amor,
y, á su compás, otro infantil cariño
latió consolador.
Entonces yo canté, yo fuí poeta,
que era bello cantar,
como es bello á la humilde violeta
su cáliz desplegar.

Mas el alma dormía confiada
so nube tormentosa,
y vióse al despertar abandonada
en noche tenebrosa.
Que soplaron los hombres en mi frente
con su furor impío,
y huyó con mi ventura velozmente
el tímido amor mío.
Huyó el amor dichoso, esperanzado;
el mísero quedó,
y entre espinas y abrojos arrastrado,
el alma ensangrentó.
Que sólo ofrecer pude al ángel mío
quebranto y maldición,
y ante la muerte me tendí sombrío
con mi fatal pasión,
Y la canté con enlutada lira,
orillas del torrente,
que en ronca voz consuela al que delira
con abrasada frente.
Y por la noche la canté á la luna,
lámpara del pesar,
y regué con mis lágrimas la cuna
del turbulento mar.
Y mi amor en los aires exhalaba,
desterrado del mundo,
y otro mundo de duelo me formaba
en mi dolor profundo.
Otro mundo sin luz y sin placeres,
de llanto y soledad,

poblado de fantasmas de mujeres
de juvenil edad.
Mujeres que llorosas se volvían
para mirar su infancia,
y al cabo de la vida bendecían
sus años de ignorancia.
Lentas cruzaban la tiniebla oscura,
con suelta cabellera,
cantando en bajo son su desventura
con trova lastimera.
Y una entre todas pálida y doliente
mirábame al pasar,
y su mirada fija tristemente
me hacía palpitar.
Que era ¡ay Dios! el ensueño de mi vida
la virgen que adoré,
solitaria en las sombras y perdida
moviendo el leve pie.
Una sonrisa triste y resignada
sus labios entreabría,
y en sus ojos estrella amortiguaba
reverberar se vía.
Su mano cariñosa me apartaba,
con lúgubre inquietud,
de aquella oscuridad, que así empañaba
su pura juventud.
Entonces desbocado torbellino
llegaba bramador,
y llevaba el fantasma peregrino
con hórrido fragor.

¡Oh Dios! bien melancólico era el sueño:
mas ¡ay! que al despertar,
al lado de la vida era risueño
su llanto y su pesar.
Mi triste corazón ha sucumbido
con tanto y tanto afán,
y su alegría leve polvo ha sido
que lleva el huracán.
Que es la justicia que pregona el hombre
diabólica ironía,
y su fe y su virtud mentido nombre
ó vil mercadería.
¡Ay de mí! ¡ay de mi infancia bulliciosa,
purísima azucena!
¡Ay de mi juventud dulce y hermosa,
que se pasó en la pena!
¡Ay de mi amor, de su esperanza y gloria
paisaje peregrino!...
¡Sólo rüina sois en mi memoria!
¡Trofeos del destino!
. . . .

ENRIQUE GIL Y CARRASCO

CONTRASTE

Dios, por amor al hombre, darle en la tierra quiso
muestra de las delicias que guarda el Paraíso:
insomnios de inefables y dulces pensamientos;
inmensas alegrías, piadosos sentimientos;

tiernas melancolías sin sombra de dolor;
plácidas inquietudes, hermosas esperanzas;
noches de ensueño grato, días de bienandanzas;
sin pena, el vencimiento; sin lucha, la victoria;
sin ambición, riqueza; sin envidiosos, gloria...
y satisfecho dijo: «Ahí tienes el amor».

Quiso Satán al hombre mostrarle, en su odio eterno,
las penas infinitas que guarda en el infierno:
la duda y la sospecha, y el odio y la asechanza;
los días tenebrosos sin rayos de esperanza;
sin término las noches de fiebre y de dolor;
el pensamiento fijo, terrible é inclemente;
los celos como llamas que abrasan lentamente;
ideas de venganza; momentos de delirio;
la lucha, sin victorias; sin glorias, el martirio;
y dijo satisfecho: «Ahí tienes el amor».

José ESTREMERA

LA MUJER

El hombre que no ha sentido,
ya cuando joven ó viejo,
que iluminaba su alma
luz radiante de ojos negros;
El que no pensó que el mundo
aún era mejor que el cielo,
cuando vió en una sonrisa
todo un corazón por dentro;

El que jamás ha esperado,
solo, taciturno, inquieto,
debajo de los cristales
de un balcón en sombra envuelto;
El que no ha sentido nunca
el aguijón de los celos,
al ver la mano querida
que se posa en otro pecho;
El que no sintió en su rostro
las llamaradas de fuego,
cuando muy cerca, muy cerca,
dice una mujer «te quiero»;
El que en las horas tranquilas
de dulce apacible sueño
no ha despertado llorando,
no ha despertado sufriendo;
El que no despreció todo,
el que no vió los destellos
de la luz del nuevo día
que llegaban á su lecho,
Cuando en completo desorden
y con los ojos abiertos
batallaban las ideas
de cien quiméricos sueños;
El que no tuvo esperanzas;
aquel que no tuvo alientos
para luchar con la suerte
y satisfacer su anhelo;
el que no ha sido poeta,
el que no rezó en silencio,

el que no repitió un nombre,
el que no tuvo deseos...
Ese no sabe qué es vida,
qué es amor, qué es sentimiento,
qué son placeres ni penas,
qué son odios, qué son celos;
No sabe qué es esperanza,
no sabe qué son deseos,
no sabe qué es alegría,
no sabe lo que es infierno.
No sabe lo que es el mundo,
no sabe lo que es el cielo,
no sabe lo que es mujer...
¡la mujer es todo eso!

MIGUEL DE PALACIOS

LA MUJER

Para poder comprender
el mistero que calculan
los que la odian ó adulan,
que se encierra en la mujer,
Basta saber el real
y profundísimo enlace
en que confundido yace
lo físico y lo moral.
Mujer y hombre se parecen
al ser niños; con la edad
surge entre ellos variedad,
que crece cuanto ellos crecen.

Toma de aquél la figura
masculinos caracteres,
y conservan las mujeres
de los niños la tersura.
De la inocencia y la calma
pronto los hombres se alejan,
y las mujeres semejan
siempre al niño en cuerpo y alma.
Si hacer trizas se las vé
del corazón de algún hombre,
lo hacen sólo, no os asombre,
con la mejor buena fe.
También el niño, tan presto
como tiene de ello antojos,
arranca á un ave los ojos
y no es criminal por esto.
Toda cariño y amor,
amor la mujer desea;
sino al que la llama fea,
á nadie guarda rencor.
Que al fin ella ha de querer,
como el ave ha de cantar,
como el río ha de ir al mar,
como el mañana al ayer.
Nunca del amor el rayo
en su infantil pecho muere,
y si al marido no quiere
querrá á cualquiera... al lacayo.
Ignorando este misterio,
deja á su esposa en olvido

el marido, y el marido
justifica el adulterio.
Yo no envidio al que comparte
el exclusivo cariño
que debe á su mujer niño
con la ciencia ó con el arte.
De ningún hombre de ciencia
el talento hereda el hijo....
y no se deja, de fijo,
de cumplir la ley de herencia.

JOAQUÍN BARTRINA

SONETOS

I

Fácil, ligero lazo el amor mío
creyó formar en su ilusión querida,
que hiciera de dos vidas una vida,
uniendo con el tuyo mi albedrío.
Hoy, deshecho tan dulce desvarío,
de tus gustos juzgándome homicida,
¡que es su lazo cadena aborrecida
teme mi amor con desaliento frío!
Si es verdad, no perdone tu ternura
á quien, libre y feliz queriendo hacerte,
esclaviza tu alma y tu hermosura.
Aunque todo lo pierdo con perderte,
en ello cifraré yo mi ventura
si así consigo venturosa verte.

II

¿Por qué, menguado corazón, suspende
opresión dolorosa tu latido?
¿Por qué moja mi párpado abatido
lágrima torpe que mi orgullo ofende?
¡Mal la nobleza de su sér entiende
quien dos veces, esclavo envilecido,
el alma que de Dios ha recibido
de una mirada engañadora prende!
Acabe ¡y para siempre! el ansia fiera
por la que presa fuiste en otros días
de inciertas dichas y pesares vanos;
Que si aún capaz de conmoverte fuera,
del pecho, á quien infame afrentarías,
sabré arrancarte con mis propias manos.

ANGEL MARÍA DACARRETE

PECADOS QUE NO LO SON

—Niña, me han dicho que ayer
has dado á tu novio un beso;
pero tan punible exceso
en ti no quiero creer.
Si es cierto, y á tu conciencia
oprime el remordimiento,
con pronto arrepentimiento
de Dios implora clemencia.

Teme de Dios el rigor,
que es juez severo y adusto...
—Pues, padre, si Dios es justo,
¿cómo es pecado el amor?
¿Cómo ha de ser culpa tal
y pecado tan odioso
del corazón amoroso
el impulso natural?
Cuando en ardiente pasión
de amores nos abrasamos,
con el beso desbordamos
el amante corazón.
Si anuncia el remordimiento
la presencia del pecado,
¿por qué mi pecho punzado
por sus espinas no siento?
Aquí para entre los dos,
y de oirlo no se asombre,
yo pienso que inventa el hombre
esas culpas, y no Dios.
La humanidad al crear,
Dios ha dado á la mujer
el alma para querer,
los labios para besar.
Y si el beso en que revela
su amor es pecado grave,
hay que condenar al ave
porque por los aires vuela.
Dejad á un lado el rigor,
que quiero de amor gozar,

y no me ha de condenar
por ello Dios, que es amor.
Y si tan dulces excesos
á Dios infieren agravios,
¿para qué nos dió los labios
si nos prohibe los besos?

MANUEL DE LA REVILLA

—

LOS DOS AMORES

—De oro mis cabellos son,
mis ojos azul de cielo;
son mis sentidos de hielo,
de fuego mi corazón.
Libre del yugo carnal
que los sentidos oprime,
te ofrezco el goce sublime
del puro amor ideal.
Yo te daré enamorada,
de blanca luna al fulgor,
en un suspiro mi amor
y el alma en una mirada.
Y en místico arrobamiento
nuestros seres confundidos,
volarán al cielo unidos
en alas del sentimiento.

—Brillan ardientes mis ojos,
que al dulce placer invitan;

besos de fuego palpitan
dentro de mis labios rojos.
¡Ven, y en mis mórbidos brazos,
dando al olvido las penas,
fuego brotará en tus venas
al calor de mis abrazos!
Ideales engañosos
no sueña mi fantasía;
yo quiero hallar la alegría
en placeres voluptuosos.
¡Ven, y en la noche callada
duerme en mi regazo amante
hasta que brille radiante
de blanca luz la alborada!

—¡Virgen de rubios cabellos!
¡morena de negros ojos!
de un solo cielo destellos,
¿por qué al alma dan enojos
vuestros amores tan bellos?
En una sola mujer
quisiera unir mi ilusión,
de ti el ardiente placer,
de ti la noble pasión
que el cielo me hace entrever.
Si el puro ideal admiro,
el placer me da embeleso;
y así pienso cuando os miro:
¿Qué es el beso sin suspiro?
¿Qué es el suspiro sin beso?

Rayos de una misma esencia,
sois en la humana existencia,
una luz, otra color.
Separadas, la demencia;
reunidas, el amor.

MANUEL DE LA REVILLA

SONETO

Voy á morir; mi espíritu me advierte
que silenciosa, imperturbable y fiera,
con pisar cauteloso de pantera,
me acosa persiguiéndome la muerte....
¡Y muriendo por ti, muero sin verte!
¡Qué triste llegará mi hora postrera!
¡No cerrarás mis ojos cuando muera
ni llorarás sobre mi cuerpo inerte!...
Yo era dichoso cuando tú eras mía.
Hoy me abandonas, y mi amor gigante
término pone á mi existencia fría...
¡Y sabe Dios si acaso en el instante
en que sufro mi bárbara agonía
deliras en los brazos de otro amante!

ALBERTO VALERO MARTÍN

DE MAL EN PEOR

—

— «La niña que yo idolatro
tiene un semblante tan bello,
que no amarla fuera un atro-
pello.
En sus labios de rubí
la sonrisa el nido tiene,
y es chica que me convi-
ene.
No entiende de amor la jerga;
sus modales son muy finos,
y dicen que tiene perga-
minos.
De naipes forma castillo
mi pasión extraordinaria,
porque mi adorada es millo-
naria.
Pero aunque soy de ella esclavo
y sin cesar le hago el oso,
mi porvenir es muy pavo-
roso.
Premiando mi frenesí
jura que por mí se muere,
mas su madre no me qui-
ere;
Y le amenaza con que
me va á acusar las cuarenta...

¡Aún no es suegra, y ya me revienta.

Quiere para yerno á un primo,
y porque esto á su hija apena,
le arma más de una marimorena;

Y al verme su ira desata,
y á mi dulce bien inmola
con su inagotable batahola.

¿Qué hacer? Ó tengo que dar
á la que adoro al olvido,
ó tomar pronto algún partido.

Viuda es mi (en ciernes) mamá;
¡Oh dicha! para amansarla
el mejor remedio es casarla.

Es rica; no tiene aún
alifafes conocidos,
ni los sesenta años cumplidos.

Y, aun cuando gasta peluca,
como tiene peluconas,
tendrá mil que le hagan cucamonas.

Venga, pues, por Belcebú
un novio, y si á ella le agrada
y se casa, hago la jugada.

Pues tal su gozo será
que, perdiendo la chabeta,
la llevará pronto Pa-
teta.
Y, libre mi bien así,
premiará mi amante anhelo
llevándome al quinto ci-
elo.
Lector, si encuentra usté un sér
que á ser mi suegro se abone,
mándemelo, y usté per-
done.» —
Así hablaba un amador,
y el novio que halló ¡oh portento!
le dió su mano y su amor,
no á la mamá, no señor,
sino á su adorado tor-
mento.

Carlos Cano

LA ESENCIA DE LA VIDA

El ruiseñor con trinos armoniosos
expresa sus afanes amorosos,
y loca de placer, va sin demora
en pos del ruiseñor la ruiseñora.
Alegres, juguetones,
se entregan á inocentes expansiones
cerca del nido amado,
que fue por los amantes fabricado,

y dando cortos vuelos,
les llevan el sustento á sus hijuelos.
¡Oh, Dios de los amores,
por ti suelen cantar los ruiseñores!
El morrongo, en invierno,
apasionado jura amor eterno
á la gata que aguarda prisionera
con ansiedad que le abran la gatera;
y por sencilla, confiada é ilusa,
el gato marrullero la engatusa.
En cuestiones de amor siempre la gata,
sin poderlo evitar, mete la pata.
El perro sigue ufano
á la perra en invierno y en verano;
y hay pocos animales en la tierra
que no imiten al perro... y á la perra.
....
¡Al principio y al fin de la partida,
el amor es la esencia de la vida!

ANTONIO F. CUEVA

CANTARES

Con tus defectos te quiero,
y aunque se empeñe la gente,
por tus defectos me muero.

Dame veneno en tus labios,
y verás cómo lo tomo
aunque me muera al tomarlo.

Mátenme al mirar tus ojos,
pero déjenme primero
contar á tus labios rojos,
mañica, cuánto les quiero.

¡Quiera la Virgen Santísima
del Pilar de Zaragoza
que ti llegue un cacho é mi alma
en cada son de esta jota!

ALEJANDRO BHER

TU BELDAD

Música dulce, sonoro canto
de ruiseñor
es tu palabra, llena de encanto
fascinador.
Fúlgido rayo, luz emanada
de otro confín,
es el destello de tu mirada
de serafín.
El que consiga de tu hermosura
la posesión;
aquel que encienda la llama pura
de tu pasión,
No más invoque sobre la tierra
felicidad:
nada más grande la vida encierra
que tu beldad.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO

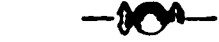
LA RECONCILIACION

—

Estaba Celia hermosa,
si muy enamorada, muy celosa;
y tantos improperios me decía,
que yo, loco de amor, me sonreía.
Picóla mi desdén, y arrebatada
lanzóme una mirada
y una frase tan dura,
que trocando en despecho mi ternura
forzóme... ¿á qué contarlo,
si los dos prometimos olvidarlo?
....
Por fin, á la tormenta
la calma sucedió, mientras violenta
turbonada de estío
descargaba con furia en los cristales;
y Celia, el dueño mío,
de sus divinos ojos, á raudales,
otra lluvia vertiendo,
miróme de tal modo, que sintiendo
todo rencor pasado,
los brazos le tendí, volé á su lado,
y al verme, venturosa,
desenojado ya, brotó radiosa
á través de su llanto
dulcísima sonrisa: un fuego santo
nos arrobó inefable,
y en abrazo fundidos entrañable,

bendije los agravios,
causa del embeleso
con que mi Celia me brindaba un beso
en la copa hechicera de sus labios.

PABLO BOSCH



INSOMNIO PERPÉTUO

—

Que al hombre que está queriendo,
hasta de noche en la cama
el querer le quita el sueño.
(Cantar popular.)

Inútilmente procuro
borrar de mi pensamiento
de tu espléndida hermosura
el abrasador recuerdo.
Inútilmente incitantes
otras hermosuras veo,
que á pensar en la que adoro
me obligan las que no aprecio.
Tú, siempre tú, siempre mi alma
abrasándose en tu fuego;
siempre intentando olvidarte
sin lograr jamás mi intento;
pues cuando olvido y descanso
busco anhelante en el lecho,
por la pasión combatido
ni olvidar ni dormir puedo:
que es cierto, por mi desgracia,

que al hombre que está queriendo,
hasta de noche en la cama
el querer le quita el sueño.

Dormir y olvidar es dicha
que inútilmente apetezco,
porque olvidar no consigo
aunque en olvidar me empeño.
Por eso cuando en sus brazos,
reparador y benéfico,
el sueño algún leve alivio
concede á mis sufrimientos,
mi pensamiento, rebelde
de la materia al imperio,
me hace soñar que me amas,
que tu amor al fin obtengo;
y palpitante, convulso,
lleno de emoción, despierto,
y una vez despierto, en vano
dormir y soñar deseo;
pues es verdad, por desgracia,
que al hombre que está queriendo,
hasta de noche en la cama
el querer le quita el sueño.

Otras noches, cuando inerte
descansa rendido el cuerpo,
como el pensamiento vela
para mi daño y tormento,
en vez de soñar que al cabo

tu amor de mi amor es premio,
sueño que amante y amada
en brazos de otro te encuentro.
Sueño que tus labios rojos
«tuya soy», repiten quedo,
y á los suyos, que maldigo,
se unen en candente beso;
y entonces, desesperado,
febril, de sangre sediento,
me lanzo á herir, y al lanzarme,
despierto, sin que de nuevo
conciliar el sueño pueda;
que al hombre que está queriendo,
hasta de noche en la cama
el querer le quita el sueño.

Por eso, porque olvidarte
inútilmente pretendo;
porque de día y de noche
por ti vivo y por ti muero;
porque inútilmente ansío
dormir y olvidar durmiendo,
pues la pasión me desvela
y ni te olvido, ni duermo;
porque si el cansancio al cabo
logra rendirme un momento,
ó la dicha me despierta,
ó me despiertan los celos.
Y es que quien de veras ama,
quien quiere como yo quiero,

ni jamás goza descanso
ni encuentra jamás sosiego;
pues es verdad indudable
que al hombre que está queriendo,
hasta de noche en la cama
el querer le quita el sueño.

MARIANO VALLEJO

—⁂—

A UNA INGÉNUA

Si alguno te dice
que por ti se muere,
mírale á los ojos,
porque así se aprende
la verdad del querer de los hombres
sin que ellos se enteren.

ENRIQUE ROMÁ

—⁂—

LA FE NUEVA

Cuando era niño
todas las noches,
repitiendo la voz de mi madre,
rezaba oraciones.
Ahora, que casi
ya soy un hombre,
en la fe del amor, al dormirme,
repito tu nombre.

LEOPOLDO ALAS

LIBERTAD PERDIDA

Una sultana del remoto Oriente
vió en los bosques, un día que cazaba,
una llama que rápida esquivaba
de jauría fiera el aguzado diente.
Rendida al fin, la reina no consiente
que la muerte le den, que ya esperaba;
y á su palacio la conduce esclava,
donde la cuida tierna y diligente.
Si antes huraña, al cabo agradecida,
fue olvidando la llama la honda pena
con que lloró su libertad perdida.
Amor, que la existencia me envenena,
quiere que pase mi doliente vida
besando el hierro de fatal cadena.

LEOPOLDO ALAS

PENSAMIENTOS

Tú no has amado nunca; tus amores
humo fueron, suspiros nada más:
viviste en un engaño; hoy eres madre,
hoy principias á amar.

—

Una sonrisa oculta en la persiana,
un pañuelo diciéndonos «adiós»,
un sueño de caricias... y el olvido:
esto es siempre el amor.

—

Quien asesina y roba
á los presidios vá;
la mujer que es coqueta,
¿qué castigo tendrá?

CARLOS CAMBRONERO

—

DESEOS

—

Cuántas veces mirando
las altas rocas
que forman de Cantabria
la altiva costa,
Pedíle al cielo
que cual las rocas fuese
firme tu pecho.

Y muy bajo añadía
después, mirando
la grandeza insondable
del Oceano:
¡Ay! quiera el cielo
que como ese mar sea
su amor inmenso.

—

Si quieres que mis celos se disipen
y mis dudas se acaben,
busca un desierto donde á nadie veas
ni á tí te vea nadie.

No temas, no, la soledad aquella,
que habrá quien te acompañe:
mi amor irá contigo eternamente;
tú dirás si es bastante.

—

No extrañes si á saber llego algún día
que disfruta otro hombre
las caricias que á mí sólo me debes,
que mis brazos te ahoguen.
Sujeto está el amor de la existencia
á la ley inmutable:
con la vida la muerte. Quien la busca,
¿qué extraño es que la halle?

ARTURO GIL DE SANTIVAÑES

A TRIFONA

(SERENATA)

I

Sal, mi Trifona, rosa temprana,
ángel de amores, mujer divina,
que alegre friegas por la mañana
los tenderetes de la cocina.
Sal, mi Trifona, á tu ventana,
y no hagas caso de la vecina.
Sal, aunque el gato,
mientras escuchas á quien te adora,
la carne coma que está en el plato,
y te reprenda la tu señora.

II

Tú eres aquella flor delicada,
ilusión toda de la poesía;
tú eres aquella que una patada
dióme una tarde de romería,
y á cuyo tacto quedó chiflada
por tus amores el alma mía.
Tú eres aquella
que al Prado llevas los chiquitines;
tú eres aquella linda doncella
que llevas rotos los calcetines.

III

Te ví, Trifona, por vez primera
de tus balcones tras los cristales;
te ví riñendo con la portera
por cierta sisa de algunos reales.
Te ví, Trifona, linda, hechicera,
lavando un día varios pañales.
Te ví, Trifona,
en misteriosa noche callada,
allá en tu lecho dormir la mona
que te produjo la limonada.

IV

Por ver tu boca grande y rasgada
y el dulce fuego de tu sonrisa;
por ver tu mano sabañonada
cuando patatas compone y guisa;

por ver tu pierna mal torneada
si abres las sayas y vas de prisa,
yo te daría,
como el poeta de los cantares,
las flores todas de Andalucía,
las perlas todas de índicos mares.

JULIO ENCISO

—∞—

LA MUJER IDEAL

¿Quién eres, fantasma vago,
sombra muda y elocuente,
siempre á mis ojos presente
en incitador halago?
¿Es tu contorno indeciso,
que así perturba mi calma,
confuso acuerdo de un alma
nacida en el Paraíso?
¿Quién de mi sér en el centro
te hace ser en cuanto soy,
y á todas partes que voy
en todas partes te encuentro?
¿Quién te manda acompañar
la senda que he de correr;
junto á mi cuna nacer,
junto á mi tumba acabar?
Angel de mis sueños de oro,
mujer impalpable y pura,
insensible á mi ternura,
indiferente á mi lloro,

Tipo de amor ideal
y de indefinible hechizo:
con tu imagen Dios me hizo
un presente bien fatal;
Porque tu encanto me inspira
afán desmandado y loco;
le persigo y no le toco;
quiero asirle y es mentira;
Siempre de mi paso en pos
unida á mi sombra vas,
fantasma de Satanás,
ó dulce visión de Dios.
No hay en el mundo mujer
que tus méritos reuna:
un rasgo encuentro en alguna;
pero no todo tu sér.
Y tras de locos empeños
el alma se agobia triste;
que la perfección existe
en la mujer de los sueños.
Yo he buscado con ardor
y amante solicitud
virtud como tu virtud
y amor igual á tu amor;
Contrayendo duros lazos,
hallé en el mundo en que lidio,
dentro del alma el fastidio
y un cadáver en mis brazos.
Yo de tu gracia ideal
perder la huella quería

en la estrepitosa orgía
y en la impura bacanal,
Y consumir mi existencia
para borrar tu ilusión,
helando mi corazón,
matando mi inteligencia.
Fantasma bello, que vas
doblando mi frenesí:
hazte verdad para mí
ó no me persigas más.

José VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ

DEO VOLENTE

El rayo de tu esencia poderoso
todo mi sér penetra, y dulcemente
inunda los espacios de mi mente
y la eterna inquietud trueca en reposo.
La fiebre del gozar, el insidioso
afán de gloria, la pasión ardiente
que turba los sentidos, la insolente
adoración del *yo*, presuntuoso...
Ilusiones no más, y al condenarlas
á perpétuo silencio sólo ansío
que me otorgues virtud para olvidarlas;
Y yo las guardaré, callado y frío,
como el alma inmortal debió guardarlas
antes de darle vida al cuerpo mío.

Emilio GUTIÉRREZ GAMERO

MI PASION

(INÉDITO)

Es mi pasión por tí como el torrente
que pugna, represado en la alta sierra,
por destruír el muro que lo encierra
y el empuje mostrar de su corriente.
Como él volcán deshecho en lava hirviente
que surge de los senos de la tierra;
como deseo, á quien el paso cierra
temor de que lo juzgues delincuente.
Mas si piadosa cedes al conjuro
del alma mía y de su dulce anhelo,
y dejas que mi amor rompa el seguro,
No más triste vivir, no más desvelo,
porque tú eres, mujer, yo te lo juro,
mi pensar, mi querer, mi luz, mi cielo.

EMILIO GUTIÉRREZ GAMERO



MIS AMORES

Pues señor, me enamoré;
me enamoré de Ruperta,
y tanta mi dicha fué,
que por un ojo la entré;
por uno solo: era tuerta.
No me aparté de su lecho
mientras la pobre expiraba;
luego, en lágrimas deshecho,

la cerré el ojo derecho,
porque el otro ya lo estaba.
Consuelo me dió consuelo;
era una mujer modelo,
sumisa como una malva;
¡si hubiera tenido pelo!...
pero la pobre era calva.
Amé á Inés la tartamuda,
hermosa mujer sin duda:
salí con ella una noche,
y en la calle de la Ruda
la cogió una pierna un coche.
¡Oh dolor! no se hizo nada;
pero pasé un rato malo
cuando dijo avergonzada
que la pierna atropellada
era una pierna de palo.
Cubrió mi vista una nube;
quise matar al cochero;
por último me contuve,
y en vez de médico, tuve
que avisar al carpintero.
Golosa era Concepción
y bella, aunque algo madura;
pero un día, en su afición,
creyendo que era turrón,
se tragó la dentadura.
Al ver tamaña gatera
dije con dolor profundo
huyendo de aquella fiera:

¿Es posible que en el mundo
no haya una mujer entera?
Ya no ha de ser el amor
juguete de mi fortuna,
repetía en mi rencor;
desde hoy no amaré á ninguna
que no tenga fiador.
Como mi memoria es poca,
á Juana hablé una mañana...
la niña no era de roca;
pero la dichosa Juana
salió una Juana la loca.
Con falsía tan notoria,
dije al punto: hagamos mutis,
y me entusiasmó Gregoria
por su cutis; era un cutis
de mantequilla de Soria.
¡Con cuánta paz nos amamos,
sin pasión y sin tibieza!
Por fin de paz nos cansamos,
y una tarde nos tiramos
los platos á la cabeza.
Me juró ser consecuente
la hermana de un intendente;
era tan hermosa, tan...
hoy es ama de un teniente
cura de San Sebastián.
Voy á concluír, señores,
el cuento de mis amores...
que de luto mi alma viste.

Calmad, calmad mis dolores
las que consoláis al triste.
No, que del amor reniego;
desde hoy al juego me entrego
y renuncio á la mujer.
¿Quién duda que debo ser
afortunado en el juego?

José FERNÁNDEZ BREMÓN



LA MUJER UVA

—

Vista por todas sus fases,
ora vieja, moza ó niña,
es la mujer una viña
con uvas de varias clases.
Viña que, dicho en su honor,
la sangre humana calienta
y es mucho más suculenta
que la viña del Señor.
Por eso, si bien presumo,
sin que la empresa le asombre,
bebe los vientos el hombre
por chuparle todo el zumo.
Y cuando el fondo escudriña
del búcaro que ha libado,
tal vez, desilusionado,
exclama: «¡Vaya una viña!»
La mujer, desde que audaz
sacude infantil letargo

y gasta vestido largo,
empieza á estar en *agraz*.
El racimo exige mimo;
hay que dárselo, ¡por Isis!
y ojo avizor á la crisis
por que atraviesa el *racimo*.
Crece en hermosura; y cuando,
encendiéndose en sonrojos,
baja púdica los ojos,
buen signo: vá *madurando*.
A poco, su corazón
empieza ansioso á latir:
es que le viene á decir
que el racimo está *en sazón*.
Y si la niña no es nimia
ni esquiva un amante enredo,
ya puede el hombre, sin miedo,
prepararse á la *vendimia*.
Que examinando atributos
con maña prudente y diestra,
verá palpable la muestra
de la variedad de *frutos*.
La mujer que, por su mal,
y no obstante su hermosura,
raya en patente gordura,
es claro, será *gordal*.
Si el amor se rinde fiel
cuando el amor le dá guerra
y huele á miel de Inglaterra,
ésa es rica *moscatel*.

Hay mujeres celestiales;
mas dánse tan sin misterio
al coro y al presbiterio,
que... en fin, son *uvas ciriales.*
Las que lucen blondo brillo
en sedosa cabellera
y tienen cútis de cera,
¿qué pueden ser sino *albillo*?
¿Qué será la que se pinta
las mejillas con blanquete
y se pone colorete?
Desde luego, es *uva tinta.*
Así como la que en huelga
contínuamente reposa,
es uva muy peligrosa,
y excelente... para *cuelga.*
En fin: el tiempo dá tasa
á lo que no ha de volver,
y entonces, ¡pobre mujer!
vedla convertida en *pasa.*
Por manera que en sus fases,
ora vieja, moza ó niña,
la mujer es una viña
con uvas de varias clases.
Jamás Baco vió en sus cubas
zumo de uvas de más fama;
sin embargo, hay quien se escama
y no quiere *entrar por uvas.*

CARLOS MORENO LÓPEZ

EL AMOR Y LA MUJER

Celájes de oro de la mañana,
clavel nevado, rosa temprana,
verde vergel;
búcaro lleno de frescas flores,
olmeda umbrosa, nido de amores,
es la mujer.
Brisa marina, manso arroyuelo,
aire y perfumes, maná del cielo,
luz y calor;
blando regazo del manso río,
blanca alborada, fresco rocío,
es el amor.
Arbusto es ella, y él es la sávia;
los hizo Dios:
juntos en uno des que nacieron
viven los dos.

RAMÓN CHICO DE GUZMÁN

DE UN DRAMA INÉDITO

RAMÓN y su hermana ISABEL

RAM. ¿También sufres?
ISAB. El dolor
más cruel de los dolores.
RAM. ¿Qué mal padeces?
ISAB. De amores.
RAM. ¿Tú sabes lo que es amor?

ISAB. Madre dice que es pecado,
flaquezas, debilidad.
RAM. Y dice bien.
ISAB. No es verdad;
quien tal dice nunca ha amado.
No sé si mi pensamiento
lo acertará á definir,
porque una cosa es sentir
y otra decir lo que siento;
pero aunque no encuentro idea,
forma, modo ni expresión,
¡qué importa, si el corazón
siente sin saber qué sea!
Anhelo es amor de ser
por otro correspondido,
verle, y, después que se ha ido,
soñar en volverle á ver;
es mirarle á nuestro lado
y su palabra escuchar,
y, si se aleja, pensar
que hemos su voz escuchado;
y oír de nuevo el acento
de quien nuestro amor inspira,
y aspirarlo, cual lo aspira
en nuestro aliento, en su aliento.
Por eso, cuando de hinojos
ante nosotros miramos
á quien nos ama y amamos,
se asoma el alma á los ojos
la imágen del que ama á ver,

y no se harta de mirar;
y, cuando cree escuchar
la voz de ese mismo sér
que la hace amar y sentir,
el alma vuela al oído
y oye su acento querido
sin que se sacie de oir.

RAM. Lo que dices no es amor.

ISAB. ¿Que no es amor?

RAM. No; es locura,
es satánica impostura,
es infierno abrasador.
Desdichada, vuelve en tí;
el genio del mal te inflama.

ISAB. El genio del mal no ama,
no siente, no quiere así.
Jamás en el corazón
su poder ha penetrado;
el mal, la culpa, el pecado
se engendran en la razón.
Si el espíritu del mal
amase una vez siquiera,
entonces... entonces fuera
espíritu celestial.

RAM. Tu ceguedad me entristece,
me espanta tu desvarío,
y siento que, á pesar mío,
mi corazón se estremece.

ISAB. ¿De qué te espantas?

RAM. Me espanto

de que por ese terreno,
amor que es barro y es cieno,
olvidas otro amor santo.

ISAB. ¿Otro amor?

RAM. Sí; sin mancilla.

ISAB. ¿Qué amor es ese?

RAM. El sublime
amor que salva y redime;
el que rompiendo esta arcilla,
esta mortal vestidura
(cárcel y prisión del alma
en las que no encuentra calma,
ni paz, ni bien, ni ventura),
hácia Dios tiende su vuelo
desde este abismo profundo,
olvidándose del mundo
para vivir en el cielo.

ISAB. ¿Y qué piensas que es, Ramón,
este afán que mi alma siente?
¿esta idea que mi mente
anima y mi corazón?
¿este incesante anhelar
que no acierto á definir?
¿este amoroso sentir
que yo no te sé explicar?...
¿Qué piensas que es este amor
que cuanto mira hermosea?
¿qué crees que es esta idea
que hace pensar lo mejor,
que ennoblece cuanto ves

y alegra nuestro vivir?...
Este amor, este sentir,
¿qué piensas, qué piensas que es?
Pues es el soplo fecundo
de Dios, que dá vida al suelo;
¡es una imágen del cielo
que se refleja en el mundo!

VICENTE COLORADO

—

¡AMOR!

—

¡Amor! Grito primero
de todo humano idioma;
flotando sobre el caos
como celeste aroma,
el universo entero
postróse ante tu altar.
Y del Edén fecundo,
perdidos los vergeles,
cual irritado atleta
ganoso de laureles,
en otro Edén el mundo
viniste á transformar.

—

Por tí vistió natura
sus galas más hermosas;
por tí la virgen tierra
se coronó de rosas,

y de la fuente pura
fué música el rumor.
Por tí crece en el lodo
contento el vil gusano;
el tronco, ayer marchito,
retoña más lozano;
¡por tí germina todo:
átomo, fruto, flor!

José ZORRILLA

—o—

¡OLVIDARLA!

¡Que yo la olvide, señor!
¿Que yo la olvide, decís,
aumentando mi dolor?
¡Ah! bien se vé que vivís
sin comprender el amor.
Escucharos no quisiera,
pues temo que os voy á odiar;
que la muerte aborreciera,
si con la muerte supiera
que la dejaba de amar.
Pensásteis, con vano intento,
que lejos la olvidaría;
y cual ayer hoy la siento,
llenando mi pensamiento,
viviendo en el alma mía.
Corazón que olvidar sabe
lo que es su gloria mayor,
en él nada grande cabe.

¡Dejad que luche la nave
hasta el puerto salvador!
La pasión correspondida
podrá olvidarse quizá;
pero, ¿quién, decid, olvida
pasión que vive en la herida
que siempre enconada está?
Y ponéis como razón
para que olvide mi mal,
que desdeña mi pasión...
¡Cómo olvidar el puñal
clavado en el corazón!

Sofía CASANOVA

—∞—

CANTARES

—

Ha unido con tanta fuerza
el amor nuestras dos almas,
que ni el cielo desunirlas
pudiera sin desgarrarlas.

—

Es tan pura, tan hermosa,
tan angelical, que sueño
que alas tiene y se me escapa
de los brazos á los cielos.

—

En mi delirio, creía
que el cielo estaba celoso
del amor que te tenía.

José VELARDE

BESOS PERDIDOS

—

DOLORA

Preclaro artista entre los más preclaros,
su mágico cincel
prestó vida á los mármoles de Páros,
si no es la Historia infiel.
Consiguió que su nombre y su memoria
fuesen de Grecia honor,
y harto ya de los triunfos de la gloria,
pensó en los del amor.
¿Me preguntáis por qué? No; yo presumo
que todos lo sabéis:
el alma busca luz; la gloria es humo...
¿Qué otra razón queréis?
Soñó, soñó,... y su mano temblorosa
supo en mármol grabar
la imágen de una sombra luminosa
con que debió soñar.
Con tal inspiración, tal maestría
la estátua modeló,
que Venus dijo al verla: «Así quería
haber nacido yo.»
Y tanto el entusiasmo y la locura
del autor llegó á ser,
que sus ojos, mirando la escultura,
lloraron de placer.
En su amor, en su extático embeleso
aquel mármol besó,

y la estátua, al contacto de aquel bèso,
de rubor se cubrió...

. . . .

Como Jehová, que un hombre, con su aliento,
de un pedazo de arcilla supo hacer,
de un mármol hizo el vivo sentimiento
del génio, una mujer.
Aquella estátua, asombro de hermosura,
que él supo cincelar,
vivió, sintió, le amó con la ternura
con que él la supo amar.

. . . .

¡Qué contraste! Mi alma fervorosa
y henchida de pasión,
sueña con una imagen más hermosa
que la de Pigmalión.
Y aunque en sueños la beso, enamorado,
una vez, ciento y más...
¡la imagen celestial que yo he creado
no palpita jamás!

CÁNDIDO RODRÍGUEZ PINILLA



ESTÁTUA

—

Adoro en ti la desnudez sin velos
de la belleza que por siglos dura,
sin que nunca envejezca tu hermosura,
Afrodita inmortal, gloria de Melos.

Lástima que no animen mis anhelos
el mármol de tu mórbida figura,
y no pueda infundir á tu escultura
la pasión ardorosa de mis celos.
En los misterios del amor soñados
con tu beldad mi corazón perturbas,
muda promesa de la piedra inerte...
Feliz si entre tus brazos mutilados
dormir pudiera, dueño de tus curvas,
el sueño interminable de la muerte.

ANDRÉS OVEJERO BUSTAMANTE



PAISAJE

—

De nuestro amor como feliz paraje,
un rincón escondido hay en el huerto;
como alcoba nupcial, está cubierto
por las frondas con amplio cortinaje.
Ocultos á la vista entre el ramaje
los pájaros gorjean en concierto,
y por un claro en la espesura abierto
el azul se descubre del celaje.
Por la quima del árbol corpulento
el sol, filtrando sus fugaces llamas,
finge un tropel de mariposas rojas,
Y hay ecos de suspiros en el viento,
y crujidos de abrazos en las ramas,
y murmullos de besos en las hojas.

ANDRÉS OVEJERO BUSTAMANTE

EL AMOR

—

> Todo es según el color
> del cristal con que se mira.
>
> *Campoamor.*

No es el amor un concepto
único, igual para todos,
por ser sentimiento en unos
lo que es sensación en otros.
Su calidad y su esencia
podrán ser de tantos modos,
cuanto que hay más variedades
en las almas que en los rostros.
El sujeto, no el objeto,
determinará el consorcio
entre el sér que ama y desea
y el fin del amor ó el odio.
Para el hombre bien nacido,
cristiano y caballeroso,
el amor es un deliquio
noble, espiritual, heroico;
Sentimiento que confunde
dos seres en uno solo,
y en que cada cual se inmola
por la ventura del otro.
Son dos ojos que se miran
radiantes en otros ojos,
viendo en ellos su alegría,
su gloria, su Dios, su todo.

El amor para el romántico
no tiene objeto corpóreo;
el sér amado es un ángel
celestial y vaporoso,
Impecable, á quien es justo
amar y servir de hinojos.
Para el sensual, es pasión
ardiente como rescoldo,
innoble instinto de bruto,
torpe y efímero antojo.
Para el glotón, es la gula;
para el avaro, es el oro;
para el artista, la gloria,
y para el malvado, el odio.
Las virtudes son amor.
El soldado es valeroso
por el amor á la patria,
que es el más grande de todos.
Piedad, es amor á Dios;
Caridad, amor al prójimo;
y la Fe lleva al martirio,
que es el amor más heroico.
Pues el amor es Proteo
tan sutil y habilidoso,
que adopta infinitas formas,
disfrazándose de modo
Que es en ocasiones, dicha,
placer dulce y deleitoso;
y otras veces, amargura,
pesar tristísimo y hondo.

Es ponzoña, que en el alma
metiéndose por los ojos,
envenena la existencia;
y es bálsamo milagroso
Que alivia del corazón
los dolores más recónditos.
Es vendaval de deseos
que al más cuerdo vuelve loco,
Y es calmante de pasiones,
cuasi divino narcótico.
Es bien y mal, goce y pena;
luz y sombra, escoria y oro;
Vida y muerte, honra y escarnio;
infierno y gloria: lo es todo;
que es como Dios, infinito;
como Él, Todopoderoso.

FERNANDO SOLDEVILLA



SONETO

—

¿Que me case decís? — Disimulad
que renuncie tan brava proporción:
tengo, señora, entera la razón,
é indómita la libre voluntad.
¿Que es la mujer un puerto de piedad?
Há tiempo que aprendí que todas son
un mar donde zozobra el corazón
y una playa de arena y soledad.

La dicha del amor y la virtud,
hermosa aspiración del alma fué
que halagó mi florida juventud.
Cuánto por ellas padecí, no sé;
sólo que vivo en mísera inquietud,
sumido en las ausencias de mi fe.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

EL JURAMENTO QUEBRANTADO

Á Limano jurábale Filena
guardar la fe que á su pasión debía;
«antes la luz me falte», repetía,
y sus promesas escribió en la arena.
El viento que la mueve y desordena
poco á poco lo escrito deshacía,
y al verlo la pastora, falsa y fría,
de su memoria lo borró sin pena.
Así la fe se guarda y asegura
en pecho femenil; ¡qué documento
para quien cifra en ella su ventura,
Si aun la que ofrece amor con juramento,
cuanto dice y escribe, y cuanto jura,
es arena que mueve cualquier viento!

JOSÉ VICENTE ALONSO

AMOROSA

—

¡Poeta del amor, pulsa tu lira
para entonar tu canto más sonoro,
y en honor de la Musa que te inspira
vibren sus cuerdas de oro!
Canta, poeta, canta
tus más tiernas canciones,
¡que el alma se enajena y se agiganta
al escuchar un himno á la más santa
de todas las pasiones!
Pasión que es el consuelo
del corazón cuando oprimido gime,
¡y como Dios la inspira desde el cielo,
es grande como Dios, como El sublime!

—

¡Todo es amor! Á su poder fecundo
vive la humanidad encadenada;
¡rey y señor del mundo,
amor es todo, sin amor no hay nada!
Amor canta el poeta
cuando pulsa las cuerdas de su lira,
cuyos ecos inundan el planeta
que en los espacios infinitos gira.
Amor cantan las aves
con armonía plácida y sonora,
cuando saludan con sus trinos suaves
la tenue luz de la naciente aurora.

Amor canta el arroyo que murmura
envuelto en brumas de azulados velos,
cuando refleja en su corriente pura
la gigante cortina de los cielos.
Amor canta la brisa
en sus rápidos giros,
cuando vuela indecisa,
difundiendo perfumes y suspiros.
Amor canta el insecto que sepulta
su aguijón en el cáliz de las flores,
y hasta la fierá, en su cubil oculta,
canta, rugiendo airada, sus amores!

—

Inspirado por él, lucha el artista
que sueña ¡desdichado! con la gloria,
hasta que muere al fin, ó al fin conquista
el preciado laurel de la victoria.
Él inspira al que lucha por la idea
animoso, resuelto, decidido;
él infunde valor al que pelea
defendiendo la Patria en que ha vivido.
Alienta al navegante,
cuando al surcar el líquido elemento,
oye, sin que le espante,
rugir las olas y bramar el viento.
Él consuela al que gime
bajo el peso terrible del delito;
purifica y redime
de toda pena al pecador contrito

Que busca en el amor la fe perdida,
y, arrepentido, su pecado llora,
¡y así por el amor fué redimida
Magdalena, la santa pecadora!

—

¡Todo es amor! Á su poder fecundo
vive la humanidad encadenada;
¡rey y señor del mundo,
amor es todo, sin amor no hay nada!

MANUEL SORIANO

Á UNA RUBIA ENCANTADORA

—

¡Ay, Emilia! yo no sé
qué es lo que pasa por mí
desde que tu faz miré;
es lo cierto que te ví
y en el acto te adoré.
Tu sonrisa placentera
y los perfumados rizos
de tu blonda cabellera;
de tu mirada severa
los seductores hechizos;
De tu risueño semblante
la esplendorosa hermosura;
tu esbeltez, tu donosura,
tu andar, tu porte elegante,
tu voz armoniosa y pura,

Cautivaron mi albedrío,
causando en el pecho mío
sensación tal y profunda,
que adorarte sólo ansío;
mi dicha en tu amor se funda.

Despierto, sueño contigo;
no logro paz ni sosiego;
hablo y no sé lo que digo,
y, ardiendo de amor en fuego,
mis sufrimientos bendigo.

Si el cariño que atesora
mi pecho, hada encantadora,
en premio tu amor alcanza,
da una halagüeña esperanza
al que rendido te adora.

FEDERICO LUIS DE HENALES

Á UNA BELDAD DEL SIGLO XIX

I

Poco decir es confesarte hermosa,
siendo imposible contemplarte en calma;
yo te adoro y soy tuyo en cuerpo y alma,
aunque en mí no repares desdeñosa.

Eres una mujer archipreciosa,
y entre las bellas llevarás la palma;
pues ninguna cual tú la gracia empalma
al talento y hechizo de una diosa.

Tú ya no eres mujer; eres un astro;
una deidad, un portentoso sueño,
un milagro, un prodigio, una quimera;
Humillas en blancura al alabastro,
y por tu rostro ver siempre risueño,
toda mi sangre gota á gota diera.

II

Te envié días pasados un soneto
declarándote el fuego en que me abraso,
y aún ignoro si de él hiciste caso:
de tal suerte me guardas el secreto.
De tu silencio la razón respeto,
pero el amor me obliga á dar un paso;
perdóname, mi bien, si me propaso,
que á tu fallo gustoso me someto.
No quisiera incurrir en desacato;
mas, pues me tienes en tus redes preso,
como consuelo dame tu retrato;
Yo le contemplaré con embeleso,
y podré, sin ofensa á tu recato,
sobre tus labios estampar un beso.

FEDERICO LUIS DE HENALES

EL AMOR QUE REDIME

No cierres, niña, en tu pecho
el portillo á la esperanza.
La vista, con fiero arrojo,
en el horizonte clava

y abre todas las compuertas
en el canal de tu alma.
De la sierpe del pasado
con valor la frente aplasta,
y, con decisión, contempla
el porvenir cara á cara.
Sî te abrumó el infortunio
y te persiguió esa jauria
de egoísmos y pasiones
que hacen pacto con la infamia,
no desesperes; no dobles
la cerviz; tu frente alza;
no desoigas las endechas
que el amor para ti canta,
y piensa que *«ser amado
ha de ser el que bien ama»*.
Clavado en cruz de madera
y en lo alto de una montaña,
el que era Rey de los Reyes
consagró con la palabra
REDENCIÓN, lo que es refugio
de toda la especie humana.
Amor redime; y si el mundo
con sus inquinas bastardas,
con sus leyes egoístas,
con sus mercados de esclavas,
con sus saturnales burdas,
con sus torpes asechanzas,
con sus bocas de reptiles
que destilan sucia baba...,

del amor hacer quisiere
un juego de «toma y daca»,
bastaría que se unieran
la pasión que lo avasalla
todo, y el grito de *¡quiero!*
para que, al fin, se lograra
la conjunción de dos cuerpos
con la esencia de dos almas.
Abre tus ojos divinos,
fija en el sol tu mirada,
deja al corazón que hable,
y te dirá, con voz clara,
que es el amor verdadero
un Jordán donde se lava
la negrura que el destino
arrojó en forma de mancha.

VICENTE SANCHÍS
(Miss-Teriosa.)

AL PAN, PAN...

Para hablar de una beldad
todos olvidan la prosa,
y, faltando á la verdad,
la llaman: divinidad,
ángel del cielo, sol, diosa,
Continuando por aquello
tan cursi de: «querubín,
es de seda tu cabello

y de alabastro tu cuello
y tus labios de carmín».
Si hay mujeres deliciosas
(yo encuentro más cada día),
el decirlas tales cosas
para llamarlas hermosas,
es una majadería.
Y me parece un exceso
de los más perjudiciales.
¿Por qué han de decirlas eso?
¿No son de carne y de hueso
como los demás mortales?
Pues siendo así, más humano,
cuando á una hermosa se ve,
es decirla en castellano
y en estilo mondo y llano:
«¡Qué hermosísima es usté!»
Esto sí que es natural
y cualquiera lo comprende;
pero «carmín, celestial,
sol, alabastro, coral,
seda y nácar», ¿quién lo entiende?
Yo nunca pude seguir
por semejante camino,
ni tal cosa he de admitir:
á mí me gusta decir
al pan, pan, y al vino, vino.

FEDERICO JAQUES

—o0o—

¡NECIA INVESTIGACIÓN!

Separado de ti, no sé explicarte
si en esta situación peno ó disfruto;
si no verte es en mí constante luto,
ó esperanza preciosa de mirarte.
Si es no oirte sufrir, ó es adorarte
en el recuerdo que á tu voz tributo.
¿Vence la realidad en absoluto
ó vence la ilusión de contemplarte?
¿Es que el llanto me alivia, y con encanto
por inmenso placer juzgo el consuelo,
aunque el dolor con furia me encadena?
¡Necia investigación! ¿Martirio ó llanto,
son por ti para mí luto ni duelo?
¡En amor es un goce hasta la pena!

LUIS CALVO REVILLA

TUS OJOS

No sé si el ver tus ojos tan negros, tan obscuros,
prodúceme alegría ó infúndeme terror.
No sé si en sus destellos se ven contornos duros
ó las suaves líneas de sentimientos puros,
la espina, aguda y fuerte, ó el cáliz de una flor.
No sé si son lagunas con aguas transparentes
ó mares espantosos que turba el huracán,
ó náyades tranquilas, ó sátiros ardientes,
ó brisas silenciosas, ó ráfagas mugientes,
ó aromas delicados, ó lavas de un volcán.

Asilo de la noche, se apropian su negrura;
reflejo del abismo, como él profundos son;
la tempestad les presta su lívida amargura,
la brisa sus caricias, las flores su frescura,
la calma su reposo, su fuerza el aquilón.
Á veces, de su fondo se elevan resplandores
que inundan el espacio de intensa claridad;
á veces, se presienten los truenos bramadores,
que laten como arterias de monstruos rugidores,
turbando del silencio la augusta majestad.
De día, me persiguen; los veo en la penumbra
como potentes faros de inmenso resplandor;
de noche, entre las sombras, mi mente los vislumbra,
y al ver su luz radiante, que el corazón alumbra,
no sé si me rechazan ó miran con amor.
Por eso no te extrañe que ignore lo que siento,
cuando al mirar tus ojos me lleno de ansiedad,
pues veo en sus celajes placer y sufrimiento,
martirios, esperanzas, dulzuras y tormento,
promesas y desdenes, amor y soledad.

EDUARDO HERRERA BREMÓN

CANTARES

—

Un clavel pajizo
besaron tus labios,
y al calor de tu boca de rosa
se volvió encarnado.

—

De las penas mías
la que es más cruel
es saber que me quiere y la quiero
¡y no puede ser!

—

De tanto mirarte,
en mis ojos llevo
dos niñas de luto, con tu misma cara
y tu mismo cuerpo.

—

Más muerto que ella,
cerré con mis manos
aquellos ojitos de color de cielo
¡que yo besé tanto!

—

Dices que me quieres mucho,
y á la vez que duermes bien;
ni tú quieres ni has querido,
ni sabes lo que es querer.

—

Sentí frío al darte un beso
y tú sentiste calor;
me besaste con los labios...
¡yo á ti con el corazón!

—

Que eligiese entre ella y tú,
ayer me dijo mi madre;
hoy vengo á vivir contigo...
¡Mira qué infamia más grande!

ALFONSO TOBAR

La bella viste encajes, raso y flores;
y, cual rocío en las fragantes pomas,
en su pecho gentil, lleno de aromas,
lanza un collar de perlas sus fulgores.
Un dichoso amador, en tierno lazo,
á la beldad fascinadora oprime,
besándola en su labio de escarlata.
Y, á la presión del venturoso abrazo,
roto el collar de perlas, dulce gime,
y en lágrimas radiantes se desata.

V

Vierte el mustio rosal llanto encendido;
del vaso rueda lágrima luciente;
llora el collar de perlas refulgente,
y llora el mar y estalla su rugido.
Llora también el amador rendido:
que la beldad de inmaculada frente
es estátua de mármol esplendente...
y en el mármol jamás vibró un latido.
Todo tiene una lágrima ó lamento.
Todo... menos la bella seductora,
causa de tanto mal, hondo tormento,
Que, arrogante, impasible y triunfadora,
responde á los dolores dando al viento
su risa más alegre que la aurora.

MANUEL REINA

AMOR

(TEORÍA Y PRÁCTICA)

I

Bello es amar cuando la vida entera
se contempla en la luz de una mirada;
cuando el aura ligera
extiende en dulces giros
los plácidos de amor blandos suspiros.
Bello es amar; el corazón ardiente
sólo vive de amor; para amar fueron
las flores y la luz; el mar hirviente
que ruge enardecido,
se calma con los besos de la luna,
que vaga en el espacio
cual buque entre carámbanos perdido.
Amor es cuanto nace, cuanto crece:
el torrente y el mar, la flor y el río,
el tímido murmullo
que brota en la colina
y levanta sus notas al vacío
como un remedo de la voz divina.
Amor es el suspiro vacilante
que manda la creación al Dios sereno
que se agita radiante
sobre el plácido azul y sobre el trueno;
es la cadencia de la mar que llora;
es el suspiro con que en noche umbría
la selva seductora

…r de las canales
…nbrero!…
…en mío,
…formada en río,
…dolor ingrato
…s convertido en pato!…
…delicioso arrullo
…tud, encanto
…é: ¿dime, te acuerdas
… horas
…uras, tan sonoras?
…
…n ti bebe la luna
…que te envía;
…to,
…ado el viento…
…o yo te murmuraba,
…ía,
…jaba
…ejuela umbría!…

III

…sados!…
… pasa!… Treinta veces
… primavera
…rra en lagos de oro;
…ado,
…zón grato tesoro,
…s

su triste queja al huracán envía;
es la luz de la aurora,
á cuyo beso pájaros y flores
despiertan con placer cantando amores.
¿Quién se atreve á negar la omnipotencia
de ese Rey sin igual? El mundo entero
es hijo del amor; desde su trono
miró el Señor bajo sus pies la nada,
y poderoso y pío,
para extender su amor santo y profundo,
arrojó en el vacío
un mundo y otro mundo;
hizo al hombre la luz de sus amores,
y espléndido y gracioso,
le dió perlas y flores
y un rayo de su cetro luminoso;
y le dió un paraíso...,
¡y una mujer fatal!, mujer vehemente,
que de impúdico amor en un exceso,
se fué al pie de un camueso
á platicar de amor con la serpiente.

II

¡Cuántas veces mis quejas
llegaron á tus débiles orejas!...
(murmura el amador entristecido).
¡Cuántas veces, dejando
tan sólo por tu amor el lecho blando,
llegué hasta tus cristales,
y entre las notas de tu amor sincero

escuchaba el rumor de las canales
cayendo en mi sombrero!...
¡Cuántas veces, bien mío,
miré tu calle transformada en río,
y tú miraste con dolor ingrato
al bien que adoras convertido en pato!...
Horas dichosas... delicioso arrullo
de la dorada juventud, encanto
que nunca olvidaré: ¿dime, te acuerdas
de aquellas dulces horas
tan fugaces, tan puras, tan sonoras?
Yo, feliz, te decía...
tú eres mi amor; en ti bebe la luna
el plácido suspiro que te envía;
al beso de tu aliento,
sus alas posa fatigado el viento...
¡Y en tanto que esto yo te murmuraba,
el viento, que lo oía,
con furia me empujaba
por la desierta callejuela umbría!...

III

¡Casados ya, casados!...
¡cómo el tiempo se pasa!... Treinta veces
el purísimo sol de primavera
ha inundado la tierra en lagos de oro;
las flores han brotado,
brindando al corazón grato tesoro,
y nosotros, felices

con otro amor, sin dimes ni diretes,
del pasado arrancamos las raíces
como arranca un callista los juanetes.
Ya no hay aquel amor tímido y tonto
que en éxtasis continuo nos tenía
en dulce bienandanza;
como el sobrino sigue tras la tía,
ha seguido al amor la confianza.
Te amo con frenesí; mas no lo digo
como en aquellas horas
en que hablaba de amor á tu postigo...
Desde aquellas jornadas deliciosas,
¡hemos visto, mi bien, ya tantas cosas!...
En vez de aquel afán tan de mal tono
con que yo, entusiasmado,
te hablaba de mi amor como de un trono,
hablamos de la estúpida habichuela,
del queso y del tocino.
¡Amor estomacal y flatulento
que sepulta en el vientre el sentimiento!
Algunas veces... pero no te enfades,
si vengo tarde á murmurarte amores,
de celoso furor en un residuo,
detienes con tu brazo
la empezada inflexión de un individuo;
y tu voz celestial, aquel acento,
dulce como el arrullo
que en las hojas del árbol deja el viento,
me aplica tantos términos nocivos,
que en medio de tal mengua

maldigo el *Diccionario de la lengua*,
tan rico en adjetivos.

. . . .

¡Quién ayer lo dijera!... en noche oscura
se trocó la mañana esplendorosa;
amor, amor, en vano yo lo imploro...
¡Su imagen misteriosa
no responde á mi lloro!...
La noche del estúpido egoísmo
me cerca por doquier... ¡esposa mía!...
murmura el labio delirante y rudo;
y á tan triste agonía
responde un estornudo.
¡El rapé es mi rival... quién lo diría!

IV

Todo en el mundo pasa:
pasó Tiro y Bagdad; pasó Cartago;
Alejandro pasó con sus legiones,
y pasó nuestro amor; el tiempo impío,
aunque de esto te duelas,
se llevó en sus alones
mis dientes y tus muelas
con los restos de antiguas ilusiones.
Hoy, sin ningún escudo,
miras sobre mi frente
piramidal el gorro puntiagudo:
yo te miro también, estrella mía,
sin luz y sin amor, sin dentadura;

alzo la vista á tu cabeza fría,
y ¡oh! triste desconsuelo...
mísera juventud, mundano brillo;
ya no tienes más pelo
que el que guarda un papel en mi bolsillo.

V

De la vejez el fúnebre cortejo
se me acerca terrible: ya soy viejo.
También fiera inclemente
las arrugas marcó sobre tu frente:
la campana sonora,
que anunció nuestro plácido concierto,
espera ya una hora
para tocar á muerto.
Todo pasó: pasó nuestra ventura,
nuestro cándido amor; fiero el destino,
en vez de la de ayer casta hermosura,
nos deja un pergamino...
trasposición se llama esta figura.
Miro mi corazón, y ¡nada, nada!
monótono rüido
me anuncia su existencia; alegre el mundo,
eleva hasta mis plantas su latido;
otras generaciones
á la tumba nos llevan á empujones:
ilusiones... amor... apenas veo
sus sombras misteriosas
á lo lejos flotar, dejando rosas

sobre el cáliz ardiente del deseo;
y también pasarán esos amores;
y esa generación, que ahora gozando
viene alegre cantando
coronada de flores,
mañana, torpe y ciega,
bajo el tiempo, que todo lo derrumba,
caerá sobre su tumba,
como dice Ventura de la Vega.
El amor en el mundo es la teoría
del purísimo amor que guarda el cielo,
desengáñese usted, doña María.
La mísera criatura,
con la ley del Eterno en cruda guerra,
quiere hallar ese amor en esta hondura,
cuando es una verdad desoladora
que en este mundo, aunque mi voz le asombre,
vive más un corsé que una señora,
y un tacón de una bota más que un hombre.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA

VUELVE Á FINGIR

Te amé de noche y te adoré de día;
y amor mintiendo tus ardientes ojos,
en el ara fatal de tus antojos
quemé la flor de la existencia mía.
Hoy que el ala plegó mi fantasía,
de una pasión contemplo los despojos,

y aún pienso en ti, sin que me cause enojos
el recuerdo cruel de tu falsía.
Jamás nuestros castísimos placeres
sepultará mi mente en el olvido,
ni tu nombre á mi pecho será extraño...
Pero vuelve á fingir; di que me quieres,
y buscaré otra vez tu amor mentido,
aunque me mate un nuevo desengaño.

LUIS TABOADA

CONSEJOS

Quieres casarte, buen Juan,
y pides con impaciencia
consejos á mi experiencia,
¿no es así? Pues allá van.
Oye: tiene mil azares
eso de tomar mujer;
por el pronto, suelen ser
malos los preliminares.
Estos son: ansias, desvelos,
temores, citas, desvíos,
trasnochadas, desafíos
y peloteras y celos.
Amanece con el día
y vela: no hay más recurso;
yo, de novio, estudié un curso
completo de astronomía.

Decídeste á ser esposo,
y sufres, que es la *más negra,*
de la veterana suegra
el examen codicioso.
Entra el gasto—es cosa obvia;
y te exprimen sin piedad,
cuando no la vanidad,
los caprichos de la novia.
Llegamos al desposorio:
das el suspirado *sí.*
¡Gracias á Dios! hasta aquí
has pasado el purgatorio.
Mas preso en el lazo tierno
tu amoroso afán reposa.
¡Ay, Juan! ¡esto es otra cosa!
como que empieza el infierno.

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

RECUERDOS

I

¡Tantas esperanzas *muertas*
y tantos recuerdos *vivos!*
En el corazón humano
jamás se forma el vacío.
Nace una ilusión, y muere;
pero su cadáver mismo
queda insepulto en el alma
y siempre en la mente fijo.

¡Ay! Por eso yo, que os llevo
há tantos años conmigo,
esperanzas lisonjeras
que me halagásteis de niño,
hoy que bajo el grave peso
de vuestro cadáver gimo,
¡infeliz de mí! quisiera
que nunca hubiérais nacido.

II

¿Te acuerdas?—Al pie de un árbol
en el jardín de tu casa,
el dulce y maduro fruto
ibas cogiendo en la falda.
Turbando nuestra alegría
crujió de pronto la rama;
diste un grito, y desplomado
caí sin voz á tus plantas.
No ví más; pero entre sueños
me pareció que escuchaba
desconsolados gemidos,
tiernas y amantes palabras.
Y cuando volví á la vida
en una sola mirada
se besaron nuestros ojos
y se unieron nuestras almas.

III

¿Te acuerdas? — Seis años hace
cuando por la vez primera

eterno amor nos juramos
y fidelidad eterna.
¡Cuán venturosas corrieron
las horas ¡ay! y cuán prestas!
Un deseo, una esperanza
fué nuestra dulce existencia.
Turbóse un día el encanto
de aquella pasión inmensa,
y el viento de la fortuna
llevóme á lejanas tierras.
Colgándote de mi cuello,
en llanto amargo deshecha,
—Vuelve (me dijiste), vuelve;
mira que el alma te llevas.—
Volví... ¡Ya estabas casada!
y un ángel de rubias hebras
en tu regazo dormía
el sueño de la inocencia.
Posé, temblando, mis labios
en su faz blanca y risueña,
y, al mirarte, ví que estabas
pálida como una muerta.

IV

Después... aturdido, ciego,
cuando me hirió el desengaño,
en tus queridas *memorias*
quise vengar mis agravios.
Busqué frenético el rizo

de tus cabellos castaños,
que en la postrer despedida
me diste, Inés, sollozando.
—Muera (dije) este recuerdo
de aquel corazón ingrato,
y arrastre el viento en cenizas
la inútil prenda que guardo.
Miréla suspenso y mudo,
hasta que, ahogándome el llanto,
en vez de arrojarla al fuego
la llevé ¡loco! á mis labios.
¡Ay! Quiera Dios que no veas,
preso en amorosos lazos,
al hijo de tus entrañas
llorar como estoy llorando.

V

¿Te acuerdas? — Cuando los días
de mi secreto infortunio,
dudaba yo de mí mismo,
pobre, olvidado y oscuro,
enjugando compasiva
mi llanto abundante y mudo,
—No desmayes (me dijiste),
que el porvenir será tuyo.
Yo compartiré contigo
lauros, honores y triunfos,
y á la sombra de tu fama
nuestro amor llenará el mundo.—

Hoy rompe á veces mi nombre
la indiferencia del vulgo,
y á veces también su aplauso
trémulo y turbado escucho.
Pero como estás muy lejos
y en vano te llamo y busco,
paréceme que resuena
en el hueco de un sepulcro.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

—⁂—

EL ARMIÑO

—

Se cuenta que el armiño,
cuando huyendo en la caza
encuentra un lodazal que el blanco aliño
de su cuerpo amenaza,
por no manchar con cieno su pureza
pára su curso, se repliega inerte,
y al pie de una maleza
busca la muerte.
¡Con qué sublime calma
no disfrutara el hombre su cariño,
si la mujer hiciese con el alma
lo que hace con su cuerpo el blanco armiño!

ENRIQUE GASPAR

—⁂—

LA CODICIA

—

Á Juana declaróle un estudiante
la pasión delirante
que sintió al contemplar sus negros ojos;
y Juana, sin enojos,
á tanto amor correspondió al instante.
Presentóse después un gran banquero;
y, aunque feo y de mala catadura,
para Juana, su *sobra* de dinero
compensaba su *falta* de hermosura.
Mas al fin se encontraron
el estudiante y el banquero un día,
y á la Juana los dos abandonaron,
premiando de este modo su falsía.

—

Lectoras, no tengáis más que un amante:
no alimentéis de la codicia el flaco,
y no perdáis de vista ni un instante
que siempre la codicia rompe el saco.

José Marco

LA MUJER IDEAL

—

Acaso la forjó mi fantasía,
y, de la mente plácida quimera,
tal vez en vano mi ansiedad espera
con formas de mujer hallarla un día.

Ella es de mi razón único guía,
de mis pasiones única barrera,
y siempre he de querer lo que ella quiera,
pues á su voluntad rendí la mía.
Ensueño vagaroso del deseo,
yo sus encantos en el pecho abrigo,
yo sólo el mundo de su amor poseo.
Mujer la aguardo, sombra la persigo,
y en mis delirios de placer la creo
nacida en mí para morir conmigo.

EDUARDO LUIS DEL PALACIO

JUGUETES

Me han dicho, Carmencita, que no te quiera,
porque eres en amores muy caprichosa,
y que si tienes fama por lo hechicera,
la tienes aún más grande por veleidosa.
Me han dicho que te cansas ó que te hastías,
que tu palabra nunca se compromete
y que cambias de amores cada ocho días,
pues á los hombres tomas como un juguete.
Y en prueba de lo dicho, me han afirmado
que has amado en dos meses á un comandante,
á un pintor, á un marino y á un empleado,
y después á un poeta y á un comerciante.
Dicen que unos por sosos te dan hastío
que te crispan los nervios los vehementes,
que no te causan otros calor ni frío,
y, en fin, que te son todos indiferentes.

Pues bien: los que trataron de disuadirme
contándome las cosas que te he citado,
no hicieron otra cosa que seducirme
retratándome el tipo que yo he soñado.
¿Una mujer veleta? ¡Precisamente!
¿Voluble ó caprichosa? ¡Si ese es mi encanto!
Me carga una chiquilla seria, inocente,
con un amor eterno, tranquilo y santo.
A mí me gustan pocas formalidades;
yo necesito mucha coquetería.
¿Te aburres? Pues me dices cuatro verdades.
¿Me aburro? Pues no vuelvo, paloma mía.
¿Que viéndose dichosos los corazones
para reñir no hallamos serios motivos?
Pues entonces se siguen las relaciones
aunque sean dos meses consecutivos.
Y si un juguete nuevo, cual me figuro,
soy para tu voluble coquetería,
yo me resigno, Carmen, y te aseguro
que de fijo el juguete te gustaría.

CELSO LUCIO

NO SE ME OLVIDA

¡Qué mujer la de aquel día!
Hoy mis ojos extasiados
ven su imágen todavía...
Iba sola en el tranvía
de «Estaciones y Mercados».
En su esquina recostada

la encontré cuando subí;
me echó, fría, una ojeada
y dió un cambio á su mirada
en seguida que la ví.
  Me guardó mi buena estrella
un asiento enfrente de ella;
no hice caso de la gente,
me senté, la ví de frente,
miré más... ¡y era muy bella!
  ¡Qué será de aquella cara
que no he vuelto más á ver!
Yo pensé:—¡Quién la besara!...
«Eh, tranvía, pára, pára.
¿Cuándo baja esta mujer?»
  ¡Qué modesta! ¡Qué sencilla!
Fué tan grata la sorpresa...
Iba á cuerpo, de mantilla...
Pudo ser una marquesa
ó una simple modistilla.
  Fuí á los barrios más extremos
por seguirla.—«Terminemos
(pensé al fin). Si está de Dios,
cuando menos lo pensemos
Él nos juntará á los dos.»—
  Y dejé el tranvía, ufano.
Hoy la busco, pero en vano.
Veo lindezas, detalles...
¡Ah! Su rostro soberano
ya no pasa por las calles.

. . . .

Si es de todos, si manchada
vende amor, no me echo atrás;
la amaré... Si está casada,
si es de un hombre esposa honrada,
¡que no vuelva á verla más!

ENRIQUE DE LA VEGA

CARBÓN MINERAL

Debe ser mi corazón,
según me dice una amiga
(y siento que me lo diga),
no de carne... de carbón.
De ese carbón mineral
tan preciado en Inglaterra,
pero que aquí en nuestra tierra
suele arder bastante mal.
De ese que, por más que se haga,
tarde se logra encender,
pero que si llega á arder,
ni el mismo diablo lo apaga.
Sin saberlo, por costumbre,
te llevé en el corazón,
y sucedió que el carbón
no resistió á tanta lumbre.
Y como era mineral,
tardó mucho, pero hizo
un fuego vivo, rojizo,
devorador, infernal.

Te has lucido, ya lo ves;
ya que has sabido quemarlo,
has de tratar de apagarlo...
Mira que es carbón inglés,
De ese que cuando ha prendido
nada le puede apagar...
¿Si te llegas á abrasar,
para qué le has encendido?

FÉLIX DÍAZ GALLO

LOS AMORES

I

PRIMAVERA

Cuando la primavera luce sus galas
y de aroma y colores puebla el ambiente,
y la flora revive rica y riente,
y el ruiseñor amante bate las alas,
Y la nieve que baja desde la sierra
va sembrando á su paso bien y alegría,
y al contacto del beso que el sol le envía
en deliquio supremo, vive la tierra,
Adornada la frente con azahares
y tendido el cabello sobre la espalda,
de la verde colina, cabe la falda,
duerme la hermosa ninfa de mis cantares.
Macizos de claveles forman el lecho,
al que dan los jazmines sombra y esencia,

y el sueño venturoso de la inocencia
en ritmo acompasado mueve su pecho.
Juguetea en sus labios una sonrisa
delatando el ensueño que le avasalla,
y envuelto entre suspiros un nombre estalla,
que al aprisco cercano lleva la brisa.
¡Duerme, niña inocente, duerme soñando
en el zagal apuesto de tus amores,
mientras en la enramada los ruiseñores,
por arrullar tu sueño, siguen cantando!

II

ESTÍO

En el cenit augusto de su hermosura
se levanta la madre Naturaleza;
el sol, en todo el brillo de su grandeza,
le da manto de fuego por vestidura.
Las tiernas hierbecillas, que verdearon,
en doradas espigas se convirtieron;
las flores, que las auras de Abril mecieron,
los vientos estivales las abrasaron.
La cándida zagala, garrida y bella,
es ya mujer hermosa, gentil, vehemente;
¡el amor y los celos sobre su frente
grabaron implacables profunda huella!
Ya no desciende alegre por la montaña,
ya vive entre placeres, penas y agravios:
¡si una vez la sonrisa juega en sus labios,
muchas veces el llanto sus ojos baña!

Ya no busca el consuelo de sus afanes
entre la calma hermosa de la campiña;
¡ya pasaron los dulces sueños de niña,
ya perturban sus noches los huracanes!
Ya no es su amor el casto, plácido juego,
manantial de ilusiones y de ventura;
¡ya hizo presa en el alma la calentura,
ya corren por sus venas mares de fuego!

III

OTOÑO

La voz de la borrasca truena en los mares;
la flora macilenta la faz inclina;
hiende el espacio, huyendo, la golondrina,
y el cielo envuelve en nubes sus luminares.
La espléndida hermosura, que brilló tanto,
se ha trocado en belleza pálida y triste:
¡las nieblas otoñales con que se viste
dignifican y acrecen su noble encanto!
Matizada de plata la cabellera,
apuesto el continente, la faz tranquila,
reflejando en el fondo de la pupila
la placidez de un alma grande y austera;
Contemplando arrobada la faz de un niño
y entonando muy quedo dulces canciones,
¡saborea una madre las emociones
que brotan de lo santo de su cariño!
Pasaron las tormentas de aciagos días
formadas al impulso de amor y celos;

¡ya su pasión es pura como los cielos,
ya los mismos pesares son alegrías!
Madre, que en la grandeza de tus amores
tienes la vida entera reconcentrada,
¡para besar tu frente santificada
templa el sol del otoño sus resplandores!

IV

INVIERNO

Escarchas en el llano, nieve en la cumbre;
sombras por todas partes; silencio, frío.
¡El sol, que esplendoroso brilló en estío,
rueda por lo insondable sin luz ni lumbre!
¡La flora, temblorosa y entumecida,
los restos de sus galas siembra en su paso,
y entre las densas brumas del triste ocaso
parece que se apagan calor y vida!
¡Sobre la frente, un tiempo tersa y hermosa,
las nieves del invierno también blanquean;
las cansadas pupilas ya no flamean
ni la apuesta figura se yergue airosa;
Pero feliz, tranquila, la noble anciana
tiene á la nietecilla sobre el regazo,
y amorosos se enlazan en dulce abrazo
el ayer, que se extingue, con el mañana!
¡La abuela se conmueve, la nieta ríe,
ve la anciana en la niña dichas que fueron;
evoca los recuerdos que se perdieron,
y mirando al pasado, besa y sonríe!

¡Al hallarla tan linda, tan placentera,
cree que surgen de nuevo sus mocedades,
como en el giro eterno de las edades
surge de entre las nieves la primavera!

AGUSTÍN FERNANDO DE LA SERNA



¿QUOD ERIS, MULIER?

—

Suelta al viento la rubia cabellera,
contra el pecho oprimiendo un haz de flores,
ríe y salta una niña en la pradera,
y por oir su risa placentera
dejaron de cantar los ruiseñores.
Canta y ríe, incansable en su faena,
y resplandece en sus hermosos ojos
un alma pura, de inocencia llena,
siendo su rostro cándida azucena
y cual rojo clavel sus labios rojos.
Yo la contemplo absorto y conmovido
y quisiera también cantar con ella
y en su alegría verme confundido;
pero en vez de reir, triste gemido
brotó del corazón con honda huella.
Una extraña visión aterradora
repentina surgió en mi pensamiento,
y aquella niña, de la vida aurora,
en mujer de belleza seductora
trocóse ante mi vista en un momento.

Arrastrando tras sí los corazones
la vi, adornada de brillantes galas,
como reina imperar en los salones...
¡Sencilla mariposa, cuyas alas
quemó el fuego voraz de las pasiones!
Ora lejos de ruidos mundanales,
con hábitos monjiles revestida,
enfermera de santos hospitales,
despreciando los bienes terrenales,
por el amor de Cristo dar su vida.
Pobre, esclava, tranquila y resignada,
sufrir el yugo de brutal marido...
ó por amante esposo contemplada,
madre feliz, en su amoroso nido
de cariñosos hijos rodeada.
Y también á mis ojos se aparece
cual torpe amante, como esposa impura
que cuanto toca mancha y envilece...
¡Y en el ser y el no ser se desvanece,
deslumbradora siempre de hermosura!

. . . .

¡Extraño afán! ¡Inexplicable empeño!
Tu hado, adverso ó feliz, ¿quién adivina?...
¿Qué me importa, si no he de ser tu dueño,
que seas, cuando Amor turbe tu sueño,
Teresa de Jesús ó Mesalina?

FERNANDO PIÑANA

DE UN DRAMA VIEJO

—

Soñé con esclavizarte
y no logro someterte,
pues con diabólico arte
me vas causando la muerte
sin que pueda dominarte.
Penetra en mí tu mirada
por la pasión encendida,
y en mi espíritu clavada
como una lenta estocada
que va extinguiendo mi vida.
Y cuanto más quiero ser
tu tiránico señor,
más tu invencible poder
me embriaga con el placer,
me humilla con el amor.
Quiero no verte, y te miro;
huirte, y sin ti me pierdo;
ser razonable, y deliro.
¡Por olvidarte suspiro,
y es mi vida tu recuerdo!
Y ansioso de poderío
para humillar tu fiereza,
me siento sin albedrío,
porque logra tu belleza
hacer tuyo lo que es mío.

José FRANCOS RODRÍGUEZ

VIÉNDOTE CONFESAR

—

Era el amanecer. Ya clareaba,
y la risueña luz del sol Levante
por las altas vidrieras se filtraba.
El silencio de amor de la capilla
se alteraba un instante
de tu voz por el dulce cuchicheo.
El sol jugueteaba en tu mantilla.
Mi corazón brincaba de deseo.
Ví tu cuerpo de reina delicado,
como si ante el dolor se doblegara,
gentilmente inclinado,
igual que un cisne á la corriente clara.
Y con sed de esperanzas y consuelos,
te ví á las rejas asomar la cara,
¡como si te asomaras á los cielos!

—

¡Ay, cuánto hubiera dado
por oir tus lamentos de afligida,
yo, que mil y mil veces te he llorado!
Yo, que soy de tus gracias pordiosero,
lo hubiera dado todo, ¡hasta la vida!,
por escuchar tu acento lastimero.
. . . .
. . . .

¿A quién volver los ojos
si el recuerdo los tuyos me quitaron?
¡Mi pasado se fué con tus antojos!

Tú sola has sido mi pasión de veras,
que mis demás amores se enterraron
en el hoyo de amor de tus ojeras.
Me atraes como imán, mujer hermosa.
Cuando me miras, tiemblo como un niño.
Al oir tu palabra deliciosa,
no hay en mí ni un deseo que no vibre.
¡Ay, pero no me basta tu cariño!
El cuerpo es preso, ¡pero el alma es libre!

—

¡Oh, Nazareno, que en tu cruz me miras
padecer por amor horas aciagas!
¡Hazme ver la verdad de sus mentiras!
Atrae mi alma á ti, Cristo doliente.
Lleva mis labios á besar tus llagas.
Sana mi corazón con tu fe ardiente.
Y si la fe me niegas, Nazareno,
niégasela también á la que adoro...
Que beba de las dudas el veneno;
que no se acoja de tu fe á la calma;
que llore, como lloro
el cruel desamparo de mi alma.
¿Ó es que tal vez ordenas
que de su amor tirano me liberte?
Y he de ser yo quien rompa mis cadenas,
quien mate mis amores...
¡Y he de vivir yo mismo de mi muerte
como tú, que al morir abres las flores!...
¡Oh Nazareno, que en tu cruz me miras
padecer por amor, rabia y despecho!

Hazme ver la verdad de sus mentiras...
Muera este amor, y que, al volver la calma,
canten las golondrinas de mi pecho
y florezcan las rosas de mi alma.

CRISTÓBAL DE CASTRO

BAGATELAS

I

—¡Mira qué nido!—me dijiste un día
con sencillo candor,
señalando tu mano el roble añoso
bajo el cual nos hallábamos los dos.
No miré al nido, pero sí á tu cara,
temblando de placer,
y mis ardientes labios con los tuyos,
cediendo al fuego del amor, choqué.
Te enojaste, y yo dije: — Hermosa mía,
¿por qué te asustas, dí?...
Este beso es un pájaro que busca
sú nido entre tus labios de carmín...
¡Déjale, pues, en calma!... ¡El pobrecito
se halla tan bien ahí!...

II

Al primer beso la virtud se inclina;
ya más para vencer no es necesario;
los demás... son las cuentas del rosario,
que se pasan y pasan por rutina.

III

Ayer, con fe constante,
buscaba á Dios en el altar sagrado...
hoy, sintiendo la fiebre del pecado,
le busca entre los labios de su amante.

IV

Odiando la pasión por lo que abrasa,
huye de ella el cuitado;
mas yo he visto tu rostro retratado
en todas las paredes de su casa;
y, según fidedignas relaciones,
todo el día se pasa
dando besos de amor por los rincones.

LUIS DE ANSORENA

Á LUCÍA

I

Cuando por vez primera
amor sintió mi alma, ricas galas
le dió la juventud, y de ligera
luz á mi corazón brotaron alas
para que en pos de su ilusión corriera.
Como vierte la aurora su rocío
dentro del cáliz de las nuevas flores,
prestándoles aromas y frescura,

así en el pecho mío
ternura y fe pusieron los amores.
Y la fe y la ternura
que hicieron de mi pecho su morada,
al alma enamorada
infundieron un vago dulce anhelo,
fuego á mis venas, sueños á mi mente,
con el fulgor riente
embellecidos, de ignorado cielo.
Y busqué en el concento majestuoso
que nace de la cósmica armonía,
aquel cielo de amor, puro y hermoso,
objeto del amor que yo sentía.
¡Ay! yo no comprendía
del universo el admirable arcano,
símbolo y forma del pensar divino,
trasunto de su incógnita belleza;
mas, cual en terso espejo cristalino,
me mostraba doquier naturaleza
mi propio corazón tierno y ufano;
y presté sentimiento, y di ternura
á las flores, al aura, á las estrellas,
y de mi propio amor y su hermosura
enamoréme, enamorado de ellas.
Ora la imagen del amor no veo,
que era objeto ideal de mis amores;
el cristal empañé, segué las flores,
y á la ilusión sobrevivió el deseo.
Y pensando que fuera
el sér que me enamora

de la imaginación dulce quimera
que la Poesía manifiesta y dora,
di vida, amor y cuerpo á la Poesía,
pero no hallé la luz del alma mía.
¿Dónde estaba su luz? Amante, ciego,
la busqué y no la hallé. Corrió perdida
el alma en busca de ella
por el áspera senda de la vida.
Al fin, la llama rutilante y bella
de tus divinos ojos desprendida,
hirió del alma la tiniebla oscura,
y bendije, al mirarla, mi destino,
y pensé que la luz de tu hermosura
me mostraba el camino
del cielo que soñé. Nunca mi mente,
en el delirio ardiente
de amor que la cautiva,
vistió de mayor gloria
la maga de sus sueños ilusoria,
de sus amores la deidad altiva.
Tus sienes circundó la inteligencia
de resplandor; pusieron los amores
en tus labios esencia
y fresca miel de delicadas flores;
la rara discreción puso en tu boca
alto discurso, y el amor su acento:
éste sueños dulcísimos evoca,
aquél eleva al cielo el pensamiento.
Te contempla mi espíritu arrobado,
y para siempre olvida

las vanas sombras que adoró engañado,
la ilusión grata que lloró perdida.
En ti adoro, bien mío,
la realidad del sueño,
tormento y gloria de mi edad primera.
¡Qué pálido mi sueño y qué sombrío,
con el lampo risueño
al compararse de tus ojos, fuera!
Tus ojos son mi luz; mi alma recibe
la inspiración en ellos,
y aprisionada vive
en la crencha gentil de tus cabellos.
No ya mi corazón de sus despojos
viste los seres que adoró algún día;
eres tú, con la lumbre de tus ojos,
quien da precio y bondad al alma mía,
do se retratan tu donaire y gala.
Y tan rica con esto me parece,
que á su deseo su valor iguala,
y hasta imagino que tu amor merece.
Ámame: á suplicártelo me atrevo;
si no es digno de tanto quien te adora,
de tu misma hermosura te enamora,
que aquí, en el alma, retratada llevo.

II

Que no comprendes, pienso,
este cariño intenso,
esta pasión que el alma me devora.
¿Por qué me dices que te olvide y quieres

que busque en el amor de otras mujeres
el encanto ideal que me enamora?
Antes de conocerte, al alma mía
fué necesario amar, y yo sentía
todo el tormento del amor. Sed era
de un deleite del cielo
que el alma acaso percibió en su vuelo
antes que forma terrenal vistiera.
¡Ay! En el mundo quiso
hallar mi corazón de sus amores
el ameno perdido paraíso;
y el alma joven, de ilusiones llena,
dió luz al mundo, aromas y colores,
y coronó de imaginada gloria
y vistió de hermosura
á los seres que amó; con honda pena
desengañóse al fin, su galanura
al mirar ilusoria.
Y aun adoró la voluntad, y nada
hallar podía que adorar pudiera.
Pero te vi, y el alma enamorada
se sintió enternecida
cual si un recuerdo de tu luz tuviera;
un recuerdo lejano
de otra esfera quizás ó de otra vida.
No ya por el encanto soberano
te recordé del rostro; por aquella
sublime conmoción del alma siento
que te reconocí, cuando tu acento
dulcísimo escuché, señora bella.

De tus ojos al ver la luz hermosa,
entre su llama, eterna mariposa,
el alma tuya ardía,
y recordarla pudo el alma mía.
En un mundo mejor ambas se amaron,
y también recordaron
de sus santos amores la ventura,
y conocí que eras
realizada ilusión de mi ternura.
¿Cómo tu labio pide,
cuando son nuestras almas compañeras,
que la mía te olvide?
Por el camino de la vida, errante
tú también como yo, gustaste el fruto
del desengaño amargo;
grave dolor tu espíritu anhelante
postró por fin y le vistió de luto,
y al débil corazón hundió en letargo.
Débil el corazón de las mujeres
es al dolor: anhela su reposo
guardar el tuyo, y creo
que más infeliz eres
con tu sosiego fúnebre y odioso
que yo en la agitación de mi deseo.

JUAN VALERA

ORIENTAL

—

Sultana, ¿por qué impaciente
suspiras con tanto anhelo?
¿Por qué se nubla tu frente
y alzas trémula y doliente
los verdes ojos al cielo?
¿Qué te hace falta, mi bien?
¿No eres la reina y señora
de cuanto guarda mi harén,
y no eres reina también
de mi pecho, que te adora?
¿No posee tu belleza
para su dicha y recreo
cuanto la naturaleza,
uniéndose á la riqueza,
puede ofrecer al deseo?
Cuando tu cuerpo reclinas
crujen galas damasquinas
bajo tu cuerpo de nieve,
y si tu planta se mueve
huella alfombras tunecinas.
Pebeteros de Siarín
aroman tu camarín,
y su aroma fuerza toma
porque se mezcla al aroma
de las flores del jardín.
Jardín que por tus amores
suspira, como su dueño,

y se cubre de verdores
y se tiñe de colores
para conseguir su empeño.
  Y temiendo que el rigor
del sol te cause temor,
escala el muro de piedra
y teje un velo de hiedra
en tu rico mirador.
  ¿Qué más puedo yo ofrecerte
para que vivas dichosa
y no maldigas tu suerte?
¿Qué puedo hacer para verte
satisfecha y cariñosa?
  Yo arrojé sobre tu cuello,
que desnudo era más bello,
un collar y otro collar;
yo robé del hondo mar
perlas para tu cabello;
  Yo ceñí las líneas puras
de tus formas ideales
con los caprichosos chales
y las ricas vestiduras
de mercados orientales.
  Puse en tu cintura lazos
que valían un tesoro
por sus caprichosos trazos,
y adorné tus pies con oro
y con diamantes tus brazos.
  Y por si acaso de nada
servía el lujoso brillo

á tu vista fatigada,
hice labrar mi castillo
en la vega de Granada,
Ganoso de que Genil,
al mirar tus gracias mil,
les rindiera sus cantares
mecidos por el sutil
perfume de los zahares;
Y porque la triste queja
de mi ilusión destrozada
se agitase en la hondonada
que nace en Sierra Bermeja
y muere en Sierra Nevada.
En vega tan deliciosa
hice de tu dicha en pos
mi casa, mujer hermosa,
para qué vieses la cosa
más bella que soñó Dios.
¿Y aún suspiras impaciente
con desconocido anhelo;
aún nublas la tibia frente
y alzas trémula y doliente
los verdes ojos al cielo?
¿Qué más puedes exigir?
¿Qué quieres que yo te dé
para calmar tu sufrir?
Si es necesario morir,
mándamelo, moriré.
Pero no llores, no llores,
sultana de mis amores,

ten de mi amor compasión
y no aumentes los rigores
que afligen mi corazón.
Pide, y pide sin cesar,
que todo lo has de obtener
del modo que haya de ser:
con oro, si hay que comprar;
con sangre, si hay que vencer;
Con lágrimas, si mis cuitas,
poderosas, infinitas,
pueden labrar tu contento;
con la vida que sustento,
si mi vida necesitas.
—De poco me sirve á mí—
respondió ella — cuanto aquí
me regalan tus desvelos,
porque me hieren los celos
que estoy sintiendo por ti.
—¿De qué—si decirlo quieres—
tienes tú celos, mi bien?
—De que á mi pasión prefieres
la pasión de las mujeres
que guardas en el harén.
—Si eso te ofende, sultana;
si por tal causa se afana
tu pecho inocente y puro,
en Dios y en mi alma te juro
que no las verás mañana.
Que poco pueden valer
caricias de una mujer

como las que guardo allí,
al que consiguió obtener
las caricias de una hurí.—
Y un largo beso dejó
en la boca perfumada
de su mora enamorada,
y ella los ojos volvió
á la vega de Granada.

JOAQUÍN DICENTA

INOCENCIA

Hoy, de un baile al regresar,
te han sorprendido, Rosario,
con un viejo diccionario
consultando el verbo *amar*.
¡Oh, quién pudiera ignorar
lo que ignora tu ilusión!
Deja el libro en un rincón;
yo á asegurarte me atrevo
que en los ojos de un mancebo
hallarás la explicación.
¿Dudas? ¡Cuánta sencillez!
Quiera el cielo, niña mía,
que no llores algún día
tu perdida candidez.
Envenenada doblez
oculta el mundo con arte;
si no aciertas á guardarte

de su dardo ponzoñoso,
el amor es alevoso
y á traición puede matarte.
¿Te han dicho que amar es ser
en el mundo venturosa?
¡Afirmación peligrosa
de alguna astuta mujer!
No, no; amar es aprender
en la escuela del dolor...
Mas, ¿á qué con tal candor
á mis lecciones te entregas?
¡Dichosa tú si no llegas
á saber lo que es amor!

Juan Tomás SALVANY

LA VESTAL NEGRA

Ardiente, los ojos tienes
de cerco sombrío orlados,
y los labios empapados
en caricias y desdenes.
Nunca al marfil de tus sienes
el rubor se ve asomar;
tu hermosura es singular,
pues fascina y amedrenta
como noche de tormenta
sobre un buque en alta mar.
Cuando en sedas de *Lyón*
envuelto el lascivo talle,

sales de guerra á la calle
como al mar el tiburón,
no con descuido felón,
tapando para enseñar,
muestres lo que has de negar;
pues gozas fama de ser
tan fácil en encender
como dura en apagar.
Son tus gracias peligrosas,
que al mejor postor arriendas,
esponja de las haciendas
y terror de las esposas.
Tus aficiones ruinosas
devoran siglos de afanes,
y entre hampones y chalanes
los históricos terrones
de magnates é infanzones
derrochas en tafetanes.
Para el que en tu garra explota,
siempre el remedio es tardío,
pues cuando apunta el hastío
ya llegó la bancarrota.
Lo que tu crecer denota
no es para el mundo un misterio.
Como ave de cementerio,
que anuncia muerte cercana,
florece la cortesana
donde agoniza el imperio.
Ese tu reir sonoro
dice al menos avisado

que el corazón disecado
llevas en urna de oro.
Risa más triste que el lloro,
vestal de ropaje oscuro,
forzada al castigo duro
de mantener encendido
en los altares de Cnido
de Venus el fuego impuro.
Ríe, canta, el oro arroja,
y sea tu aturdimiento
prenda de arrepentimiento
cuando el hospital te acoja.
Fin que á la moral no enoja,
mas teme su airado juicio
si en tu inverecundo oficio,
con virtud odiosa y fría,
vas poniendo en alcancía
los usufructos del vicio.

CEFERINO SUÁREZ BRAVO



Á UNA NIÑA AUSENTE

¡Vivir! ¿qué es la vida? ¡no lo concibo!
Cómo es que vivo
yo no comprendo,
porque en tu ausencia, niña querida,
vivo sin vida,
vivo muriendo.

En un destierro lloro sin calma,
no tiene mi alma
luz ni calor;
¡sed, ay, me abrasa de tiernos lazos!
sed de tus brazos
tiene mi amor.

Nieve corona la alta montaña,
que oculta, entraña
ígneo volcán.
La que canosa ciñe mi frente,
no encubre ardiente
secreto afán.

Pasan los días, pasan los años;
los desengaños
tras la ilusión
vienen, y al goce sigue el hastío,
el rudo frío
del corazón.

Sólo en mi pecho, yerto y helado,
arde un sagrado
fuego vital;
mi afán de verte, que verte ansío,
dulce bien mío,
luz celestial.

Por más que en hondo mar sin bonanza
ya mi esperanza
naufragar vi,

mi norte, ¡oh ángel!, que nunca pierdo,
es tu recuerdo,
¡vivo por ti!

Aunque la suerte, para mí avara,
hoy nos separa,
mi dulce bien,
pues que nos unen estrechos lazos,
¡tú, tú á mis brazos
has de volver!

Porque en tu ausencia vivo sin calma,
de tus caricias sed tiene el alma,
sed de tus mimos, sed de tu amor.
Porque en tu ausencia, niña querida,
vivo muriendo, vivo sin vida,
¡me falta aire, luz y calor!

PELAYO DEL CASTILLO



PASIÓN ANTI-ORTOGRÁFICA

Tengo una novia, lector,
que es un hechizo, un primor;
pero, por su suerte impía,
escribe... que causa horror
el mirar su ortografía.
Como ella nunca repara
en el gramático aliño,
á lo mejor se dispara

poniendo *vargón, karriño,*
hiluzión, berdá y *andara;*
Y es tal la exageración
de este defecto que tiene,
que escribe, sin turbación,
onvre... ¡sin *hache*, con *ene*,
y con *v* de corazón!
Tal defecto, á no dudar,
me ha hecho cien veces temblar,
de equívocos siendo causa,
que, tras una breve pausa,
te voy, lector, á contar.

. . . .

Intentando hacerme el bú,
me escribió: «Sé que eres tú
aficionado á Lutero...»,
mas con un defecto fiero
puso el acento en la *ú*.
Yo, que aún no estaba avisado
de su falta vergonzosa,
me quedé, al verlo, asombrado,
porque... en fin, leí una cosa
que me puso colorado.
Y seguía de esta suerte:
«*Embista de tu altitú*
esto ire suelta ano berte
ceno te me Reses tú,
queso y tulla hasta la merte».
Tal atrocidad al ver,
casi estuve por romper

dando á mi noviazgo fin,
que amor que habla de lamer
es un amor de mastín.
É iba á darme á Belcebú,
y lo que iba á hacer no sé,
cuando al cabo me calmé
viendo una pequeña *u*
entre la *eme* y la *e*.
Hoy otra carta endiablada,
siguiendo la misma ruta,
me dice: «*Haunke mal pajada*
soy sienpre sin disdisputa
coztante hiena morada».
Lo de *hiena*, con razón,
mi furia pone en un tris
y estoy por armar cuestión;
¡digo! ¿y la repetición
inconveniente del *dis*?
Ya paciencia no me queda,
que esto me abruma y me carga.
¿Es posible que no pueda
yo ser su pasión... sin *zeda*
y su vida... sin *be larga*?
¿A quién esto no alborota?
¿Quién muy racional no nota
que pida, ¡por Belcebú!,
el que se enoje con *jota*
y que me quiera con *qu*?
Hoy la dejo, sí, á fe mía,
por más que alguno me tache

de severo en demasía...
¡No quiero que el mejor día
me ponga un *hasta...* sin *hache!!*

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

—⁂—

UN APAREJO REDONDO

—

Vayan con dos mil demonios
los años que aún vivir tengo,
si en brazos de una real hembra
no han de correr placenteros.
¡La gloria! ¡Buena es la gloria
para almas de canto y yeso!
Bueno es el oro y el vino,
y el supremo poder, bueno.
Pero, ¿dónde en este mundo,
ni en el otro, hay más inmenso
placer que el placer sin límites
de un amor loco, frenético?
¿De un amor que haga crujir
entre los brazos los huesos,
y en que besos y palabras
salgan del labio revueltos?
Si amar es sufrir, suframos;
si es morir, la muerte anhelo;
si es dar el alma al demonio,
suyos son mi alma y mi cuerpo.
Pero es mentira: en sus alas
el amor nos lleva al cielo;

sólo en el amor la gloria
comprender de Dios podemos.
Yo en la mujer, por lo mismo,
miro á Dios, y á Dios venero,
y la traigo en mis entrañas
y en lo más hondo del pecho.
Mas no de sedas vestida,
de encajes ni terciopelos,
va la mujer que hoy me roba
alma, vida y pensamiento.
Que es una moza de á veinte,
alta, de color trigueño,
muy redonda de caderas,
muy levantada de pecho,
Con pelo negro y sedoso
y con dos ojos de fuego,
donde encienden sus cigarros
cuantos pasan junto á ellos.
Y es, en fin, una real moza
de las que apellida el pueblo:
un aparejo redondo.
¡Y qué divino aparejo!
Sentada estaba á la puerta
de un ventorrillo comiendo (1)
y bailando y repicando
por castañuelas los dedos.
Cuando una tarde la ví
junto al puente de Toledo,

(1) La escena se supone en Sevilla.

dando tormento á los hombres
y envidia á los mismos cielos.
Verla y quedarme prendado
de sus gracias fué un momento;
que es el amor trabucazo
que pega del alma en medio.
Y si el tiro lo disparan
dos ojos traidores, negros,
cuando con piedad no miran,
dejan al herido muerto.
Muerto quedé; pero á darme
vida nueva y nuevo aliento
vinieron sus dulces ojos,
más que su lengua parleros,
Y desde entonces la busco,
y soy feliz si la encuentro,
y por donde va la sigo,
y por verla lloro y muero.
¿Qué vale una ilustre dama
de carmín cargado y yeso;
con algodones por carnes;
con puñales en los huesos;
Pintada como retablo;
por solfa hablando y riendo,
y que al dar su amor parece
que lo mide y lo da al peso,
Si á compararla me pongo
con el cuerpo retrechero
y con el alma y las gracias
de mi redondo aparejo?

Sin más adobos que el agua
que dan la fuente y el cielo,
por todo adorno llevando
una rosa en sus cabellos;
Fresca, limpia y colorada,
salud y alegría vertiendo,
y amándome á puñetazos
y devorándome á besos,
Tiene la prenda que adoro
pura el alma y sano el cuerpo,
y en mí los cinco sentidos
con que me idolatra, puestos:
Por esto yo con fatigas
negras la quiero y requiero,
y la retequiero, ¡andando!,
porque me lo pide el pecho.
Busquen otros los salones
donde se chapurra el griego,
donde se come con guantes
y adonde se asiste en cueros;
Y déjeme á mí la casa
cerquita del Mundo Nuevo,
donde la moza garbosa
que me abrasa con su aliento,
Saca de las entretelas
de su corsé un dulce seco,
y lo parte con sus dientes,
y me da, y se come medio.
Busquen otros esas aves
de menos carne que pelo,

divinidades por fuera
y estatuas sólo por dentro;
Que á mí me gustan las mozas
que al respirar echen fuego,
y al abrazar, crujir hagan
entre los brazos los huesos.

MANUEL M. DE SANTA ANA

DILEMA

El amor y la moneda
mueren, si algún fruto dan,
como cuchara de pan
que entre los dientes se queda.
Quien pone en su gasto veda
renuncia á todo placer:
así ni oro ni mujer
quiero mirar con amor,
pues no acierto qué es peor,
si guardar ó no tener.

LUIS FERNÁNDEZ GUERRA

ARGUMENTO AD HOMINEM

Señor don Luis, yo no opino
como usted en tal dilema...
daré la razón extrema
del por qué me insubordino.
Usted compara con tino
la moneda y el amor.

En la duda está el error;
pues para mí es cosa clara
que el comerse la cuchara,
si es de pan, es lo mejor.

RAMÓN RODRÍGUEZ CORREA

LA CORTINA

Enfrente de mi balcón
vive una chica preciosa;
su hermosura es una cosa
digna de ponderación.
Por las mañanas la indina
sale recién levantada,
y deja medio entornada
la tela de la cortina.
Y con un gesto divino,
al notar que la estoy viendo,
siempre me dice riendo:
«Muy buenos días, vecino.»
Entorna, y luego se va
derecha á su tocador
(calcúlese usted, lector,
la rabia que á mí me da).
Cantando empieza á lavarse
y á calzarse y á vestirse,
y yo la siento reirse,
y hasta la he visto peinarse.

Me ha quitado que trasnoche,
y voy derecho al abismo,
porque me ocurre lo mismo
(y esto es grave) por la noche.
La vecina ha hallado el modo
más atroz de darme guerra;
cuando va á acostarse cierra,
pero no cierra del todo.
Y dice con desenfado,
porque la chica no es muda:
«¡Vecino! ya estoy desnuda;
¡vecino! ya me he acostado.»
Y algunas veces se ve
que ha dejado en una silla
el vestido, la toquilla,
los zapatos y el corsé.
Yo pienso que dormirá
con un sueño seductor
(calcúlese usted, lector,
la rabia que á mí me da).
Le confieso francamente
que yo le voy á decir:
«Ya más no puedo sufrir,
conque al vado ó á la puente.»

. . . .

«¡Vecina! ¡por Dios, vecina!
de amor por usted me abraso.»
Mañana mismo me caso
y hago trizas la cortina.

MANUEL PASO

¡TUS OJOS!

Ni tu talle, ni tu cuello,
ni tus lindos labios rojos,
ni tu divino cabello
me esclavizan, angel bello;
lo que adoro son ¡tus ojos!
Parece que agradecidos,
por ver si mi amor se calma,
me cuentan adormecidos
los secretos que escondidos
lleva su dueña en el alma.
No há mucho que repetían
los labios un «*no*» temblando;
pues bien, tus labios mentían,
y tus ojos me decían
que tú me estabas amando.
Sin hacer caso á tu boca,
adorando me verás
tus ojos con ansia loca;
que tu boca se equivoca,
pero tus ojos... ¡jamás!

Ramón Rodríguez Correa

QUEJAS DEL ALMA

Quejas del alma, misteriosas sombras
de los muertos amores:
decid cómo se olvida, y si se olvida,
dónde el amor se esconde.

Palabras que flotando eternamente
vais repitiendo un nombre,
nota apacible que traduce el viento
en la callada noche;
Lágrima que resbala en la mejilla
y parece que absorbe
algo del sentimiento indefinible
que el corazón esconde;
Visión encantadora de los sueños,
oscuros horizontes,
sin un faro de luz resplandeciente
que me sirva de norte.
Decid: ¿dónde el olvido se aposenta?
¿en qué etéreas regiones
está la inmensa tumba que cobija
los pasados amores?

J. NAVARRO REZA

FANTASÍA

Triste, quizá sin razón,
estaba yo cierto día,
y de mi melancolía
quise saber la ocasión.
Quedéme, pues, meditando,
en mi dolor abstraído,
y á poco estaba dormido;
más que dormido, soñando.
Y soñé que una mujer
se acercó á mí silenciosa,

y ardiente llama amorosa
abrasó todo mi sér.
Sentí insufrible martirio;
mas lo bendije insensato,
porque era el vivo retrato
de la que amé con delirio.
En vano mi cuerpo inerte
quise alzar: ya no podía.
Me abrazó, y me parecía
que me abrazaba la muerte.
—«¡Ay!—exclamé—¡por piedad!
déjame, yo te lo ruego.
¿Acaso el amarte ciego
merece tanta crueldad?»
—«Necio—repuso,—¿por qué
llamas crueldad y rigor
á lo que es prueba de amor,
testimonio de mi fé?
Yo, de tí compadecida,
quiero tus penas calmar,
quiero de una vez curar
de tu corazón la herida.»
—«En él está mi aflicción.»
—«Hay que arrancarlo.»
—«¿Qué dices?»
—«Nunca pueden ser felices
los que tienen corazón.»
—«¡Vivir sin él!»
—«Te conviene.»
—«La vida será espantosa.»

—«Hay mucha gente dichosa
y casi nadie lo tiene.»—
Rogué: fué inútil mi ruego.
La supliqué, pero en vano:
mi pecho oprimió su mano
como tenaza de fuego.
Horrible dolor interno
sentí con ansia mortal...
Mucho sufrí: dolor tal
no existe ni en el infierno.
Pronto con admiración
vi cesar mi pena impía.
Miré: en sus manos tenía
mi doliente corazón.
Por un instante creí
que por la entreabierta herida
se me escapaba la vida;
mas nueva vida sentí.
Que de mi pecho vacío
puso la hermosa en el hueco
otro corazón, ya seco
y, como la muerte, frío.
Mi tormentosa existencia
resbaló desde aquel día
sin tristeza ni alegría,
en plácida indiferencia.
Y agradecido á la hermosa
que me hizo tanto y tal bien,
la dije:—«A mis brazos ven,
vaga visión misteriosa.

Ven á mí: yo te bendigo,
pues calmaste mi aflicción
arrancando el corazón,
que era mi único enemigo.»

MARIANO CAPDEPÓN

REMEMBER

Si dura ley, señora,
impide que mi voz presente y viva
ó encadenada en letra mensajera,
amante vuele á acariciar tu oído,
¿consentirás al menos
que el ritmo vago, como el aire libre,
indomeñable, etéreo,
que ni montes ni alcázares detienen,
y halaga y duerme al velador tirano,
y nada dice y lo revela todo,
las alas tienda desde el fresco seno
de mis cántabros valles, y penetre
en la áurea estancia do tu pecho yace
en la nocturna calma?

Sí lo consentirás; que lidio sólo
con la espada del canto,
y ni tesoros ni grandezas tengo
que arrojar á tus plantas;
y si tú me recuerdas
alguna vez en solitarias horas,

no será por los triunfos y laureles
que siembre la Fortuna en mi camino,
sino por la recóndita armonía
que vibró de tus ojos en mi mente,
y arrancó, reflejada en mis cantares,
tal vez una sonrisa de tus labios.

¿Me olvidarás, gentil iniciadora,
profetisa de amor, Diótima nueva,
que á mi sediento espíritu ofreciste
tan alta y celestial sabiduría,
cual la que oyera Sócrates severo
de la extraña mujer de Mantinea?
Amor, divino intérprete y ministro,
que al cielo lleva los humanos votos,
ó al hombre trae la inspiración sagrada,
lazo que traba y une
en síntesis armónica y fecunda
el mundo real y el mundo de la idea:
Amor es el *demonio*
que describe Platón; mañoso, artero,
ágil y vigoroso,
porque heredó de Poros la firmeza,
hábil, encantador, sofista y mago.
Dura pobreza le educó á sus pechos,
y anda descalzo, sin hogar ni lumbre,
ansiando siempre por lo hermoso y bueno.

Ese es mi amor: el inmortal deseo
que antes erraba sin hallar reposo,

y ora descansa, y yacerá por siempre,
en el centro sagrado de tu alma,
como en su propia esfera. Allí respira
y vive para ti: tú le custodias;
ni un punto romperá su alegre cárcel;
pasan por él los ruidos de la tierra
sin conmoverle; y por extraño modo,
cuanto él quiere, medita y fantasea,
tu solo pensamiento lo contiene:
y bellas son por ti las cosas bellas,
alegre el sol porque tu faz alumbra,
áureas las flores si tu frente ciñen,
y apetecible el lauro y la victoria
si huellas tú la conquistada palma.

¿Cómo olvidarte yo, si eres la fuente
de todo buen pensar; si tú lanzaste
al surco de mi alma
los gérmenes primeros
de propia inspiración y altivo canto;
si sangre y jugo y plástica hermosura
tal vez al mármol diste,
que antes labraba yo con torpe mano;
si alguna de las Gracias que en ti moran,
y fáciles, ligeras,
cual enjambre de abejas del Himeto,
bullen del labio tuyo desprendidas,
endulzó con su miel el acre fruto
de mi indómito, agreste y rudo ingenio?
¡Oh! ¡cuánta y cuánta plática sabrosa,

como el rocío sobre hierba nueva,
á refrescar mi espíritu bajaron!
¡Cómo se abrió risueña ante mis ojos
la de esperanzas opulenta vida!

¡Que no las hiele el viento de la ausencia,
dulce señora mía,
mi sola voluntad, mi pensamiento!
¡Florezcan inmortales
en las dos almas por un Dios unidas!

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

AMORES DE LA TIERRA BAJA

Un tiote de mi tierra,
de aquellos que de un guantazo
echan á tierra si quieren
un novillo de tres años,
hablando con su querida,
de quien era desdeñado,
sobre poco más ó menos
le dirigió estos vocablos:

«¿Es posible que perdiendo
yo por tu amor los tuetános,
has de olvidarte de mí
por amar á un bucefálo?
¿Es posible que te llame
la atención ese esparrágo,

sólo porque es sacristán
y toca bien el orgáno?
Premita Dios, enhumana,
que te ciegue un relampágo,
si á poner vuelves los ojos
en semejante zangáno.
Yo te juro por quien soy
que si pillo á ese pajáro,
le he de retorcer el cuello
lo mismo que es hoy sabádo.
De peña tu pecho es
y alma tienes de cantáro,
cuando te se dá de mí
lo mismo que de un rabáno.
Hablemos claros, rediós,
ó juro por San Lazáro
que nos han de oir los sordos
y he de dar un escandálo.
La boca tengo ya seca,
como si fuera un cañámo,
de pedir y repedir
que olvides á ese barbáro.
Pero, chiquia, ya te he icho
que he de romperle el timpáno
y que verle hablar con tú
me regüelve el estomágo.
Mira, pues, cómo le dejas,
ó le cuelgo de un alámo,
que soy hombre para hacerlo
y tengo malos higádos.»

La moza, que era discreta
y sabía, á no dudarlo,
que era su novio capaz
de hacer una de mil diablos,
conoció que le sobraban
ternura, razón y palo,
y olvidando al sacristán
dió á Blas su amor y su mano.

MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE

LA SALIDA DE LA JAULA

(DE UN POEMA INÉDITO)

Gozosas cantan las aves
en la vecina arboleda,
y susurran los insectos
escondidos en la hierba;
gime el viento entre las hojas,
y zumbando las abejas,
esponjadas malvas reales
y altos jazmines rodean;
que alegre el cielo sonríe
porque el claro sol despierta,
dejando el lecho de sombras
todo bordado de estrellas.
Dormido se le encontraran
los céfiros tras la sierra,

y si Dios no le mandase
despertar, allí se queda;
mas, porque el mundo no viese
su hermosa faz soñolienta,
pidió á la aurora sus nubes
por recatarse con ellas.
Y al par gorjean las aves,
y en aire, mar, cielo y tierra
un susurro de alegría
con la primer luz se eleva,
de una rústica ventana
tras de la pomposa yedra,
donde como lluvia de oro
los rayos solares tiemblan;
jaula de torcido alambre
de maciza argolla cuelga;
medio alegre, medio triste,
silvestre pájaro encierra;
triste, porque está en prisiones
y su libertad desea;
alegre, porque en su cárcel
alcaide manda una bella.
De los vidrios de colores
sonó la ruda falleba,
y asomó un rostro de cielo
tras de las enredaderas.
Negros ojos, terso cutis,
albo color, curvas cejas;
los labios, medio rubíes;
los dientes, cintas de perlas.

Mucha luz en las miradas,
mucha gracia en las maneras,
noble frente, blancas manos
y partido el pelo en trenzas.
Paróse el sol un momento
tan solamente por verla,
pues aunque en los cielos anda,
jamás vió cara tan bella,
y en su jaula el pajarillo
la dió en un ¡ay! una queja,
que era la mitad de amor
y la mitad de tristeza.
Oyóle la hermosa, y dijo,
cual si entendiese su pena:
—Bien conozco que me quieres
aunque soy tu carcelera,
pues me aduermes con tus cantos,
pues con ellos me despiertas,
porque al verme, bullicioso
dentro tu jaula revuelas,
porque tu pico me halaga,
porque lo canta tu lengua.
Mas sé que es la libertad
la savia de la existencia,
y que vivir entre hierros
no es sino vivir á medias.
Tras cautiverio tan largo,
si acaso á volar aciertas;
si acostumbrado á tu cárcel
la inmensidad no te aterra,

delante el espacio miras;
tu jaula tienes abierta:
no la dejes si me quieres;
mas si no me quieres... déjala.—
Lanzóse el pájaro entonces
por la atmósfera serena,
ayes lanzando de gozo,
y ayes al par de tristeza;
que aunque ser libre quería,
no ser ingrato quisiera.
Pero, ¿volver á la jaula?
¡Si es la libertad tan bella!
Llorosa y arrepentida,
con voz suplicante y tierna,
viéndole huir para siempre,
le dijo su carcelera:
—¿Así, ingrato, me abandonas?
¿Así te vas y me dejas?
Mal me quieres; bien me olvidas.
¿Adónde vas? ¿dónde vuelas?
¡Si ya el milano te sigue,
si ya el cazador te acecha,
si ya se tienden las redes,
si ya se arman las ballestas!...
Vuelve, amado pajarillo,
vuelve á tu cárcel estrecha;
tu nido ya está deshecho
y tu familia dispersa.
El árbol donde anidaste
tal vez en mi hogar humea;

sólo de él vagando en círculo
hallarás las hojas secas;
marchitas fueron cayendo
las flores de tu pradera,
y se agotaron las fuentes
tras tanto llorar tu ausencia.
Yo te haré una jaula de oro
sobre columnas de perlas,
tu bebida de mis lágrimas
y tu hamaca de mis trenzas.
Mas, ¿huyes sin escucharme?
¡Vuela, pajarillo, vuela!
¡Poco mis lágrimas valen!
¡Poco mi cariño aprecias!
¡Adiós! si un día, cansado
de vagar por las inmensas
soledades del espacio,
do tantos riesgos te cercan,
quieres visitar tu antigua
morada y de mí te acuerdas,
tras esta pobre ventana
tu jaula hallarás abierta.
Sé feliz, cruza el espacio,
bebe la luz, flores huella,
tarda en volver, tarda mucho;
mas no olvides que te esperan.
De pechos á la ventana
me pondré en cuanto amanezca,
y veré el sol ocultarse
tras los picos de la sierra;

y el día en que llegue á verte
te diré con faz risueña:
—¡Bien venido! ¡bien venido
el hijo pródigo sea!

ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ

LA IMAGEN DEL AMOR

—

Á poco de casado
un pintor entusiasta de su estado,
hizo un cuadro soberbio de Cupido.
Pintóle hacia una flor abalanzado,
el rostro enardecido,
llama vertiendo los divinos ojos,
exentos ya de la enojosa venda,
y provocando con sus labios rojos
al ósculo en que amor pierde la rienda.
Es de más añadir que la figura
estaba en carne pura:
los dioses de la Grecia mentirosa
no usaban, á la cuenta, vestidura.
—Llega (dijo á su esposa
con orgullo el pintor), llégate y mira.—
Miró con interés; pero al instante
se le tiñó de púrpura el semblante,
bajándole confusa y vergonzosa.

Él, viéndole, exclamó:—¿Desdén te inspira
cuadro que pasará por un modelo?
¿Ves que falte al amor alguna cosa?—
Respondió la mujer:—Le falta un velo.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

—ᴥ—

LA NOVIA SERPIENTE

—

Hubo en cierto país antiguamente
una niña encantada,
que era mitad mujer, mitad serpiente;
fuera de esto, bonita y hacendada.
Un mágico eminente
no dudó sostener que lograría
el vínculo feliz del matrimonio
la figura quitarle de demonio.
Casaron, pues, á la señora mía,
y la que medio sierpe fué soltera,
luego que recibió las bendiciones
se volvió sierpe entera,
y el día de la boda, en un descuido,
se comió con los dulces al marido.
¡Cuántas hay, sin que tengan el encanto
que ejercen la hermosura y los doblones,
que en pronunciando el sí del nudo santo,
se vuelven culebrones!

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

—ᴥ—

POESIA INÉDITA (1)

—

Quiero encubrir tu nombre, amada mía,
que falleciste de amorosa pena:
llámete el mundo hasta el postrero día,
llámete *Filomena*.
Convaleciente, silenciosa, triste,
la vez primera que te vi y me viste,
¿quién me dijera, mi futuro encanto,
que te había de amar, y tanto y tanto!
¿quién, que por ti pudiera
llanto verter, de sentimiento loco!
¡Ay! y cuando te ví la vez primera,
la verdad es que me agradaste poco.
Tu celeste sonrisa encadenada,
sin juego tu semblante,
nada en aquel instante
me dijo el corazón, menos que nada.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

EN LOS TOROS

—

— Zei toro, trez ezpada y una moza,
aquí á mi vera, mu retepreciozа.
— Es bonita, compadre, no lo niego,
pero sosa; se advierte desde luego.

(1) Es copia del original que existe en mi poder.— *Eugenio Hartzenbusch.*

—¿Qué ha dicho ozté? ¿que ez zoza? ¿va una azumbre
á que abraza lo mezmo que la lumbre?
Mizté: una ves amé á una jabonera
que era azí... manzurrona...
«zoza», como le dije á mi cordera,
cuando ze puzo ya muy ezcamona.
Güeno: como ya había saztifación,
poz la ayudaba ziempre á hacer jabón;
hazta una tarde que mi durse dueño
me dió tal empellón,
que metí la narís en un barreño.
¡El barreño e la zoza, camará!
No le digo á ozté má
que me pazé doz horaz en un tris
de tenerze ú caerze la narís.
Corrí como un rehilete pa mi caza
á ponerme una arroba de linaza,
y dijo mi mujé, que ez mu gracioza:
«¡Ezo pa que te fíez de la zoza!»

F. SERRANO DE LA PEDROSA

¡EL AMOR!... ¿QUÉ ES ESO?

(INÉDITO)

El amor es un potro mal domado;
si á un joven inexperto se lo dejas,
á pesar de la rienda y del bocado,
cuando galope más entusiasmado
se apeará el doncel por las orejas.

(Un desbravador.)

El amor es un plácido jumento,
cargado de pesadas ilusiones
que le hacen caminar á paso lento;
si una burra delante me le pones,
trota, salta y rebuzna de contento.

(Una hortelana.)

—

El amor es la *suma* de dos seres,
la *resta* de la paz el albedrío,
la *división* entre hombres y mujeres,
la *multiplicación*... ¿Y qué más quieres
saber de esta aritmética, hijo mío?

(Un maestro de escuela.)

—

Es el amor emanación del cielo...

(Un místico.)

la vibración dinámica del éter...

(Un físico.)

de incautos pececillos el anzuelo...

(Un pescador de caña.)

de fístula social sonda ó catéter...

(Un congresista.)

tomadura de dichos y de pelo.

(Un guasón.)

Por los ripios,
FERNANDO MARTÍN REDONDO

MI CUENTO DE AMOR

—

Con la faz pálida y yerta
y de vida un soplo leve,
tendida sobre la nieve
y á dos pasos de mi puerta,
En medio de noche obscura
abandonada la hallé,
y pronto inquieto admiré
su peregrina hermosura.
La abrigué bajo mi techo,
y junto al fuego que ardía,
el calor á ella volvía;
se reanimaba su pecho.
Su semblante los colores
poco á poco recobraba,
y una expresión que aumentaba
sus hechizos seductores.
¡Era tan bella! Rendido
á su encanto me sentí;
luego suspirar la oí
tembloroso y conmovido;
Y al resplandor vacilante
de los encendidos leños,
forjábame cien ensueños
de ventura delirante.
Viendo alejarse en tropel
de mi lado con presteza

las sombras de la tristeza
de mi soledad cruel,
Aquel rostro angelical
contemplaba en mi embeleso,
y al ir yo á estampar un beso
en su hermosura ideal,
Saliendo de su desmayo,
ella de pronto se irguió,
y hasta la puerta corrió
con la rapidez del rayo...
Y sin dejarme un momento
ni para hablarla siquiera,
abrió... y huyendo ligera,
presurosa como el viento,
Me dijo por despedida:
—«¡Corro adonde está mi amor!
¡Adiós... y gracias, señor!...
¡Me habéis devuelto la vida!»

ERNESTO GARCÍA LADEVESE

—✥—

LA PECADORA

—

¿Quieres que cante, bella señora,
por qué te llaman *La Pecadora?*
Porque es tu frente
resplandeciente
como la aurora de la mañana,
que entre celajes de ópalo y grana
el sol envía desde el Oriente.

Y en tus pupilas claras y hermosas
brilla serena la luz del día,
y tus miradas son tan sabrosas
como la esencia de la ambrosía.
¿Cómo mirarte
sin adorarte?
Si de tus labios rojos y bellos
brota la esencia de los jazmines;
si el oro puro de tus cabellos
tiene el perfume de los jardines,
¿quién ve tu rostro, flor de las flores,
sin que á tus plantas muera de amores?
¿Quién de tu barba mira el hoyuelo,
y ve tus ojos de azul de cielo
y no te adora?
Flor de Betania, luz de la aurora,
¿quién al mirarte no te desea,
aunque te llamen *La Pecadora*
las envidiosas de Galilea?

—

Son tus mejillas flor de granado;
tu frente hermosa, cielo estrellado;
tu linda boca,
que á amar provoca,
cuando la entreabre sonrisa leve,
muestra unos dientes como la nieve
que á Venus misma volvieran loca;
¿quién de tu cuello ve la blancura
de donde el lirio la suya toma;

quién ve lo esbelto de tu cintura
y de tu aliento siente el aroma,
y no delira
cuando te mira,
y no suspira cuando te nombra?
¿Quién no te busca tarde y mañana
como del sauce la fresca sombra
busca en Egipto la caravana?
¿Quién no codicia besar tu huella?
¿quién en tus ojos no deja el alma?
Si eres hermosa como una estrella;
si eres esbelta como una palma,
¿quién no te adora?
Flor de Betania, luz de la aurora,
¿quién al mirarte no te desea,
aunque te llamen *La Pecadora*
las envidiosas de Galilea?

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

¡POR SI ACASO!

Pues ya los siete lustros has cumplido,
justo será que sientes la cabeza:
busca una joven de sin par belleza
y sin padres, cual Venus la de Guido.
Que no apetezca con afán marido
y que te quiera bien, mas sin largueza;
que tenga gran virtud, mucha riqueza,
mediana ilustración y buen sentido.

¡Y el primer novio tú! ¡Cuánta ventura,
si en sola una mujer prendas hallases
como las que te indica mi pintura!
De alegre porvenir echa las bases;
y llegándote al punto á ver al cura...
la tentación confiesa, y ¡no te cases!

El Dr. Francisco de Osuna

EXIGENCIAS

Si sabes que yo te quiero,
si sabes que yo te adoro
y que ese rostro hechicero
es mi dicha y mi tesoro,
¿Por qué he de estar de plantón?
¿Por qué no hemos de estrechar
esta distancia, Pilar,
que hay de la calle al balcón?
Ábreme, por Dios, la puerta.
Es tarde, todo está en calma;
ya lo ves, no pasa un alma.
¿Te ríes? mi dicha es cierta.
¡Ah, bien haya mi fortuna!
me encajé dentro, y va *una*.

—

Tiempo hace, hermosa Pilar,
que anhelaba este momento.
¡Cómo siento palpitar
mi corazón de contento!

No hay hombre, al verte tan bella,
que tu atractivo resista.
¡Qué veo! ¿aquí tu doncella?
¿Pones testigos de vista?
¿Qué, desconfías de mí
cuando tú mi dicha labras?
Pilar, si son para ti
de algún valor mis palabras,
que salga de aquí por Dios.
Quedamos solos: van *dos*.

—

¡Cuántas dulces emociones
siento á tu lado, mi bien!
Dime si son ilusiones
ó las sientes tú también!
Verme á tu lado me exalta,
porque tu puerta era un muro;
pero ¡ay! cómo resalta
sobre ese vestido oscuro
Tu blanca mano, Pilar.
¡Oh! mi bien, no te sonrías,
porque... ¿te vas á enfadar?
si no la estrecho en las mías,
voy á morir á tus pies.
Cogí la mano, y van *tres*.

—

Dos cosas en ella admiro
tanto que me tienen loco:
es de nieve si la miro,
es de fuego si la toco.

Pilar, siendo mi embeleso
y tu bondad tan inmensa,
sería hacerte una ofensa
no imprimir en ella un beso.
¿Que lo vas á rehusar?
Sentiré que desconfíes...
Mas ¡qué veo! ¿te sonríes?
¿Cómo lo puedes negar
sabiendo que te idolatro?
Besé la mano, y van *cuatro*.

—

En esto abren con estrépito
de par en par una puerta,
y asoma doña Facunda
en una sábana envuelta.
Viene con los labios cárdenos,
alborotadas las greñas
y el color de sus mejillas
igual al de las acelgas.
—¡Hija infame! ¡Seductor,
yo sabré poner enmienda!
—Señora doña Facunda,
usted por poco se altera.
—¡Don Luis, todo lo escuché,
y es demasiada vileza
que abuse usted de ese modo
de una joven inexperta;
ya comprendo dónde irían
á parar tanta exigencia.

—Señora doña Facunda,
eso es una bagatela.
—Don Luis, tenía usted trazas
de llegar á una DOCENA.

MANUEL JUAN **DIANA**

—ᴕ—

DULCE MENTIR

—

Recuerdo que su boca
entreabrió sonriendo,
y que buscó mis labios
para dejar una caricia en ellos.

Recuerdo que mi frente
apoyaba en su seno,
y que sus manos blancas
dejaba resbalar por mis cabellos.

Recuerdo que una tarde,
la cabeza volviendo,
dijo despreciativa:
«—No te amé nunca, fué *mentira* aquello».

Y recuerdo que dije
un suspiro oprimiendo,
al ver sus labios húmedos:
«—¡Iguales son ese mentir... y el cielo!»

RAMIRO **BLANCO**

—ᴕ—

EL BUSTO DE MI AMADA

Ese su busto es. La piedra dura
como la blanca cera se ha ablandado,
y el cincel del artífice ha copiado
de mi amada la mágica hermosura.
¡Un prodigio del arte es la escultura!
Ese es su rostro artístico ovalado;
ese su fino cuello torneado,
y esa su frente candorosa y pura.
Pero en vano copiar quiso en la roca
del artista la mano delicada
la sublime expresión que á amar provoca,
Porque le falta al busto de mi amada
la incopiable sonrisa de su boca
y la luz celestial de su mirada.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

PASACALLE AMOROSO

I

La miré... me miró...
sonriéndose al pasar;
la seguí... se volvió...
nos volvimos á mirar
y siguió...

Y pensé... nunca ví
talle igual, tan seductor
y ese andar... ¡hasta allí!
y en su rostro, ¡qué candor!...
¡la amo, sí!

II

La miró... le miró...
sonriéndole también,
y él también continuó
de sus pasos al vaivén...
¡como yo!
Y pensé: ¿qué será?
no lo llego á comprender...
á los dos nos amará
ó es voluble esa mujer...
¿ó será...?

III

Y siguió... Ví después
otro mozo de ella en pos,
y pensé... ¡somos tres!...
para amores, ¡vive Dios!
¡mucho es!
Aunque al fin... me ocurrió...
¿Y por qué no puede ser?
¿A cien mil no amo yo?...
Pues lo mismo esa mujer...
¿Por qué no?

LEOPOLDO BREMÓN

ACUÉRDATE DE MÍ

—

Escucha, amada mía, la voz de los cantares
que brotan de mi lira con destemplado són;
mas de voluble ausencia temiendo los azares,
enferma tengo el alma, herido el corazón.
Ya, para mí, las aves no cantan sus amores,
no vierte sus perfumes el aura matinal,
ni el tímido arroyuelo, que bulle entre las flores,
tu rostro peregrino refleja en su cristal.
Entristecido el árbol, sus ramas no cimbrea;
las dalias ven marchito su bello tornasol;
la tarde se oscurece; el cielo centellea;
el viento se desata; su luz oculta el sol.
¡Qué tristes, bien amado, los días amanecen;
qué lentas son las horas que estoy lejos de ti;
para calmar las dudas, que tormentosas crecen,
acuérdate, alma mía, acuérdate de mí!
Piensa en tu fiel amante, que solitario llora
al recordar los días que, loco de placer,
sellaba con sus labios tu frente encantadora,
tu labio y tu mejilla de ardiente rosicler.
Á veces, sumergido en sueño vaporoso,
paréceme que llegas con paso volador,
que junto á mí te inclinas, y en lazo venturoso
aspiro con mis besos tu aliento embriagador.
¡Que soy de tu hermosura el exclusivo dueño,
que para mí se hicieron tu gracia y tu beldad;

mas ¡ay! que despertando de tan feliz ensueño,
sucede á tus caricias la amarga realidad!

En lucha congojosa te llaman mis suspiros;
quiero escuchar los ecos de tu argentina voz,
y sólo me responden con desiguales giros
las notas sepulcrales del ábrego veloz.

Ausente estás, bien mío; por eso enmudecida
naturaleza toda demuestra su pesar,
y el alma sin ti huérfana, te da su despedida,
ahogándose en sollozos la voz de mi cantar.

ENRIQUE PRÍNCIPE Y LATORRE



PROBLEMA

¡El amor es la vida; no amar, muerte!
Esto doquier oí,
y á ti, mi bien, por no morir sin verte,
anhelante corrí.

¡El amor es la vida! repitiendo
prosigue aquel clamor,
y aquí en tus brazos, ¡ay!, me estoy muriendo,
muriéndome de amor.

Si lejos de ti muero, y á tu lado
aumenta mi sufrir,
dime, dime, por Dios, mi dueño amado:
¿qué haré para vivir?

JUAN QUIRÓS DE LOS RÍOS



GRANDES EJEMPLOS

—

I

«¡El tirano al fin murió!»
gritaba el alma de Bruto,
no bien César sucumbió...
Y aquella muerte lloró
Roma cubierta de luto.
Y al llorar el crimen vano,
su mal Roma presentía;
que Bruto, del golpe ufano,
matar pudo á un gran tirano,
pero no la tiranía.
Y tras el crimen asoma,
de altos destinos carcoma,
la envidia, con torpes celos,
de ambiciosos tiranuelos
que empequeñecen á Roma.

—

Tirano el amor sería
que tu orgullo asesinó
y por tu gloria vivía...
Roma su crimen lloró,
y el tuyo tu alma reía.
¿Firmaba tu libertad
cuando firmó su entredicho
contra mí tu vanidad,
por no acatar voluntad
más alta que tu capricho?

Del grande amor los rigores
ya no te roban la calma;
hoy sufres penas mayores,
esclava de esos amores
que te envilecen el alma.

II

Alejandro, emperador,
que por ciencia y heroísmo
fué tan gran conquistador,
se hizo del mundo señor
sin ser señor de sí mismo.
Y al fin, en las convulsiones
de su terrible agonía,
vió, dominando naciones,
que de sus propias pasiones
bajo el dominio moría.
«¡Venga *el más digno* á imperar!»
dijo, casi al expirar,
acaso por despreciarse;
porque ¿cómo gobernar
quien no sepa gobernarse?...

—

A ti, reina en los salones,
con tan alto ejemplo arguyo;
pues con raras perfecciones,
dominas los corazones
y no gobiernas el tuyo.
Ya tu reinado perece,
y tu codicia me explico;

que su imperio tu alma ofrece,
no á aquel que más lo merece,
sino al que hallaste más rico.
Y tú la has de ver pagada,
pues jugaste tal partida;
porque al fin serás tratada
no como alma conquistada,
sino como alma vendida.

EDUARDO BUSTILLO



PURA

—

Ardides, estratagemas,
odios, falacias y astucias,
son las diabólicas armas
con que las mujeres luchan:
vencedoras, casi siempre;
mas vencidas, casi nunca.

La luz de mágica estrella
en sus ojos resplandece;
por lo cándida, parece
que Adán no ha pecado en ella.
Su juventud, ¡cuán lozana!
Si el sol infunde alegría
y es ornamento del día,
ella de la especie humana.
Como á su mano aspirar
en mí fuera devaneo,
olvidarla es mi deseo
y ¡no la puedo olvidar!...

Que es la que aviva la fe,
para todo pretendiente,
lo que Dios para el creyente,
que en todas partes lo ve;
Recelo que hasta el amor
que engendra santo cariño,
pueda manchar el armiño
de su virginal pudor.
Y á más llegan mis dolores
cuanto más mi afecto oculto,
y alzo, rindiéndoles culto,
un altar á mis amores.
¡Necio fuí! Mi cortedad
puede servir de enseñanza:
prueba los grados que alcanza
la humana imbecilidad.
Vi en mi entusiasmo creciente
la hermosura de Raquel,
y vi en Pura otra Jahel
valerosa... moralmente.
Y pensé que, siempre ufana,
era, á la virtud sujeta,
como Sáfora, discreta,
y casta como Susana.
¡Ilusiones mal tenidas!
Muestran hechos evidentes
que en su casa son frecuentes
las entradas y salidas.
Y dice, aunque la censura
por su liviandad arrecie,

que es perpetuar la especie
la intención de la natura.
  Tan peligrosa sirena,
haciendo del vicio gala,
no tiene palabra mala,
pero tampoco obra buena.
  Y con dañosa intención
siembra, porque no le espantan,
tempestades que levantan
las olas del corazón.
  Los indios, á mi entender,
no son en censuras pródigos
cuando dicen en sus códigos,
hablando de la mujer,
  Que, astuta como raposa,
engendra mayores males
que las furias infernales
y la sierpe venenosa.
  Para que no desacierte
el hombre, y por su interés,
la Biblia dice que es
más amarga que la muerte.
  Refrán chino: *si deseas*
que el daño no te persiga,
lo que tu mujer te diga
lo escuchas, mas no lo creas.
  Proverbio ruso: *con calma,*
buscando de polo á polo,
entre cien mujeres, sólo
se llega á encontrar un alma.

En Italia (sumo y sigo)
se dice: *de las mujeres*
nada bueno nunca esperes
si suprimes el castigo.
Y en España, donde á gala
se tiene la cortesía,
de la buena desconfía,
y guárdate de la mala.
Cito una frase crüel
de la experiencia sesuda:
si es mujer quien llora, duda;
si es hombre, llora con él.
Siendo en la lucha bizarro,
me vencen; mas ya no ignoro
que es la castidad tesoro
que se guarda en frágil barro.
Y ¡no olvido, aunque por ella
enterrado está mi amor,
que fué su boca mi flor,
y su mirada mi estrella!
¡Triste condición humana!
¿Por qué produce, Dios mío,
la mujer honrada hastío
y encanto la cortesana?
Aunque es penoso el calvario
que nos hace recorrer,
transijo con la mujer
porque es un mal necesario.

José María NOGUÉS

VASALLAJE

—

En el callado abismo de tus oscuros ojos,
en el fatal misterio de tu serena tez,
en la sonrisa triste que hiela tus antojos,
y en esa que te envuelve, como un velo de enojos,
sombría cabellera, más negra que la pez:
En tan augustos signos y egregios caracteres,
no bien pasé á tu lado, tu alcurnia conocí;
y aunque en Madrid *marquesa* de los cristianos eres,
por reina de las turcas y arábigas mujeres
te proclamé, diciendo:—Quaddach ma chuf-tek chi (1).
¡Bendiga Allah, señora, tus íntimos secretos!—
Yo soy un noble moro debajo de este frac;
y, á fuer de moro y noble, te ofrezco mis respetos;
pues tú sobre las razas de que ambos somos nietos,
aunque mujer, hoy reinas por el favor de Allah!—
¡Quien diga que profesas la fe de Jesucristo;
quien dude de que guardas las llaves de Stambul;
quien niegue tu linaje, de moro y turco mixto,
aquese desgraciado sin duda que no ha visto
brillar tus negros ojos detrás de un velo azul!
Aquese no ha seguido tu imagen hechicera
las tardes de verano, como la sigo yo,
cuando encogida y muda, cual lánguida pantera,
dormitas en el fondo de asiática litera...
que hoy llaman estos perros cristianos *un landó*.

---

(1) ¡Cuánto tiempo he vivido sin verte!

Aquese no ha entrevisto la gloria musulmana;
aquese no codicia los besos de una hurí,
ni, vuelto hacia el Oriente, rezó por la mañana,
y alzó luego su tienda, y en larga caravana
cruzó el ancho desierto, soñando siempre en ti.
¡Soñando en el abismo de tus oscuros ojos!
¡Soñando en el misterio de tu serena tez!
¡Soñando en la sonrisa que hiela tus antojos,
y en esa que te envuelve, como un velo de enojos,
sombría cabellera más negra que la pez!

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN



AL RETRATO DE A. M.

—

Parece que me mira que le miro;
en mirándole quédome admirado,
y tanto al admirarlo lo he mirado
que cuanto más le miro más le admiro.
En vano no le miro ni suspiro,
ni en balde es suspirar lo suspirado,
que los suspiros que húbome inspirado
alegran, al mirarlo, mi retiro.
Imagen bella, que mi amor admira
y que primores mil en ti repara,
por los que el corazón triste suspira:
No de su encanto más seas avara,
y deja que en la copia que me inspira
de amor imprima la señal más cara.

EDUARDO DE CORTÁZAR

SUSPIROS MUTUOS

—

Dos suspiros se juntan
en el espacio:
el que exhala mi bella
y el que yo exhalo.
—Yo voy al cielo,
dice el mío, y el suyo:
—Pues yo, de él vengo.

EDUARDO DE CORTÁZAR

CARTA DE RECOMENDACIÓN

—

Madrid, cinco del corriente.
Mi estimada amiga Emilia:
El dador de la presente
es un muchacho decente
y de muy buena familia.
Por tu mamá sé que ya
has tronado con aquel
comandante de Alcalá,
porque *no pudo con él*
en dos años tu mamá.
La razón era muy clara:
tu madre sólo exigía
que contigo se casara,
y al comandante no había
ni Cristo que lo pillara.
Obró, pues, muy cuerdamente

cuando le llamó insolente
y grandísimo tunante...
pues á tu madre, á valiente
no le gana un comandante.
  Ya sé que tú no has sentido
ni pizca este rompimiento;
porque ya habrás comprendido
que no es en un regimiento
donde has de encontrar marido.
  Comprendo tu decisión;
y puesto que necesitas
un novio *de otra intención*,
espero que me permitas
esta recomendación.
  El portador es un chico
de unos veinte años y pico;
guapo, fino, con carrera,
y por contera muy rico.
¡Ya ves que es buena contera!
  Dice que tú eres su anhelo,
su amor, su dicha, su cielo...
Me parece que esto basta.
¡Qué chico! ¡Tiene una pasta!...
¡Será un marido modelo!
  Es una gran proporción.
Tú, quizás por distracción,
no has notado todavía
que el pobre se pasa el día
debajo de tu balcón.
  Nunca se te ha declarado

porque es un chico apocado;
pero conozco lo mucho
que te ama, en que se ha quedado
en dos meses muy flacucho.

Y como él sabe que yo
siempre vuestro amigo fuí,
anoche me visitó,
y el infeliz me pidió
esta carta para ti.

En cuanto le hayas tratado,
verás que es un hombre honrado
y de talento mi amigo.
(Lo de talento lo digo
en sentido figurado.)

Mas no por eso te rías.
Dile al momento que sí,
y no andes con tonterías;
que una proporción así
no se halla todos los días.

Tu mamá no se opondrá
(que es muy buena tu mamá);
mas si acaso se opusiera,
dile *lo de la contera*,
y al punto lo aprobará.

¡Animo, pues, y adelante!
¡Pase mi recomendado
á ocupar esa vacante
que en tu cariño ha dejado
el bribón del comandante!

VITAL AZA

DE FLOR EN FLOR

De flor en flor, cual céfiro travieso,
va el niño, en su candor,
y deposita un inocente beso
de flor en flor.
De flor en flor, cual mariposa leve,
va el mozo soñador,
y sus primeras ilusiones bebe
de flor en flor.
De flor en flor, cual codiciosa abeja,
va el hombre con su amor,
y agravio y mancha y amarguras deja
de flor en flor.
De flor en flor, con insensato alarde,
va el viejo seductor,
y le gritan mofándose:—«Ya es tarde.»
De flor en flor.

EMILIA PARDO BAZÁN

SONETOS AMOROSOS

Remanso oculto en turbulento río;
rayo de luz en mente tenebrosa;
faro esplendente en noche tormentosa;
lirio de Mayo en el invierno frío;
Grato consuelo en negro desvarío;
calor y sol de primavera hermosa;
en témpano de hielo tierna rosa;
brisa de mar en requebrado estío:

Eso eres para mí, dulce hechicera.
Y por fuerza magnética tan rara
sumiso estoy á ti de tal manera,
Que aunque nunca te viera te adorara,
cual mística visión te contemplara
y, sin verte jamás, te presintiera.

***

Pensando yo, con insistencia vana,
en que pueda llamarte amada mía,
me quedo adormecido de alegría
á los arrullos de ilusión lejana.
Resurge esplendorosa la mañana
después de noche amoratada y fría,
y viene á saludarme el nuevo día
trayendo haces de luz á mi ventana.
Entonces gozo con mi propio engaño;
con tibio aliento su cristal empaño,
produciéndome extraños embelesos,
Y en él, una vez mate y opalino,
tu nombre trazo, mágico y divino,
para después borrarle con mis besos.

Carlos Ossorio y Gallardo



ROSA DE TÉ

—

Vestida la rosa
de púrpura y grana,
bella soberana
su cáliz abrió;

y al ver tus colores,
viéndose vencida,
postróse rendida
y al suelo rodó.
Sus pétalos rojos
perdieron el brillo,
que en tono amarillo
tornándose fué.
Y al nacer el día,
bajo la enramada,
nació avergonzada
la rosa de té.

ENRIQUE GARCÍA BREMÓN



¿TE ACUERDAS?

Plateaba la luna tus cabellos;
te reclinaste en mí,
y yo á tu oído murmuré quedito:
—Vivo sólo por tí.
Se nublaron tus ojos; me dijiste:
—Sólo por tí lloré;
y un beso ardiente, de caricias lleno,
á tus labios robé.

ENRIQUE GARCÍA BREMÓN

AMOR... MODERNISTA

(Á JULIA)

Me dices, Julia hechicera,
que me quieres...
¡Como si eso ser pudiera,
siendo hermosa, como eres;
siendo, como eres, mujer!
Tu corazón, que hoy es mío,
su albedrío
dará mañana á otro amante.
¡Ser mujer y ser constante...
sería ser y no ser!

—

¿Pero á qué turbar la calma
de mi alma?
Si tu amor me lisonjea,
¿qué me importa á mí que sea
mentira ó verdad tu amor?
Si nuestra mente delira
con empeño,
finge una hermosa mentira
y cree verdad su sueño,
duerma tranquila en su error.

—

Si tus caricias suaves
mi alma ansía,
engáñame como sabes,
y no dejes, vida mía,

de engañarme así jamás.
Sacia mi ardiente deseo;
    sólo creo
la dulce verdad que toco.
No soy tan necio ó tan loco
que pretenda saber más.

—

¿Que no te amo, Julia mía?...
    ¡Tú estás loca!
En este instante daría
por un beso de tu boca
las minas del Potosí.
Luego... ¡mas quien piensa en luego!...
    con sosiego
gozo del dulce presente;
mañana quizás lamente
el dulce bien que perdí.

—

Te quejas de mi desvío,
    ¡oh amor mío!
No sé amar de otra manera;
busca, Julia, quien te quiera
por toda una eternidad.
Amarte siempre es patraña,
    Julia hermosa:
el que te diga tal cosa
es que se engaña ó te engaña;
no te dice la verdad.

LEANDRO TOMÁS PASTOR

LA LUZ DE AMOR

Gloriéme entonces de mi triunfo en vano
si cedo á la pasión,
que escribe amor mi temblorosa mano
y suspira por él mi corazón.
¡Llama fatal, que en mi memoria muerta
intentas renacer
y dar á mi alma indiferente y yerta
tu viva luz y tu precioso sér!
¿Por qué de nuevo mi entusiasmo enciende
tu brillo encantador
y mi tranquilo corazón ofende,
presentando á mis ojos su esplendor?
Al despertar de mi confuso engaño
se sonrojó mi faz,
porque ignorante de mi mal y daño,
cautivo estuve de ilusión falaz.
No así de encantos y beldad cercada
me intentes seducir,
ni en el silencio de la noche amada
quieras, ¡oh luz!, tu resplandor lucir.
Que el suavísimo aroma de mis flores
tu fuego agostará,
y la brisa fatal de los amores
mi halagadora brisa turbará.
Guarda tu magia á quien de amor no entienda
lo que de amor yo sé,
y que en su daño á conocer aprenda
la acibarada copa que gusté.

Que cuando el alma de entusiasmo llenas
y ardiente frenesí,
la cautivas en míseras cadenas.
¡Ay! ¡desdichado el que se ceba en ti!
Pálida siempre, de la luna imitas
el tibio resplandor,
y al acallado corazón incitas
al fácil triunfo que le pinta amor.
Si es fuerza al fin á tu invencible llama
sin voluntad ceder,
deja á mi mente, que los sueños ama,
sus gratos sueños de inmortal placer.
Y deja disfrutar al alma mía
su gozo celestial,
imán de la existencia y la armonía,
de hermosa inspiración dulce raudal.
¿Cómo entre penas y eternal tristeza
podré nunca vivir?
Amo y adoro la inmortal belleza,
mas, su víctima al fin, temo morir.
Tú, cariñosa, que mi canto escuchas
y enamorada estás,
si entre tormentos é inquietudes luchas,
¿por qué al olvido tu pasión no das?
Lanza con tiempo la encendida tea
que abrasa el corazón,
y que en la luz de amor tu pecho vea
el poder de su indómita pasión.

CAYETANO ROSELL.

1837.

RECUERDO AMOROSO

—

Á UNA... MUJER

«¡Mujer!... que aqueste nombre
es el mejor requiebro para el hombre»

Guarda este pobre romance,
que á ti y á mí nos recuerda
el momento más feliz
acaso de la existencia.
Tenlo sobre el corazón,
que él aliviará tus penas
cuando llores los rigores
de la suerte, que fue adversa
para un amor que ofrecía
dichas sin cuento y eternas,
y que ¡ay! se desvanecieron
con el tiempo y con la ausencia.

—

Sobre una alfombra de césped,
bajo un pabellón de estrellas
del que destaca la luna
su disco de luz discreta,
y en derredor susurrando
las suaves brisas serenas,
impregnadas del aroma
de mil florecillas frescas,
murmuré en tu casto oído
las frases de amor primeras
que brotaron de mis labios

y que tú escuchaste atenta.
Estabas encantadora
con las mejillas cubiertas
de ese color sonrosado
que al de las flores semeja,
y yo á tu lado, rendido
y teniéndote tan cerca,
sentía correr la sangre
como lava por mis venas.
¡Dulce noche silenciosa
de cándida primavera
en que al amor despertaron
unidas las almas nuestras!
Yo no la olvido jamás,
y tú también la recuerdas;
que es la del primer amor
una dulcísima fecha
que se guarda en la memoria
indeleble, fija, eterna,
y nos sirve de consuelo
cuando nos ahoga la pena.
¡Cuántas veces de mi alma
he ahuyentado la tristeza
evocando de esa noche
las amorosas ternezas!
¿Has olvidado el instante
en que ambos, sin darnos cuenta,
en un beso apasionado
fundimos dos existencias?
Tú, en delicioso abandono;

yo, adorando tu belleza,
y en torno nuestro, batiendo
el amor sus alas bellas,
sentimos las inefables
sensaciones que semejan
lo que es morir un instante
y nacer á vida nueva...

—

Después de las noches plácidas
de la hermosa primavera
vinieron ardientes días
en que el amor y el sol queman.
Siguieron luego las nieves;
perdió su verdor la tierra...
Todo acabó entre nosotros.
Sólo estos recuerdos quedan;
gratos y tristes recuerdos
de unos amores que alientan
inextintos en dos almas
que aun á distancia se besan.

José CINTORA

DOS BESOS

—

I

Para luchar en desigual pelea
contra el fiero rigor de la fortuna,
en una noche de esplendente luna
dejé el hogar de mi tranquila aldea.

Junto á la ermita, que al final blanquea,
me despidió, sin esperanza alguna,
la mujer que adoré más que á ninguna,
bella como la luz cuando alborea.
El toque de oración, lento y pausado,
los ecos de los valles repitieron
cuando iba á separarme de su lado;
La vi llorar; mis brazos la ciñeron,
y en un beso de amor inmaculado
nuestras almas gemelas se fundieron.

II

Pasó el tiempo, triunfé; me sonreía
un porvenir brillante y halagüeño,
y, siendo ya de la fortuna dueño,
volví á mi aldea al declinar un día.
Llegué á la ermita: el esquilón tañía
tocando á gloria con tenaz empeño,
y en aquel santuario tan pequeño
el canto funeral se difundía.
Allí en blanco ataúd, lleno de flores,
vi al angel de mi amor con una palma,
y, al sentir el mayor de los dolores,
Otra vez la besé; pero confieso
que penetró hasta el fondo de mi alma
el frío de la muerte en aquel beso.

SANTIAGO IGLESIAS



LAS DOS MANTILLAS

I

Envuelta en negra mantilla,
esta mañana á las diez,
la vi á mi lado en la iglesia...
¡Válgame Dios, qué mujer!
En los ojos, fuego y llamas;
nácar y azul, en la sien;
en la frente, nieve y cera;
en los labios, rosa y miel.
Su mirada hacia la Virgen,
con angélica embriaguez
se elevaba como el astro
de un hermoso amanecer,
y cual nace por sí propia
del rubí la brillantez,
la seducción y la gracia
emanaban de su sér.
En el altar más cercano,
enfrente de tanto bien,
bajaba un Cristo los ojos
sobre el cándido mantel,
y en el púlpito explicando
los misterios de la fe,
declamaba estas llanezas
un émulo de Bossuet:
«María, llena de gracia,
dijo el arcángel Gabriel,

pero pregunta San Lucas:
¿Qué cosa es gracia? ¿Cuál es?.. »
Y dije yo por lo bajo,
mirando á aquella mujer:
«¡Ay, padre; si se pudiera,
yo se lo diría á usté!»

II

En la Plaza de los Toros,
descubriendo lindos pies
y *algo más*, una barbiana
desciende de su cupé.
Lleva falda prisionera
de madroños en la red,
y prende blanca mantilla
con peineta de carey.
Los rizos, ébano puro;
los ojos, lumbre cruel;
las pestañas, ancho toldo;
la boca, risueño edén;
y en el pecho palpitante,
clavado en rico alfiler,
á la orilla de la nieve
se abrasa un rojo clavel.
Al contemplar en la puerta
tanto bullicio y vaivén,
se recoge la mantilla,
mueve el cuerpo á toda ley
y se va derecha al bulto,

manejando el trapo aquel
con la gracia y la sandunga
del califa cordobés.
  De pronto, al que la acompaña
dice con cierto desdén:
«Oye, ¿quién mata esta tarde?
Anda á pedir un cartel.»
Y un goloso, aprovechando
aquel toque á somatén,
la interrumpe á quemarropa:
«¿Quién ha de matar?... ¡Usté!...»

—

  Este es el romance nuevo,
y éstas son, hablando bien,
las mantillas con que *brega*
en España la mujer,
repitiendo, siempre hermosa,
de la iglesia al redondel:
con la negra, *¡Mea culpa!*;
con la blanca, *¡Alza y olé!...*,
Que es la rueda de la vida,
según dijo no sé quién,
pecar, hacer penitencia...
¡y á los toros otra vez!

LUIS DE TAPIA

VIDA ES AMOR

—

Pasa con su verdor la primavera;
pasa el otoño, cual pasó el estío...
¿y tú, ¡oh mujer!, con bárbaro desvío
me dejas el invierno por espera?
Si todo pasa y vuelve en la quimera
inconsciente y fatal de mi albedrío,
¿vendrás tú? No lo quiere el hado impío;
pero amar es Amor, la vida entera.
También tú pasas ante mí,... y aun vive
el olmo aquel á cuya sombra grata
premiaste un día mi ardoroso anhelo.
Jamás—el Tiempo en su corteza escribe—
y sus raíces no hollarán, ¡ingrata!,
la nube, el moho, el aquilón ó el hielo.

MANUEL DE LLANO Y PERSI

—

LAS MUJERES

—

I

Si yo hubiera de atender
á mi ya larga porfía
en punto al amor, diría
horrores de la mujer.
Porque es el caso—mi sino
lo tuvo así decretado—

que algunas me han engañado
cruelmente como á un chino;
Pues aunque las quise dar
moneda de igual valor,
hay un saldo á su favor
difícil de calcular.
Cierto que yo he preferido,
al luchar con la mujer,
más que triunfar y vencer,
quejarme de ser vencido.
Y es que en cuestiones de amor
nunca he seguido la moda
corriente, y he puesto toda
la carne en el asador.
Siempre me *entregué* en seguida
á toda la que hallé al paso,
y tuve más de un fracaso
que amargó mi triste vida,
Por falta de precaución;
por sobra de sentimiento,
por entregar al momento
las llaves del corazón...
Lo tengo muy merecido
por mi loco proceder.
Para tratar la mujer
me falta el *sexto sentido,*
El que usa todo hombre *largo*
que tiene por ideal
el sentido racional,
que estriba en *hacerse cargo.*

Yo he entrado siempre en lá *lidia*
sin *capote* y sin *muleta*,
y me ha hecho toda coqueta
objeto de su perfidia...
Y he sufrido revolcones
y más de una contusión,
y he sido en toda ocasión
juguete de mis pasiones...
De su condición mudable,
que tanto me hizo penar,
no me debo de quejar
porque yo soy el culpable...

II

No hay poeta de veinte años
que no culpe á la mujer
de su *triste* padecer
y sus *fieros* desengaños,
Con tonos despreciativos
y con frases insidiosas,
con invectivas odiosas
y con duros adjetivos.
Esos jóvenes poetas,
que no sienten lo que dicen
y de la mujer maldicen
por pérfidas y coquetas;
Que lloran en *metros varios*,
con acento dolorido,
penas que no han conocido,
desdenes imaginarios;

Que reniegan de la vida
sin que el por qué se comprenda,
y que se ponen la venda
antes de tener la herida,
Cuando quieren ser sensibles
y á las mujeres insultan
en versos hueros, resultan
perfectamente risibles.
Ni su dolor es sentido
ni es lógica su experiencia;
pero entran en la existencia
con un fin preconcebido,
Y llevan su pensamiento
á lo que dijeron otros,
y viven entre nosotros
de prestado sentimiento;
Y así sus quejas triviales
y su fingida aflicción
y el fuego de su pasión...
son fuegos artificiales.
A franca risa provocan
sus declamaciones vanas:
ellos han oído campanas...
y no saben dónde tocan.

III

En los dominios del arte,
la belleza y el buen gusto
han de reinar, y no es justo
actuar de juez y parte.

En este punto concreto,
al tratar de la mujer,
la verdad es un deber,
y á la verdad me someto.
Prescindo de mi querella
en la esfera del amor,
y culpo de mi dolor
tan sólo á mi mala estrella.
Con el alma dolorida
por penas devoradoras,
confieso que hallé las horas
más felices de mi vida
Y los más dulces placeres
que pudiera imaginar
el mismo amor al soñar,
en brazos de las mujeres.
Hoy, que traspasé la cumbre
de la alegre juventud,
presa de viva inquietud
y penosa incertidumbre,
Sólo me quiero acordar,
por gratitud y deber,
de las horas de placer
que no debieron pasar;
De su noble abnegación,
de su infinita ternura,
de aquella hermosa locura
trasunto de su pasión;—
Y al refrescar mi memoria,
siento con vivo pesar

el no poder comenzar
de nuevo la misma historia...
....
... .

Si por *ellas* he sufrido,
tan sólo abrigo el intento
de arrojar mi sufrimiento
en el rincón del olvido;
Y al pensar en la mujer,
resumen de toda gloria,
bendecir en mi memoria
á *aquella* que me dió el sér;
Y que su recuerdo santo,
en estas horas serenas,
envuelva á las *Magdalenas*
en los pliegues de su manto...
Y que aun aquellas que fueron
envueltas por la corriente
del pecado, alçen la frente
si por el amor cayeron.
Libre de toda pasión
mezquina, estoy convencido
que debe el más ofendido
llegar á esta conclusión
Hermosa como la luz
del más bello amanecer:
símbolo de la mujer:
MARÍA al pie de la CRUZ.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

AMORES ELÉCTRICOS

—

Dió mi torpe corazón,
al revolver una esquina,
con el tuyo un tropezón,
y sentí una *conmoción*
eléctrica repentina.

—

Quise huir dando traspiés;
me empezó un temblor horrible,
escalofríos después,
y un hormigueo terrible
de la cabeza á los pies.

—

Quedé más muerto que vivo,
y al contacto seductor
de tu gesto *negativo*
y mi ademán *positivo*,
brotó una *chispa:* el amor.

—

Tan *simpática* corriente
cruzó nuestros corazones
rápida y furtivamente,
y estableció de repente
entre los dos... *relaciones*.

—

Nos llegamos á entender,
y pudiendo disponer
de electricidad bastante,

pensamos establecer
un *telégrafo ambulante.*

—

Obtuvimos tal conquista,
como quien dice, por tabla:
con aire *telegrafista*
los dos *tendimos* la vista
y nos pusimos *al habla.*

—

La calle era mi *estación,*
y antes que tú de improviso
te asomaras al balcón,
sentía en mi corazón
la *campanilla de aviso.*

—

Poquito á poco se abría
tu ventana, y yo, valiente,
sin moverme, resistía
tus ojos en *batería*
y una *descarga*... de frente.

—

Me mirabas, te miraba.
—¿Me quieres?
—¿Cómo no amarte?
Nuestro pecho palpitaba...
¡tic-tac! ¡tic-tac!, y empezaba
la trasmisión de algún parte.

....

—¿Vas al Prado?
—Sí.
—Vendré.
¿Con quién vas?
—Con mi mamá,
á las siete.
—Esperaré.
—Vete, que viene papá.
—Me quedo aquí en el café.

—

De tan sublimes amores
electro-conmovedores
eran en toda ocasión
tu abanico y mi bastón
grandes *manipuladores.*

—

Para un caso extraordinario
hubo *cifras* á granel;
en el *servicio* diario
usábamos siempre el
sistema de abecedario.

—

Cesó tan inquieta vida
al mirar con triste afán
nuestra *línea interrumpida*
por una mala *partida*...
de tu primo el capitán.

—

De nuestro amor se enteraron;
te oprimieron, te encerraron;

tu tía fue nuestro asilo,
y tres meses nos dejaron
pendiente el alma de un *hilo*.

. . . .

Olvidaste mis amores
por un lord, ¡malditos lores!
Tienen buenos capitales,
y es fama que los *metales*
son *muy buenos conductores*.

—

Hoy sin cuidado me tiene
tu amor: estoy muy sereno,
y sé lo que me conviene;
tras el relámpago, viene
por lo general el trueno.

—

No más *electricidades;*
prefiero vivir en calma,
sin tantas contrariedades;
suprimo las *tempestades*
en el cielo de mi alma.

—

De la *eléctrica impresión*
dicen que libra el *cristal*
aislando con perfección,
y ya tengo el corazón...
¡metidito en un fanal!

J. CASTILLO Y SORIANO

INDECISIÓN

—

¡Basta ya de sufrir! Diga la boca
mi sentimiento á la mujer querida;
tenga respiración; halle salida
la hoguera del amor que me sofoca ..
No, no... ¡Calle por Dios!... Mi audacia loca
puede ahondarme la doliosa herida,
ante el desdén cayendo confundida
de la beldad que mi pasión provoca...
Acabe, corazón, tu pena ruda;
cese ya la sombría desconfianza;
sepamos pronto la verdad desnuda....
No, no... Resiste si el valor te alcanza;
que si es duro el tormento de la duda,
más lo será el vivir sin esperanza.

ANTONIO DE VALBUENA

ELLA

—

Si del festín en la algazara hirviente
quiero insensato adormecer mi pena,
sólo escucho su voz, que me enajena;
sólo aspiro su aliento en el ambiente...
Si doblo humilde ante el altar la frente,
y al cielo la plegaria me encadena,
su nombre luego entre mis labios suena;
su recuerdo de amor turba mi mente.

Ella siempre... En mis dichas y en mis duelos,
y en mis vigilias y en mis sueños bella,
siempre robando al corazón la calma...
Si tengo de vivir, ¡Dios de los cielos!,
ó en lazo eterno júntame con ella,
ó su imagen arráncame del alma.

ANTONIO DE VALBUENA

A BLANCA

—

(MADRIGAL)

Figúrate, mi bien, si sentiría
Colón, tras de las penas de su viaje,
purísima alegría,
cuando á través del cárdeno oleaje
coronado de espuma,
alcanzó á ver un día
surgir de entre los pliegues de la bruma
aquella tierra virgen, adorada
mil veces en su férvido deseo...
....
Pues la alegría que sintió no es nada,
bien mío, comparada
con la que siento yo cuando te veo.

ANTONIO DE VALBUENA

DEL AMOR

—

Ya lo sé, Cucufate; se te critica
y ninguno comprende de qué manera
pudiste enamorarte, porque la chica
es tal que no merece que se la quiera.

Pero yo lo comprendo, te lo aseguro,
y por más que la cosa no me hace gracia,
no te censuro, chico, no te censuro...
¡porque nadie está libre de una desgracia!

¡Censurar por amores! ¿Qué entienden de eso
los que formulan juicios tan inhumanos?
¿Quién al ver á un amigo con un divieso
se atreve á censurarle por tener granos?

¡No! No es árbitro el hombre de sus dolores,
y hay que tomar las cosas conforme vienen.
Sobre que no tenemos granos ni amores,
es al revés: ¡son ellos los que nos tienen!

¿No es verdad, Cucufate, que así te explicas,
aunque la gente indocta no te lo crea,
que habiendo en este mundo tan guapas chicas
resultes tú bailando con la más fea?

Por más que á cada quisque guste lo bueno,
los *casos* como el tuyo son muy frecuentes...

¡Vas á un jardín frondoso, fresco y ameno...
y sacas unas fiebres intermitentes!

¿Que á pasión tan sublime y enaltecida
agravian mis ejemplos? Ven; ¡no te enfades!
En el amor te pasa lo que en la vida:
¡tienes salud y tienes enfermedades!

Amar á una muchacha buena y hermosa,
inteligente, afable y hasta modesta,
que hace nuestra existencia dulce y sabrosa...
¿en dónde encuentra el alma *salud* como ésta?

Pero amar á un engendro tan desdichado,
con defectos más feos que su figura,
cual ese de quien andas enamorado...
¡Nada! ¡No le des vueltas y ponte en cura!!

Acude, Cucufate, con ligereza,
que esos males se enconan con el descuido,
y aprovecha el período de la agudeza,
porque si se hacen crónicos... ¡estás perdido!

CARLOS LUIS DE CUENCA

EL AMOR

El amor, según yo lo he comprendido,
no es éxtasis sublime y misterioso,
cual cien almas en flor lo han presumido,
perdiendo por hallarle su reposo:

muchos así, sin duda, lo han sentido
saliendo del colegio fatigoso,
porque tanto pensaban que debían
sentirlo, que á la postre lo sentían.

Tampoco es el amor vicioso empeño
hijo de los placeres del sentido,
que se inclina á las plantas de su dueño
para herirle mejor en un descuido.
Entre verle tan grande y tan pequeño
un medio queda aún desconocido,
y ésta es la realidad seguramente:
Virtus in medio est, dijo el prudente.

Es el amor aroma delicado
del alma virginal en su inocencia;
llama oculta que apaga alborotado
el huracán del mundo en su violencia;
fuego que con cariño acariciado
consume del amante la existencia:
es, unida al genérico deseo,
santa amistad en su mejor empleo.

CARLOS RUBIO

¡IMPOSIBLE!

¡Imposible!—me dices, bien mío,
cuando, loco y de dicha sediento,
en tus ojos mis ojos se clavan,
y palpita amoroso mi pecho,

y la fiebre se enciende en mis venas,
y amenaza estallar mi cerebro,
y naufrago en un mar de ansiedades,
de llantos y dudas, de amor y de celos.

Imposible, lo sé; ya otro hombre
más feliz consiguió ser tu dueño,
y son suyos tus dulces hechizos,
y son suyos tus locos deseos,
y el suspiro que brota en tu labio,
y el latido que ondula en tu seno,
y el afán que en tus ojos fulgura,
que vibra en tu sangre y abrasa en tu aliento.

Imposible, lo sé; ya muy pronto
verte sólo podré desde lejos
sin mirarme en tus ojos azules,
sin gustar tus dulcísimos besos,
sin tus manos sentir en mis manos,
sin mis brazos ceñir á tu cuello,
sin poder estrechar delirante,
cual rico tesoro, tu mórbido cuerpo.

Imposible, lo sé; me lo dicen
estas hondas tristezas que siento
cuando miro tu pálido rostro
al través del finísimo velo
que tus tersas facciones envuelve,
como envuelve en la nave del templo
de la Virgen el puro semblante
la blanca neblina que forma el incienso.

Adiós, pues, imposible del alma,
mi perdida ilusión de un momento.
¡Cuán amargo va á ser mi destino,
y cuán triste va á ser mi sendero,
cuando cruce por él cual si fuera
para mí ya la vida un desierto;
cuando sólo contemple tu imagen
flotar en las olas de luz de mis sueños!

ARTURO REYES

LA CAUSA DE LA VIDA

—

En hosca soledad, no interrumpida,
abismanse los sabios
para estudiar la causa de la vida.
¡La causa de la vida!... ¡pobre gente!
al reunir tus labios con mis labios
la aprendemos los dos constantemente.

—

¿Qué dirán sus borrosos pergaminos,
escritos con extraños caracteres,
que no digan tus labios peregrinos?
Gran lástima me inspiran, lo confieso;
¡Oh inconcebibles seres
que no han dado en su vida ningún beso!

—

Héles, dias y noches, cejijuntos,
sirviendo de irrisión á la polilla,
pálidos, hipocráticos, difuntos...

¿Por qué no estudiarán á nuestro modo?
Solos los dos, ¡qué cosa más sencilla!,
al poco rato lo sabemos todo.

—

Ellos no: en metafísicos delirios,
resucitando hipótesis añejas,
pasan largos insomnios y martirios;
y cuando del error se juzgan salvos,
hallan que por detrás de las orejas
se van quedando calvos.

—

Dios lo ha dispuesto así: sigan tejiendo
la tela de Penélope, inconclusa,
mientras les va la muerte persiguiendo;
tú ven á mí, que al beso me provoca
tu boca, que furtiva lo rehusa,
hasta quedar esclava de mi boca.

—

Y ambos unidos con abrazo estrecho,
y en dulce languidez no interrumpida,
y apretado tu pecho con mi pecho,
burlamos los afanes de esos sabios
que, al inquirir la causa de la vida,
no la van á buscar á nuestros labios.

José de ROURE

EL MES DEL AMOR

—

¡Germinal!, dice el aura embalsamada
que lleva del placer ecos ardientes;
¡Germinal!, con sus trinos más potentes
canta en el bosque el ave enamorada.
¡Germinal! es el toque de llamada
que une en un solo afán á los vivientes;
¡Germinal! ¡Germinal!, gritan las gentes.
¡Germinal! ¡Sin amor la vida es nada!
¡Mes de ensueños, placeres y armonías,
de luz, vigor, aromas y colores:
sarta brillante de risueños días
En que todo, á una voz, habla de amores;
en que hasta el sol, con nuevas energías,
manda, en sus rayos, besos á las flores!

FELIPE PÉREZ CAPO

—oOo—

ADVERSOS AMORES

—

Callen las liras de són melodioso;
cesen las trovas de dulce armonía;
surja en los aires el eco imperioso,
recio y grandioso del himno del día.

Lejos los cantos de ardientes amores,
gárrulas frases, vulgar melopea;
lejos las lacias retóricas flores;
de ellas desnuda, resalte la idea.

Suene y la música lánguida trunque,
cuyo dulzor el espíritu crispa;
salte fugaz, cual en férreo yunque
brinca del hierro candente la chispa.
. . . .

Hechos, más hechos se cruzan y enzarzan,
trama confusa formando en la vida.
Joyas brillantes que en ellos se engarzan,
dan las ideas su luz bendecida.

Pronto la fuerza que arrastran consigo
triunfa y se impone en la férvida lucha.
Silban cual balas del campo enemigo
que hacen bajar la cabeza al escucha.

Libres de auxilio, en homéricas lidias
vencen en lucha diaria y penosa:
tal triunfa eterna en el mármol de Fidias,
sola y desnuda, la Venus hermosa.

No las inspira fugaz sentimiento,
vano capricho ó trivial fantasía
que huya empujada por rápido viento,
flor que sus pétalos pierde en un día.

Nacen del mundo anchuroso, del campo;
nacen del aire corriente, del cielo,
y en él dibujan su etéreo lampo,
que en vano intenta seguir nuestro anhelo.

Crecen quizá en el terruño salvaje
que hunde el labriego, en hercúleo empuje.
Flotan acaso en el bravo oleaje,
y hablan la voz del Océano que ruge.

Voz del vivir en batalla constante,
llanto que brota en la lucha rastrera,
grito de acerbo sufrir incesante,
ay de un dolor, cuyo fin no se espera...

Necio sería, egoista y cobarde
cántico alegre entonar á estas horas.
Bardos de amores y celos, ¡ya es tarde!
Mudas dejad vuestras arpas canoras.

Callan las liras de són quejumbroso,
cesa la hinchada y vulgar melopea.
Surge en los aires, solemne, imperioso,
recio y grandioso, el cantar de la idea.

F. NAVARRO Y LEDESMA

1893.

LO MEJOR DE LAS NIÑAS

—

Tienes un pelo, niña,
que en brillo y suavidad
al ébano y la seda
se deja muy atrás;

que para atar las almas
no he visto lazo igual...
Pero otra cosa tienes
que á mí me gusta más.

Tienes unos ojitos
que dicen soledad,
negros como las penas
que causa su mirar,
alegres como el cielo,
cuando sereno está...
Pero otra cosa tienes
que á mí me gusta más.

Tienes unas mejillas,
que no hay en el rosal
rosita que con ellas
se pueda comparar;
que nadie vió conjunto
de perfecciones tal...
Pero otra cosa tienes
que á mí me gusta más.

Tienes una boquita
con labios que han de dar
envidia á los claveles
que broten por San Juan;
con dientes que figuran
perlitas de la mar...
Pero otra cosa tienes
que á mí me gusta más.

Tienes una garganta
que celos á uno dá
la santa crucecita
que en ella tiene altar;
y al palpitar tu seno
de amor palpitará...
Pero otra cosa tienes
que á mí me gusta más.

Tu pelo y tus ojitos
me gustan en verdad;
me gustan tus mejillas
de nieve y de coral;
tu boca y tu garganta
me gustan á la par...
mas tu corazón, niña,
me gusta mucho más.

ANTONIO DE TRUEBA



Á UNA MURCIANA

I

Fuego en tu corazón, en tu mirada,
en la dulce armonía de tu acento;
fuego en la languidez de tus suspiros;
entre tus labios tentadores, fuego...
del esplendente sol del mediodía
es la belleza de tu sér espejo:
por eso al contemplarte
mudo y absorto quedo.

II

Negras son tus pestañas,
negras son tus pupilas; tus cabellos,
negros y vigorosos cual las plumas
de los salvajes cuervos;
lleva en sí tu hermosura, de la noche
la majestad, las sombras, el misterio...
por eso al contemplarte
mudo y absorto quedo.

III

Pura es la luz que irradia de tus ojos,
puro el perfume grato de tu aliento,
puro el rubor que cubre tu semblante
cuando en mis brazos ávido te estrecho;
tiene tu sér, que á la pasión provoca,
la inmaculada esplendidez del cielo:
por eso al contemplarte
mudo y absorto quedo.

IV

Déjame que idolatre tu pureza;
déjame que me abisme en tus misterios;
deja que oculte la abrasada frente
en la noche sin luz de tus cabellos...
déjame que, embriagado en tu hermosura,
la alegría y la fe busque en tu seno;
déjame que te adore y te contemple,
¡y ámame tú! ¡y abrásame en tu fuego!...

EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE

PARALELISMO

—

Primero es una chispa,
después es una llama,
luego voraz incendio,
brutal, devastador;
el viento caldeado
cuanto acaricia inflama,
la orgía de la lumbre
que pródiga derrama
torrentes infernales
de luz y de calor.
La hoguera luego cede
cuando su luz rojiza
se rinde á la fatiga,
se cansa de brillar;
siente que la abandonan
sus fuerzas, agoniza
y cubre su cadáver
un manto de ceniza,
un manto gris que el aire
después ha de arrastrar.
. . . .
De nuestro amor la historia
en todo es semejante;
decidme si es posible
un símbolo mejor.
Primero una mirada,
después un beso amante,

un juramento... falso,
celos, lucha constante,
la orgía de la carne,
la fiebre del amor.
La dicha se va huyendo;
por el placer rendido
aquel amor tan grande
sucumbe á su pesar;
las ilusiones mueren,
desierto queda el nido
y, á modo de sudario,
el manto del olvido
envuelve las cenizas
que luego ha de aventar.

—

¡Y así sucede siempre
con todos los amores!...
Apelo al testimonio
del que me quiera oir:
amor es un terreno
sembrado de dolores,
de falsos juramentos,
disgustos, sinsabores;
pero tan incesantes
que... ¡aquello no es vivir!...
Todos están conformes,
eso por de contado;
á todos los mortales
lo mismo les pasó;

pero aunque así lo piense
cualquier desengañado,
¿ustedes se figuran
que alguno ha escarmentado?...
¡No hay uno que escarmiente!
(Y mucho menos yo.)

ENRIQUE LÓPEZ MARÍN

AMAR Y QUERER

A la infiel más infiel de las hermosas
un hombre la quería, y yo la amaba;
y ella á un tiempo á los dos nos encantaba
con la miel de sus frases engañosas.
Mientras él, con sus flores venenosas,
queriéndola, su aliento emponzoñaba,
yo de ella ante los pies, que idolatraba,
acabadas de abrir echaba rosas.
De su favor ya en vano el aire arrecia;
mintió á los dos, y sufrirá el castigo
que uno la da por vil, y otro por necia.
No hallará paz con él, ni bien conmigo;
él, que sólo la quiso, la desprecia;
yo, que tanto la amaba, la maldigo.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

HUMORADAS

--

Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo
en parte terrenal y en parte santo:
lo que no sé expresar cuando te canto,
lo que yo sé sentir cuando te veo.

—

El hombre suele hacer todo lo bueno
por la mujer que le llevó en su seno.

—

Por burlarse tal vez de lo que es santo,
creo que fué el demonio
quien llamó al matrimonio
la noble institución del desencanto.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

PENSAMIENTOS AMOROSOS

—

¿Te acuerdas? Tu edad primera
al primer amor se abría.
«Te adoro», te dije un día,
y, entre gozosa y severa,
Los ojos bajaste al suelo,
y á él inclinaste la cara,
¡que fué como si bajara
á la tierra todo el cielo!
Mudos tus labios, temblaban
y no entenderme fingían;

pero tus ojos decían
lo que tus labios callaban.
¡Ah! No encontraré jamás
aquellos días serenos;
boca que dijera menos,
ni alma que adorase más.

—

La amo con fe tan intensa
que, aun odiado, la amaría;
y es que amo por pasión mía,
y no por su recompensa.

—

No hace amor apartadijos
de clases, formas ni modos:
como de él nacemos todos,
para él todos somos hijos.

—

¡Decir al amor «espera»
es decir «párate» al río;
se ahonda, y crece, y ruge, y salta,
en vez de pasar tranquilo!

EUGENIO SELLÉS



ELLA

—

Es su voz un torrente de armonía,
y fulgura en su espléndida mirada
humedecida, alegre y mal velada,
la clara luz con que despunta el día.

Al débil junco vence en gallardía;
en hermosura, á Vénus celebrada;
ríe con el fulgor de la alborada;
bajó del cielo, y se llamó María.
Vedla sentada allí, mirad: ¡es *ella!*
Hunde su cuerpo entre cojines rojos,
luciendo así su languidez más bella;
Y su alma flota, manantial de amores,
en las negras pupilas de sus ojos,
¡como rayo de luna entre dos flores!

NO TE OLVIDES

De pie, mirando la fatal ribera
y la onda muda en la corriente helada,
aguardo el resplandor de una alborada
que allá lejos, muy lejos, reverbera.
Los años volarán en su carrera
y aguardará mi amor... ¿No sientes nada?
Ya veremos al fin de la jornada
quién vive, quién sucumbe y quién espera.
Náufrago errante y en peñón desierto,
sacrifico las glorias de mi vida
al dolor de un afán siempre despierto.
Si triste un día hasta mis rocas vienes,
saldré al paso á decirte: «¡Bien venida!
Tuyo fui, tuyo soy. ¡Aquí me tienes!»

Carlos FERNÁNDEZ SHAW

LAS QUEJAS DE SU AMOR

—

Bellísima parece
al vástago prendida,
gallarda y encendida,
de Abril la linda flor;
empero muy más bella
la virgen ruborosa
se muestra al dar llorosa
las quejas de su amor.
Suave es el acento
de dulce amante lira,
si al blando són suspira
de noche el trovador;
pero aún es más suave
la voz de la hermosura,
si dice con ternura
las quejas de su amor.
Grato es en noche umbría
al triste caminante
del alma radïante
mirar el resplandor;
empero es aún más grato
al alma enamorada
oir de su adorada
las quejas de su amor.

JOSÉ DE ESPRONCEDA

JUICIOS CONTRADICTORIOS

(COSAS DE DOS SIGLOS HA)

—

I

Me han dicho, niña, que de tu calle
turba el silencio más de una noche,
no sé qué ruido de ayes y quejas,
de cuchilladas y de canciones.
Y hay quien añade que á la mañana
del sol alumbran los resplandores
trozos de espadas, rotos laúdes,
rastros de sangre y ajadas flores.
Tu padre duerme, la dueña ronca,
sus blancas luces la luna esconde,
y aun se asegura que en tus ventanas
algún osado las plantas pone.
Si en algo tienes mis experiencias,
oye un consejo sin que te enojes:
«No abras por nadie tus celosías;
cierra los vidrios de tus balcones».

II

Me han dicho, niña, que por esquiva
no hay quien, amante, tu calle ronde,
ni hay quien te obligue con serenatas
ni con billetes hay quien te acose.
Dormir tranquila puede tu dueña,
que ya á tu padre no se le esconde



que más te guardan tus esquiveces
que de tus rejas los hierros dobles.
Jamás se ha visto jinete alguno
que cuando bajas al Prado en coche,
cabe tu estribo refrene el paso,
ni de tus labios sonrisas logre.
Y hasta se dice que vas á misa
antes que el día su luz asome,
por evitarte que pueda nunca
tu breve huella seguir un hombre.
Si en algo tienes mis experiencias,
oye un consejo sin que te enojes:
«No siempre es útil tanto recato;
lo bueno nunca del sol se esconde».

III

Abrí una noche mis celosías,
y el aire tibio de aquella noche
llevó á mi oído rumor de espadas,
y de laúdes sentidas voces.
Tendí á la calle mi vista inquieta,
y hasta mis plantas, no sé por dónde,
vi que llegaban, en raudo giro,
trovas, billetes, cintas y flores.
Y aunque medrosa dejé la reja,
y de los hierros cerré los goznes,
todos dijeron: «Nunca se casa
la que de tantos las quejas oye».
Cerré, más tarde, mis celosías;
de negro manto mi faz cubrióse,

y ni del soto pisé las hierbas,
ni del Retiro crucé los bosques.
Ya solamente pudieron verme
subir del templo las gradas dobles,
siempre de dueñas acompañada,
seguida siempre de rodrigones.
Y cuando á nadie daba motivo
de dirigirme sólo un reproche,
dijeron todos: «Nunca se casa
la que de nadie las quejas oye».
Que me rondaran no era ayer bueno;
hoy es ya malo que no me ronden...
Dígame alguno, si es que lo sabe,
qué rumbo debe marcar mi norte.

IV

Calló la niña, lanzó un suspiro,
y el consejero la dijo entonces:
«En un buen medio lo justo estriba:
juicios ajenos nada te importen».

Angel RODRÍGUEZ CHAVES



EL TUYO Y EL MÍO

—

Dicen que en la ausencia
se engendra el olvido,
y que el fondo del alma inconstante
parece un abismo.

Que el tiempo engañoso,
que va fugitivo,
en cenizas convierte la llama
que enciende el cariño.

Y dicen que muerte
y ausencia es lo mismo,
que en el mundo lo mismo se olvida
á muertos que á idos.

Dicen que es el alma
raudal cristalino,
onda inquieta que fragua inconstante
reflejos distintos.

Que amor se disipa
como frágil lirio,
que lo ven: la mañana, frondoso;
la tarde, marchito.

Y dicen que es ave
que muda de nido;
mariposa que el vuelo impaciente
cambia de continuo.

¿No habrá corazones
de tal modo unidos,
que ni cambio, ni ausencia, ni tiempo
logren desunirlos?

El mundo lo niega;
nunca los ha visto.
Pero tú y yo sabemos que existen:
el tuyo y el mío.

José SELGAS

—∞—

¿POR QUÉ ACUSARME?

—

Una mujer envenenó mi alma;
otra mujer envenenó mi cuerpo;
ninguna de las dos vino á buscarme;
yo de ninguna de las dos me quejo.
Como el mundo es redondo, el mundo rueda;
si mañana, rodando, este veneno
envenena á su vez, ¿por qué acusarme?
¿puedo dar más de lo que á mí me dieron?

Gustavo Adolfo BECQUER

—∞—

COPLAS

—

La mujer tiene á los quince
esperanzas y alegrías;
á los treinta, desengaños;
desde los cuarenta... envidia.

—

¡Qué vale que me haya dado
Dios un corazón muy grande,
si el cariño que te tengo
en mi corazón no cabe!

—

Siempre que ves á mi perro,
que es todo fidelidad,
bajas al suelo los ojos,
de vergüenza que te da.

—

Un viejo con una niña,
ó una vieja con un pollo,
no es unión, ni casamiento,
ni boda, ni matrimonio

—

Hizo Dios nuestro cariño
¡tan hermoso, tan inmenso!...
que Él sólo, y quizá dudando,
ha podido deshacerlo.

JAVIER DE BURGOS



INGRATITUD

—

Encontré una ocasión, y enamorado
me fuí corriendo y me senté á su lado.
La hablé de mi pasión, de mi amor loco,
y á solas, con las manos enlazadas,
sentí que me abrasaba poco á poco
en el fuego voraz de sus miradas.
....
.... Mi osadía,

que casi nunca á respetar se pára,
me obligó; me acerqué cuanto podía
y la estampé dos besos en la cara
que eran mezcla de néctar y ambrosía.
Mas no pude quedarme satisfecho
porque ella, colorada,
no sé si de rubor ó de despecho,
levantándose airada
se indignó de tal modo la chiquilla,
que me hizo un arañazo en la mejilla!

. . . .

Pues bien: al poco rato
llegó hasta donde estábamos un gato
muy feo y asqueroso;
con miedo y con recato
se acercó á la muchacha silencioso,
y trepando ligero por la espalda,
de un salto ¡zas! se colocó en su falda.
No sé por qué ni cómo,
porque ella aunque miraba no veía,
le pasaba la mano por el lomo,
acaso sin saber lo que se hacía;
pero el maldito gato,
que si de algo tenía era de ingrato,
le pagó aquel cariño
con arañazo tal y tal acierto,
que en sus manos de armiño
brotó luego la sangre al descubierto.
¿Se irritó la muchacha? ¡No hay tal cosa!
Al contrario, su dueña bondadosa,

que á mis pruebas de amor se enfurecía,
cogiéndolo en sus brazos cariñosa,
le besaba la cara y se reía...
¡lo cual me pareció una porquería!

. . . .

¿Por qué antes se enfadaba y ahora hace eso?
¡Conducta más extraña!...
¡Al gato, que le araña, le da un beso,
y á mí, porque la beso... va y me araña!

FIACRO IRÁYZOZ



A . . . . .

—

Lejos de ti, bien mio,
en pos de ti mi pensamiento va:
el aire que respiras,
de mis suspiros impregnado está.
Cuando con suaves tintas
la aurora esmalta el transparente tul,
paréceme, ángel mío,
que desde el cielo me sonríes tú.
La perfumada brisa
que acaricia mis labios al pasar,
en ellos deja un beso
que en sus alas me trae de donde estás.
En la postrer mirada
que envía al mundo el expirante sol,
veo tus dulces ojos,
que de mí se despiden con amor.

¡Alma del alma mía!
¿Cómo en mi corazón no has de vivir,
si el sol, el aire, el cielo,
me están hablando sin cesar de ti?...

SALVADOR MARÍA GRANÉS

—∞—

EL AROMA DE LAS FLORES

—

De un jardín por la enramada
solitaria y misteriosa,
asidas las blancas manos,
iban dos niñas hermosas:
alegre y viva la una,
triste y pausada la otra.

Contando á la niña alegre
va la niña melancólica
de rejas y serenatas
no sé qué reciente historia,
en que la palabra *amor*
brotó de su dulce boca.

Sorprendida la inocente,
—¿Qué es amor?—dijo curiosa.
—Esto—repuso mostrándole
la triste dos blancas rosas
que al blando impulso del céfiro
confundían sus aromas.

LUIS DE EGUÍLAZ



NOSTALGIA

—

¡Oh vientos que pasáis barriendo el suelo
de la inmensa ciudad que el Sena baña!...
Si es que á mi patria vais, os acompaña
de un proscrito infeliz el loco anhelo.
Cuando á ella lleguéis en vuestro vuelo,
decid ¡por Dios! á mi adorada España,
que el llanto del dolor mi vista empaña
al verme lejos de su hermoso suelo.
Decidla que me guarde mi tesoro:
la madre, cuya voz soñando escucho,
y la dulce mujer á quien adoro.
Y decidla también que si ahora lucho
con la nostalgia, y desterrado lloro,
por el delito fué de amarla mucho.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

París, 1890.



¿POR QUÉ NO ANTES?

—

Ahora que ya eres mía, que eres mía,
¿cómo ha podido ser que no fué antes?
¿Comprendes la dulcísima alegría
de estos locos, frenéticos instantes?

¡Cuánto ganas, hermosa, más que hermosa,
en el dulce de amor íntimo trato!

La gracia en ti con profusión rebosa,
ya en calma estés, ya en púdico arrebato.

Dices que no eres bella, y que no atinas
cómo mis ojos de poeta enciendes:
por de pronto, tus formas son divinas,
y con su inmensa perfección sorprendes.

Mas no en la magia y perfección externa
el raro hechizo está de tu hermosura:
está en la llama de tu sér interna,
que en tus facciones célicas fulgura.

Si tus ojos son mágicos de bellos,
lo que más enamora es su mirada;
sus lánguidos, magníficos destellos,
y su expresión de amor arrebatada.

Hermosö es el seductor conjunto
de tu rostro infantil; mas si embelesa,
es por ese reir cuando pregunto:
«¿y esa boca divina cómo besa?»

Graciosamente tu cabeza unida
á tus hombros está, nido de amores;
mas reside su magia en esa vida
de tus ágiles miembros cimbradores.

Tu elegancia recuerda á la palmera;
tu suelto andar como de corza, pasma;

tu dulce languidez es hechicera;
tu arrebato dulcísimo entusiasma.

Mientras en ti persista el sentimiento,
tus contornos serán encantadores;
mientras sea pasión tu movimiento,
ha de cegar la luz de tus amores.

Que tanto sentimiento es lo que hace
imanes esos ojos de dulzura,
y en esa inteligencia es donde nace
la gracia de tus formas de escultura.

Por sus vagas melifluas inflexiones
el entusiasmo de tu voz sorprende;
y hechizas por las sueltas posiciones
con que tu dulce amor, amor enciende.

En eso está la célica alegría
de estos locos, frenéticos instantes:
¡Ay Niña! ¡¡ya eres mía, ya eres mía!!
¿Cómo ha podido ser que no fué antes?

Eduardo BENOT

PROBLEMA

Bella cual antes la contemplo ahora:
la misma juventud, la misma vida,
y la misma mirada tentadora
en los húmedos párpados dormida.

Más hermosa quizás; que nunca el raso
antes ceñía su gentil cintura,
ni revelaba en el airoso paso
tanta esbeltez y femenil soltura.

Ni prendían brillantes la madeja
de sus áureos magníficos cabellos;
que ahora los ojos deslumbrados deja
la luz del sol al reflejarse en ellos.

La morbidez da vida á sus contornos
y del seno á las líneas ondulantes;
que hoy dejan sorprender ricos adornos
gracias que ocultas palpitaban antes.

Si es más bella que ayer, ¿por qué un destello
hoy ofende en sus ojos, de arrogancia?
Si es más bella que ayer, ¿por qué ese sello
de rosa que ha perdido la fragancia?

¡Oh filósofos! sabios inmortales,
símbolo y gloria del saber humano,
que bebéis de la ciencia en los raudales,
y sondáis del vivir el hondo arcano.

Los que á través de inmenso telescopio
veis del orbe solar la periferia,
y en retorta, crisol ó microscopio
la evolución seguís de la materia.

Y vosotros también, los que el secreto
conocéis de la línea y los colores:

yo á todos os consulto con respeto,
oh filósofos, sabios y pintores.

¿Cual se distingue el vidrio del diamante,
vuestra ciencia quizás ver ha podido
el cambio material que en un semblante
el selló marca del rubor perdido?

¿Qué hay de la virgen en la pura frente?
¿qué hay en la tersa, virginal mejilla?
¿cuál es la luz, como del sol fulgente,
que entre el pudor de las pestañas brilla?

José TORRES REINA

FRAGMENTO (1).

—

ESCENA III

Clotilde y Cartucherita

CLOTILDE. (Sorprendida.)
¡Ah! muy buenos días.
CARTUCH. ¡No, buenos no; malos!
¡que los días no pueden ser buenos
si está usté llorando!
CLOTILDE. Cuando estoy nerviosa
yo lloro por nada,
mas tomando una taza de tila
los nervios se calman.

(1) Del drama lírico é inédito *Cartucherita*, arreglado de la famosa novela de Arturo Reyes.

Cartuch. Sí; á mí me sucée
lo mismo, ¡los nervios!...
mas en vez de llorar para afuera,
yo lloro pá entro!

Clotilde. ¡Gracioso estaría,
todito un espada
con el pecho encogido, y los ojos
llenitos de lágrimas!

Cartuch. ¡Déjese de chuflas
cuando está tronando!
Desde el día en que yo entré á esta casa
el sol sá nublao,
y es lo más preciso
pá que el sol alumbre,
que se vaya el que tiene la culpa
de tóo lo que ocurre.

Clotilde. ¿Irse de esta casa?

Cartuch. ¡Pá siempre, señora!

Clotilde. Pues se irá sin razón; aquí á nadie...
á nadie le estorba.

Cartuch. ¡Pos me iré mú pronto,
mú pronto y mú lejos,
aonde á mí, á mí solito me coman
las ducas el pecho;
aonde se me acabe
la pena pá siempre,
aonde el sol, si la cara me busca,
ya no me la encuentre!

Clotilde. ¡Tenga usté más calma,
Pepe, que esas cosas

son chispazos que pronto en el pecho
del hombre se borran!
¡Esas ilusiones,
como todas, pasan,
y no dejan después más que el rastro
que deja la infamia!

CARTUCH. ¡Es verdá, Clotilde!
¡es verdá tóo eso!
pero yo sin ella, Clotilde, sin ella...
¡sin ella me muero!
Sin ella, Clotilde,
vivir no podría;
¡pá vivir sin ella, prefiero que un toro
me quite la vida!
¡Si usté... usté no sabe
lo que es pá mí ella!
Pá mí ella es el sol que me alumbra,
la flor que me llena
de aromas el pecho.
¡Por ella no vivo,
y me paso las noches llorando
despierto y dormío!
Á toitas las horas
del día me tiene
suspirando por ella... por ella...

CLOTILDE. Cállese usté, Pepe,
¡por Dios se lo pido!

CARTUCH. ¿Cómo he de callarme?
¡cuando el alma de aquí se desboca
no la pára naide!

CLOTILDE. No pensaba anoche,
sin duda, lo mismo,
cuando usted con Leocadia... Estoy loca,
no sé lo que digo!
Vaya, yo me marcho.
¡Adiós, hasta luego!

CARTUCH. ¡Ay, por Dios, no se vaya, Clotilde!

CLOTILDE. No puedo... no puedo.

(Sale precipitadamente por la puerta de la derecha. Cartucherita la seguirá con la vista, aun después de que haya desaparecido.)

J. JURADO DE LA PARRA

A RAMONA

....

¡Amad! ¡creed!—Yo no creo;
¡ya aquí aquel fuego no arde!
sobre él vertieron mis ojos
eterno llanto de sangre.

Reid, reid en buen hora;
para comprender mis males
no basta un alma de hombre...
yo tengo un alma de ángel.

¡Oh! figuráos un niño,
en el corazón gigante,
rico de amor, de ilusiones...
con la ambición de los grandes.

Un niño triste... que halla
objeto á su ardor amante...
que da otro campo á sus sueños

y á su esperanza más aire.
Figuráosle... encorvado
bajo el peso insoportable
de una desdicha que eterna
sus ilusiones deshace...
¡Creyó en el amor! ahora
tristes recuerdos lo abaten...
¡por su sangrienta mejilla
lágrimas de fuego caen!
....
Yo ví un mar, Ramona mía,
un mar sereno y brillante,
y á la luz de una mañana,
loco me lancé á surcarle...
De pronto, sobre mi frente,
bramaron los huracanes,
¡y aquel mar, tan adormido,
á poco sorbe mi nave!
¡Amad, corazones puros,
amad!—No esperéis que os amen.
¡Vosotros, siempre mezquinos,
naufragáis en esos mares!
Para vosotros tan sólo
hay vientos y tempestades...
¡Amad, corazones puros,
amad!—No esperéis que os amen.
El mundo os odia... ese mundo
con sus festines radiantes,
¡que entona canto de flores
al compás de vuestros ayes!

¡El mundo os odia!... aunque os hieran
los más atroces pesares;
aunque de lo más profundo
brote la pena á raudales;
Aunque vuestros roncos gritos
se extiendan sobre los aires,
cual lamentos espantosos
que de los infiernos salen;
Aunque vuestras propias manos
vuestras heridas desgarren,
haciendo saltar á ríos
por mil jirones la sangre;
Aunque en confusión maldita
se agolpen todos los mares,
¡y os abrumen, y os acosen,
¡y os hiendan, y os despedacen!...
¡Seres para amar nacidos!
¡No esperéis piedad de nadie!
¡Corazones siempre hermosos!
¡En el sepulcro no hay mártires!

FRANCISCO ZEA

IMPERIO DE LA MUJER

—

....

¿Qué fuerza oculta del hombre
el corazón avasalla?
¿Quién en su mente despierta
del entusiasmo la llama?

¿Quién el germen fecundiza
de empresas tan arraigadas,
de tan nobles pensamientos
y de proezas tan altas?

Esa mitad de su sér,
esa encantadora maga,
delicia de su existencia
y faro de su esperanza.

¡La mujer!, en el desierto,
sombra amiga, fuente clara;
¡la mujer!, perla que en triunfo
llevan los mares de Arabia;

Impulso feliz que al genio
las centellas arrebata,
y genio creador que al orbe
admira, suspende y pasma.

Por cien apartados climas
vuela de Alcides la fama,
y al fin, rendido, se postra
á la hermosura de Onfala.

Allí se pueblan los campos
de lórigas y de lanzas;
de *¡guerra!* al eco retiemblan
las eternales montañas.

Y trueca allí la Sabina,
de llanto y dolor bañada,

en bendiciones de hermanos
el estruendo de las armas.

De la mujer al imperio,
Fortuna sus giros cambia:
Troya entre llamas sucumbe;
Dido á Cartago levanta.

A su voz brotan las artes
y del ingenio las galas;
al mundo asombra Pericles,
preso en las redes de Aspasia.

En la margen que guarnecen
olmos y silvestres parras,
ciñe el ángel de Valclusa
lauro inmortal á Petrarca.

Inspira Beatriz á Dante;
á Taso Eleonor inflama;
la luz de Gioconda á Vinci
eterno renombre guarda.

Venid, recuerdos ilustres
de las edades pasadas;
venid, que recuerdos busca
en que bañarse mi alma.

Inspírame tú, de Píndaro
¡oh rival afortunada!;

tú, Safo, víctima insigne
del amor y la inconstancia.

Prended en mi mente el fuego
que vuestras sombras abrasa,
y entonces, grandes, sublimes,
daré mis cantos al aura.

Que si dueño de la tierra
altivo el hombre se aclama,
su genio y su poder rinde
de la mujer á las plantas.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE

—✕—

LOS PRIMEROS AMORES

—

(MONÓLOGO)

Me marcho, sí; me alejo
del fementido,
y aquí el amor me dejo
que le he tenido.
¡Quién me diría
que sin llanto en los ojos
le dejaría!
Mas ¡ay! aunque mi llanto
por él no corra,
fué mi amor tanto, tanto,
que no se borra.
¡Mentido alarde!
¡Los primeros amores
se olvidan tarde!

Él fué el amor primero
del alma mía,
y aunque ya no le quiero
cual le quería,
áun me parece
que yo le quiero doble
que se merece.
Que sienta él la amargura
que á mí me aflige;
mi negra desventura
venganza exige.
Mas ¿la venganza
no es acaso la muerte
de la esperanza?
Aldea de mi vida,
rincón hermoso,
á tu sombra querida
busco el reposo.
¡De mis amores
cúrame, Virgen santa
de los Dolores!
Por lo que te venero,
qué dé al olvido
este amor, el primero
que yo he tenido,
Mi fe te pide,
aunque le olvide tarde...
¡que al fin le olvide!

Enrique Segovia Rocaberti

RIENDO Y LLORANDO

—

Por cierta historia que de mí contaron
te reías de mí como una loca;
no me enfadó tu risa: me extasiaron
las perlas de tu boca.

—

Por otra historia que de mí dijeron
lágrimas te arrancaron mis enojos;
no me afligí, porque mi encanto fueron
las perlas de tus ojos.

—

Tus lágrimas y risas siempre tienen
hechizo igual para quien logra verlas;
no las ocultes, niña, porque vienen
para mi amor ¡de perlas!

MARIANO DE CÁVIA

1878.

A TI

—

Juntos desde la aurora hasta el ocaso,
que se avecina ya, de nuestra vida,
juntos llevamos nuestra cruz querida
con fe creciente y con valor no escaso.
Juntos bebimos en el mismo vaso
del placer y el dolor igual medida,
y juntos á la meta apetecida
llegaremos los dos con firme paso.

Esperanzas y amor, penas y duelos
nos unieron en vida de tal suerte,
que sólo pido á los divinos cielos
Que al romper de esta vida el lazo fuerte,
libres las almas de mundanos velos,
se junten tras las sombras de la muerte.

CARMELO CALVO Y RODRÍGUEZ

IDILIO

(Del natural)

En un prado todo verde
sentada está Mari-Pepa,
al lado de cuatro vacas,
mansas, pero de gran cuerna.
Es Mari-Pepa una moza
robusta, garrida, fresca,
con unos ojos muy grandes,
y una boca muy pequeña,
y unos dientes muy menudos,
y unos labios de grosella,
muy estrecha de cintura
y muy ancha de caderas.
Cubre su gracioso cuerpo
con una falda rabela,
yendo descalza, no sólo
ya de pie, sino de pierna;
ciñe á su busto una chambra,
y sobre los hombros lleva

un pañuelo atado atrás,
amén de otro á la cabeza.
Para adormecer sus ocios
canta, sin darse ella cuenta,
aquello de «*Airiños, aires,
airiños d'a miña terra*».
No bien de cantar termina,
se oye un *aturuxo* cerca,
y la moza queda inmóvil
como una estatua de piedra,
al ver ante ella á Farruco,
que extasiado la contempla,
mirándola sonriente
con sonrisa picaresca.
Es el zagal un buen mozo,
fornido como un atleta,
con pantalón ajustado,
camisa, sombrero y zuecas
tan grandes, que bien podrían
cruzar los dos, dentro de ellas,
no ya el Miño, el mar Cantábrico,
como en un barco de vela.
—*¿E logo?*—dice después
de una pausa Mari-Pepa.
—*Oiute cantar... é viñen...
é verdad.*
—*Poida que sea.*
—*Ti eres a miña xoiña.*
—*¡Mau!*
—*¿E logo?... ¡churrusqueira!*

—Cala a boca. ¿Por qué falas así?

—Porque teño lengua.

Y apoyándose en la vara
que entre las manos sujeta,
y haciendo trazos y líneas,
unas curvas y otras rectas,
y socavando en el suelo,
y removiendo la tierra
con el palo de castaño,
junto á la moza se sienta,
que está como la amapola;
y él, no obstante su entereza,
siente que le arden las sienes
y que corre por sus venas
la sangre, y que se le agolpa
toda junta á la cabeza,
dándole un tinte á su cara
del color de las cerezas.

Ella deja que él la abrace
porque de sí ya no es dueña,
y el uno en brazos del otro
se miran, se compenetran,
y algo al oído se dicen
que á mis oídos no llega,
porque en aquel mismo instante
pasa una enorme carreta
chillando, por no llevar
ensebados eje y ruedas.

Después de una pausa grande

dice la moza con pena:
—*¿Xa te vas? Pois ainda e cedo.*
—*Non é tal, que xa son cerca*
das oito, y eu teño prisa.
—*Eu tamén a teño, espera...*
—*¿Qué che fai falta?*
—*Mañá,*
si e que ti queres, co a fresca
date por acó outra volta...
aquí estarei.
—*¡Feiticeira!...*
¡xa te entendo!
—*¡Adiós, Farruco!*
—*¡Adiós logo, Mari-Pepa!*

GONZALO CANTÓ

EPÍSTOLA AMATORIA RÚSTICO-LABRIEGA

Mi muy querida Gregoria,
salero lleno de sal:
Dios que te guarde de mal
y que te lleve... á la gloria.
Me alegraré que esta esquela
con cabal salud te halle,
tomando el sol por la calle
entre tu madre y tu abuela.
Sabrás, mi dulce regalo,
cómo también por mi parte

tengo el gusto de anunciarte
que estoy bueno... y no estoy malo.
Y al mismo tiempo te digo
en esta cuarteta cuarta,
que quien te escribe esta carta
es siempre... el mismo Rodrigo.
Junto á mi costado izquierdo
está fijo tu retrato,
y tú tal vez de aquí un rato...
«si te he visto, no me acuerdo».
Porque el amor femenil,
si el amante ausente vaga,
al menor soplo se apaga,
cual la llama de un candil.
¡Quién sabe, Gregoria incauta,
si en tanto que por ti muero...
¡bailas, infiel, el bolero
al son de alguna otra flauta!
Y mientras que haciendo surcos
el sol mis mejillas *tosta*,
¡estará tu fresca costa
llena de moros... y turcos!
¡Oh! ¡quién pudiera ahora mismo
con mucha calma y sosiego
encerrarse en este pliego
cual partida de bautismo!
Y al tiempo de abrirle tú,
por la noche y con cautela
salir... apagar la vela...
y hacerte de pronto... *¡bú!*

Pero variemos de asunto,
que esto al fin todo son bromas,
y prescindiendo de comas,
concretémonos al punto.
Este, según creo yo,
lo que es en la hora presente,
se reduce únicamente
á que me digas *sí* ó *no*.
Pues siendo mis fines buenos,
el estar haciendo el coco
á ti te conviene poco,
y á mí... me conviene menos.
Si, por fortuna, tu madre
se muestra al dote algo esquiva,
dí que sin causa impulsiva
no hay hoy un perro que ladre.
Y que ni aquí ni en la corte,
á la que busca acomodo
se le expide de otro modo
el marital pasaporte.
Dí que mi dotal anhelo
principalmente se funda
en que una eterna coyunda
no admite mulas en pelo.
Ni aun la más tiesa y gallarda
sufrir puede el cargamento
del séptimo sacramento
sin una mediana albarda.
Mas si á pesar de lo expuesto,
mi suegra no se somete

y quiere que te interprete
sin comentarios al texto,

Tú, cual diestro centinela
del parque de artillería,
apuntas la batería
con dirección... á tu abuela,

Disparando desde luego
mil cartuchos de suspiros,
y si no bastan mil tiros...
carguen otra vez, y... ¡fuego!

Sin cesar de hacerle guerra
de tenor, bajo y contralto...
hasta lograr por asalto
veinte tahullas de tierra;

Que aunque ello en sí es cosa chica
para hartar el *tolle tolle*
con que una judaica prole
á sus padres crucifica,

Evitando el despilfarro,
y aplicados día y noche,
si no arrastramos un coche
iremos á pie... ó en carro.

Por lo demás, tú no ignoras
quién es Rodrigo Carrasco,
y á fe que no tendrás chasco
si mis planes corroboras.

Pues que á pesar de que al pronto
me están saliendo las barbas,
en ellas, si las escarbas,
no nace un pelo... de tonto.



Y aunque, como es natural,
de ingenio algo rudo, y pobre,
no es difícil que me sobre
el talento conyugal.
Desoye, pues, las querellas
y chismes de tus amigas,
y aun te ruego que las digas
que soy yo más hombre que ellas,
Y que á tales indirectas
les contestara en latín
si entendiera su magín
la lengua de las Pandectas.
Mas... á un falso testimonio
echemos luego el rastrillo,
y volvamos al ovillo
del hilo del matrimonio.
Me dice algún compañero,
sin duda por desviarme,
que como llegue á casarme
ya se acabó... el ser soltero.
Porque al hombre, con afrenta,
le impone el nupcial imperio
más trabas que un ministerio
á la libertad de imprenta.
Dice otro que las esposas
quieren ver siempre al marido
en casa y entretenido
con los niños... y otras cosas;
Y aun hay algún importuno
que sienta, como aforismo,

que el volver al despotismo
y casarse... todo es uno.
A semejantes extremos
mi respuesta es muy sucinta:
«librémonos de la quinta...
que después... allá veremos».
También mi alcurnia de tosca
hay quien critica hasta el tope;
pero ¿en qué plato de arrope
caer no suele una mosca?
Ni el que nuestra boda se haga
será á mi ver cosa absurda,
pues si mi estirpe es palurda,
la tuya no le va en zaga.
Te juro que me fastidia
tanto consejero payo,
y digo para mi sayo:
«¿será voluntad ó envidia?»
Pero, en fin, no haciendo caso
de lo que digan los otros,
lo que importa es que nosotros
salgamos pronto del paso;
Que el que aspira al desposorio
tiene en sus fines más prisas
que en los responsos y misas...
las almas del purgatorio.
Decídete, pues, Gregoria;
préstate á mis ruegos mansa,
porque hasta el burro se cansa
de dar vueltas á la noria.

Y no siendo un gran *belitre*
este pobre ciudadano,
«más vale pájaro en mano
que no por el aire un buitre».
Mira que si ahora no atrapas
el tal pájaro del rabo,
no extrañes que al fin y al cabo...
al primer tapón... zurrapas.
Que hablando para *inter nos*,
tengo ya veintiún año,
y al otro no será extraño...
que cumpla los veintidós.
Mas... basta, que ya se aburre
mi amor de dictar la carta,
y estoy mirando que ensarta
lo primero que le ocurre.
Además... también se abruma
porque es un grande holgazán
Braulio Solfa, el sacristán,
que es quien me lleva la pluma.
Conque así, lo dicho, dicho;
tómale á mi mano el pulso
siguiendo sólo el impulso
de tu *nacional* capricho;
Y aquello que determines
dímelo en verso y no en prosa,
para la debida glosa
de mis ulteriores fines.
Da por ahí algún recado,
y á tu hermana más pequeña

dile que mi amor se empeña
en que me llame... cuñado.
Las otras me las figuro
pretéritos imperfectos;
mas... dales también afectos
de este presente futuro.
Que se aguante *terne* y fresca
di de mi parte á tu abuela,
y á la demás parentela
dile... lo que te parezca.
Adiós, que ardo como un ascua;
y aunque no las restituyas,
recibe dos aleluyas
en tus mejillas de pascua.
Adiós, Gregoria del alma;
adiós, y si mártir muero,
sólo que admitas espero
de mi martirio la palma;
Ya que, cual fiero enemigo,
sin la menor compasión,
traspasas el corazón
de tu invariable

Rodrigo.

Por la copia,
José BERNAT BALDOVÍ



PENSAMIENTOS

—

Al impulso del viento lanzada,
la chispa ser puede
terrible volcán.
Del amor una sola mirada,
el alma y la vida
nos puede abrasar.

—

De un grano de semilla
brota una flor;
del brillo de unos ojos,
una pasión.

—

¿Qué es la unión de dos seres
cuando no se concierta con el alma?
¡Desabrido manjar, tálamo frío,
lazo engañoso que se quiebra presto,
la víspera segura del hastío
y el día de un engaño manifiesto!
¿Acaso no han de ser á los esposos
comunes los placeres y las penas?
¿Se encadenan los gustos amorosos?
¡Pues hallen los espíritus cadenas!
No espere un matrimonio dicha larga
si hay reservas y dudas y egoísmo,

si en el transcurso de la vida amarga
no se siente capaz del heroísmo:
son cuatro brazos á llevar la carga,
dos corazones á sentir lo mismo,
y una fe generosa y un anhelo,
y un refugio de paz y de consuelo!

MARCOS ZAPATA

FIN



ÍNDICE

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.

Amicis (E).—*Italia.* Dos tomos, 6 pesetas.
— *Marruecos.* Un tomo, 3,50 pesetas.
— *Novelas.* Un tomo, 3 pesetas.
— *Páginas sueltas.* Un tomo, 3 pesetas.
— *Poesías.* Un tomo, 3,50 pesetas.
— *Recuerdos* (1870-71). Un tomo, 3 pesetas.
— *Recuerdos de París y Londres.* Un tomo, 2,50 pesetas.
— *Retratos literarios.* Un tomo, 3 pesetas.

Arpa y López (Salvador).—*Principios de Literatura general* (literatura filosófica). Un tomo en 8.°, cartoné, 6,50 pesetas.
— *Historia compendiada de la Literatura española* (literatura histórica). Un tomo en 8.°, tela, 7 pesetas.
— *Manual de Estética y teoría del Arte.* Segunda edición. Madrid, 1895, Un tomo en 8.°, 1 peseta.

Balzac.—*La comedia humana.* Comprende: *La casa del gato que perotea.—El baile de Sceaux.—La bolsa.* Dos tomos en 8.° (ilusts.), 4 ptas.

Berthold Auerbach. — *Benito Espinosa.* Novela traducida por U. González Serrano. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

Besteiros.—*La Psicofísica.* Madrid, 1897. Un tomo en 8.°, 2,50 ptas.

Bobadilla (Emilio), Fray Candil.—*Fiebres.* Madrid, 1889. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.
— *Solfeo* (Crítica y sátira). Madrid, 1894. Un tomo en 8.°, 3,50 pesetas.
— *Novelas en germen.* Madrid, 1900. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.
— *Vórtice.* Poesías. Carta-prólogo de José María de Heredia. Madrid, 1902. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.
— *Grafómanos de América* (Patología literaria), tomo I. Madrid, 1902. En 8.°, 3 pesetas.
— *A fuego lento.* Barcelona, 1903. 3 pesetas.

Brown.— *Viaje sobre una ballena,* 1 peseta.

Bugallal y Araujo (Isidoro).—*Suiza española.— Paseando por Galicia.* Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

Caballero.—*Diccionario de Modismos* (frases y metáforas), primero y único de su género en España. Coleccionado y explicado por Ramón Caballero, con un prólogo de D. Eduardo Benot. Madrid, 1900. Un tomo en 4.° mayor, de 1.198 páginas, pasta española, 28 pesetas.

Calderón Arana.—*Movimiento novísimo de la filosofía natural en España,* 2 pesetas.

Campoamor (Ramón).—*Los pequeños poemas.* Contienen:
— *El tren expreso.—La novia y el nido.—Los grandes problemas.—Dulces cadenas.* Un tomo, 1 peseta.
— *Historia de muchas cartas.—El quinto, no matar.—La calumnia.—Don Juan.* Un tomo, 1 peseta.
— *Las tres rosas.—Dicha sin nombre.—Las flores vuelan.* Un tomo, 1 p
— *El trompo y la muñeca.—La gloria de los Austrias.—Los amores de luna.—La música.—La lira rota.* Un tomo, 1 peseta.

Campoamor (Ramón).—*Los caminos de la dicha.—Por dónde viene la muerte.—El amor y el río Piedra.* 1 peseta.

— *Los buenos y los sabios.—Los amoríos de Juana.—Utilidad de las flores.* Un tomo, 1 peseta.

— *El amor ó la muerte.—Cómo rezan las solteras.—El anillo de boda.—La orgía de la inocencia.—Los amores de una santa.* 1 peseta.

Los veintisiete poemas comprendidos en estos siete tomitos también se venden en un volumen, al precio de 5 pesetas.

— *Poesías y fábulas* (quinta edición). Contiene: *Ternezas y flores.—Ayes del alma.* Un tomo en 8.° mayor, 4 pesetas.

— *El drama universal*, poema en ocho jornadas (tercera edición). 3 pesetas.

— *Colón*, poema, con un prólogo de D. Severo Catalina (nueva edición diamante). 3 pesetas.

— *Epístola necrológica de D. Luis González Brabo.* 1 peseta.

— *El palacio de la verdad*, comedia, tres actos. 2 pesetas.

— *Guerra á la guerra*, dolora dramática. 1 peseta.

— *Dies iræ*, drama. 1 peseta.

— *Cuerdos y locos*, comedia, tres actos. 2 pesetas.

— *El honor*, comedia, tres actos. 2 pesetas.

— *Glorias humanas*, drama, un acto. 1 peseta.

— *Pensamientos*, extracto de sus primeras obras. 1,50 pesetas.

En prosa:

— *Polémicas con la democracia* (segunda edición, aumentada). Un tomo en 8.° mayor, 3 pesetas.

— *Cánovas.* 1 peseta.

— *Poética.* 1,50 pesetas.

Colección Calon.—Volumen I. **Blanco Belmonte:** *Alma de niños*, 0,75 pesetas.—Volumen II. **Romano:** *Horas grises*, 0,75 pesetas.—Volumen III. **Real y Rodrigo:** *Frivolidades*, 0,75 pesetas.—Volumen IV. **Acebal:** *De mi rincón*, 0,75 pesetas.

Chismes de teatro (cómicos y danzantes), 0,50 pesetas.

Danvila (Alfonso).—*Luisa Isabel de Orleans y Luis I* (Historia). Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 3,50 pesetas.

— *Don Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel-Rodrigo; 1538-1613.* Madrid, 1900. Un tomo en 4.°, 20 pesetas.

— *Lully Arjona* (novela). Madrid, 1901. Un tomo en 8.°, 3,50 pesetas.

— *La conquista de la elegancia* (novela). Madrid, 1901. Un tomo en 8.°, 3,50 pesetas.

— *Odio* (novelas cortas). Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 3,50 pesetas.

— *Nina la loca.* Comedia en tres actos y en prosa. Madrid, 1903. 2 ptas.

Dickens.—*La voz del campanario.* En 16.°, 0,50 pesetas.

— *Almacén de antigüedades.* Traducción directa del inglés, bajo la dirección de José de Caso y Blanco. Madrid, 1886. Dos tomos en 8.°, 6 ptas.

— *Cuentos escogidos.* 1 peseta.

Duque de Rivas.—*Discursos, cartas y otros escritos.* Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

— *Nuevos cuadros de la fantasía y de la vida real.* Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 2,50 pesetas.

El Quijote de los niños. Abreviado por un entusiasta de su autor, Miguel de Cervantes Saavedra, y declarado de texto para las escuelas por el Consejo de Instrucción pública. Octava edición, con grabados, en 8.°, holandesa, 2 pesetas.

Fernández de Gabriel y Ruiz de Apolaca.—*Poesías.* Madrid, 1884. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Funes (Enrique).—*Declamación española* (La), bosquejo histórico-crítico. Sevilla, 1893. Un tomo en 4.°, 5 pesetas.

Ganive (Angel).—*Idearium Español.* Un tomo en 8.°, 1,50 pesetas.

— *La conquista del Reino de Naya por el último conquistador español Pío Cid.* Un tomo en 8.° mayor, 3 pesetas.

— *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid.* Dos tomos en 8.° mayor, 6 pesetas.

Giner, profesor en la Universidad de Madrid y en la Institución libre de Enseñanza.—*La persona social*, estudios y fragmentos. Madrid, 1899. Un tomo en 4.°, 5 pesetas.

Gómez de Arteche (José).—*Nieblas de la historia patria.* Segunda serie.—*El marqués de Torrecurso.*—*Un proyecto estupendo.*—*El alcalde de Olivar.* Madrid, 1876. Un tomo en 16.°, 2 pesetas.

Guichot y Sierra (Alejandro).—*La montaña de los ángeles*, monofía histórico crítica, descriptiva, expositiva, narrativa, crítica, demótica. Sevilla, 1896. Un tomo en 4.°, 2 pesetas.

Jiménez y Hurtado.—*Cuentos españoles*, seguidos de un estudio sobre los trajes, armas, mobiliario, instrumentos, medios de conducción, fauna, costumbres y estado social del siglo XVII. Un tomo en 8.°, 2,50 pesetas.

Hugo (Víctor).—*Ruy Blas*, poema dramático. 0,50 pesetas.

Isla.—*Aventuras de Gil Blas de Santillana*, continuada por el mismo autor, y con todos los escritos en prosa y verso. Dos tomos en 4.°, con láminas, 10 pesetas.

Kaempfen.—*La taza de té.* 1 peseta.

Lasso de la Vega y Argüelles.—*La danza de la muerte en la poesía castellana.*—Un tomo en 16.°, 1 peseta.

Legouvé (E.)—*El arte de la lectura.* Traducción de la última edición francesa, por D. Manuel Sales Ferré. Madrid, 1901. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

Leguina.—*Recuerdos de Cantabria.*—*Somorrostro.*—*Bejoris.*—*La pesca en la costa.*—*La iglesia de la Lata.*—*Noticia de algunas fiestas públicas celebradas en Santander.* 1,50 pesetas.

— *Arte antiguo.*—*La plata española* (apuntes). Madrid, 1894. Un tomo en 16.°, 4 pesetas.

Leguina.—*Arte antiguo.—Espadas históricas* (apuntes reunidos). Madrid, 1898. Un tomo en 16.°, 4 pesetas.

Lista y Aragón.—*Ensayos literarios y críticos.* Sevilla, 1844. Dos tomos en 4.°, 6 pesetas.

Lomba y Pedraja (J. R.)—*El P. Arolas, su vida y sus versos*, estudio crítico. Madrid, 1898. Un tomo en 4.°, 4 pesetas.

— *Vida y arte*, esbozos de psicología literaria. Madrid, 1902. Un tomo en 16.°, 2 pesetas.

Luceño y Becerra.—*Esperanzas y recuerdos*, ensayos poéticos. Un tomo en 16.°, 1,50 pesetas.

Moreno.—*Esgrima española* (apuntes para su historia). Prólogo de D. A. Saint-Aubin. Madrid, 1902. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

Moreno de la Tejera.—*El nudo gordiano*, novela de costumbres. Madrid, 1879. Dos tomos en 4.°, con láminas, 12 pesètas.

Palacio (Eduardo de).—*El garbanzo*, cuadros históricos contemporáneos tomados del natural. Madrid, 1875. Un tomo en 8.°, una peseta.

Palacio Valdés (Armando).—Obras:

— *Aguas fuertes*, novelas y cuadros. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.
— *El capitán Ribot.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
— *El maestrante.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
— *El origen del pensamiento.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
— *La fe.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
— *Los majos de Cádiz.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
— *La aldea perdida.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Obras completas publicadas:

Tomo I.—*El idilio de un enfermo.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas (con el retrato del autor).
» II.—*Marta y María.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
» III.—*El señorito Octavio.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
» IV.—*La hermana San Sulpicio.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
» V.—*Riverita.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
» VI.—*Maximina*, segunda parte de *Riverita.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
» VII.—*La espuma.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
» VIII.—*José.*—Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
» IX.—*Cuarto poder.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Palet y Villalva.—*Carlota Didier* (una página de 1793). Madrid, 1873. Un tomo en 8.°, con el retrato de Carlota, 1 peseta.

Pelos y señales (boceto crítico de *Maruja*). Poema leído en el Ateneo por D. Gaspar Núñez de Arce, por el bachiller Juan de Lima. Madrid, 1886. 1 peseta.

Pereda (José M. de), de la Real Academia Española.—Obras completas.

Diez y seis tomos, que se venden á 4 pesetas cada uno en Madrid y

Santander, y á 4,50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

I.—*Los hombres de pro*, con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por don Marcelino Menéndez y Pelayo (tercera edición de las obras completas).
II.—*El buey suelto...* (tercera edición).
III.—*Don Gonzalo González de la Gonzalera* (tercera edición).
IV.—*De tal palo, tal astilla* (tercera edición).
V.—*Escenas montañesas* (tercera edición).
VI.—*Tipos y paisajes* (segunda edición).
VII.—*Esbozos y rasguños* (segunda edición).
VIII.—*Bocetos al temple. Tipos trashumantes* (segunda edición).
IX.—*Sotileza* (tercera edición).
X.—*El sabor de la tierruca* (segunda edición).
XI.—*La puchera* (segunda edición).
XII.—*La Montálvez* (segunda edición).
XIII.—*Pedro Sánchez.*
XIV.—*Nubes de estío.*
XV.—*Peñas arriba* (tercera edición).
XVI.—*Al primer vuelo.*

Fuera de la colección:

Discursos leídos por los señores Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 21 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

Tipos trashumantes, edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.° 5 pesetas.

Pérez Nieva (Alfonso).—*Mi muerta* (poesías). Madrid, 1903. 2 ptas.

Pérez Zúñiga (Juan).—*Música ratonera* (poesías). Madrid, 1901. Un tomo en 8.°, 1 peseta.

— *Galimatías* (artículos cómicos). Madrid, 1900. Un tomo en 8.°, 3 ptas.

— *Viajes morrocotudos. En busca del «Trifinus melancolicus»*. Cuatro jornadas en cuatro volúmenes, 8 pesetas. (Se venden sueltas.)

— *Camelano Zaragatono para el presente año*, con monos de Xaudaró. Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

— *Amantes célebres puestos en solfa.* Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 2 ptas.

Ponson du Terrail.—*Los amores de Aurora.* Un tomo en 8.°, 2 ptas.

— *La justicia de los bohemios.* 2 pesetas.

— *El diamante del comendador.* 1,50 pesetas.

— *La venganza de una esposa ó el pacto de sangre.* Dos tomos en 4.°, con láminas, 9 pesetas.

Posada (Adolfo), profesor de la Universidad de Oviedo.—*Ideas pedagógicas modernas*, con un prólogo de Leopoldo Alas. Madrid, 1892. Un tomo en 8.° mayor, 3 pesetas.

Ribot.—*Psicología alemana contemporánea*, traducida por F. Martínez

Conde, profesor de psicología. Un tomo en 8.° mayor, 3,50 pesetas.

Romea.—*Cosas del mundo*, ensayos en verso, precedidos de un prólogo de D. R. de Campoamor. En 16.°, 2 pesetas.

Saint-Germain.—*El arte de ser desgraciado* (leyenda), traducido de la quinta edición por D. N. Climent. Madrid, 1864. 1 peseta.

Sáiz y Otero, profesora de la Escuela Normal de Maestras, y **González Serrano,** catedrático del Instituto de San Isidro.—*Cartas pedagógicas.—Ensayo de psicología pedagógica.* Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Saldías (Adolfo).—*Cervantes y el Quijote.* Buenos Aires, 1893. Un tomo en 8.° mayor, 4 pesetas.

San Martín.—*La hostería de Cantillana.* Madrid, 1902. Un tomo en 4.°, 3,50 pesetas.

Sanchís (Vicente), Miss-Teriosa.—*Redimida*, estudio social contemporáneo. Madrid, 1902. Un tomo en 4.°, 4 pesetas.

— *Isolda.* San Sebastián, 1898. Un tomo en 4.°, 4 pesetas.

— *Chasquidos de tralla.—Historias íntimas.—Siluetas fin de siglo.* San Sebastián, 1897. Un tomo en 4.°, 4 pesetas.

— *Villa-Venus.—La vida alegre en Biarritz.* Madrid, 1903. Un tomo en 4.°, ilustrado, 4 pesetas.

— *La granujería andante.—La política en camisa.—La moral... disparada.* Madrid, 1900. Un tomo en 4.°, 4 pesetas.

Sand (Jorge).—*La copa*, cuentos de hadas. 0,50 pesetas.

Santiago (José) y Nogueira (Ulpiano).—*Bayona antigua y moderna (Galicia).* Madrid, 1902. Un tomo en 4.°, con 16 fototipias, 6 ptas.

Sbarbi (José M.), de la Real Academia de Bellas Artes.—*In illo témpore, y otras frioleras*, bosquejo cervantino ó pasatiempo quijotesco. Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

— *Ambigú literario.*—Madrid, 1897. Un tomo en 8.°, con el retrato del autor, 4 pesetas.

— *Monografía sobre refranes, adagios y proverbios castellanos*, obra premiada en 1871. Madrid, 1891. Un tomo en 4.° mayor, 10 pesetas.

Secchi (El P. A.), Director del Observatorio del Colegio Romano.—*El sol.* Traducido por A. García. Dos tomos en 8.°, con láminas, 10 ptas.

Sinués (María del Pilar).—*La ley de Dios.* Colección de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo. Aprobada por la censura eclesiástica; designada de texto para las escuelas de instrucción primaria, por R. O. de 26 de Abril de 1860; recomendada á los gobernadores superiores civiles de Ultramar por otra del 22 de Agosto de 1865. Declarada de texto forzoso para ejercitar la lectura en todas las escuelas públicas de instrucción primaria en las islas de Filipinas, Cuba y Puerto Rico. Octava edición, ilustrada con diez láminas nuevas hechas expresamente para esta edición. Un tomo en 8.°, 1,50 pesetas, rústica; en tela, con planchas, 2 pesetas.

— *Premio y castigo* (cuarta edición) y *Las alas de Icaro* (segunda edición), novelas originales. Las dos, en un tomo en 8.° mayor, 4 pesetas.

Sinués (María del Pilar).—*Fausta Sorel.* Novela original, con prólogo de D. J. M. Losada. Dos tomos, 8 pesetas.

— *Amor y llanto.* Colección de leyendas históricas. Un tomo, 4 pesetas.

Sobrón.—*Los idiomas de la América latina.* Estudios biográfico-bibliográficos. Madrid, 1878. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

Valera (Juan).—*Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días.* Segunda edición. Tres tomos en 12.°, 9 pesetas.

— *Nuevos estudios críticos.* Un tomo en 8.°, 5 pesetas.

Valera (Luis), Marqués de Villasinda.—*Sombras chinescas.* Recuerdos de un viaje al Celeste Imperio. Madrid, 1902. Dos tomos en 8.°, 5 pesetas.

— *Visto y soñado.—Yoshi-san la musmé.—La esfera prodigiosa.—El hijo del banián.—Dynsandir y Ganitriya.* Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

Valle-Inclán (Ramón del).—*Corte de amor.* Florilegio de honestas y nobles damas. Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

Velázquez y Cabrera.—*El literato en la luna* (obra crítica). Madrid, 1847. Dos tomos en 8.°, 2 pesetas.

Villalba Hervás.—*Ruiz de Padrón y su tiempo.* Introducción á un estudio sobre historia contemporánea de España en 1808 hasta concluir el reinado de Fernando VII. En 8.°, 2,50 pesetas.

— *Una década sangrienta.—Dos regencias.* Estudio histórico que principia en 1833, muerte de Fernando VII, y acaba en 1843, con la expatriación del Duque de la Victoria. En 8.°, 3 pesetas.

Viscarro.—*La Medicina puesta al criterio del público ilustrado.* Idea general de los padecimientos del hombre, de su preservación, de los remedios fáciles y expeditos que pueden adoptarse en casos de urgente necesidad, y de los fundamentos principales de la ciencia como la mayor garantía contra las sugestiones de la impostura. 1882. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Vital Aza.—*Todo en broma* (versos). 1900. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

— *Plutarquillo.* Biografía festiva de personajes célebres. 1901. Un tomo en 8.°, con grabados, 3 pesetas.

Zapata.—*Poesías.* Con un prólogo del Dr. S. Ramón Cajal. Madrid, 1902. Un tomo en 16.°, 3 pesetas.

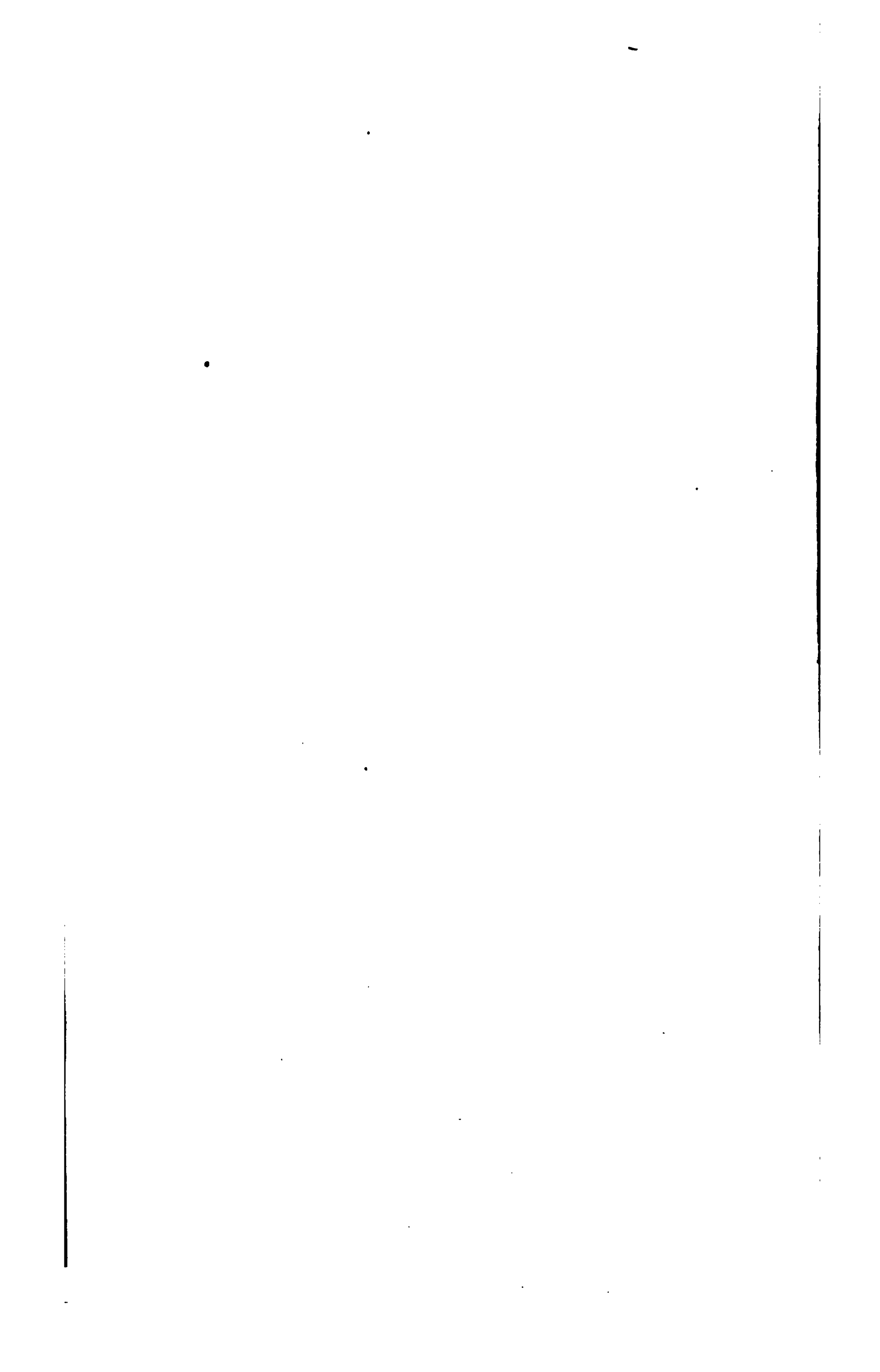
— *La corona de abrojos.* Drama histórico-romántico en tres actos y en verso. Un tomo en 16.°, 1,50 pesetas.

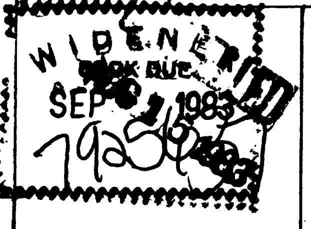
Zorrilla.—*Lecturas* hechas en el Ateneo Científico y Literario de Madrid y en el teatro de Jovellanos en 1877, por su autor, D. José Zorrilla. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

— *Granada,* poema oriental. Nueva edición. Madrid, 1895. Dos tomos en rústica, 8 pesetas; encuadernado en tela, 10,50 pesetas.

LOS PRECIOS MARCADOS SON PARA MADRID






WIDENER
BOOK DUE
SEP 1983